





ALICE MUNRO

LA VIDA DE LAS MUJERES



Alice Munro

La vida de las mujeres

Título original: *Lives of Girls and Women*

Edición en formato digital: septiembre de 2012

© 1971, Alice Munro

© 2012, Random House Mondadori, S.A.

© 2011, Aurora Echevarría Pérez, por la traducción

Diseño de la cubierta: Marta Borell / Random House Mondadori, S. A.

Fotografía de la cubierta: © Anne Siems

ISBN: 978-84-264-2151-7



Alice Munro

La vida de las mujeres

Para Jim



FLATS ROAD

Pasábamos los días a orillas del río Wawanash ayudando a tío Benny a pescar. Atrapábamos ranas para él. Las perseguíamos, las acechábamos, nos acercábamos muy despacio a ellas, a lo largo de la orilla lodosa bajo los sauces y en las pantanosas hondonadas cubiertas de juncos y espadañas que dejaban finísimos cortes, al principio invisibles, en nuestras piernas desnudas. Las ranas viejas sabían lo suficiente para no cruzarse en nuestro camino, pero no estábamos interesados en ellas; eran las verdes jóvenes y esbeltas, las adolescentes jugosas las que buscábamos, frías y resbaladizas; las estrujábamos con delicadeza en nuestras manos y las dejábamos caer con ruido sordo en un balde para la miel que luego tapábamos. Ahí se quedaban hasta que tío Benny estaba preparado para clavarlas en el anzuelo.

Él no era nuestro tío, ni el de nadie.

Se quedaba de pie un poco apartado del agua marrón y poco profunda, donde el fondo lodoso se convierte en guijarros y arena. Iba vestido igual todos los días de su vida, daba lo mismo dónde te lo encontrabas: botas de goma, un mono sin camisa y una americana de un negro herrumbroso y con botones que dejaba ver una V de piel correosa y roja, bordeada de una tierna franja más pálida. El sombrero de fieltro que le cubría la cabeza conservaba su estrecha cinta y dos pequeñas plumas, totalmente ennegrecidas por el sudor.

Aunque nunca se daba la vuelta, sabía si habíamos metido un pie en el agua.

«Si vais a chapotear en el barro y asustar a los peces, marchaos a otra parte. Largaos de mi orilla.»

No era suya. Precisamente el tramo donde él solía pescar era nuestro. Pero nunca nos paramos a pensarlo. Desde su punto de vista, el río, el monte y todo el pantano de Grenoch eran poco más o menos que suyos, porque los conocía mejor que nadie. Aseguraba no haberse limitado a hacer pequeñas incursiones por los alrededores del pantano sino ser la única persona que lo había recorrido entero. Decía que había un hoyo de arenas movedizas allí dentro capaz de engullir un camión de dos toneladas de un solo bocado. Decía que en el río Wawanash había hoyos de veinte pies de profundidad en pleno verano. Decía que podía llevarnos a ellos, pero nunca lo hizo.

Ante el menor indicio de duda se ofendía.



«Cuando caigáis en uno me creeréis.»

Tenía un bigote poblado y negro, ojos feroces y un delicado rostro de depredador. No era tan viejo como su ropa, su bigote y sus costumbres hacían creer; era la clase de hombre que se convierte en un excéntrico redomado casi antes de cumplir los veinte años. En todas sus afirmaciones, predicciones y juicios había una pasión concentrada. Contemplando en nuestro patio un arco iris, una vez exclamó: «¿Sabéis qué es? ¡Es la promesa del Señor de que no habrá otro Diluvio!». Tembló con la trascendencia de esa promesa, como si acabara de ser pronunciada y él mismo fuera su portador.

Cuando había pescado lo que quería (volvía a tirar al agua las lubinas negras, y se quedaba con los cachos y las percas, diciendo de estas últimas que eran un pescado sabroso aunque tenían tantas espinas como un acerico repleto de agujas), dejábamos el umbrío cauce y cruzábamos los campos de regreso a casa. Owen y yo, descalzos, andábamos con desenvoltura sobre los rastrojos. A veces nuestro perro, Major, tan poco sociable, nos seguía a cierta distancia. A lo lejos, bordeando el monte —el monte que se convertía en una ciénaga una milla más adentro—, estaba la casa de tío Benny, alta y plateada. Viejos tablones sin pintar, blanquecinos y resecos en verano, y persianas verde oscuro, agrietadas y partidas, bajadas en todas las ventanas. Detrás de la casa, el monte era negro, sofocante, cubierto de arbustos espinosos y lleno de insectos que se arremolinaban en galaxias.

Entre la casa y el monte había varios corrales que desde siempre albergaban animales cautivos: un hurón dorado a medio domesticar, un par de visones salvajes, una zorra roja que se había roto una pata en una trampa. La zorra cojeaba y aullaba por las noches, y su nombre era Duchess. Los mapaches no necesitaban corrales. Vivían sueltos por el patio y en los árboles, más mansos que los gatos, y solo se acercaban a la puerta para que les dieran de comer. Les gustaba mascar chicle. Eso por no hablar de las ardillas, que se sentaban con descaro en el alféizar de las ventanas y hurgaban entre los montones de periódicos del porche en busca de comida.

Junto a la casa también había una especie de cercado u hoyo poco profundo formado por la misma pared y unos tablones clavados entre sí de dos pies de altura. Allí era donde tío Benny guardaba las tortugas. Un verano lo dejó todo para cazar esos bichos. Dijo que iba a venderlas a un yanqui de Detroit que estaba dispuesto a pagarle treinta y cinco centavos por libra.

—Hacen sopa con ellas —explicó, inclinándose sobre la cerca de las tortugas.



Por mucho que disfrutara domesticando y dando de comer a los animales, también disfrutaba con el desagradable destino que les aguardaba.

—¡Sopa de tortuga!

—Para los yanquis —añadió tío Benny, como si eso lo explicara todo—. Yo no la probaría.

O el yanqui no apareció, o no quiso pagar lo que tío Benny le pedía, o no había sido más que un rumor, pero todo quedó en agua de borrajas. Semanas después, si le mencionabas las tortugas, tío Benny te miraba sin comprender.

—Ah, ese asunto ya me trae sin cuidado —decía, como si lamentara que te hubieras quedado atrás.

Sentado en su silla favorita junto a la puerta de nuestra cocina —se sentaba allí como si apenas tuviera tiempo para sentarse, como si no quisiera molestar o fuera a marcharse enseguida—, siempre venía con noticias de alguna iniciativa empresarial, una realmente extraordinaria, con la que, en algún lugar no muy lejano, al sur del país o tan cerca como Grantly, los había que estaban ganando sumas de dinero increíbles. Criaban conejos chinchillas. Criaban periquitos. Ganaban diez mil dólares al año sin apenas mover un dedo. Probablemente la razón por la que seguía trabajando para mi padre, aunque nunca antes había tenido ningún otro empleo fijo, era porque se dedicaba a la cría de zorros plateados, y en esa clase de negocio había algo precario y fuera de lo corriente, una especie de ilusión de fortuna, tan glamurosa como fantasmal, inalcanzable siempre.

Limpiaba el pescado en su porche y, si tenía hambre, inmediatamente freía algo en una sartén, con grasa vieja y ahumada. Comía de la misma sartén. Aunque fuera hiciera un día soleado y caluroso, siempre tenía encendida la luz, una única bombilla que colgaba del techo. Las múltiples capas superpuestas de desorden y mugre engullían la luz.

Al volver a casa, Owen y yo, a veces intentábamos enumerar todo lo que había en la de tío Benny, o al menos en su cocina.

—Dos tostadoras, una de puertecillas a los lados y la otra de las que pones la tostada encima.

—Un asiento de coche.

—Un colchón enrollado. Un acordeón.

Pero no llegábamos ni a la mitad, lo sabíamos. Podríamos haber sacado de la casa todo lo que recordábamos y ni se habría notado; solo eran unos cuantos objetos



entre una formidable acumulación de escombros, una confusión profusa, oscura y putrefacta de alfombras, linóleo, muebles, piezas de maquinaria, clavos, cables, herramientas y utensilios de toda índole. Era la casa donde habían vivido sus padres a lo largo de su vida de casados (me acordaba de ellos, viejos, corpulentos y medio ciegos, sentados en el porche al sol con muchas capas oscuras de ropa raída), de modo que parte de aquella acumulación era fruto de los cincuenta años de vida familiar. Pero también se habían ido sumando objetos desechados por otras personas, cosas que tío Benny pedía y se llevaba a casa o que, llegado el caso, rescataba del vertedero de Jubilee. Esperaba repararlas y, una vez volvieran a ser utilizables, venderlas. De haber vivido en una ciudad habría llevado una enorme tienda de artículos de segunda mano; habría pasado su vida entre montones de muebles rayados, aparatos viejos, platos desportillados y lúgubres retratos de parientes ajenos. Valoraba los desechos por sí mismos, pero ante los demás hacía ver que iba a darles una utilidad práctica.

Lo que más me gustaba de su casa, y lo que nunca me cansaba de mirar, eran los periódicos amontonados en el porche. No recibía el *Herald-Advance* de Jubilee ni el periódico de la ciudad, que llegaba a nuestro buzón con un día de retraso. No estaba suscrito al *Family Herald* ni a *The Saturday Evening Post*. Su periódico llegaba una vez a la semana y estaba mal impreso en papel burdo con titulares de tres pulgadas de altura. Aquella era su única fuente de información acerca del mundo exterior, ya que casi nunca tenía una radio que funcionara. Se trataba de un mundo muy distinto del que mis padres conocían leyendo el diario o escuchando las noticias. Ajenos a la guerra, que estalló por aquellas fechas, ajenos a las consultas electorales, a las olas de calor o a los accidentes, los titulares rezaban así:

PADRE ECHA DE COMER A LOS CERDOS A DOS GEMELAS

MUJER DA A LUZ A UN MONO HUMANO

VIRGEN VIOLADA EN UNA CRUZ POR MONJES DEMENTES

ENVÍA EL TORSO DE SU MARIDO POR CORREO



Yo me sentaba a leer en el escalón del porche medio vencido, rozando con los pies las minutisas que debía de haber plantado su madre.

—Puedes llevarte todos esos periódicos, si quieres —me decía al final—. Ya he acabado con ellos.

Yo sabía que no era buena idea. Leía cada vez más deprisa, todo lo que era capaz de asimilar, y luego me marchaba tambaleándome bajo el sol, por el sendero que llevaba a nuestra casa, campo a través. Me sentía embotada y aturdida por las revelaciones del mal, por su versatilidad, fabulosa inventiva y tremenda picardía. Pero a medida que me acercaba a casa esa visión se desvanecía. ¿Por qué la pared trasera de la casa, el ladrillo pálido y desgastado, la losa de cemento frente a la puerta de la cocina, los barreños colgados de clavos, la bomba y el arbusto de lila con las hojas moteadas de marrón me hacían dudar de que realmente una mujer hubiera enviado el torso de su marido, envuelto en papel con motivos navideños, a la amante que este tenía en Carolina del Sur?

Nuestra casa se encontraba al final de Flats Road, que se extendía hacia el oeste a partir de Buckles' Store, la tienda de comestibles, en las afueras de la ciudad. Esa desvencijada tienda de madera, tan estrecha toda ella que parecía una caja de cartón puesta en vertical, llena de letreros pintados y de chapas metálicas colocadas de cualquier modo, con anuncios de harina, té, copos de avena, refrescos y tabaco, siempre señalaba el final de la ciudad. Las aceras, las farolas, las hileras de árboles tupidos, los carros de los lecheros y de los heladeros, las piletas para pájaros, los parterres de flores, los porches con sillas de mimbre desde donde las mujeres miraban la calle: todo lo deseable y civilizado se acababa, y echábamos a andar (Owen y yo al salir del colegio, mi madre y yo al volver de la compra un sábado por la tarde) por los anchos meandros de Flats Road, sin una sola sombra desde Buckles' Store hasta nuestra casa, entre campos desiguales de malas hierbas, amarilleados por los dientes de león, la mostaza silvestre o las varas de oro, según la época del año. Las casas quedaban algo apartadas y en general parecían más abandonadas, humildes y estrambóticas de lo que podían ser nunca las casas de la ciudad; allí había una pared a medio pintar, con la escalera de mano apoyada; más allá habían dejado a la vista las cicatrices de un porche arrancado o una puerta delantera sin escalones, a un metro del suelo; muchas ventanas estaban cubiertas de amarillentas hojas de periódico en lugar de persianas.

Flats Road no formaba parte de la ciudad, pero tampoco estaba en el campo. El recodo del río y el pantano de Grenoch la aislaban del resto de la ciudad, a la que pertenecía solo de nombre. No había granjas propiamente dichas. Estaban las casas



de tío Benny y la de los Potter, de quince y veinte acres, la de tío Benny se prolongaba hasta el monte. Los hijos de los Potter criaban ovejas. Nosotros teníamos nueve acres y criábamos zorros. Casi todo el mundo tenía un par de acres y algún animal, normalmente una vaca o pollos, a veces alguna especie menos corriente. Los hijos de los Potter tenían una familia de cabras que soltaban junto a la carretera para que pacieran. Sandy Stevenson, que era soltero, tenía un pequeño burro gris, como el de una ilustración de la Biblia, que pastaba en la pedregosa esquina de un campo. El negocio de mi padre no estaba fuera de lugar allí.

Mitch Plim y los hijos de los Potter eran los contrabandistas de Flats Road. Tenían estilos diferentes. Los Potter eran alegres pero podían ponerse violentos cuando se emborrachaban. Nos recogían a la salida del colegio en su camioneta y nos llevaban a casa; subidos a la parte trasera, nos veíamos arrojados de un lado para otro, porque iban muy deprisa y pasaban por muchos baches; mi madre tenía que respirar hondo cuando se lo contábamos. Mitch Plim vivía en la casa de los periódicos en las ventanas; no bebía, estaba tullido por el reumatismo y no hablaba con nadie; su mujer salía al buzón a cualquier hora del día, con una andrajosa bata con volantes y descalza. Toda la casa parecía encarnar tanta maldad y misterio que yo nunca la miraba directamente; pasaba de largo con la vista clavada rígidamente al frente, conteniendo las ganas de echar a correr.

En Flats Road había también dos idiotas. Uno era Frankie Hall; vivía con su hermano Louie Hall, que llevaba un taller de reparación de relojes junto a Buckles' Store. Era grueso, y tan pálido que parecía tallado en jabón Ivory. Se sentaba al sol junto al sucio escaparate donde dormían unos gatos. La otra era Irene Pollox, y no era tan amable ni tan idiota como Frank; perseguía a los niños por la carretera, y se colgaba de su verja cacareando y agitando los brazos como un gallo borracho, por lo que era peligroso pasar por delante de su casa. Había una canción popular que todo el mundo conocía y que decía:

*Irene no me persigas
o te colgaré de las tetas
de un manzano silvestre.*

Yo la canturreaba cuando pasaba por delante con mi madre, pero tenía



suficiente juicio para cambiar «tetas» por «trenzas». ¿De dónde había salido esa canción? Hasta tío Benny la cantaba. Irene tenía el pelo blanco, pero no era cosa de la edad sino de nacimiento, y tenía la tez tan blanca como las plumas de ganso.

Flats Road era el último lugar donde quería vivir mi madre. En cuanto sus pies pisaban la acera de la ciudad, erguía la cabeza, agradeciendo la sombra después del sol de justicia de Flats Road, y una sensación de alivio, un nuevo aire de dignidad emanaban de ella. Me mandaba a Buckles' Store cuando le faltaba algo, pero hacía la compra en la ciudad. Charlie Buckle cortaba carne en su trastienda cuando pasábamos por delante; lo veíamos a través de la oscura mosquitera como una figura parcialmente oculta en un mosaico, e inclinábamos la cabeza y apretábamos el paso, confiando en que no nos viera.

Mi madre me corregía cuando yo decía que vivíamos en Flats Road; insistía en que vivíamos al final de Flats Road, como si eso lo cambiara todo. Más tarde descubriría que tampoco pertenecía a Jubilee, pero en ese momento se aferraba a ello esperanzada y con placer, y se aseguraba de no pasar inadvertida, saludando a las señoras que se volvían con una expresión sorprendida pero amable cuando entraba en la oscura mercería, se sentaba en uno de los pequeños taburetes y pedía un vaso de agua después de la calurosa y polvorienta caminata. Por aquel entonces yo la seguía sin avergonzarme, disfrutando del alboroto.

Mi madre no era muy bien vista en Flats Road. Hablaba con la gente con un tono menos afable del que utilizaba en la ciudad, con severa cortesía y un uso de la buena gramática algo llamativo. A la mujer de Mitch Plim —que había trabajado durante un tiempo, aunque yo no lo sabía entonces, en el almacén de la señora McQuade— no le dirigía la palabra. Estaba de parte de los pobres del mundo entero, de parte de los negros, los judíos, los chinos y las mujeres, pero no toleraba la bebida, como tampoco la ligereza de cascos, el lenguaje obsceno, las vidas desordenadas y la ignorancia petulante; por lo que tenía que excluir a la gente de Flats Road del grupo de los verdaderamente oprimidos y necesitados, los pobres de verdad a quienes todavía amaba.

Mi padre era distinto. Gustaba a todo el mundo y a él le gustaba Flats Road, aunque apenas bebía, no tenía un comportamiento licencioso con las mujeres ni decía tacos. Creía en el trabajo y trabajaba duro todo el tiempo. Se sentía a gusto allí, mientras que con los hombres de la ciudad, con cualquier hombre que fuera a trabajar con americana y corbata, no podía evitar mostrarse desconfiado, un poco orgulloso y susceptible, con esa delicada y especial disposición para olfatear la presunción que es una cualidad de la gente de campo. Se había criado (como mi



madre, aunque ella había dejado atrás todo eso) en una granja del campo; pero allí tampoco se sentía a gusto, entre las tradiciones profundamente arraigadas, la pobreza orgullosa y la monotonía de la vida de granja. Flats Road ya le parecía bien; tío Benny le estaba bien como amigo.

Mi madre se había acostumbrado a tío Benny. Comía con nosotros todos los días de la semana excepto los domingos. Pegaba el chicle en el extremo del tenedor, y al final de la comida lo despegaba y nos enseñaba el dibujo, tan nítidamente grabado en la masa color peltre que daba pena mascarlos. Vertía té en su plato y soplabla. Con un pedazo de pan insertado en el tenedor dejaba el plato tan limpio como un gato. Llevaba a la cocina un olor que no me disgustaba, a pescado, a animales peludos, a pantano. Recordando sus modales de campo, nunca se servía él mismo ni repetía sin preguntar tres veces.

Contaba anécdotas en las que casi siempre ocurría algo que mi madre negaba que fuera posible, como la del matrimonio de Sandy Stevenson.

Sandy Stevenson se había casado con una mujer gorda que provenía del este, de un condado remoto, y tenía dos mil dólares en el banco y un coche Pontiac. Era viuda. En cuanto fue a vivir con Sandy a Flats Road, hacía doce o quince años, empezaron a ocurrir cosas. Los platos se estrellaban solos contra el suelo durante la noche. Un guiso emprendió el vuelo por sí solo desde los fogones, embadurnando las paredes de la cocina. Sandy se despertó en mitad de la noche y notó algo parecido a unos cabezazos de cabra a través del colchón, pero cuando miró debajo de la cama, no había nada. El mejor camisón de su mujer estaba rasgado de arriba abajo y atado a la cuerda de la persiana de la ventana. Por la tarde, cuando querían sentarse tranquilos y charlar un poco, se oía un golpeteo en la pared, tan fuerte que era imposible pensar con claridad. Al final su esposa le dijo a Sandy que sabía quién era el responsable de aquello. Era su difunto marido, que estaba furioso con ella por haberse casado de nuevo. Reconocía esa forma de golpear, eran sus nudillos. Trataron de no hacer caso pero fue inútil. Probaron de irse de viaje en coche y ver si eso lo desalentaba. Pero él se fue con ellos. Viajó sobre el techo del coche, golpeándolo con los puños, dando patadas y sacudiéndolo de tal modo que Sandy apenas podía evitar salirse de la carretera. A Sandy al final le fallaron los nervios. Paró el coche en un arcén y le dijo a la mujer que tomara el volante, que él iba a bajarse y volver a casa en autostop. Le aconsejó que regresara a su ciudad e intentara olvidar. Ella se echó a llorar, pero coincidió en que era lo único que podían hacer.

—Pero tú no lo crees, ¿verdad? —preguntó mi madre con jovial energía, y empezó a explicarle que todo era producto de la casualidad, la imaginación, y la



autosugestión.

Tío Benny le lanzó una mirada feroz y compasiva.

—Ve y pregúntaselo a Sandy Stevenson. Vi los cardenales con mis propios ojos.

—¿Qué cardenales?

—Los de las cornadas de debajo de la cama.

—Dos mil dólares en el banco —musitó mi padre, para atajar esa discusión—. Eso sí que es una mujer. Tendrías que buscarte una mujer así, Benny.

—Eso es precisamente lo que voy a hacer uno de estos días —respondió él, adoptando el mismo tono entre jocosos y serio—, cuando encuentre el momento.

—Tener una mujer así podría serte útil.

—No dejes de repetírmelo.

—La cuestión es, ¿delgada o gorda? Las gordas tienen forzosamente que cocinar bien, pero pueden comer mucho. Claro que también lo hacen algunas flacas, es difícil saberlo. A veces encuentras una gorda que vive más o menos de las grasas acumuladas, lo que supone un gran ahorro. Asegúrate de que tiene bien los dientes; eso, o que no le queda ninguno y tiene una buena dentadura postiza. Y es mejor que le hayan extirpado el apéndice y la vesícula biliar.

—Hablas como si fueras a comprar una vaca —dijo mi madre.

Pero en realidad no le importaba; tenía uno de esos momentos impredecibles de indulgencia, que más tarde perdería, en que los mismos contornos de su cuerpo parecían suavizarse y sus movimientos despreocupados, como al recoger los platos, tenían una elegancia natural. Era entonces una mujer más pletórica, más hermosa de lo que sería más tarde.

—Pero podría engañarte —insistió mi padre con seriedad— y decirte que le han extirpado la vesícula y el apéndice, cuando siguen en su sitio. Es mejor pedirle que te enseñe las cicatrices.

Tío Benny soltó un hipo, se puso colorado y se rió silenciosamente, inclinándose sobre su plato.

—¿Sabes escribir? —me preguntó tío Benny en su casa, mientras yo leía en el porche y él vaciaba las hojas de té de una tetera de latón, que salpicaron la



barandilla—. ¿Hace cuánto que vas al colegio? ¿A qué curso vas?

—Iré a cuarto cuando vuelva a empezar.

—Entra.

Me llevó a la mesa de la cocina, apartó una plancha que estaba arreglando y una sartén con la base agujereada, y trajo un bloc nuevo, un tintero y una pluma.

—Practica un poco aquí.

—¿Qué quieres que escriba?

—Da igual. Solo quiero ver cómo lo haces.

Escribí su nombre y la dirección completa: «Sr. Benjamin Thomas Poole, Flats Road, Jubilee, condado de Wawanash, Ontario, Canadá, Norteamérica, el Hemisferio Norte, el mundo, el sistema solar, el universo».

Él leyó por encima de mi hombro.

—¿Dónde está eso con respecto al cielo? No has ido lo bastante lejos. ¿Acaso el cielo no está fuera del universo?

—El universo lo engloba todo. Es todo lo que hay.

—De acuerdo, tú que crees saber tanto, ¿qué hay cuando llegas al final? Tiene que haber algo más o no habría final, tiene que haber algo más que le ponga fin, ¿no?

—No hay final —respondí poco convencida.

—Ya lo creo que lo hay. Está el cielo.

—¿Y qué hay cuando llegas al final del cielo?

—¡Nunca llegas al final del cielo porque el Señor está allí! —exclamó tío Benny triunfal, y estudió con atención mi caligrafía, que era redonda, temblorosa e incierta.

—Bueno, se lee sin dificultad. Quiero que te sientes aquí y escribas una carta por mí.

Sabía leer perfectamente pero no escribir. Dijo que la maestra de la escuela había intentado enseñarle a base de golpes, y que él la respetaba, pero que nunca había servido de nada. Cuando necesitaba que le escribieran una carta acudía a mi padre o a mi madre.

Se quedó suspendido sobre mí viendo cómo escribía el encabezamiento. «Flats Road, Jubilee, 22 de agosto de 1942.»

—¡Eso es, así se hace! Ahora empieza. «Estimada joven.»



—Se empieza con «Estimado» y el nombre de la persona —expliqué—, a menos que sea una carta comercial, que entonces se empieza con «Estimado señor» o «Estimada señora». ¿Es una carta comercial?

—Sí y no. Escribe «Estimada joven».

—¿Cómo se llama? —pregunté insistente—. Sería más fácil poner sencillamente su nombre.

—No sé cómo se llama.

Con impaciencia, tío Benny fue a buscar el periódico, su periódico, lo abrió hacia el final, por los clasificados, una sección a la que yo nunca llegaba, y lo sostuvo debajo de mis narices.

Joven con criatura precisa puesto de empleada del hogar para hombre de campo tranquilo. Amante de la vida de granja. Matrimonio si conviniera.

—Esa es la joven a la que estoy escribiendo. ¿Cómo quieres que me dirija a ella?

Me di por vencida y escribí las dos palabras, seguidas por dos puntos primorosos, y esperé para empezar de nuevo justo debajo de la *d* de «Estimada», tal como me habían enseñado.

«Estimada joven —dijo tío Benny precipitadamente—. Me dirijo a usted...»

Me dirijo a usted en respuesta al anuncio que puso en el periódico que recibo por correo. Soy un hombre de treinta y siete años que vive solo en una finca de quince acres de mi propiedad al final de Flats Road. En ella hay una buena casa con cimientos de piedra. Se encuentra junto al monte, de modo que nunca falta leña en invierno. Hay un buen pozo de sesenta pies de profundidad y un depósito. En el monte hay más bayas de las que pueda comer y en el río buena pesca, y podríamos tener un huerto si logra que no se lo coman los conejos. Fuera de la casa, en un corral, tengo una zorra doméstica, así como un hurón y dos visones, y a todas horas hay mapaches y ardillas alrededor. No dice usted si la criatura es niño o niña, pero será bien recibida. Si es niño podría enseñarle a poner trampas y a cazar. Trabajo para un hombre que vive en la casa de al lado y cría zorros plateados. Su mujer es culta, por si le gusta ir de visita. Quedo a la espera de una respuesta. Le saluda atentamente,



BENJAMIN THOMAS POOLE

Al cabo de una semana tío Benny recibió una respuesta:

Estimado señor Benjamin Poole:

Le escribo en nombre de mi hermana, la señorita Madeleine Howey, para decirle que acepta encantada su ofrecimiento y que está dispuesta a ir en cualquier momento a partir de primeros de septiembre. ¿Cuál es la conexión de autobús o tren para llegar a Jubilee? ¿O le vendría bien venir hasta aquí? Al final de esta carta le escribiré nuestra dirección completa. No le costará encontrar nuestra casa. Mi hermana no tiene un niño, sino una niña de dieciocho meses llamada Diane. A la espera de sus noticias, sinceramente,

MASON HOWEY,

121 Chalmers Street, Kitchener, Ontario

—Bueno, es algo arriesgado —dijo mi madre cuando tío Benny nos enseñó esa carta durante la comida—. ¿Qué te hace pensar que es la mujer que buscas?

—No creo que haya nada malo en echarle un vistazo.

—A mí me da la impresión de que el hermano está deseando librarse de ella.

—Llévala al médico antes para que la examinen —dijo mi madre con firmeza.

Tío Benny dijo que así lo haría. A partir de ese momento los preparativos se aceleraron. Se compró ropa nueva. Pidió prestado el coche para ir a Kitchener. Salió por la mañana temprano con un traje verde claro, una camisa blanca, una corbata verde, roja y naranja, un sombrero de fieltro verde oscuro, y zapatos marrones y blancos. Se había cortado el pelo y recortado el bigote, y se había lavado. Se le veía extraño, pálido, apto para el sacrificio.

Mi madre y yo cruzamos los campos cargadas con una fregona, una escoba, un trapo de polvo y una caja de detergente Old Dutch Cleanser. Pero mi madre



nunca había estado en la cocina de tío Benny, nunca había llegado a entrar en ella, y se sintió derrotada. Empezó a tirar cosas al porche, pero al cabo de un rato vio que era inútil.

—Habría que cavar un hoyo y meterla en él —dijo, y se sentó en los escalones con el mango de la escoba debajo de la barbilla, como una bruja de cuento, y se rió—. Me río por no llorar. Imagínatela entrando aquí. No aguantará una semana. Volverá a Kitchener aunque tenga que hacerlo andando. Eso o se tirará al río.

Restregamos la mesa y las dos sillas, y un espacio en mitad del suelo; frotamos los fogones con papel encerado y quitamos las telarañas de la luz. Cogí un ramo de varas de oro y las puse en un jarro en el centro de la mesa.

—¿Para qué limpiar la ventana —preguntó mi madre— e iluminar más el desastroso interior?

En casa dijo:

—Bueno, me parece que compadezco a esa mujer.

Después del anochecer tío Benny llegó y dejó las llaves del automóvil encima de la mesa. Nos miró con el aspecto de quien vuelve a casa tras un largo viaje cuyas aventuras nunca podrá contar como es debido, aunque sabe que tendrá que intentarlo.

—¿Has llegado bien? —preguntó mi padre, alentador—. ¿Te ha dado problemas el coche?

—No, señor. Ninguno. Dejé una vez la carretera, pero no había avanzado mucho cuando me di cuenta.

—¿Consultaste el mapa que te di?

—No, vi a un tipo con un tractor y le pregunté, y me hizo dar la vuelta.

—Entonces ¿has llegado bien?

—¡Oh, sí, he llegado bien!

—Pensaba que traerías a la señorita Howey para tomar una taza de té —terció mi madre.

—Bueno, está cansada del viaje y demás, y tenía que acostar a la niña.

—¡La niña! —exclamó mi madre con remordimiento—. ¡Me había olvidado de ella! ¿Dónde dormirá?

—Nos las arreglaremos. Creo que en alguna parte hay una cuna, si le cambio



algunos listones. —Se quitó el sombrero, dejando al descubierto una franja roja en su sudorosa frente, y añadió—: Iba a decirles que ya no es la señorita Howey sino la señora Poole.

—Bueno, Benny. Mis felicitaciones. Te deseo toda la felicidad. Has tomado la decisión en cuanto la has visto, ¿eh?

Tío Benny se rió nervioso.

—Bueno, estaba todo listo. Habían organizado la boda antes de que yo llegara. Habían llamado a un predicador, comprado el anillo y mandado a un tipo para conseguir la licencia a toda prisa. Enseguida vi que lo habían organizado de arriba abajo. Todo estaba listo para la boda. Sí, señor. No se olvidaron de nada.

—Bueno, ahora eres un hombre casado, Benny.

—¡Sí, un hombre casado!

—Tendrás que traer a la novia para presentárnosla —dijo mi madre, valiente.

Su uso de la palabra «novia» fue inesperado, y evocaba largos velos blancos, flores y una celebración que resultaban inimaginables allí. Tío Benny prometió que lo haría. Sí, en cuanto se recuperara del viaje seguro que lo haría.

Pero no lo hizo. No se veía a Madeleine por ninguna parte. Mi madre pensó que tío Benny dejaría de comer en nuestra casa, pero al día siguiente entró en la cocina a la hora habitual.

—¿Cómo está tu mujer? —preguntó mi madre—. ¿Qué tal se las está arreglando? ¿Se las apaña con esa clase de fogones?

Él respondió a todo con afirmaciones vagas, riéndose entre dientes y negando con la cabeza.

Más avanzada la tarde, cuando acabó de trabajar, me preguntó:

—¿Quieres ver algo?

—¿Qué?

—Ven conmigo y lo verás.

Owen y yo lo seguimos a través de los campos. Él se volvió e hizo que nos detuviéramos en el umbral de su patio.

—Owen quiere ver el hurón —dije.

—En otra ocasión. Esperad aquí.



Al cabo de un momento salió de la casa con una niña pequeña. Me quedé decepcionada; así que era solo eso. La dejó en el suelo. Ella se inclinó tambaleándose y cogió una pluma de cuervo.

—Diles cómo te llamas —dijo tío Benny intentado camelarla—. ¿Cómo te llamas? ¿Di-ane? Dile a los niños cómo te llamas.

Ella no quiso.

—Puede hablar bien, si quiere. Dice mamá, Benny, Di-ane y «aua». ¿Verdad que sí? ¿Aua?

Una chica con una chaqueta roja salió al porche.

—¡Entra ahora mismo!

¿Gritaba a Diane y a tío Benny? Su voz sonó amenazadora. Tío Benny cogió a la niña y nos dijo en voz baja:

—Será mejor que os vayáis corriendo. Venid otro día a ver el hurón. —Y se dirigió a la casa.

La vimos de lejos, con la misma chaqueta roja, bajando por la carretera hacia Buckles' Store. Tenía las manos en los bolsillos de la cazadora, la cabeza gacha, y sus largas piernas se abrían y cerraban como tijeras. Mi madre la conoció por fin en la tienda. Puso mucho interés en ello. Había visto a tío Benny fuera con Diane en los brazos y le preguntó qué hacía allí.

—Estamos esperando a su mamá —respondió él.

De modo que mi madre entró y se acercó al mostrador donde ella estaba esperando a que Charlie Buckle le cobrara.

—Usted debe de ser la señora Poole. —Se presentó.

La chica no dijo nada. Miró a mi madre y oyó lo que dijo, pero guardó silencio. Charlie Buckle lanzó una mirada a mi madre.

—Habrás estado ocupada instalándose. Venga a verme siempre que quiera.

—No voy a ninguna parte por caminos de grava a menos que tenga la necesidad de hacerlo.

—Podría venir campo a través —insistió mi madre, solo porque no quería irse y dejar que ella dijera la última palabra.

—Es una cría —le dijo a mi padre—. No puede tener más de diecisiete años. Lleva gafas y está muy delgada. No es idiota, no se la quitaron de encima por eso,



pero tal vez sufre de enajenación mental o está al límite de la inteligencia normal. Uf, pobre Benny. Bien mirado, ha venido a vivir al lugar adecuado. ¡Encajará de maravilla en Flats Road!

Madeleine ya se estaba dando a conocer. Había perseguido a Irene Pollox hasta dentro de su propio patio, había subido las escaleras y la había obligado a arrodillarse, y le había tirado de su pelo blanco de bebé con las manos. O eso decía la gente.

—No vayáis nunca por allí —nos dijo mi madre—. Olvidaos del hurón. No quiero a nadie tullido.

De todos modos fui. No me llevé a Owen porque se chivaría. Pensaba llamar a la puerta y preguntar con mucha educación si podía leer los periódicos que estaban en el porche. Pero antes de que pudiera subir los escalones se abrió la puerta y salió Madeleine con la tapa de la estufa en la mano. Podría haber estado levantándola cuando me oyó o haberla cogido a propósito, pero yo la vi como un arma.

Por un momento me miró. Tenía la misma cara que Diane, delgada, pálida y de aspecto evasivo. Su rabia no fue inmediata. Necesitó tiempo para recordarla, para reunir fuerzas. Era como si le hubiera resultado imposible expresar algo más que rabia desde el primer momento en que me vio. Eso o el silencio parecían ser las únicas opciones que tenía.

—¿Por qué vienes a espiar? ¿Por qué vienes a espiar mi casa? Será mejor que te largues. —Empezó a bajar los escalones.

Retrocedí ante su avance tan deprisa como era necesario, fascinada.

—Sinvergüenza. Una sinvergüenza fisgona y descarada, eso es lo que eres.

Llevaba el pelo corto sin peinar y un vestido de flores raído sobre su cuerpo joven y plano. Su violencia parecía calculada, teatral: daban ganas de quedarte observándola, como si fuera un espectáculo; y sin embargo, cuando levantó la tapa de la estufa, no hubo ninguna duda de que la estrellaría contra mi cabeza si se lo proponía; es decir, si le parecía que la escena lo requería. Se observaba a sí misma, pensé, y en cualquier momento podría parar y quedarse con la mente en blanco o, como una cría, fanfarronear: «¿Has visto cómo te he asustado? Te he engañado, ¿eh?».

Me habría gustado poder llevarme esa escena para contarla en casa. Las anécdotas sobre Madeleine iban y venían por Flats Road. Algo la había irritado en la tienda y había tirado un paquete de compresas a Charlie Buckle. («¡Por suerte no fue



una lata de jarabe de maíz!»). Tío Benny vivía bajo una constante tormenta de insultos que se oían desde la carretera.

—Te has buscado una fiera, ¿eh, Benny? —decía la gente, y él reía entre dientes y asentía avergonzado, como si recibiera felicitaciones.

Al cabo de un tiempo él mismo empezó a contar anécdotas. Madeleine había tirado el hervidor del agua por la ventana porque estaba vacío. Había cogido unas tijeras y le había hecho trizas su traje verde, que solo había llevado una vez, en su boda. No sabía qué podía tener contra él. Le había dicho que iba a pegar fuego a la casa solo porque le había llevado otra marca de cigarrillos de la que le había pedido.

—¿Crees que bebe, Benny?

—No, no bebe. Nunca he llevado una botella de alcohol a casa, ¿y cómo va a comprarla ella? Además, notaría el olor.

—¿Alguna vez te acercas lo bastante a ella para olerla, Benny?

Tío Benny bajó la cabeza, riéndose entre dientes.

Cuando tío Benny venía a casa para desollar a los zorros se traía consigo a Diane. Él y mi padre trabajaban en el sótano, arrancando las pieles, dándoles la vuelta y estirándolas sobre largas tablas para que se secaran. Diane subía y bajaba las escaleras del sótano, o se sentaba en los escalones superiores y observaba. Nunca hablaba con nadie aparte de tío Benny. Recelaba de los juguetes, las galletas, la leche, de todo lo que le ofrecíamos, pero nunca se quejaba ni lloraba. Si la tocabas o la acunabas, se sometía con cautela, le temblaba ligeramente el cuerpo de miedo y le palpitaba el corazón con fuerza, como el de un pájaro cuando lo atrapas en una mano. Pero se tumbaba en el regazo de tío Benny o se dormía contra su hombro inerte como un espagueti. Él le tapaba los cardenales de las piernas con las manos.

—Siempre se está golpeando con todo lo que hay por casa. Tengo tantos trastos que es imposible que no tropiece, o que se suba a algo y se caiga.

A principios de primavera, antes de que se fundiera la nieve, tío Benny vino a casa para decirnos que Madeleine se había ido. Al llegar a su casa la noche anterior ya no estaba. Pensó que tal vez estaba en Jubilee y esperó a que regresara. Luego se dio cuenta de que faltaban varias cosas: una lámpara de mesa a la que pensaba cambiar el cable, una bonita alfombra pequeña, varios platos y una tetera azul que habían sido de su madre, y dos sillas plegables en perfecto estado. También se había llevado a Diane, por supuesto.

—Debió de irse en una furgoneta, porque no pudo meter todo en un coche.



Entonces mi madre recordó que había visto una furgoneta revestida de paneles, le parecía que grises, dirigiéndose a la ciudad a eso de las tres de la tarde del día anterior. Pero no le había interesado ni se había fijado en quién iba dentro.

—¡Una furgoneta gris! —exclamó tío Benny excitado—. No puede irse así sin más con lo que no es suyo. Siempre me estaba diciendo: Saca de aquí estos trastos, tira estos cacharros. Bueno, ya no le parecen tan trastos cuando quiere alguno para ella. El único problema es: ¿cómo saber adónde ha ido? Será mejor que me ponga en contacto con ese hermano suyo.

Después de las siete, cuando las tarifas eran más baratas, mi padre puso una conferencia —en nuestro teléfono, ya que tío Benny no tenía— al hermano de Madeleine. Luego le pasó a tío Benny el auricular.

—¿Ha ido a su casa? —gritó tío Benny inmediatamente—. Se fue en una furgoneta. Se fue en una furgoneta gris. ¿Ha aparecido por ahí?

Parecía haber confusión al otro lado de la línea; tal vez tío Benny gritaba demasiado. Mi padre tuvo que ponerse y explicar con paciencia lo ocurrido. Resultó que Madeleine no había aparecido por Kitchener. Su hermano no mostró mucha preocupación acerca de dónde había ido. Colgó sin despedirse.

Mi padre trató de convencer a tío Benny de que tal vez era preferible que se hubiera librado de Madeleine, después de todo. Le dijo que no había sido una gran ama de casa, y que no le había hecho la vida lo que se dice agradable ni tranquila. Lo insinuó a su manera diplomática, sin olvidar que hablaba de la esposa de un hombre. No habló de su falta de belleza ni de su ropa desaliñada. En cuanto a lo que se había llevado —«robado», corrigió tío Benny—, bueno, era una vergüenza, y una lástima (mi padre sabía lo suficiente para no dar a entender que esos objetos carecían de mucho valor), pero tal vez ese era el precio de librarse de ella, y quizá a la larga tío Benny podría considerarse afortunado.

—No es eso —dijo de pronto mi madre—. Es la niña. Diane.

Tío Benny chasqueó la lengua con aire abatido.

—Su madre le pega, ¿verdad? —gritó mi madre con tono alarmado, comprendiendo de golpe—. Es eso. Así es como se hizo los cardenales de las piernas...

—Bueno, verás. Ella...

—¿Por qué no nos lo dijiste cuando todavía estaba aquí? ¿Por qué no la delataste el invierno pasado? ¿Por qué no se me ocurrió? Si hubiera sabido la verdad,



podría haberla denunciado...

Tío Benny levantó la vista sobresaltado.

—¡Denunciado a la policía! Podríamos haber presentado cargos. Quizá le habrían quitado a la niña. Lo que tenemos que hacer ahora es poner a la policía sobre su pista. La encontrarán, no te preocupes.

Tío Benny no pareció contento ni aliviado con esa afirmación.

—¿Cómo sabrán dónde buscar? —replicó astutamente.

—La policía del condado lo sabrá. Pueden buscar por todo Wawanash. Por todo el país, si es necesario. La encontrarán.

—Un momento —dijo mi padre—. ¿Qué te hace pensar que la policía estará dispuesta a hacerlo? Solo persigue así a los delincuentes.

—Bueno, ¿y qué es una mujer que golpea a una niña si no una delincuente?

—Tienes que tener un caso que denunciar. Tienes que tener testigos. Si vas a sacarlo a la luz, necesitarás pruebas.

—Benny es el testigo. Él testificará contra ella.

Mi madre se volvió hacia tío Benny, que soltó otro hipo y preguntó bobamente:

—¿Qué se supone que tengo que hacer?

—Basta de hablar por hoy —dijo mi padre—. Esperaremos a ver.

Mi madre se levantó, ofendida y perpleja. Tenía que decir algo más, de modo que dijo lo que todos sabíamos:

—No sé a qué viene tanta indecisión. Para mí está clarísimo.

Pero lo que estaba clarísimo para mi madre era evidente que a tío Benny le parecía confuso y aterrador. Era imposible saber si le daba miedo la policía o solo el aspecto público u oficial de semejante plan, los trámites que suponía, los lugares extraños adonde lo conducirían. Fuera lo que fuese, se vino abajo, y no quiso hablar más de Madeleine ni de Diane.

¿Qué se podía hacer? Mi madre se planteó tomar ella misma medidas, pero mi padre la disuadió.

—Siempre es un mal asunto involucrarse en las familias de los demás.

—De todos modos sé que tengo razón.



—Es posible, pero eso no significa que puedas hacer algo al respecto.

En esa época del año las zorras criaban. Si un avión de la Escuela de Entrenamiento de las Fuerzas Armadas, junto al lago, sobrevolaba nuestra granja a muy poca altura, o un desconocido se acercaba a los corrales o sucedía cualquier cosa sorprendente o perturbadora, las zorras podían decidir matar a sus crías. Nadie sabía si lo hacían por indignación ciega o porque se despertaba en ellas un terror maternal; ¿querían poner a sus crías, que aún no habían abierto los ojos, fuera de un peligro que creían inminente? No eran como los animales domésticos. Solo habían vivido unas pocas generaciones en cautividad.

Para acabar de persuadir a mi madre, mi padre dijo que Madeleine podría haberse ido a Estados Unidos, donde nadie la encontraría. Muchas personas malas, trastornadas o con grandes inquietudes y ambición acababan yendo allí.

Pero Madeleine no lo había hecho. Más tarde, esa misma primavera, llegó una carta. «Ha tenido la frescura de escribir», dijo tío Benny, y trajo la carta y nos la enseñó. Sin saludar, decía: «Me dejé en tu casa mi sueter amarillo y un paraguas verde, y la manta de Diane envíamelo aquí. 1.249 Ridlet St., Toronto, Ont.»

Tío Benny ya había tomado la decisión de ir hasta allí. Pidió prestado el coche. Nunca había estado en Toronto, y en la mesa de la cocina mi padre desplegó el mapa de carreteras y le enseñó cómo llegar, aunque expresó sus dudas acerca de lo acertado del plan. Tío Benny dijo que tenía pensado coger a Diane y traérsela. Tanto mi madre como mi padre señalaron que eso era ilegal y le aconsejaron que no lo hiciera. Pero tío Benny, a quien tanto pavor le había dado poner una denuncia, no le preocupaba llevar a cabo lo que podía definirse un rapto. Nos contó lo que había hecho Madeleine. Había sujetado las piernas de Diane a los barrotes de la cuna con correas de cuero y la había golpeado con una tablilla. Tal vez hubiera hecho cosas peores cuando él no estaba allí. En la espalda de la niña aparecieron una vez las marcas del atizador, le pareció. Al contárnoslo se apoderó de él su semisonrisa de disculpa; no le quedaba otra que negar con la cabeza y tragar.

Estuvo fuera dos días. Mi padre puso las noticias de las diez.

—¡Bueno, habrá que ver si han cogido al viejo Benny! —exclamó.

En la tarde del segundo día, tío Benny entró en nuestro patio y se quedó sentado un momento en el coche, sin mirarnos. Luego se bajó despacio y caminó con paso digno y cansino hacia la casa. No traía a Diane consigo. ¿Habíamos esperado que se la llevara?

Estábamos en la losa de cemento frente a la puerta de la cocina. Mi madre



sentada en su tumbona de lona, que le evocaba jardines urbanos y tranquilidad, y mi padre en una silla de respaldo recto de la cocina. Solo había unos pocos insectos en esa época del año. Contemplábamos la puesta de sol. A veces mi madre nos reunía a todos para ver la puesta de sol, como si fuera algo que había colocado ella allí, y eso lo estropeaba un poco —no mucho después me negaría a hacerlo—, pero así y todo no había mejor lugar en el mundo para contemplar la puesta de sol que el final de Flats Road. Así lo decía mi madre.

Mi padre había colocado la puerta mosquitera ese día. Owen, desobediente, se columpiaba en ella para oír el familiar chasquido del muelle al expandirse y contraerse de golpe. Le decían que no lo hiciera, que parara, pero con mucho sigilo, a espaldas de mis padres, empezaba de nuevo.

A tío Benny lo envolvía una melancolía tan profunda que ni siquiera mi madre se atrevió a interrogarlo directamente. Mi padre me dijo en voz baja que fuera a buscar una silla de la cocina.

—Benny, siéntate. Debes de estar agotado del viaje. ¿Qué tal te ha ido el coche?

—Ha ido bien.

Se sentó. No se quitó el sombrero. Se quedó rígido, como si estuviera en un lugar desconocido donde no esperaba ni deseaba que lo recibieran bien. Al final mi madre se dirigió a él con alegría y despreocupación forzadas.

—Bueno. ¿Viven en una casa o en un apartamento?

—No lo sé —respondió tío Benny con severidad. Al cabo de un rato, añadió—: No la encontré.

—¿No encontraste la casa donde viven?

Él hizo un gesto de negación.

—Entonces, ¿no las has visto?

—No.

—¿Perdiste la dirección?

—No. La tenía escrita en un papel. Aquí lo tengo. —De la billetera del bolsillo sacó un papel y nos lo enseñó, luego leyó en alto—: «1.249 Ridlet Street». —Lo dobló y volvió a guardarlo. Todos sus movimientos parecían ralentizados, ceremoniosos, pesarosos—. No la encontré. No logré encontrar la casa.

—Pero ¿compraste un mapa de la ciudad? ¿Recuerdas que dijimos que irías a



una estación de servicio y pedirías un mapa de la ciudad de Toronto?

—Eso hice —dijo tío Benny con una especie de afligido júbilo—. Fui a una estación de servicio y pedí uno, pero me dijeron que no vendían mapas. Tenían mapas pero solo del condado.

—Tú ya tenías un mapa del condado.

—Eso les dije. Les dije que quería un mapa de la ciudad de Toronto. Me dijeron que no tenían.

—¿Probaste en otra estación de servicio?

—Si no tenían en esa, imaginé que no habría en ninguna.

—Podrías haberlo comprado en una tienda.

—No sabía a qué clase de tienda ir.

—¡Una papelería! ¡Unos grandes almacenes! Podrías haber preguntado en la estación de servicio dónde podías comprar uno.

—Me imaginé que en lugar de recorrer toda la ciudad, tratando de comprar un mapa, era mejor que preguntara a la gente cómo llegar allí, ya que tenía la dirección.

—Es muy arriesgado preguntar a la gente.

—Ni que lo digas —respondió tío Benny.

Cuando se vio con ánimos empezó a contar lo ocurrido.

—Primero pregunté a un tipo que me dijo que, cruzado un puente, llegaría a un semáforo rojo donde se suponía que tenía que torcer a la izquierda; pero cuando llegué allí no supe qué hacer. No sabía si torcer a la izquierda con el semáforo rojo o esperar a que se pusiera verde para hacerlo.

—Tuerces a la izquierda con el semáforo verde —gritó mi madre, desesperada—. Si tuerces a la izquierda con el semáforo rojo te topas con todos los coches que están cruzando delante de ti.

—Sí, lo sé, pero si tuerces a la izquierda con el semáforo verde te topas con los coches que vienen en dirección contraria.

—Pues esperas a que haya una brecha.

—Pero entonces te puedes pasar todo el día esperando, porque nadie te deja pasar. De modo que me bloqueé, no sabía qué tenía que hacer, y me quedé allí



sentado tratando de averiguarlo. Todos los coches que tenía detrás empezaron a tocar la bocina, y pensé, bueno, torceré a la derecha, eso sí que puedo hacerlo sin problema, y luego daré media vuelta y regresaré por donde he venido. Entonces estaré yendo en la dirección correcta. Pero no vi ningún lugar donde dar la vuelta y continué, continué sin parar. Luego me metí por una calle que llegaba a un cruce y seguí conduciendo hasta que pensé: Bueno, estoy completamente desorientado, así que voy a preguntar a alguien más. Y paré a una mujer que paseaba un perro con correa, pero me dijo que nunca había oído hablar de Ridlet Street. Dijo que llevaba veintidós años viviendo en Toronto y nunca había oído el nombre de esa calle. Llamó a un chico que pasaba en bicicleta y a él sí que le sonaba; me dijo que estaba justo en el otro extremo de la ciudad, y que por ese camino estaba saliendo de ella. Pero me pareció que sería más fácil rodear toda la ciudad que cruzarla, aunque llevara más tiempo, de modo que seguí y seguí, describiendo lo que me pareció una especie de círculo, y entonces vi que empezaba a oscurecer y pensé: Bueno, será mejor que me dé prisa, he de dar con esa casa antes de que oscurezca porque no me gustará ni un pelo conducir de noche...

Acabó durmiendo en el coche, después de abandonar la carretera y aparcar en el solar de una fábrica. Se había perdido entre fábricas, carreteras sin salida, almacenes, desguaces y vías de tren. Nos describió cada giro que había dado y a todas las personas que había pedido indicaciones; reprodujo lo que había dicho cada una y lo que había pensado entonces, las alternativas que había considerado, por qué en cada caso había decidido lo que había decidido. Se acordaba de todo. Había grabado en su mente un mapa del viaje. Y mientras hablaba de un paisaje diferente —coches, vallas publicitarias, edificios industriales, carreteras, verjas cerradas y alambradas altas, vías de tren, altos terraplenes de bloques de hormigón, cobertizos de chapa de zinc, cajas de cartón y un montón de desechos atascados o simplemente flotando—, todo parecía surgir a nuestro alrededor gracias a su voz monótona, que recordaba meticulosamente todo, y podíamos verlo, podíamos ver cómo era estar allí perdido, cómo era no encontrar algo o seguir buscando.

No obstante, mi madre protestó:

—¡Pero así son las ciudades! ¡Por eso hace falta un mapa!

—Y esta mañana me he despertado —dijo tío Benny como si no la hubiera oído— y me ha parecido que lo mejor que podía hacer era largarme de allí como pudiera.

Mi padre suspiró y asintió. Era cierto.



Así, paralelo a nuestro mundo, estaba el mundo de tío Benny, como un perturbador reflejo distorsionado, que era lo mismo pero sin serlo del todo. En ese mundo la gente podía hundirse en arenas movedizas, ser derrotada por fantasmas o por horribles y vulgares ciudades; la suerte y la maldad eran colosales e impredecibles; nada era merecido, todo podía suceder; las derrotas eran recibidas con demencial satisfacción. Era su gran logro sin él saberlo, hacémoslo ver.

Owen se columpiaba en la puerta mosquitera, cantando en un tono cauteloso y despectivo, como solía hacer cuando se mantenían conversaciones largas:

*Tierra de esperanza y gloria,
madre de los que son libres,
cómo podremos alzarte
nosotros que hemos nacido de ti.*

Esa canción se la había enseñado yo; aquel año cantábamos esa clase de himnos todos los días en el colegio, para ayudar a salvar Gran Bretaña de Hitler. Mi madre decía que era «patriótica» pero yo no la creía.

Mi madre se quedó sentada en su silla de lona y mi padre en una de madera; no se miraron. Pero estaban conectados, y esa conexión era clara como el agua, y existía entre nosotros y tío Benny, entre nosotros y Flats Road, y seguiría existiendo entre nosotros y cualquier cosa. Eso mismo pasaba a veces en invierno, cuando repartían dos manos de cartas y se sentaban a la mesa de la cocina a jugar mientras esperaban las noticias de las diez, después de mandarnos a la cama al piso de arriba. Y el piso de arriba parecía estar a millas por encima de ellos, oscuro y lleno del ruido del viento. Allá arriba descubrías lo que nunca recordabas abajo en la cocina: que estábamos en una casa tan pequeña y cerrada como un barco en alta mar, en medio de los aullidos de un temporal. Parecían hablar y jugar a cartas, en un pequeño punto de luz muy lejano, de forma irrelevante; sin embargo esa idea de ellos, prosaica como un hipo, familiar como el aliento, era lo que me sostenía, lo que me hacía señas desde el fondo del pozo cuando me quedaba dormida.

Tío Benny no volvió a tener noticias de Madeleine o, si las tuvo, no nos las mencionó. Cuando le tomaban el pelo o le preguntaban por ella, parecía recordarla sin pesar, y con cierto desdén por tratarse de algo o de alguien de quien se había



desembarazado hacía mucho, como las tortugas.

Al cabo de un tiempo todos nos reíamos al recordar a Madeleine bajando la carretera con su chaqueta roja, las piernas como tijeras, lanzando insultos por encima del hombro a tío Benny que la seguía con su hija. Nos reíamos al pensar en el alboroto que armaba, y en lo que le había hecho a Irene Pollox y a Charlie Buckle. Tío Benny podría haberse inventado las palizas, dijo por fin mi madre, y eso la tranquilizó; ¿cómo iba uno a creerle? La misma Madeleine podría haber sido una invención suya. La recordábamos como una anécdota, y sin nada más que ofrecer le dimos nuestra extraña, tardía y cruel aprobación.

«¡Madeleine! ¡Esa loca!»



HEREDEROS DEL CUERPO VIVO

El nombre de la casa, Jenkin's Bend, estaba pintado en un letrero —obra de tío Craig— que colgaba del porche delantero, entre una enseña roja y una bandera británica. Parecía una estación de reclutamiento o un puesto fronterizo. Había sido una oficina de correos y todavía desprendía un aire oficial y semipúblico, porque tío Craig era el secretario del municipio de Fairmile, y la gente acudía a él para obtener licencias matrimoniales y otra clase de permisos; el Consejo Municipal se reunía en su guarida, o despacho, que estaba amueblado con archivadores, un sofá de cuero negro, un enorme escritorio de tapa corrediza, más banderas, un cuadro de los Padres de la Confederación y otro del rey con la reina y las pequeñas princesas, todos ataviados con las galas de la coronación. También había una fotografía enmarcada de una casa de madera que antes estaba en el lugar ocupado actualmente por esa enorme y bonita casa de ladrillo corriente. Esa foto parecía haber sido tomada en otro país, donde todo era mucho más bajo, empantanado y lúgubre que allí. Un seto borroso, con muchos arbustos de hoja perenne puntiagudos y negros, cercaba los edificios, y la carretera que se veía en primer término estaba hecha de leños.

—Lo que llamaban un camino de troncos —me instruyó tío Craig.

Varios hombres en mangas de camisa, con bigote caído y una expresión feroz y al mismo tiempo impotente, posaban alrededor de un caballo y un carro. Cometí el error de preguntarle a tío Craig si salía él en la foto.

—Creía que sabías leer —respondió, y señaló la fecha garabateada bajo las ruedas del carro: «10 de junio de 1860»—. Mi padre ni siquiera era adulto entonces. Ahí lo tienes, detrás de la cabeza del caballo. No se casó hasta 1875. Yo nací en 1882. ¿Responde eso tu pregunta?

Se había disgustado conmigo, no porque le hubiera herido en su vanidad sino por mis nociones inexactas del tiempo y la historia.

—Cuando yo nací —continuó con severidad—, todo ese bosque que ves en la foto había desaparecido, al igual que esa carretera. Había una carretera de grava.

Era ciego de un ojo, que seguía oscuro y empañado aún después de habérselo operado. Tenía la cara cuadrada y fofa, y el cuerpo robusto. Había otra fotografía, no en esa habitación sino en el salón, al otro lado del pasillo, en la que se le veía tumbado en una alfombra frente a sus padres, ya en edad avanzada y sentados: un



adolescente rubio, rollizo y satisfecho de sí mismo, con la cabeza apoyada en un codo. Tía Grace y tía Elspeth, las hermanas pequeñas, con flequillos rizados y trajes de marinero, estaban sentadas sobre cojines, a su cabeza y a sus pies. Mi abuelo, el padre de mi padre, que había muerto de gripe en 1918, estaba detrás, de pie, con tía Moira (¡entonces era delgada!), que vivía en Porterfield, a un lado, y al otro tía Helen, que se había casado con un viudo y viajado por todo el mundo y vivía ahora lujosamente en la Columbia Británica.

—Mira a tu tío Craig —decían tía Elspeth o tía Grace, quitando el polvo a la fotografía—. ¿No se le ve pagado de sí mismo como un gato panza arriba?

Hablaba como si todavía fuera ese chico ahí tumbado en su cautivadora insolencia para que ellas lo miraran y se rieran de él.

Tío Craig daba información; alguna me interesaba, otra no. Quería oírle hablar del origen del nombre de Jenkin's Bend, de ese joven que había muerto junto a un árbol caído un poco más arriba de la carretera y que llevaba menos de un mes viviendo en el campo. El abuelo de tío Craig, mi tatarabuelo, que construyó su casa y abrió su oficina de correos allí, fundó lo que esperaba y creía que algún día sería una ciudad importante, y le puso el nombre de ese joven, ya que ¿por qué si no alguien iba a recordar a ese joven soltero?

—¿Dónde lo mataron?

—En la carretera, a un cuarto de milla de aquí.

—¿Puedo ir a echar un vistazo?

—No hay nada que lo señale. No es la clase de cosa por la que se pone un letrero.

Tío Craig me miró con desaprobación; no le movía la curiosidad. A menudo me tomaba por frívola y estúpida, pero no me importaba demasiado; había en su juicio algo grande e impersonal que me hacía libre. Él mismo no se sentía dolido ni menoscabado en ningún sentido por mi deficiencia, aunque la señalara. Esa era la gran diferencia entre decepcionarlo a él y decepcionar a alguien como a mi madre, o incluso a mis tías. El egocentrismo masculino hacía que me sintiera relajada en su compañía.

La otra clase de información que me ofrecía estaba relacionada con la historia política del condado de Wawanash, las lealtades familiares, la manera en que las personas se relacionaban entre sí, qué había ocurrido en las elecciones. Era la primera persona que yo conocía que creía realmente en el mundo de los acontecimientos



públicos y de la política, que no cuestionaba que él mismo formaba parte de todo ello. Aunque mis padres siempre escuchaban las noticias y se sentían desalentados o aliviados por lo que oían (sobre todo desalentados, porque era a comienzos de la guerra), yo tenía la sensación de que, para ellos así como para mí, todo lo que ocurría en el mundo estaba fuera de control, era irreal y, no obstante, desastroso. Tío Craig no estaba tan desmoralizado. Veía sencillamente una relación entre él, que manejaba los asuntos del municipio, fastidiosos como eran a menudo, y el primer ministro de Ottawa manejando los asuntos del país. Y tenía una visión de la guerra muy optimista, una gran erupción en la vida política de cada día que tendría que apagarse por sí misma; le interesaba más la repercusión que tendría en las elecciones, o lo que supondría la cuestión del servicio militar obligatorio para el Partido Liberal, que los progresos de la guerra en sí. Aun así era patriótico; había colgado la bandera y vendía Bonos de la Victoria.

Cuando no trabajaba en los asuntos del municipio estaba ocupado en dos proyectos: una historia del condado de Wawanash y un árbol genealógico que se remontaba a 1670 en Irlanda. Nadie de nuestra familia había hecho nada extraordinario. Se habían casado con otros protestantes irlandeses y habían tenido familias numerosas. Algunos no se casaron. Varios de los hijos murieron jóvenes. En nuestra familia cuatro murieron en un incendio. Un hombre perdió dos esposas en el parto. Otro se casó con una católica romana. Llegaron a Canadá y llevaron la misma vida, casándose a menudo con presbiterianos escoceses. Y tío Craig creía necesario averiguar los nombres de todos esos antepasados, los contactos que tenían unos con otros, las fechas detalladas de su nacimiento, matrimonio y defunción, o simplemente las de su nacimiento y defunción si eso era todo lo que les había ocurrido; averiguaba los datos a menudo con mucho esfuerzo y gran cantidad de correspondencia a lo largo y ancho del mundo (no olvidó la rama de la familia que había ido a Australia), y lo escribía todo, en orden, con su caligrafía grande y cuidadosa. No pedía que ningún miembro de la familia hubiese hecho algo más interesante o escandaloso que casarse con un católico romano (la religión de la mujer estaba escrita en tinta roja debajo de su nombre); de hecho, si alguien lo hubiera hecho habría alterado todo su trabajo. Lo importante no eran los nombres individuales sino la sólida e intrincada estructura de vidas que nos soportaban desde el pasado.

Lo mismo podía decirse de la historia del condado, que se había iniciado, desarrollado y asentado, hasta entrar finalmente en un lento declive con solo modestos desastres, como el incendio de Tupperton, las inundaciones periódicas del río Wawanash, algunos inviernos muy duros, unos cuantos asesinatos sin misterio; y



había dado solo con tres figuras de relieve: un juez del Tribunal Supremo, un arqueólogo que había realizado excavaciones de pueblos indígenas alrededor de la bahía de Georgia y escrito un libro sobre ellos, y una mujer cuyos poemas solían aparecer publicados en los periódicos de Canadá y Estados Unidos. Eso no era lo que importaba sino la vida cotidiana. Los archivos y los cajones de tío Craig estaban llenos de recortes de periódico, cartas con descripciones del tiempo, el informe de un caballo que se había escapado, listas de los asistentes a los funerales, una gran acumulación de hechos de lo más corrientes que a él le correspondía ordenar. Todo tenía que incluirse para que fuera una historia completa del condado de Wawanash. No pensaba omitir nada. Por esa razón, cuando murió solo había llegado hasta el año 1909.

Cuando años después leí en *Guerra y paz* cómo Natasha «concedía, aun sin entenderlo, gran importancia a todo lo que fuera una ocupación intelectual y abstracta de su marido», no pude menos que pensar en tía Elspeth y tía Grace. Nada habría cambiado si tío Craig hubiera tenido realmente «una ocupación intelectual y abstracta», o hubiera pasado los días clasificando plumas de gallina; las dos estaban dispuestas a creer en lo que hacía. Él solo tenía una vieja máquina de escribir negra, con el reborde metálico alrededor de las teclas y las largas varillas negras a la vista; cuando empezaba el teclear lento, ruidoso y titubeante pero autoritario, ellas bajaban la voz y se miraban con ridículas caras de reproche por el estrépito de una cazuela. «¡Craig está trabajando!» No me dejaban salir al porche por miedo a que pasara por delante de su ventana y lo molestara. Respetaban el trabajo de los hombres por encima de cualquier cosa; también se reían de él. Era extraño; creían firmemente en su importancia y al mismo tiempo daban a entender que, desde cierto punto de vista, era frívolo e intrascendente. Y jamás interferían con él; una línea muy nítida separaba el trabajo de los hombres del de las mujeres, y cualquier amago de atravesar esa línea lo recibían con una risa alegre, asombrada y, a su pesar, desdeñosa.

Era en el porche donde se sentaban a pasar la tarde, concluida la maratón matinal de fregar suelos, escardar pepinos, desenterrar patatas, recoger judías y tomates, envasar, encurtir, lavar, almidonar, rociar, planchar, encerar, hornear. Pero no permanecían ociosas allí sentadas; en su regazo siempre había algo: cerezas que deshuesar, guisantes que desenvainar, manzanas que vaciar. En sus manos, sus viejos cuchillos de mondar de mango de madera oscura se movían a una velocidad pasmosa, casi vengativa. Pasaban dos o tres coches a la hora por allí, ocupados por gente del pueblo, y al hacerlo solían disminuir la velocidad y saludar con la mano. Tía Elspeth o tía Grace gritaba la hospitalaria fórmula del campo: «¡Descansen un rato de esa carretera polvorienta!», y los ocupantes del coche respondían: «¡Lo



haríamos si tuviéramos tiempo! ¿Cuándo van a venir a vernos?».

Tía Elspeth y tía Grace contaban historias. Yo no tenía la sensación de que me las contaran a mí, para entretenerme, sino que era como si las hubieran contado igualmente para su propio disfrute aunque hubieran estado solas.

—Oh, el empleado que tenía padre, ¿te acuerdas?, el extranjero, tenía un carácter del demonio, si me permites la expresión. ¿Qué era, Grace..., era alemán?

—Austriaco. Llegó por la carretera buscando trabajo y padre lo contrató. Madre nunca dejó de tenerle miedo, no se fiaba de los forasteros.

—Bueno, no me extraña.

—Lo hacía dormir en el granero.

—Siempre gritaba y maldecía en austriaco. ¿Te acuerdas cuando saltábamos por encima de sus coles? El torrente de tacos extranjeros que soltaba te helaba la sangre.

—Hasta que decidí escarmentarlo.

—¿Qué estaba haciendo aquella vez? Estaba en el huerto, quemando un montón de ramas...

—Orugas.

—Eso es, estaba quemando orugas y tú te pusiste un mono de Craig, lo llenaste de cojines y te recogiste el pelo debajo de un sombrero de fieltro de padre, y te pintaste las manos y la cara para parecer negra...

—Y cogí el cuchillo de la cocina, el mismo cuchillo largo y espantoso que todavía tenemos...

—Y te acercaste a hurtadillas por el huerto y te escondiste detrás de los árboles, mientras Craig y yo observábamos desde la ventana del piso de arriba.

—Madre y padre seguramente no estaban.

—¡No, se habían ido a la ciudad! ¡Habían ido a Jubilee en la calesa!

—Me detuve a unos cinco metros de él y salí de detrás del tronco de un árbol y... ¡santo cielo, el grito que soltó! Gritó y pegó fuego al cobertizo. ¡Era un cobarde redomado!

—Entonces entraste en la casa, te quitaste esa ropa y te restregaste bien antes de que madre y padre regresaran de la ciudad. Allí estábamos todos, sentados alrededor de la mesa de la cena, esperándolo. En nuestro fuero interno confiábamos



en que hubiera huido.

—Yo no. Quería ver el efecto.

—Entró pálido como el papel y tétrico como Satanás, se sentó y no dijo una palabra. Esperamos al menos que mencionara que había un negro loco suelto en el campo, pero nunca lo hizo.

—¡No quiso confesar lo cobarde que había sido!

Se rieron hasta que se les cayó la fruta del regazo.

—¡No era siempre yo la que se inventaba travesuras! ¡Fue a ti a quien se le ocurrió atar las latas a la puerta de casa una noche que fui a un baile! No lo olvidemos.

—Saliste con Maitland Kerr. (Pobre Maitland, ha muerto.) Fuiste a un baile en Jericho...

—¡Jericho! ¡Era un baile en la Stone School!

—De acuerdo, donde fuera, luego lo llevaste hasta la puerta de casa para darle las buenas noches, lo hiciste entrar, los dos silenciosos como corderos...

—Y abajo cayeron...

—Sonaron como si hubiera habido un alud. Padre se levantó de un salto de la cama y cogió la escopeta. ¿Te acuerdas de la escopeta que tenía en su habitación, detrás de la puerta? ¡Qué confusión! ¡Y yo metida en la cama, con la almohada dentro de la boca para que nadie me oyera reír!

Aún no habían renunciado a gastar bromas. Tía Grace y yo entramos una vez en el dormitorio donde tía Elspeth dormía la siesta tumbada boca arriba, roncando regiamente, y levantando la colcha con gran cuidado le atamos los tobillos con una cinta roja. Un domingo por la tarde, cuando tío Craig se quedó dormido en el sofá de cuero de su despacho, me pidieron que lo despertara y le dijera que lo esperaba una joven pareja que había venido a pedir una licencia matrimonial. Se levantó gruñendo, fue a la cocina, se lavó la cara en el fregadero, se mojó y peinó el pelo, se puso la corbata, el chaleco y la americana —jamás habría entregado una licencia sin ir vestido con la ropa adecuada— y se dirigió a la puerta delantera. Había una anciana con una larga falda a cuadros y un chal sobre la cabeza, encorvada y apoyada en un bastón, y un anciano igual de encorvado, con un traje brillante y un antiguo sombrero de fieltro. Todavía atontado por el sueño, tío Craig dijo con recelo: «Bueno, cómo están...», antes de montar en cólera: «¡Elspeth! ¡Grace! ¡Vaya par de diablos!».



A la hora de ordeñar se anudaban un pañuelo a la cabeza, con los extremos colgando como pequeñas alas, se ponían toda clase de prendas raídas y salían a deambular por los senderos de las vacas, cogiendo un palo por el camino. Sus vacas tenían pesados cencerros colgados al cuello. Una vez tía Elspeth y yo seguimos el sonido lánguido y esporádico de esos cencerros hasta el borde del monte y allí vimos un ciervo, totalmente inmóvil, entre los tocones y los helechos poblados. Tía Elspeth no dijo una palabra, pero alargó el palo como un monarca ordenándome que me quedara quieta, y pudimos contemplarlo un momento antes de que él nos viera y diera un salto de forma que su cuerpo pareció trazar medio círculo en el aire, como haría un bailarín, y se adentrara dando brincos, con el rítmico movimiento de sus cuartos traseros, en el monte. Era una noche calurosa y totalmente silenciosa, y la luz caía en franjas sobre los troncos de los árboles, dorada como la piel de un melocotón. «Antes los veíamos a menudo —dijo tía Elspeth—. Cuando éramos pequeñas los veíamos al ir al colegio. Pero ahora no. Es la primera vez que veo uno en no sé cuántos años.»

En el establo me enseñaron a ordeñar, lo cual no es tan fácil como parece. Se turnaban en acertar a meter un chorro de leche en la boca de un gato que se levantaba sobre sus patas traseras a unos pocos palmos de distancia. Era un gato a rayas de aspecto sucio llamado Robber. Apareció tío Craig, todavía con la camisa almidonada, las mangas enrolladas, el chaleco con la parte trasera brillante y un bolígrafo y un lápiz prendidos en el bolsillo. Manejaba la desnatadora. A tía Elspeth y a tía Grace les gustaba cantar mientras ordeñaban. Cantaban «Meet me in Saint Louis, Louis, meet me at the fair», «I've got sixpence, jolly jolly sixpence» y «She'll be coming'round the mountain when she comes...». Cantaban a la vez canciones diferentes, cada una tratando de ahogar la voz de la otra, y se quejaban: «¡No sé de dónde ha sacado esta mujer la idea de que sabe cantar!». El ordeñar las volvía atrevidas y alegres. Tía Grace, a quien le daba miedo entrar en la despensa de la casa por si había un murciélago, no dudaba en cruzar el corral atizando en la grupa a las vacas de largos cuernos, persiguiéndolas hacia la verja para que salieran y regresaran a los pastos. Tía Elspeth levantaba las tinas para la nata con un movimiento enérgico y natural, casi desdeñoso, como el de un joven muchacho.

Sin embargo, esas eran las mismas mujeres que en casa de mi madre se convertían en unas señoras de edad hurañas, maliciosas y susceptibles. Fuera del alcance del oído de mi madre, solían decirme: «¿Este es el cepillo con el que te peinas? ¡Creíamos que era para el perro!». O bien: «¿Con esto secas los platos?». Se inclinaban sobre las cazuelas, restregando sin parar hasta el último rastro de hollín que se había acumulado desde la última vez que habían estado en casa. Escuchaban



con pequeñas sonrisas perplejas todo lo que mi madre tenía que decir: su franqueza y extravagancia las paralizaba momentáneamente, y solo podían parpadear con cara de impotencia, como si se enfrentaran a una luz brutal.

Las palabras más amables de mi madre solían ser las menos acertadas. Tía Elspeth sabía tocar el piano de oído; se sentaba y tocaba las piezas que conocía: «My Bonny Lies over the Ocean» y «Road to the Isles». Mi madre se ofreció a enseñarle a leer las partituras.

—Así podrás tocar piezas realmente buenas.

Tía Elspeth rehusó con una carcajada delicada y poco natural, como si alguien se hubiera ofrecido a enseñarle a jugar al billar. Salió, encontró un parterre de flores descuidado y se arrodilló en el suelo bajo el ardiente sol del mediodía para arrancar las malas hierbas.

—De ese parterre ya no me ocupo. Lo he dado por perdido —gritó mi madre sin darle importancia pero con tono de advertencia, desde la puerta de la cocina—. ¡No hay nada plantado aparte de saxífragas, y pronto las arrancaré de todos modos!

Tía Elspeth siguió arrancando malas hierbas como si no la hubiera oído. Mi madre hizo una mueca de exasperación y finalmente se rindió; se dejó caer en su silla de lona, se recostó y cerró los ojos, y allí se quedó sin hacer nada, sonriendo furiosa, durante unos diez minutos. Mi madre caminaba en línea recta mientras que tía Elspeth y tía Grace zigzagueaban a su alrededor, retrocedían hasta perderse de vista y volvían a aparecer, escurridizas, melifluas, indestructibles. Ella las apartaba de su camino como si fueran telarañas; yo tenía más juicio.

De nuevo en su casa de Jenkin's Bend —adonde me llevaban a pasar la larga temporada de verano—, se volvían frescas y tersas como si las hubieran puesto en remojo. Yo advertía aquel cambio. Y, con ligeras punzadas de deslealtad, cambiaba el mundo de mi madre, un mundo de preguntas serias y escépticas, de tareas domésticas interminables pero de algún modo desatendidas, de grumos en el puré de patatas y de ideas inquietantes, por el de ellas, un mundo de trabajo y alegría, comodidad y orden, y de compleja formalidad. En su casa había todo un lenguaje nuevo que aprender. Allí las conversaciones tenían muchos niveles, no podía decirse nada de forma directa, todas las bromas podían ser una puñalada por la espalda. La desaprobación de mi madre era abierta e inconfundible, como el mal tiempo; la de ellas llegaba como si de pequeños cortes de navaja se tratase, de un modo desconcertante, en medio de la amabilidad. Tenían el don irlandés de la burla devastadora adornada de deferencia.



La hija de la familia que vivía en la granja vecina se había casado con un abogado, un hombre de la ciudad, y la familia se sentía muy orgullosa. Lo llevaron para presentárselo a tía Elspeth y tía Grace. Estas, para recibir a los visitantes, habían preparado merienda, abrigado la plata y sacado la vajilla pintada a mano, con los pequeños cuchillos de mango nacarado. Ofrecieron bizcochos, galletas de mantequilla, pan de frutos secos, tartas. El abogado era goloso, o tal vez solo era un joven desesperadamente desconcertado que comía por nerviosismo. Cogió bizcochos enteros que se desmigajaban al llevárselos a la boca y que le embadurnaban el bigote. A la hora de cenar, tía Grace, sin decir una palabra, empezó a imitar su forma de comer, que poco a poco fue exagerando, haciendo ruidos de engullir y cogiendo cosas imaginarias del plato. «¡Oh, el abogado!», exclamó tía Elspeth con elegancia, e, inclinándose sobre la mesa, inquirió: «¿Siempre... le ha interesado... la vida de campo?». Después de haber desplegado con él toda su cortesía, aquello me pareció ligeramente escalofriante; era una advertencia. «¿Se creerá que es alguien?» Esa era su condena final, pronunciada a la ligera. «Se cree que es alguien.» «¿Se creerán que son alguien?» La petulancia estaba en todas partes.

No es que estuvieran en contra del talento. Lo reconocían en su propia familia, nuestra familia. Pero lo que había que hacer, al parecer, era mantenerlo más o menos en secreto. La ambición era lo que las alarmaba, porque ser ambicioso era cortejar el fracaso y exponerte al ridículo. Lo peor que podía pasarte en esta vida, según entendí, era ser el hazmerreír.

—Tu tío Craig —me dijo tía Elspeth—, tu tío Craig es uno de los hombres más inteligentes, más apreciados y más respetados del condado de Wawanash. Podría haber formado parte del cuerpo legislativo. Podrían haberlo elegido senador, si hubiera querido.

—¿No lo eligieron?

—No seas boba, nunca se presentó. No quiso que pusieran su nombre en las listas. Prefirió no hacerlo.

Ahí estaba, la insinuación misteriosa y para mí novedosa de que escoger no hacer algo demostraba, a la larga, más sabiduría y amor propio que hacerlo. Les gustaba que la gente rehusara ofrecimientos, como propuestas de matrimonio, puestos de trabajo, oportunidades, dinero. Mi prima Ruth McQueen, que vivía en Tupperton, había obtenido una beca para ir a la universidad, porque era muy lista, pero se lo pensó bien y la rechazó; decidió quedarse en casa.

—Prefirió no hacerlo.



¿Qué había de admirable en ello? Como ciertas armonías sutiles de la música o los colores, las maravillas del rechazo se me escapaban. Pero no estaba dispuesta, como mi madre, a negar que existieran.

—Le dio miedo sacar la cabeza de su madriguera —fue todo lo que mi madre tuvo que decir sobre Ruth McQueen.

Tía Moira estaba casada con tío Bob Oliphant. Vivían en Porterfield y tenían una hija, Mary Agnes, que había nacido al cabo de bastantes años de vida conyugal. Durante el verano tía Moira a veces recorría en coche las treinta millas de Porterfield a Jenkin's Bend para hacer una visita vespertina, y se traía consigo a Mary Agnes. Tía Moira sabía conducir. A tía Elspeth y a tía Grace les parecía algo muy valiente (mi madre estaba aprendiendo a conducir nuestro coche, y les parecía imprudente e innecesario). Veían el anticuado coche de techo cuadrado cruzar el puente y acercarse por la carretera desde el río, y salían a saludarla con gritos de aliento, admiración y bienvenida, como si acabara de abrirse paso por el Sáhara, en lugar de por las polvorientas y áridas carreteras de Porterfield.

Esa ligera malicia que danzaba bajo sus cortesías con el resto del mundo estaba totalmente ausente en las atenciones que se prodigaban los hermanos unos a otros. Para ellos solo tenían ternura y orgullo. Y para Mary Agnes Oliphant. Yo no podía evitar pensar que la preferían a ella. Disfrutaban de mi compañía y me acogían calurosamente en su casa, era cierto, pero yo estaba corrompida por otras influencias y por la mitad de mi herencia genética; mi crianza estaba plagada de herejías que nunca podrían enderezarse del todo. Mary Agnes era recibida con un afecto más puro, brillante y firme.

En Jenkin's Bend nunca se hablaba de si le pasaba algo a Mary Agnes. De hecho, no le pasaba gran cosa; era casi como las demás personas. Solo que no te la imaginabas entrando sola en una tienda y comprando algo, o yendo a alguna parte ella sola; tenía que ir con su madre. No era idiota, no se parecía en nada a Irene Pollock y Frankie Hall de Flats Road; desde luego no era lo suficientemente idiota para que le dejaran dar vueltas gratis todo el día en el tiiovivo de la feria de los Kinsmen, como a ellos (imaginando que tía Moira le hubiera dejado montar semejante número). Su piel tenía un aspecto polvoriento, como si la recubriera una fina y sucia lámina de vidrio o un ligero papel engrasado.

—Le faltó oxígeno —me dijo mi madre, obteniendo cierta satisfacción, como siempre, de las explicaciones—. Le faltó oxígeno en el canal del parto. Tío Bob Oliphant le sostuvo las piernas juntas a tía Moira al ir al hospital porque el médico le dijo que podía tener una hemorragia.



Yo no quería oír nada más. Para empezar rehuía la idea de que aquello era algo que podía suceder a cualquiera, que yo misma podría haber salido obtusa, todo por falta de algo tan identificable, mensurable y corriente como el oxígeno. Y el término canal del parto me hacía pensar en un río de sangre de márgenes rectas. Imaginé a tío Bob Oliphant sujetando las piernas pesadas y varicosas de tía Moira mientras ella jadeaba con dolores de parto; nunca pude volver a verlo sin pensar en eso. Cuando íbamos a su casa, lo veíamos sentado junto a la radio fumando su pipa, escuchando *Boston Blackie* o *Police Patrol*, con sus chirridos de neumáticos y sus disparos, mientras asentía solemne con la cabeza calva. ¿Había tenido la pipa en la boca mientras sostenía las piernas de tía Moira? ¿Había asentido solemne en medio del alboroto causado por ella, como hacía con *Boston Blackie*?

Tal vez debido a ese incidente me parecía que la melancolía que desprendía tía Moira tenía un hedor ginecológico, como el de las vendas elásticas que le cubrían las piernas. Hoy día la reconocería como una mujer que probablemente sufre de varices, hemorroides, la matriz descolgada, ovarios enquistados, inflamaciones, secreciones, bultos y piedras en varios lugares; una de esas destrozadas supervivientes de la vida femenina de andar pesado y cauteloso, con historias que contar. Se sentaba en la mecedora de mimbre del porche, vestida, a pesar del calor, con un traje formal de varias capas, oscuro y bordado con cuentas que titilaban, un gran sombrero como un turbante, medias color tierra que a veces se enrollaba hasta los tobillos, para dejar «respirar» los vendajes. No podía decirse gran cosa a favor del matrimonio si la comparabas a ella con sus hermanas, que todavía se levantaban de un salto, seguían desprendiendo un olor fresco y saludable, y de vez en cuando mencionaban con desdén las medidas de sus cinturas. Hasta para levantarse o sentarse, o para mecerse, tía Moira soltaba murmullos quejumbrosos, involuntarios y elocuentes como los ruidos de la digestión o los gases.

Nos hablaba de Porterfield. No era una ciudad donde estaba prohibida la venta de alcohol, como Jubilee, sino que había allí dos tabernas situadas una frente a la otra en la calle principal, en cada uno de los hoteles. A veces, a altas horas de la noche de un sábado o por la mañana temprano de un domingo, se producía una horrible pelea callejera. La casa de tía Moira estaba a media manzana de la calle principal y muy cerca de la acera. A oscuras detrás de sus ventanas había visto a hombres aullar como salvajes; había visto un coche volcar y estrellarse contra un poste telefónico, clavándose el volante en el corazón del conductor; había visto a dos hombres arrastrar a una chica que estaba tan borracha que apenas podía tenerse en pie, y a la chica orinarse en medio de la calle. Había limpiado el vómito de los borrachos de la verja pintada de su casa. Todo eso no era más de lo que cabía esperar.



Y no eran solo los borrachos del sábado, sino los tenderos, los vecinos y los repartidores los que estafaban, eran groseros y cometían indignidades. La voz de tía Moira, al contarlo con parsimonia, se extendía a lo largo del día, a lo largo del patio, como una marea negra, y tía Elspeth y tía Grace se solidarizaban con ella.

—¡Bueno, no se te puede pedir que lo toleres!

—No sabemos lo afortunadas que somos aquí.

Y entraban y salían corriendo con tazas de té, vasos de limonada, galletas de mantequilla y levadura, una tarta de Martha Washington, pedazos de pastel con pasas y pequeños dulces de frutas escarchadas envueltas en coco, deliciosos para mordisquear.

Mary Agnes se quedaba sentada, escuchando sonriente. Me sonreía. No era una sonrisa inocente sino la sonrisa de una persona que de forma arbitraria, e incluso bastante despótica, ofrece a una niña toda la sociabilidad que, por miedo o por costumbre, no puede ofrecer a nadie más. Tenía el pelo negro cortado a lo *garçon*, y en su cuello aceitinado y delgado se le notaba un sarpullido; llevaba gafas. Tía Moira la vestía como la estudiante de instituto que nunca había sido, con faldas plisadas y a cuadros holgadas por la cintura, y blusas blancas de manga larga y demasiado grandes, pulcramente lavadas. Iba sin maquillar, sin polvos faciales siquiera para disimular el suave y oscuro vello en las comisuras de la boca. Me hablaba con el tono severo, amedrentador e incierto de quien no solo te toma el pelo sino que imita a alguien que toma el pelo, que imita el modo en que ciertas personas joviales e impetuosas, los tenderos tal vez, hablan con los niños.

—¿Para qué haces eso? —me preguntó al acercarse y sorprenderme mirando por los pequeños paneles de vidrio de colores de la puerta principal. Acercó su ojo al vidrio de color rojo—. ¡El patio está en llamas! —gritó, y se rió de mí como si lo hubiera dicho yo.

Otras veces se escondía en el oscuro salón, y se levantaba de un salto y me cogía por detrás, tapándome los ojos con las manos.

—¡Adivina quién soy, adivina quién soy!

Me estrujaba y me hacía cosquillas hasta que yo chillaba. Tenía las manos calientes y secas, y sus abrazos eran feroces. Yo forcejeaba con todas mis fuerzas, pero no podía insultarla como haría con alguien del colegio, no podía escupirle ni estirarle del pelo, debido a su edad —era nominalmente una adulta— y a su condición de protegida. De modo que la consideraba una abusona y le decía —aunque no en Jenkin's Bend— que la odiaba. Al mismo tiempo me intrigaba, y no me



disgustaba del todo, descubrir lo importante que era —de un modo que no podía entender siquiera— para alguien que no era absolutamente importante para mí. Me arrojaba a la alfombra del vestíbulo y me hacía cosquillas en la barriga con ferocidad, como si fuera un perro, y yo me quedaba parada de asombro cada vez, por su fuerza impredecible y sus sucios trucos; me asombraba como deben asombrarse las personas secuestradas al descubrir que en el extraño mundo de sus secuestradores tienen un valor que no se corresponde para nada con la percepción que tienen de sí mismos.

También sabía algo que le había ocurrido a Mary Agnes. Me lo había contado mi madre. Hacía ya años, estaba fuera en el patio delantero de su casa de Porterfield, mientras tía Moira lavaba la ropa en el sótano, cuando pasaron unos chicos, cinco. La habían persuadido para que diera un paseo con ellos y la habían llevado al descampado del parque de atracciones, donde le habían quitado toda la ropa y la habían dejado allí, tumbada en el frío barro; ella había cogido una bronquitis de la que casi había muerto. Por esa razón ahora tenía que llevar ropa interior abrigada incluso en verano.

Supongo que lo degradante (porque mi madre me contó la historia para advertirme de que era posible caer en la degradación si alguna vez unos chicos te camelaban para irte con ellos) residía en estar tumbada sin ropa, en estar desnuda. Tener que verme desnuda, la sola idea de estar desnuda, me provocaba un nudo de vergüenza en la boca del estómago. Cada vez que pensaba en el médico bajándome las bragas y clavándome la aguja en las nalgas, por la viruela, me sentía denigrada, frenética e insoportablemente humillada. Pensaba en el cuerpo de Mary Agnes, expuesto en el suelo de aquel parque, con sus frías e irritadas nalgas sobresaliendo (me parecían la parte más deshonrosa e indefensa del cuerpo), y pensaba que si me hubiera sucedido a mí, si me hubiera visto en esa situación, me habría muerto.

—Del, Mary Agnes y tú deberíais dar un paseo.

—¿Por qué no vais al cobertizo a ver si está Robber?

Me levanté obediente, y al doblar la esquina del porche golpeé el enrejado con un palo en señal de feroz desánimo. No quería ir con Mary Agnes. Quería quedarme allí y seguir comiendo, y oír hablar más de Porterfield, esa ciudad huraña y depravada llena de pseudosgángsteres que no eran de fiar. Oí a Mary Agnes detrás de mí con su pesado corretear a trompicones.

—Mary Agnes, ponte a la sombra siempre que puedas. No vayas en bote por el río. ¡Puedes coger un resfriado en cualquier estación del año!



Bajamos la carretera bordeando la orilla. En medio del calor de los secos campos cubiertos de rastros, de los cuarteados lechos de los riachuelos, de las carreteras polvorientas y blanquecinas, el río Wawanash era un cauce de frescura. En la sombra que daban las delgadas hojas de los sauces se filtraban los rayos del sol. El barro de las orillas estaba seco pero no había llegado a convertirse en polvo; era como un bizcocho glaseado, delicadamente crujiente por la superficie pero húmedo y fresco por dentro, sobre el que daba gusto andar. Me quité los zapatos y continué descalza. Mary Agnes silbó.

—¡Me voy a chivar!

—Haz lo que quieras. —Y la insulté en voz muy baja.

Las vacas habían bajado al río y se veían sus huellas en el barro. También habían dejado boñigas de una bonita forma redondeada, que cuando se secaban parecían objetos, como tapas de barro hechas a mano. A lo largo de ambas orillas había alfombras de hojas de lirio, y aquí y allá un nenúfar amarillo, tan pálido, tranquilo y deseable que sentí el impulso de meterme el vestido por dentro de las bragas y caminar por el agua entre las raíces que succionaban mis pies, hundiéndome en el barro negro que rezumaba entre los dedos y enturbiaba el agua, enterrando las hojas y los pétalos de lirio.

—Vas a ahogarte, vas a ahogarte —gritó Mary Agnes con irritada excitación, aunque no me había hundido más allá de las rodillas.

Una vez en la orilla, las flores se volvían toscas y hediondas, y empezaban a morir inmediatamente. Seguí andando olvidándome de ellas, aplastando los pétalos en mis puños.

Nos topamos con una vaca muerta que estaba tumbada con las patas traseras en el agua. Las moscas negras se arrastraban y apiñaban sobre su piel marrón y blanca, centelleando como un bordado con cuentas cuando el sol se reflejaba en ellas.

Cogí un palo y le di unos golpes. Las moscas alzaron el vuelo, describieron un círculo y se posaron de nuevo. Vi que la piel de la vaca era un mapa. El marrón podía ser el océano, y el blanco, los continentes flotantes. Con el palo recorrí sus formas extrañas, sus curvadas costas, intentando mantener la punta justo entre el blanco y el marrón. Luego llevé el palo hasta el cuello, siguiendo un músculo tenso —la vaca había muerto con el cuello estirado, como si tratara de alcanzar el agua, pero estaba tumbada hacia el lado contrario—, y le di unos golpes en la cara. Me daba más aprensión tocarle la cara. Me daba aprensión mirarle el ojo.

Tenía el ojo muy abierto y oscuro, un bulto liso y ciego con el brillo



tornasolado de la seda y un destello rojizo, reflejo de la luz. Como una naranja metida en una media de seda negra. Las moscas habían anidado en una comisura, formando un bonito broche iridiscente. Yo tenía muchas ganas de tocar el ojo con el palo, para ver si se derrumbaba, si temblaba y se rompía como la gelatina, revelándose todo él compacto, o si la piel de la superficie se partiría y dejaría salir toda clase de sustancias putrefactas que se deslizarían por la cara. Desplacé el palo alrededor del ojo, lo retiré... pero no pude, no fui capaz de clavarlo.

Mary Agnes no se acercó.

—Déjala —me advirtió—. Esa vieja vaca muerta está sucia. Te ensuciarás.

—Vaca mueueerta —dije, alargando la palabra con placer—. Vaca mueueerta, vaca mueueerta.

—Eh, vamos —me ordenó Mary Agnes, pero me pareció que le daba miedo acercarse más.

Muerta, la vaca invitaba a la profanación. Quería clavarle el palo, pisotearla, mear sobre ella, cualquier cosa para castigarla, para demostrar que la despreciaba por estar muerta. ¡Apalearla, hacerla pedazos, escupir en ella, rajarla, tirarla! Pero ella todavía emanaba poder, tumbada con su brillante y extraño mapa en el lomo, el cuello estirado y el ojo terso. Nunca había mirado una vaca viva y pensado lo que estaba pensando en ese momento: ¿por qué debía existir una vaca? ¿Por qué las manchas blancas tenían la forma que tenían, y nunca iban a ser exactamente iguales en ninguna otra vaca o criatura? Mientras recorría de nuevo el contorno de un continente, hundí el palo intentando trazar una línea definitiva y me fijé en su forma, como a veces me fijaba en la forma de los continentes o las islas de los mapas de verdad, como si la forma en sí fuera una revelación que estaba más allá de las palabras, y yo pudiera darle sentido, si me esforzaba y disponía de tiempo.

—A ver si la tocas —le dije a Mary Agnes burlona—. Toca la vaca.

Mary Agnes se acercó despacio, y, para mi estupefacción, se inclinó con un gruñido, miró el ojo como si supiera que había estado haciéndome preguntas sobre él, y puso la mano —la palma de la mano— encima, encima del ojo. Lo hizo seria y cohibida, pero con una delicada serenidad que no era propia de ella. Y en cuanto lo hubo hecho, se levantó y sostuvo la mano delante de su cara con la palma vuelta hacia mí, los dedos alargados, por lo que parecía enorme, más grande que toda su cara, y oscura. Se rió de mí.

—Te daría miedo que ahora te cogiera —dijo.



Y así era, pero me marché con toda la insolencia de la que fui capaz.

A menudo parecía que nadie aparte de mí sabía lo que sucedía en realidad, la clase de persona que ella era. Por ejemplo, la gente decía «Pobre Mary Agnes», o lo daba a entender, bajando el timbre de voz, adoptando un tono suave y protector, como si ella no tuviera secretos, ningún lugar para ella sola, y eso no era cierto.

—Tu tío Craig murió anoche.

La voz de mi madre, cuando me lo dijo, sonó casi tímida.

Yo estaba sentada en la losa de cemento frente a la puerta trasera, disfrutando del sol de la mañana y tomando mi desayuno favorito clandestino, Puffed Wheat anegados en melaza. Hacía dos días que había vuelto de Jenkin's Bend y cuando mi madre dijo «tío Craig» pensé en él tal como lo había visto hacía poco, de pie en el umbral, con chaleco y en mangas de camisa, diciéndome adiós con la mano en actitud benigna y tal vez impaciente.

Ese verbo tan contundente me dejó confusa. Murió. Parecía algo que él había querido hacer, que había escogido hacer. Como si hubiera dicho: «Ahora moriré». En ese caso no habría sido tan definitivo. Pero yo sabía que lo era.

—En el Orange Hall, en Blue River. Estaba jugando a las cartas.

La mesa de juego, el luminoso Orange Hall. (Aunque sabía que era en realidad el Orangemen Hall, el nombre no tenía nada que ver con el color, del mismo modo que Blue River tampoco significaba que el río era azul.) Tío Craig repartía las cartas a su manera solemne, con los párpados bajados. Llevaba su chaleco, con tela de raso por detrás, y con lápices y bolígrafos prendidos en el bolsillo. ¿Y ahora qué?

—Tuvo un ataque al corazón.

Un ataque al corazón. Sonaba como una explosión, como fuegos artificiales estallando y lanzando varas de luz en todas direcciones, disparando una pequeña bola de luz —el corazón de tío Craig, o su alma— al aire, donde caía y se apagaba. ¿Se levantó de un salto, arrojó los brazos al aire, gritó? ¿Cuánto duró? ¿Cerró los ojos, sabía lo que estaba ocurriendo? La habitual actitud positiva de mi madre pareció tambalearse; mi frío apetito de detalles la irritó. La seguí por la casa con el ceño fruncido, repitiendo incansablemente mis preguntas. Quería saber. No había protección como no fuera en el saber. Quería ver la muerte sujeta y aislada detrás de una pared de hechos y circunstancias particulares, y no flotando libremente alrededor, ignorada pero poderosa, lista para colarse en cualquier parte.



Pero antes del día del funeral las cosas ya habían cambiado. Mi madre había recuperado la seguridad; yo me había tranquilizado. No quería saber nada más de tío Craig o de la muerte. Mi madre había sacado mi vestido de cuadros escoceses que guardaba con bolas de naftalina, lo había cepillado y lo había tendido para que se aireara.

—Puede llevarse en verano, es de lana ligera, más fresca que el algodón. De todos modos es lo único oscuro que tienes. A mí no me importa. Si por mí fuera, podrías ir de rojo. Si fueran verdaderos cristianos, así es como habrían de ir todos. Habría baile y fiesta... Al fin y al cabo, se han pasado toda la vida cantando y rezando para salir de este mundo y ponerse en camino hacia el cielo. Pero sé que tus tías esperan que todos vayamos de luto. ¡Son convencionales hasta decir basta!

No le sorprendió que yo no quisiera ir.

—Nadie quiere —dijo ella con franqueza—. A nadie le gusta ir. Pero tienes que hacerlo. Has de aprender a afrontar las cosas algún día.

No me gustó cómo lo dijo. Su brusquedad y su celo me parecieron falsos y ramplones. No me fiaba de ella. Siempre que la gente te dice que tendrás que afrontar algo algún día y te empuja con toda naturalidad hacia el dolor, la obscenidad o la revelación indeseada que te acecha, en sus voces hay una nota de traición, un frío y mal disimulado júbilo, algo ávido de tu dolor. Sí, en los padres también; en los padres sobre todo.

—¿Qué es la muerte? —continuó mi madre con una alegría inquietante—. ¿Qué es estar muerto? Bueno, en primer lugar, ¿qué es una persona? Un gran porcentaje de agua. Agua corriente. No hay nada tan extraordinario en una persona. Carbono. Los elementos más simples. ¿Qué es lo que dicen? ¿Que todos juntos valen noventa y ocho centavos de dólar? Eso es todo. Lo extraordinario es cómo se juntan. Por el modo en que se juntan tenemos el corazón y los pulmones. Tenemos el hígado. El páncreas. El estómago. El cerebro. Todas esas partes, ¿qué son? ¡Combinaciones de elementos! Combínalos, combina las combinaciones, y tendrás una persona. Lo llamaremos tío Craig, tu padre, o yo, pero solo son combinaciones de lo mismo, unos mismos elementos reunidos y funcionando de una forma particular, por un tiempo. Lo que ocurre es que, llegado el momento, una de las partes se para, se estropea. En el caso de tío Craig, el corazón. Pero eso es solo una forma de mirarlo. Es la forma humana de mirarlo. Si no estuviéramos pensando siempre desde el punto de vista de las personas, si estuviéramos pensando en la naturaleza, en la naturaleza que no se acaba nunca, en las partes de ella que mueren, bueno, no mueren sino que cambian, cambiar es el verbo adecuado, cambian y se convierten en otra cosa, todos esos



elementos que componen a la persona cambian y vuelven de nuevo a la naturaleza, donde reaparecen una y otra vez en los pájaros, los animales y las flores... ¡tío Craig no tiene que ser tío Craig! ¡Tío Craig son flores!

—Me marearé en el coche —dije—. Vomitaré.

—No, no vomitarás. —Mi madre, todavía en combinación, se echó colonia en los brazos desnudos.

Se puso su vestido de crespón azul marino por la cabeza.

—Ven, abróchame. Menudo vestido para llevar con este calor. Huele a tintorería. El calor acentúa ese olor. Deja que te hable de un artículo que leí hace un par de semanas. Está muy relacionado con lo que te estaba diciendo.

Entró en su habitación y volvió con su gorro, que se puso frente al pequeño espejo de mi cómoda, escondiendo rápidamente los mechones delanteros por debajo y dejando unas cuantas puntas sueltas detrás. Era un gorro tipo casquete de un horrible color que se hizo popular durante la guerra, el azul de las fuerzas aéreas.

—La gente está compuesta de partes —continuó—. Bueno, pues cuando una persona muere, como decimos, solo una de esas partes, o un par de ellas, se ha agotado. Las otras podrían funcionar treinta o cuarenta años más. Tío Craig, por ejemplo, podría haber tenido unos riñones en perfectas condiciones que una persona con problemas de riñón podría utilizar. ¡Y ese artículo decía que algún día se utilizarán estas partes! Así serán las cosas. Vamos abajo.

La seguí hasta la cocina. Empezó a ponerse pintalabios en el oscuro espejo que había frente al fregadero. Por alguna razón guardaba el maquillaje allí, en un pequeño estante pegajoso encima del fregadero, mezclado con viejos frascos de grageas oscuras, hojas de afeitar, polvos dentífricos y un bote de vaselina, todo sin tapa.

—¡Trasplantarlos! Por ejemplo, los ojos. Ya son capaces de trasplantar ojos, no enteros sino la córnea, creo que era. Esto solo es el principio. Algún día podrán trasplantar corazones, pulmones y todos los órganos que necesita el cuerpo. Hasta cerebros. Me pregunto si podrían trasplantar cerebros. De modo que todas esas partes no morirán, sino que seguirán viviendo como parte de otra persona. Parte de otra combinación. Entonces no podrás hablar de la muerte propiamente dicha. «Herederos del cuerpo vivo», así se titulaba el artículo. Todos seremos herederos del cuerpo de otro y al mismo tiempo donantes. ¡Habremos acabado con la muerte, tal como la conocemos!



Mi padre había bajado con su traje oscuro.

—¿Piensas hablar de estas ideas con los asistentes al funeral?

Saliendo de su arrobamiento, mi madre respondió:

—No.

—Porque tienen sus ideas y podrían disgustarse fácilmente.

—No es mi intención disgustar a nadie —gritó mi madre—. ¡Nunca lo hago! Solo creo que es una bonita idea. ¡Tiene su propia belleza! ¿No es mejor que la del cielo y el infierno? No entiendo a la gente, nunca consigo saber lo que cree en realidad. ¿Creen realmente que tío Craig está flotando en este momento con alguna clase de camisión blanco por la eternidad? ¿O creen que lo ponen bajo tierra y se pudre?

—Creen ambas cosas —respondió mi padre, y en mitad de la cocina abrazó a mi madre y la estrechó con delicadeza y solemnidad, con cuidado de no tocarle el gorro o su cara recién empolvada.

A veces deseaba eso mismo: ver a mis padres afirmar, con la mirada o un abrazo, que el amor —no pensaba en la pasión— los había alcanzado una vez y los mantenía unidos. Pero en ese momento, al ver a mi madre volverse sumisa y desconcertada —su espalda encorvada reflejaba lo que sus palabras nunca harían— y a mi padre tocarle la cara con ese gesto tan delicado, compasivo, afligido, con una aflicción que no tenía mucho que ver con tío Craig, me alarmé y quise gritarles que pararan y recuperaran sus identidades independientes e inalterables. Tenía miedo de que continuaran y me revelaran algo que ya no quería ver, del mismo modo que no quería ver a tío Craig muerto.

—Owen no tiene que ir—dije con amargura, apoyando la cara en la malla suelta de la puerta mosquitera y viéndolo sentado en el patio junto a su viejo carromato, con las piernas desnudas, sucio, remoto, fingiendo ser otro, un árabe en una caravana o un esquimal sobre un trineo tirado por un perro.

Eso hizo que mis padres se separaran, y mi madre suspiró.

—Owen es pequeño.

La casa era como uno de esos crucigramas, esos laberintos sobre papel con un punto negro en uno de los cuadros, o habitaciones; se supone que tienes que abrirte camino hasta él o salir. El punto negro era en este caso el cuerpo de tío Craig, y mi



preocupación no era encontrar el camino que conducía a él sino evitarlo por encima de todo, sin abrir ninguna puerta, por lo que pudiera haber detrás.

Los rollos de heno seguían allí. La semana anterior, mientras todavía estaba yo en la casa, habían segado el heno justo hasta los escalones del porche, y lo habían enrollado en forma de perfectas colmenas tan altas como la cabeza de una persona. Por las noches esos rollos de heno, que primero proyectaban grandes sombras alargadas, y se volvían grises y sólidos cuando el sol se ocultaba, formaban una especie de poblado, o, si los contemplabas en perspectiva desde la esquina de la casa, toda una ciudad de cabañas secretas, exactamente iguales entre sí, de un gris morado. Pero uno había rodado por el suelo, y ahí seguía, blando y deforme, para que yo saltara sobre él. Retrocedía hasta los escalones y me precipitaba hacia él con los brazos abiertos, y me hundía en el fresco heno, todavía tibio, que conservaba aún su olor a hierba intenso. Estaba lleno de flores marchitas: mímulos blancos y morados, linarias amarillas y pequeñas flores azules cuyo nombre nadie conocía. Yo tenía los brazos, las piernas y la cara cubiertos de arañazos, y cuando me incorporaba sobre el heno me picaban y sentía un ardor en mí con la brisa que llegaba del río.

Tía Elspeth y tía Grace también habían corrido y saltado sobre el heno con los delantales ondeando, riéndose de ellas mismas. Pero cuando llegó el momento titubearon y no saltaron con suficiente abandono, aterrizando en una decorosa posición sentada, con las manos extendidas como si rebotaran sobre un almohadón, o sujetándose el pelo.

Cuando regresaron y se sentaron en el porche, con los boles de fresones en el regazo, para hacer confitura, tía Grace habló sin aliento, pero con una voz serena y pensativa.

—Si hubiera pasado un coche, ¿no te habrías querido morir?

Tía Elspeth se quitó las horquillas del pelo y lo dejó caer suelto sobre el respaldo de la silla. Cuando lo llevaba recogido se veía casi todo gris, pero suelto dejaba ver muchos mechones de un castaño oscuro y sedoso, el color de un visón. Con pequeños resoplidos de placer, sacudió la cabeza y se pasó los dedos por el pelo, para desprenderse de las briznas de heno que se habían enredado en él.

—¡Qué idiotas somos!

¿Dónde estaba tío Craig mientras tanto? Tecleando impertérrito detrás de sus ventanas cerradas, con las persianas bajadas.

El rollo de heno aplastado seguía donde lo había dejado. Pero los hombres caminaban sobre los rastrojos, todos con traje oscuro como altos cuervos, hablando.



Una corona de lirios blancos colgaba de la puerta principal, que estaba entreabierta. Mary Agnes se acercó sonriendo alegremente y me pidió que estuviera quieta mientras me ataba y volvía a atar la faja. La casa y el patio estaban llenos de gente. Los parientes de Toronto estaban sentados en el porche, con aire benévolo pero voluntariamente apartados. Me llevaron allí y me hicieron hablar con ellos, y procuré no mirar por las ventanas a sus espaldas, a causa del cuerpo de tío Craig. Ruth McQueen salió con una cesta de mimbre llena de flores que dejó en la barandilla del porche.

—Hay tantas flores que no caben en la casa —dijo, como si fuera algo por lo que todos podríamos llorar—. Se me ha ocurrido sacarlas aquí.

Era una mujer rubia, discreta y lánguidamente solícita; ya era una solterona. Se sabía el nombre de todo el mundo. A mi madre y a mí nos presentó a un hombre y a su mujer del Sur. Él llevaba una americana encima del mono.

—Nos dio nuestra licencia de matrimonio —dijo la mujer, orgullosa.

Mi madre se disculpó para ir a la cocina y yo la seguí, pensando que no habrían puesto a tío Craig allí, de donde llegaban olores a café y comida. En el pasillo también había hombres de pie, como troncos de árboles que hubiera que sortear. Las dos puertas del salón estaban cerradas y frente a ellas había una cesta de gladiolos.

Tía Moira, vestida de luto como un gigantesco obelisco, estaba de pie junto a la mesa de la cocina, contando tazas.

—He contado tres veces y las tres veces me ha salido una cantidad diferente —dijo, como si fuera una calamidad que solo le pudiera ocurrir a ella—. Mi cerebro no es capaz de funcionar hoy. No voy a aguantar mucho más tiempo de pie.

Tía Elspeth, con un delantal con volantes de linón impecablemente almidonado y planchado, nos besó a mi madre y a mí.

—Eh —dijo, incorporándose con un suspiro de satisfacción—. Grace está arriba, refrescándose los ojos. ¡No podemos creernos la cantidad de gente que ha venido! Grace ha dicho: «Creo que la mitad del condado está aquí», y yo le he dicho: «¿Cómo que la mitad del condado? ¡No me sorprendería que estuviera todo el condado!». Pero hemos echado de menos a Helen. Ha enviado un verdadero manto de lirios.

—¡Debería haber suficientes, santo cielo! —exclamó tía Moira con tono práctico, mirando las tazas—. ¡Todas las buenas y las de la cocina, más las que pedimos prestadas a la iglesia!



—Haz como en el funeral de los Poole —susurró una señora junto a la mesa—. Guardaron las buenas bajo llave y utilizaron las de la iglesia. Ella dijo que no quería correr riesgos con su porcelana.

Tía Elspeth puso en blanco sus ojos enrojecidos, una expresión habitual en ella, ahora suavizada por las circunstancias.

—De todos modos habrá suficiente comida. Creo que hay bastante para alimentar a cinco mil personas.

Yo también lo pensaba. Allá donde miraba veía comida. Un plato frío de cerdo, grandes pollos asados con aspecto laqueado, patatas en rodajas gratinadas, aspic de tomate, ensalada de patatas, ensalada de pepino y remolacha, jamón dulce, tarta de plátanos, bizcocho de fruta, un pastel de capas oscuras y claras, merengue de limón y tartas de manzana y frutos silvestres, boles de fruta en conserva, diez o doce variedades de encurtidos y salsas. También sandía en encurtido, el plato favorito de tío Craig. Siempre decía que un día le gustaría comer solo eso con pan y mantequilla.

—No es para tanto —dijo tía Moira, sombría—. A la gente se le abre el apetito en los funerales.

Hubo un revuelo en el pasillo; tía Grace pasó a través de los hombres, que se apartaron, y ella les dio las gracias, sumisa y agradecida, como si fuera una novia. La seguía el clérigo, que habló con las mujeres de la cocina con entusiasmo contenido.

—¡Bueno, señoras! ¡Vaya! No parece que hayan estado de brazos cruzados. El trabajo es una buena ofrenda, es bueno ofrecer el trabajo en momentos de dolor.

Tía Grace se inclinó y me dio un beso. Debajo de su agua de colonia percibí un ligero olor amargo, una advertencia.

—¿Quieres ver a tío Craig? —me susurró, afectuosa y enérgica como si prometiera un premio—. Está en el salón y está guapísimo debajo de los lirios que ha enviado tía Helen.

Unas señoras le preguntaron algo y me escabullí. Volví a recorrer el pasillo. Las puertas del salón seguían cerradas. Al pie de la escalera, junto a la puerta de la calle, mi padre y un hombre que yo no conocía caminaron unos pasos y dieron la vuelta, tomando medidas discretamente con las manos.

—Este tramo será peliagudo.

—¿Quitamos la puerta?

—Es demasiado tarde para eso. Causaríamos un trastorno. A las señoras les



podría afectar ver cómo nos la llevamos. Si retrocedemos al doblar esta...

En el pasillo lateral hablaban dos ancianos. Pasé rápidamente entre ellos.

—No es como en invierno. Acuérdate del de Jimmy Poole. El suelo estaba duro como una roca. No se podía clavar en él ninguna clase de herramienta.

—Tuvieron que esperar un par de meses hasta que se derritiera.

—Entonces debía de haber tres o cuatro más esperando. Veamos, uno era Jimmy Poole...

—Sí. Luego estaba la señora Fraleigh, la madre...

—Espera, ella murió antes de la helada. No tenía por qué haber ningún problema con ella.

Crucé la puerta del final del pasillo lateral y salí a la parte vieja de la casa. La llamaban la despensa, y por fuera parecía una pequeña construcción de leños añadida al lateral de la gran casa de ladrillo. Las ventanas, pequeñas y cuadradas, estaban ligeramente torcidas como las ventanas nunca del todo convincentes de una casa de muñecas. Casi no entraba luz debido a los oscuros trastos amontonados en todas partes, incluso delante de las ventanas: la mantequera y la vieja lavadora accionada a mano, cabeceras de cama de madera partidas, baúles, bañeras, hoces, un cochecito aparatoso como un galeón e inclinado hacia un lado. Esa era la habitación en la que tía Grace se negaba a entrar; siempre tenía que ir tía Elspeth si querían algo de ella. Tía Grace se quedaba en la puerta, olfateaba atrevidamente y exclamaba:

—¡Qué lugar! ¡El aire está tan viciado como en una tumba!

Me entusiasmó el sonido de esa palabra cuando se la oí pronunciar por primera vez. No sabía exactamente qué significaba; me imaginé una especie de huevo de mármol hueco impregnado de una difusa luz azul en el que todos estábamos acurrucados.

Mary Agnes estaba sentada en la mantequera, y no parecía sorprendida.

—¿Para qué has entrado aquí? —preguntó en voz baja—. Te vas a perder.

No respondí. Sin volverle la espalda, di vueltas por la habitación. A menudo me había preguntado si había algo dentro de ese cochecito. Por supuesto que había algo; un montón de *Family Herald*s viejos. Oí la voz de mi madre llamándome. Sonaba un poco nerviosa y, sin proponérselo, respetuosa. No me moví y Mary Agnes tampoco. ¿Qué había estado haciendo ella? Había encontrado unas botas de señora anticuadas, acordonadas por delante y ribeteadas con pieles, y se aferraba a ellas. Las



pieles le rozaban la barbilla.

—Piel de conejo.

Se acercó y me puso las botas en la cara.

—¿Piel de conejo?

—No las quiero.

—Ven a ver a tío Craig.

—No.

—Aún no lo has visto.

—No.

Esperó con una bota en cada mano, impidiéndome pasar, luego dijo de nuevo, con tono taimado e incitante:

—Ven a ver a tío Craig.

—No pienso ir.

Soltó las botas y me puso una mano en el brazo, clavándome los dedos. Traté de apartarla, pero ella me cogió con la otra mano y tiró de mí hacia la puerta. Para alguien tan poco ágil y que casi había muerto tres veces de bronquitis, era sorprendentemente fuerte. Bajó la mano hasta mi muñeca y con una garra como la de un oso me sujetó. Su voz todavía era tranquila, suave, regodeante.

—Ven y... verás... a tío Craig.

Dejé caer la cabeza y se me metió en la boca su brazo, un brazo sólido y veloso, justo por debajo del codo, y mordí, mordí hasta que le hendí la piel y, experimentando la más pura libertad, pensando que había hecho lo peor que haría jamás, probé la sangre de Mary Agnes Oliphant.

No tuve que asistir al funeral. Nadie iba a obligarme a mirar a tío Craig. Me llevaron a su despacho y me instalaron en el sofá de cuero, donde él había dormido sus siestas y donde las parejas se habían sentado esperando sus licencias matrimoniales. Tenía una manta sobre las rodillas a pesar del día tan caluroso que hacía, y una taza de té a mi lado. También me habían dado un pedazo de bizcocho que me había comido inmediatamente.

Cuando mordí a Mary Agnes pensé que estaba rompiendo a mordiscos con



todo. Pensé que estaba dejándome a mí misma fuera, donde ningún castigo sería jamás suficiente, donde nadie se atrevería a pedirme que mirara un cadáver, o ninguna otra cosa, nunca más. Pensé que todos me odiarían, y en ese momento el odio me pareció algo muy deseable, como el don de volar.

Pero no; la libertad no es tan fácil de alcanzar. Aunque tía Moira siempre diría que tuvo que arrancar el brazo de Mary Agnes de mi boca manchada de sangre (era mentira; yo ya me había apartado y Mary Agnes, con todo su poder diabólico desinflado, estaba agachada, atónita y llorando), en realidad me agarró por los hombros y me sacudió, de tal modo que mi cara estaba a apenas un par de centímetros de sus pechos acorazados, y su cuerpo siseó y tembló por encima de mí como un monumento a punto de explotar.

—¡Perra rabiosa! ¡Solo los perros rabiosos muerden así! ¡Tus padres tendrían que encerrarte!

Tía Elspeth vendó el brazo de Mary Agnes con un pañuelo. Tía Grace y otras señoras se le acercaron y le dieron palmaditas.

—He de llevarla al médico. Tendrán que ponerle puntos y vacunarla. Esa niña podría tener la rabia. Existen los niños rabiosos.

—Moira, querida. Moira, querida, no. Apenas le ha rasgado la piel. Solo es un dolor momentáneo. Bastará con que le laves un poco la herida y la vendas, y se pondrá bien.

Tanto tía Elspeth como tía Grace trasladaron su atención de Mary Agnes a su hermana, la sostuvieron y la tranquilizaron, una a cada lado, como si trataran de mantener todas las piezas juntas hasta que hubiera pasado el peligro de la explosión.

—No ha habido daños permanentes.

—La culpa es mía, la culpa es toda mía —dijo la voz clara y peligrosa de mi madre—. No debería haber venido con la niña. Es demasiado nerviosa. Es bárbaro someter a una niña como ella a un funeral.

Impredecible, voluble, y aun así alguien a quien estar agradecido en el momento menos pensado, ofreció comprensión, salvación, cuando en rigor ya no eran de mucha utilidad.

Pero aquello tuvo efecto; si bien a veces al emplear una palabra como «bárbaro» solo producía silencio y consternación a su alrededor, en esta ocasión halló solidaridad, y varias señoras se acogieron rápidamente a su explicación y la ampliaron.



—No sabía lo que hacía.

—Estaba histérica a causa de la tensión.

—Yo misma me desmayé en un funeral poco antes de casarme.

Ruth McQueen me rodeó con un brazo y me preguntó si quería una aspirina.

De modo que mientras consolaban, lavaban y vendaban a Mary Agnes, y calmaban a tía Moira (fue a ella a quien dieron la aspirina, así como unas píldoras especiales —para el corazón— de su bolso), a mí también me rodearon y me cuidaron, y me condujeron a esa habitación y me tendieron en el sofá tapada con una manta, como si estuviera enferma, y me dieron un té con bizcocho.

Mi comportamiento no había echado a perder el funeral. La puerta se cerró. No veía nada, pero alcanzaba a oír las voces cantar, de forma desordenada al principio, poniendo cada vez mayor esfuerzo, anhelo y convicción:

*Mil años en tus ojos
son como el atardecer que se ha ido,
breves como el reloj que cierra la noche
antes del amanecer.*

La casa estaba llena de gente apretujada, mezclada como viejos lápices sin punta, gente cordial, acomodaticia, cantando. Y yo estaba en medio de ellos, a pesar de estar encerrada allí sola. Mientras vivieran, casi todos se acordarían de que yo había mordido el brazo de Mary Agnes Oliphant en el funeral de tío Craig. Al pensar en ello, recordarían que era muy nerviosa e imprevisible, o que era una malcriada, o un caso de pocas luces. Pero no me echarían. No. Sería el miembro de la familia nervioso, imprevisible y malcriado, lo que es muy diferente.

Ser perdonado suscita una vergüenza particular. Tenía calor, no solo por la manta. Me sentía presa, asfixiada, como si no fuera a través del aire que yo tenía que moverme y hablar en este mundo, sino de algo espeso como el algodón. Era una vergüenza física, pero iba más allá de la vergüenza sexual, mi primera vergüenza de la desnudez; de pronto era como si no fuera solo el cuerpo desnudo, sino todos los órganos internos —el estómago, el corazón, los pulmones, el hígado— los que estaban expuestos e indefensos. Lo más parecido que había experimentado antes era la sensación que tenía cuando me hacían cosquillas hasta que no podía más —una



sensación horrible y voluptuosa de estar expuesta e indefensa, de traicionarme a mí misma—. Y esa vergüenza brotaba de mí y se extendía por toda la casa, cubría a todos los presentes, incluidos Mary Agnes y tío Craig en su actual estado ausente y desechable. Estar hecho de carne era la humillación. Me veía atrapada en una visión que, en cierto modo, era todo lo contrario de la visión incomunicable de la armonía y de la luz del místico; una visión, también incomunicable, de confusión y obscenidad, de impotencia, que se revelaba como lo más obsceno que podía existir. Pero como la otra clase de visión, esta no podía mantenerse más de un par de segundos, pues se derrumbaba por su propia intensidad, y, una vez extinguida, no era posible reconstruirla ni creer realmente en ella. Cuando empezaron a cantar el último himno del funeral volvía a sentirme normal, solo con la debilidad que cabe esperar de quien ha mordido un brazo humano; los Padres de la Confederación que tenía frente a mí habían retomado sus ropajes y su dignidad verosímil, y me había bebido toda la taza de té, explorando su desconocido sabor a adulto, a importante.

Me levanté y abrí poco a poco la puerta. Las dos puertas del salón estaban abiertas. Los asistentes se movían despacio, sus espaldas encorvadas por la preocupación quedaban lejos.

*Jesús nos llama, por encima del clamor
del tempestuoso mar de nuestra vida...*

Entré en la habitación sin que nadie reparara en mí y me puse en la cola frente a una anciana afable y sudorosa que no me conocía, y que se inclinó y me susurró con tono alentador:

—Has llegado a tiempo para la última mirada.

Todas las persianas estaban bajadas, para impedir que entrara el sol de la tarde; la habitación estaba mal ventilada y lúgubre, atravesada por unas pocas varas de luz, como un pajar en una tarde brillante. Olía a lirios, lirios de un blanco puro y cerúleo, y también a sótano. Me vi avanzar con las demás personas hasta que llegué a un extremo del ataúd, que estaba colocado frente a la chimenea, la bonita chimenea que nunca se utilizaba, con sus azulejos encerados como esmeraldas. El interior del ataúd era de raso blanco, todo fruncido y plisado como el más hermoso de los vestidos. La mitad inferior de tío Craig estaba cubierta por una tapa pulida; la superior, de los hombros a la cintura, quedaba oculta por lirios. En contraste con tanto blanco, la cara se veía cobriza, con una expresión de desdén. No parecía



dormido; no tenía en absoluto el mismo aspecto que cuando yo entraba en su despacho para despertarlo los domingos por la tarde. Los párpados le caían demasiado ligeros sobre los ojos, y los surcos y las arrugas de su cara se habían vuelto demasiado superficiales. Todo él se había borrado por completo; esa cara era como una delicada máscara de piel, barnizada y colocada sobre la cara de carne y hueso, o sobre nada en realidad, lista para partirse si le clavabas un dedo. Sentí el impulso de hacerlo, a un nivel que no estaba dentro de lo posible, como puede sentir uno el impulso de tocar un cable de alta tensión. Algo parecido era tío Craig bajo sus lirios, sobre su almohada de raso; era el terrible, silencioso e indiferente conductor de fuerzas, que en un instante podía pegar fuego a toda esa habitación, a toda la realidad, y dejarnos a oscuras. Me volví con un zumbido en los oídos, pero me sentía aliviada, me alegraba de haberlo visto después de todo y haber sobrevivido, y me abrí paso a través de la habitación abarrotada de gente que cantaba en dirección a mi madre, que se había sentado sola junto a la ventana —mi padre estaba con los demás porteadores del ataúd—, sin cantar, mordiéndose los labios con una expresión absurdamente esperanzada.

Poco después tía Elspeth y tía Grace vendieron la casa de Jenkin's Bend, junto con las tierras y las vacas, y se fueron a vivir a Jubilee. Habían escogido Jubilee en lugar de Blue River, donde conocían a más gente, o de Porterfield, de donde era tía Moira, porque querían ser de alguna utilidad para mi padre y su familia. Y, en efecto, se sentaban en su casa situada en una colina del extremo norte de la ciudad, como dos guardianas asombradas y dolidas pero sumisas, atentas a nuestro bienestar, con dudas acerca de nuestras vidas. Remendaban los calcetines de mi padre, que se acostumbró a llevárselos para eso; tenían un huerto, y hacían conservas; cosían, tejían y hacían bizcochos para nosotros. Yo iba a verlas una o dos veces a la semana, al principio de forma bastante voluntaria, aunque en parte era por la comida; cuando empecé el instituto iba a verlas a regañadientes. Cada vez me decían: «¿Por qué has tardado tanto en volver? ¡Casi no te reconocemos!». Estaban sentadas en su pequeño y oscuro porche con mosquitera, si hacía buen tiempo, como si llevaran toda la semana esperando; desde allí ellas veían la calle pero la gente que pasaba no podía verlas.

¿Qué iba a decir yo? Su casa se convirtió en un diminuto país aislado, con sus propias costumbres recargadas y su idioma elegante y ridículamente complicado, donde las noticias del mundo exterior no eran exactamente prohibidas pero eran cada vez más difíciles de comunicar.



En el cuarto de baño, encima del inodoro, colgaba la vieja admonición cosida en punto de cruz:

PURIFICAD EL AIRE ANTES DE SALIR.

UN DETALLE QUE LOS DEMÁS AGRADECERÁN.

Debajo había un platito con cerillas. Al leerlo, siempre me sentía avergonzada, como si me hubieran pillado con las manos en la masa, pero siempre encendía una cerilla.

Contaban las mismas anécdotas y hacían las mismas bromas, ya secas y quebradizas por el uso; con el tiempo todas las palabras, todas las expresiones de su cara, todos los revoloteos de sus manos llegaron a parecer algo aprendido hacía mucho y perfectamente recordado, y cada una de sus identidades era vista como algo construido con gran cuidado; cuanto mayores se hacían, más frágil, admirable e inhumana parecía esa construcción. Así les sucedió cuando dejaron de tener con ellas un hombre para darle de comer y admirar, y cuando se marcharon del lugar donde su artificialidad había florecido de forma natural. Tía Elspeth perdió poco a poco el oído, y tía Grace tuvo problemas de artritis en las manos, de modo que al final renunció a coser, como no fuera labores burdas. Pero no se vieron drásticamente expuestas, ni dañadas ni cambiadas; con gran esfuerzo, con un último sentido del deber, conservaron sus contornos intactos.

Tenían consigo el manuscrito de tío Craig y de vez en cuando hablaban de enseñárselo a alguien, tal vez al señor Buchanan, el profesor de historia del instituto, o el señor Fouks, del *Herald-Advance*. Pero no querían dar la impresión de estar pidiendo un favor. ¿Y en quién podías confiar? Cualquiera podía apoderarse de él y publicarlo como si fuera suyo.

Una tarde sacaron la lata roja y dorada con la foto de la reina Alejandra en la tapa, llena de galletas de avena con dátiles, y otra gran lata negra, a prueba de incendios y con candado.

—La historia de tío Craig.

—Casi mil páginas.



—¡Más páginas que *Lo que el viento se llevó!*

—Lo pasó a máquina a la perfección, sin ninguna errata.

—Pasó a máquina la última hoja la tarde del día que se murió.

—Sácala de la lata y mírala —me pidieron. Del mismo modo que me ofrecían galletas.

Le eché un vistazo.

—Lee un poco —dijeron—. Te interesará. ¿No has sacado siempre buenas notas en historia?

Durante la primavera, el verano y el comienzo del otoño de aquel año se llevó a cabo mucha construcción en los municipios de Fairmile, Morris y Grantly. En la esquina de Concession Street número 5 con River Sideroad, en Fairmile, erigieron una iglesia metodista para atender la creciente comunidad de esa zona. Se conoció como la iglesia de Ladrillo Blanco pero por desgracia solo se mantuvo en pie hasta 1924, cuando un incendio de origen desconocido la destruyó. Solo se salvó el garaje, a pesar de estar construido de madera. En la esquina opuesta, el señor Alex Hedley construyó y abrió una tienda, pero al cabo de dos meses de su apertura, el hombre murió de un derrame cerebral y el negocio pasó a manos de sus hijos, Edward y Thomas. En Concession Street número 5 también había una herrería, cuyos dueños se llamaban O'Donnell. Esa esquina se conocía como la Esquina de Hedley o la Esquina de la Iglesia. En esa población no queda actualmente nada salvo el edificio de la tienda, que alquila una familia.

Mientras leía en alto ellas me dijeron, con una agradable vacilación debido a mi sorpresa, que el manuscrito era para mí.

—Y todos sus viejos archivos y papeles serán para ti, cuando... faltemos, o antes incluso, no es necesario esperar a eso si estás preparada para tenerlos.

—Porque esperamos..., esperamos que algún día puedas terminarla.

—Pensábamos dársela a Owen, porque es el chico...

—Pero tú eres la que tiene facilidad para escribir.

Sería un trabajo arduo, dijeron, y me exigiría mucho, pero creían que me resultaría más fácil si me llevaba el manuscrito a casa y lo guardaba, y lo leía de vez en cuando, para hacerme con el estilo de tío Craig.



—Tenía un don. Era capaz de incorporarlo todo y lograr que se leyera de corrido.

—Tal vez podrías aprender a copiar su estilo.

Estaban hablando con alguien que creía que el único deber de un escritor era crear una obra maestra.

Cuando me marché lo hice llevando la caja torpemente bajo el brazo. Tía Elspeth y tía Grace se quedaron ceremoniosamente en el umbral, observando cómo me alejaba, y tuve la sensación de ser un barco con sus esperanzas que se alejaba hacia el horizonte. Una vez en casa, guardé la caja debajo de la cama; no tenía ganas de hablar de ello con mi madre. Unos días después me pareció que sería un buen lugar para guardar los pocos poemas y fragmentos de novela que había escrito; quería guardarlos bajo candado, donde nadie pudiera encontrarlos y estuvieran seguros en caso de incendio. Levanté el colchón y los saqué. Era allí donde los había guardado hasta entonces, doblados dentro de un gran ejemplar plano de *Cumbres borrascosas*.

No quería juntar el manuscrito de tío Craig con lo que yo había escrito. Me parecía tan muerto, pesado, tedioso e inútil que temí que pudiera amortajar también mis escritos y traerme mala suerte. Lo llevé al sótano y lo dejé en una caja de cartón.

La última primavera en Jubilee, cuando estudiaba para mis exámenes finales, el sótano se inundó unos ocho o diez centímetros. Mi madre me llamó para que la ayudara, y bajamos, abrimos la puerta trasera y sacamos con la escoba el agua fría, con su olor cenagoso, hacia un desagüe de fuera. Encontré la caja con el manuscrito dentro, del que me había olvidado por completo. Solo era un gran fajo de papel empapado.

No miré lo dañado que estaba ni si podía rescatarse. Me pareció que había sido un error de principio a fin.

Pensé en tía Elspeth y en tía Grace. (Tía Grace estaba entonces en el Jubilee Hospital, recobrándose, o eso creíamos, de una fractura de cadera, y tía Elspeth iba cada día a verla, se sentaba junto a su cama y decía a las enfermeras, que eran muy atentas con las dos: «¿Pueden creer de qué son capaces ciertas personas para quedarse en la cama y que las sirvan?») Las recordé observando cómo el manuscrito abandonaba su casa dentro de una caja con candado y sentí remordimiento, esa clase de remordimiento tierno que tiene como reverso una brutal y absoluta satisfacción.



LA PRINCESA IDA

Mi madre se puso a vender enciclopedias, lo que tía Elspeth y tía Grace llamaban «¡irse de marcha!».

«¿Se ha ido de marcha últimamente tu madre?», me preguntaban, y yo decía, oh, no, ya no sale tanto, pero sabía que ellas sabían que yo mentía. «No tendrá mucho tiempo para planchar —podían continuar ellas, compasivas, examinando las mangas de mi blusa—. No tendrá mucho tiempo para planchar cuando tiene que salir tanto.»

Yo notaba el peso de las excentricidades de mi madre, lo que había de absurdo y embarazoso en ella —las tías no me lo enseñaban sino poco a poco— sobre mis hombros de cobarde. Quería repudiarla, arrastrarme con tal de ganar aprobación, huérfana y abandonada, con las mangas arrugadas. Al mismo tiempo quería protegerla. Ella nunca habría entendido cuánta protección necesitaba de esas dos ancianas, con su humor afable y desconcertante, y su delicado decoro. Llevaban vestidos de algodón oscuro con el cuello de linón blanco perfectamente almidonado y planchado, y broches con flores de porcelana. En su casa tenían un reloj de carrillón que marcaba delicadamente los cuartos; también había helechos acuáticos, violetas africanas, tapetes de ganchillo, persianas orladas de flecos y, por encima de todo, el irreprochable olor a limpio de la cera y los limones.

—Vino ayer para recoger los bollos que hicimos para vosotros. ¿Estaban buenos? Nos preguntábamos si salieron ligeros. Nos contó que se había quedado atascada en la carretera de Jericho. ¡Ella sola, atascada en la carretera de Jericho! ¡Pobre Ada! ¡Pero estaba tan cubierta de barro que no pudimos evitar reírnos!

—Tuvimos que fregar el linóleo del vestíbulo —dijo tía Grace con tono de disculpa, como si fuera algo que no quisiera confesarme.

Desde semejante perspectiva, mi madre parecía, en efecto, una mujer disparatada.

Conducía nuestro Chevy del treinta y siete por todas las carreteras y caminos vecinales del condado de Wawanash, por pistas de grava, caminos de tierra, senderos de vacas, si creía que podían conducirla a clientes. En el maletero llevaba un gato y una pala, y un par de tablones cortos para salir de los hoyos en el barro. Conducía como si en cualquier momento pudiera ver el suelo resquebrajarse diez



pies por delante de los neumáticos; tocaba la bocina desesperada en las curvas sin visibilidad; le preocupaba que los puentes de madera no aguantaran, y nunca permitía que la obligaran a meterse en los arcenes traicioneros y medio derrumbados de la carretera.

La guerra continuaba. Los granjeros por fin habían empezado a ganar dinero con los cerdos, la remolacha azucarera y el maíz. Seguramente no tenían ninguna intención de gastarlo en enciclopedias. Pensaban más bien en neveras y automóviles. Pero esos bienes no eran fáciles de obtener, y entretanto ahí estaba mi madre, arrastrando animosamente la caja de libros, arreglándoselas para entrar en sus cocinas, en sus salones fríos con olor fúnebre, abriendo fuego con prudencia pero con optimismo en nombre del saber, un bien hostil del que casi todos los adultos están de acuerdo en que hay que prescindir. Pero nadie podía negar que era bueno para los niños. Mi madre contaba con ello.

Y si la felicidad de este mundo está en creer en lo que vendes, entonces mi madre era feliz. El saber no era para ella algo hostil, sino acogedor y entrañable. Un gran consuelo, aun en esa fase de su vida, era saber localizar el mar de Célebes y el palacio Pitti, ordenar cronológicamente las esposas de Enrique VIII y aprender algo sobre el sistema social de las hormigas, los métodos utilizados por los aztecas en sus matanzas sacrificiales o la red de instalaciones sanitarias de Cnossos. Se embalaba al hablar de esos temas y no podía parar; se los contaba a cualquiera.

—Tu madre sabe un montón de cosas —decían tía Elspeth y tía Grace con tono despreocupado, sin envidia. Y yo veía que para ciertas personas, tal vez para la mayoría, el saber era solo una excentricidad; resaltaba como las verrugas.

Pero yo compartía la avidez de mi madre, no podía evitarlo. Me encantaban los volúmenes de la enciclopedia, su peso (de misterio, de valiosa información) cuando caían abiertos sobre mi regazo; me encantaba la seria encuadernación verde oscura, las delgadas letras doradas de aspecto discreto de sus lomos. Podían abrirse para mostrarme un grabado en acero de una batalla que tuvo lugar en los páramos, con un castillo al fondo, o en el puerto de Constantinopla. Todos los derramamientos de sangre, los ahogamientos, las cabezas cortadas, los caballos agonizantes eran descritos con una especie de floritura operística, una grandiosa irrealidad. Y tenía la impresión de que a lo largo de la historia la climatología siempre era teatral y amenazante; el paisaje se fruncía, el mar brillaba en distintos grises opacos o metálicos. Ahí estaba Charlotte Corday camino a la guillotina, la reina María de Escocia yendo al cadalso, el arzobispo Laud dando su bendición a Stafford a través de las rejas de su celda..., y nadie podía dudar de que ese era el aspecto que tenían,



las túnicas negras, las manos levantadas y los rostros pálidos, serenos, heroicos. La enciclopedia ofrecía otras cosas que contemplar, por supuesto: escarabajos, diferentes variedades de carbón, gráficos del engranaje de un motor, fotografías de Amsterdam o de Bucarest tomadas en días turbios y sombríos de los años veinte (lo sabías por los pequeños coches cuadrados y altos). Yo prefería la historia.

Por casualidad al principio, luego de forma deliberada, aprendí cosas de la enciclopedia. Tenía una memoria prodigiosa. Memorizar una lista de datos era para mí una prueba irresistible, como intentar recorrer a pata coja una manzana.

A mi madre se le ocurrió que yo podía ayudarla en su trabajo.

—Mi hija ha estado leyendo estos libros y estoy asombrada de lo que ha aprendido. La mente de los niños es como papel matamoscas, ¿lo sabían? Todo lo que les das se queda fijado. Del, ¿puedes decirnos los presidentes de Estados Unidos desde George Washington hasta el actual?

O bien: «Nombra los países de Sudamérica con sus capitales. Dinos los nombres de los principales exploradores, de dónde eran y adónde fueron. Las fechas también, por favor». Yo me sentaba en una casa desconocida y recitaba de un tirón. Ponía cara inteligente, seria, competitiva, pero solo para impresionar. En el fondo experimentaba una intensa satisfacción. Sabía que lo sabía. ¿Y a quién iba a dejar de caer bien por saber dónde estaba Quito?

A unos cuantos, a decir verdad. Pero ¿cuándo tuve el primer indicio en ese sentido? Pudo haber sido al levantar la vista y ver a Owen, incapaz de encadenar dos fechas, dos capitales o dos presidentes muertos, enrollándose en secreto un pedazo de chicle alrededor del dedo. O tal vez fue al ver la cara vuelta de los niños de campo, con su sutil y complicada vergüenza. Pero un día no quise seguir haciéndolo. La decisión vino dictada por mi cuerpo; la humillación me producía una irritación en las terminales nerviosas y en las paredes del estómago. Empecé a decir:

—No lo sé... —Pero me sentía demasiado desgraciada, demasiado avergonzada para soltar esa mentira—. George Washington, John Adams, Thomas Jefferson...

Mi madre me preguntó con aspereza:

—¿Estás mareada?

Tenía miedo de que fuera a vomitar. Tanto Owen como yo éramos especialistas en vomitar sobre el terreno. Asentí y me levanté de la silla, y fui a esconderme en el coche sujetándome el estómago. Cuando vino mi madre ya había



comprendido que se trataba de algo más.

—Te estás volviendo vergonzosa —dijo con tono práctico—. Creía que te divertía hacerlo. —De nuevo la irritación.

Y así era, me había divertido hacerlo, y no era muy amable de su parte decirlo.

—La timidez y la vergüenza —dijo mi madre, con bastante pomposidad— son lujos que yo nunca pude permitirme. —Puso en marcha el coche—. Aunque te aseguro que en la familia de tu padre hay miembros que no abrirían la boca en público aunque se estuviera quemando la casa.

A partir de entonces, cuando me preguntaba con naturalidad: «¿Quieres responder alguna pregunta hoy?», yo me hundía en el asiento y negaba con la cabeza sujetándome la barriga, para dar a entender el posible regreso inmediato de las náuseas. Mi madre tuvo que resignarse, y en adelante, cuando iba con ella los sábados, lo hacía como Owen, una carga libre e inútil que ya no participaba de su empresa.

—Quieres ocultar tu inteligencia por pura terquedad malsana, pero allá tú —dijo—. Haz lo que te dé la gana.

Yo todavía tenía vagas esperanzas de aventura, que Owen compartía, al menos a un nivel más práctico. Los dos esperábamos comprar bolsas de un caramelo marrón dorado que se partía en pedazos como el cemento y se derretía casi inmediatamente en la lengua, y que vendían en una tienda especial cubierta de arneses y con olor a caballo. Confiábamos al menos en parar para poner gasolina en algún lugar donde vendieran refrescos fríos. Yo esperaba que fuéramos hasta Porterfield o Blue River, pequeñas ciudades cuya magia provenía del mero hecho de que no las conocíamos y no nos conocían en ellas, por no ser Jubilee. Paseando por las calles de una de esas poblaciones, sentía mi anonimato como un adorno, como la cola de un pavo real. Pero hacia media tarde esas ilusiones menguaban, y alguna incluso había sido satisfecha, lo cual siempre deja un vacío. En mi madre también se observaba una mengua de esa energía implacable y entusiasta que la empujaba a salir. Al oscurecer, con el aire frío que salía a través de un agujero en el suelo del coche, el cansado ruido del motor y la indiferencia de la campiña nos reconciliaban a unos con otros y nos daban ganas de volver a casa. Cruzábamos campos que no sabíamos que amábamos: ni ondulantes ni llanos, sino accidentados, sin una cadencia reconocible en ellos; colinas bajas, hondonadas cubiertas de matorrales, pantanos, monte y campos. Altos olmos independientes, cada uno exhibiendo su silueta con modestia, condenados, aunque nosotros tampoco lo sabíamos. Tenían la



forma de abanicos ligeramente abiertos, a veces de arpas.

Jubilee se veía desde un montículo a unos ocho kilómetros de distancia, en la carretera 4. Entre nosotros y la ciudad se extendían las vegas del río Wawanash que se inundaban todas las primaveras, el recodo escondido y el puente que lo cruzaba, pintado de plateado, que colgaba como una jaula en la oscuridad. La carretera 4 también era la calle principal de Jubilee. Veíamos las torres de la oficina de correos y del ayuntamiento, una frente a la otra, el ayuntamiento con su exótica cúpula que ocultaba la campana legendaria (tocada al empezar o terminar las guerras, y lista para tocar en caso de producirse un terremoto o el diluvio universal) y la oficina de correos con su torre del reloj cuadrada, eficiente y práctica. La pequeña ciudad se extendía casi equidistante a ambos lados de la calle principal. Su forma, que a la hora de nuestro regreso estaba delimitada por las luces, era más o menos la de un murciélago con un ala un poco levantada, soportando sobre su punta la torre de agua sin iluminar, desdibujada.

Mi madre nunca pasaba por allí sin decir algo. «Ahí está Jubilee», decía simplemente, o «A lo lejos tienes la metrópolis», o incluso citaba confusamente un poema sobre eso de entrar por la misma puerta que se salía. Y con esas palabras, ya fueran hastiadas, irónicas o sinceramente agradecidas, me parecía que Jubilee cobraba existencia, como si, sin la complicidad y la aceptación de mi madre, esas farolas y aceras, el fuerte en medio de la tierra yerma, el plano abierto y secreto de la ciudad —un refugio y un misterio— no fueran a estar allí.

Sobre todas nuestras expediciones y nuestros regresos a casa, y sobre el mundo en general, ella ejercía esa misteriosa y abrumadora autoridad, y no podía hacerse nada al respecto; aún no.

Mi madre alquiló una casa en la ciudad, y de septiembre a junio vivíamos allí, trasladándonos a la casa del final de Flats Road solo para pasar el verano. Mi padre venía a cenar y se quedaba a dormir, hasta que llegaba la nieve; entonces solo venía, si podía, el sábado por la noche y parte del domingo.

La casa que alquilamos se encontraba en un extremo de River Street, no muy lejos de la estación de la CNR. Era la clase de casa que parece más grande de lo que es; tenía el techo alto pero inclinado —el segundo piso, de madera, y el primero de ladrillo—, una prominente ventana salediza en el comedor y porches en la parte delantera y en la trasera; en el porche delantero había un pequeño balcón inservible y, de hecho, inaccesible. Todas las superficies de madera de la casa estaban pintadas de color gris, probablemente porque era más sufrido que el blanco. Con la llegada del calor, en las ventanas del piso de abajo ponían toldos, de rayas y muy descoloridos;



entonces la casa con la pintura gris descolorida y los porches inclinados me hacía pensar en una playa: el sol, la hierba resistente al viento.

Pero era una casa de ciudad; muchos de sus rasgos hablaban de un bienestar y una formalidad que no eran posibles en Flats Road. A veces pensaba en nuestra vieja casa —con su fachada plana y pálida, y la losa de cemento frente a la puerta de la cocina—, con una pena tierna, melancólica y ligeramente culpable, como podrías pensar en un abuelo viejo cuyas gracias han dejado de divertirte. Echaba de menos la proximidad del río y el pantano, así como la auténtica anarquía del invierno, las ventiscas que nos obligaban a encerrarnos en casa como si fuera el Arca. Pero me encantaban el orden, la integridad y la compleja organización de la vida de ciudad, que solo la gente de fuera podía apreciar. Al volver del colegio las tardes de invierno, percibía toda la ciudad a mi alrededor, todas las calles que tenían nombres como River Street, Mason Street, John Street, Victoria Street, Huron Street y, curiosamente, Khartoum Street; los trajes de noche, vaporosos y pálidos como el azafrán, del escaparate de la boutique de la señora Krall; la orquesta de la misión baptista en el sótano de su iglesia, tocando «Hay un nombre escrito en la gloria; mío es, sí, mío es». Los canarios enjaulados de la tienda Selrite, los libros de la biblioteca, las cartas de la oficina de correo, y las fotos de Olivia de Havilland y Errol Flynn con disfraces de pirata y dama del Lyceum Theatre..., todos esos objetos, rituales y entretenimientos, frágiles y alegres, se fundían en... ¡la ciudad! En la ciudad había soldados de permiso, con sus uniformes caqui que tenían un aura de brutalidad anónima, como el olor a quemado; había chicas guapas y vivaces cuyos nombres todo el mundo conocía —Margaret Bond, Dorothy Guest, Pat Mundy— y que, sin embargo, no sabían cómo se llamaba nadie a no ser que les interesara; las observaba acercarse por la colina desde el instituto, con sus botas de terciopelo con adornos de piel. Se movían en un grupo cerrado, proyectando luz como una linterna nocturna, sin ver el resto del mundo. Aunque un día una de ellas —Pat Mundy— me sonrió al pasar, y empecé a soñar despierta con ella, que me salvaba de ahogarme, que se hacía enfermera y me cuidaba, arriesgando la vida al mecarme en sus brazos de terciopelo, cuando estaba a punto de morir de difteria.

Si era miércoles por la tarde, la inquilina de mi madre, Fern Dogherty, estaba en casa, tomando té, fumando y hablando con mi madre en el comedor. Fern hablaba en voz baja, y divagaba, gruñía y se reía de los comentarios más agudos y más parcos de mi madre. Se contaban anécdotas de la gente de la ciudad y de ellas mismas; su conversación era un río que nunca se secaba. Era el drama, el fermento de la vida que se hallaba justo fuera de mi alcance. Me acercaba al profundo espejo del aparador empotrado y veía en él la habitación reflejada: el oscuro revestimiento de la pared,



las vigas oscuras, la lámpara de latón que era como un árbol pequeño y formal que crecía al revés, con cinco ramas rígidamente curvadas y rematadas en flores de cristal. Al juntarlos en cierto punto del espejo podía hacer que mi madre y Fern Dogherty se estiraran como gomas elásticas, temblorosas e histéricas, y que mi propia cara cayera desastrosamente hacia un lado, como si hubiera sufrido un ataque de apoplejía.

—¿Por qué no trajiste el cuadro? —pregunté a mi madre.

—¿Cuál? ¿Qué cuadro?

Porque había estado pensando —de vez en cuando tenía que pensar— en la cocina de la granja, donde mi padre y tío Benny estaban sentados probablemente en ese momento friendo patatas para cenar en una sartén sin lavar (¿para qué quitar una buena grasa?), con mitones y bufandas secándose encima de la estufa. Nuestro perro Major, que bajo el reinado de mi madre tenía prohibido entrar en casa, dormido en el sucio linóleo frente a la puerta. Periódicos extendidos encima de la mesa en lugar de un mantel, mantas con pelo de perro sobre el sofá, escopetas, calzado para la nieve y palanganas colgadas por las paredes. Un hediondo confort de soltero. Encima del sofá había un cuadro pintado por mi madre en los lejanos tiempos del comienzo de su matrimonio, los tiempos seguramente pausados, alegres, amorosos. Representaba una carretera pedregosa, un río entre montañas y varias ovejas conducidas por una niña con un pañuelo rojo. Las montañas y las ovejas tenían el mismo aspecto, aterronado y lanudo, de un gris morado. Hacía tiempo había creído que la niña era en realidad mi madre y que ese era el paisaje desolado de los primeros años de su vida. Luego me enteré de que lo había copiado de un *National Geographic*.

—¿Ese? ¿Quieres que lo traiga aquí?

En realidad yo no quería. Como sucedía a menudo en nuestras conversaciones, trataba de provocarla para obtener la respuesta o la revelación que buscaba. Quería que me dijera que se lo había dejado a mi padre. Recordaba que una vez había dicho que lo había pintado para él, que era a él a quien le había gustado esa escena.

—No quiero que cuelgue donde pueda verlo la gente —dijo ella—. No soy artista. Solo lo pinté porque no tenía nada que hacer.

Organizó una fiesta solo de señoras e invitó a la señora Coutts, también conocida como la señora del abogado Coutts, a la señora Best, cuyo marido era el director del Bank of Commerce, y a otras cuantas mujeres que solo conocía de hablar por la calle, así como a las vecinas. También a las compañeras de Fern Dogherty de la



oficina de correos, y, por supuesto, a tía Elspeth y a tía Grace. (Les pidió que prepararan tartaletas de pollo, tartas de limón y un pastel de pisos, y ellas así lo hicieron.) La fiesta había sido planificada con antelación. En cuanto las damas entraron en el vestíbulo, tuvieron que adivinar cuántas judías había en un tarro y apuntarlo en un papel. La velada transcurrió con juegos de adivinanzas, concursos inventados con ayuda de la enciclopedia, un juego de mímica que no pudo terminarse como era debido porque muchas de las señoras no consiguieron entender cómo se jugaba, y eran demasiado tímidas de todos modos, y un juego de papel y lápiz que consistía en escribir un nombre de varón, doblar el papel y pasarlo, escribir un verbo, doblarlo, escribir un nombre de mujer, y así sucesivamente, hasta que al final se desdoblaban todos los papeles y se leían en alto. Con una falda de lana rosa y una chaqueta bolera, yo ofrecía alegremente cacahuetes.

Tía Elspeth y tía Grace se mantuvieron ocupadas en la cocina, sonriendo con aire ofendido. Mi madre llevaba un traje rojo semitransparente cubierto de pequeñas mariquitas negras y azules, como un bordado.

—Creíamos que tenía escarabajos en ese vestido —me susurró tía Elspeth—. ¡Nos ha dado un buen susto!

Después de eso la fiesta me pareció menos bonita; me fijé en que algunas señoras no participaban en los juegos, en que la cara de mi madre estaba febril de la emoción y su voz llena de fervor organizativo, y en que cuando tocaba el piano y Fern Dogherty, que había estudiado canto, entonaba «What Is Life without My Lover?», las señoras se contenían, aplaudiendo desde cierta distancia, como si pudiera tratarse de un alarde.

Tía Grace y tía Elspeth, de hecho, me dirían varias veces durante el siguiente año: «¿Qué tal vuestra inquilina? ¿Qué le parece la vida sin su amante?». Yo les explicaba entonces que esa canción provenía de una ópera, que era una traducción, y ellas gritaban: «¿Ah, sí? ¡Y nosotras lamentándolo por ella!».

Mi madre había esperado que su fiesta animara a las demás señoras a dar fiestas parecidas, pero no fue así, o si las dieron nunca nos enteramos; siguieron organizando reuniones de bridge, que a mi madre le parecían bobas y esnobs. Poco a poco renunció a la vida social. Decía que la señora Coutts era una mujer idiota que en uno de los concursos no supo decir quién había sido Julio César —pensaba que era griego—, y que además cometía errores gramaticales, al decir, por ejemplo, «a ella y yo», en lugar de «a ella y a mí», un error común que cometían las personas que se las daban de refinadas.



Se apuntó al grupo de debate Grandes Libros, que consistía en reunirse durante el invierno cada segundo martes del mes en las salas del concejo del ayuntamiento. El grupo estaba compuesto por otras cinco personas, entre ellas un médico jubilado, el doctor Comber, que era muy frágil, cortés y, según se vio más tarde, dictatorial. Tenía el pelo sedoso de un blanco puro e iba con un fular tipo ascot. Su mujer llevaba treinta años viviendo en Jubilee pero aún no sabía cómo se llamaba la gente ni dónde estaban las calles. Era húngara. Tenía un nombre magnífico que a veces deletreaba como si sirviera un pescado en una fuente, con todas las sílabas plateadas y las escamas intactas, pero era inútil, nadie en Jubilee era capaz de pronunciarlo o recordarlo. Mi madre enseguida se entusiasmó con esa pareja, a la que siempre había querido conocer. Se puso eufórica cuando la invitaron a su casa, donde miró las fotos de su luna de miel en Grecia, bebió vino tinto para no ofenderlos —no bebía— y escuchó anécdotas horribles y divertidas de lo que les había sucedido en Jubilee por ser ateos e intelectuales. Su admiración persistió durante *Antígona*, se apagó un poco en *Hamlet*, se hizo cada vez más débil a través de *La república* y *El capital*. Al parecer, nadie podía tener opiniones, aparte de los Comber; ellos sabían más, habían estado en Grecia, habían asistido a conferencias de H.G. Wells y siempre tenían razón. La señora Comber y mi madre discutieron, y la señora Comber señaló el hecho de que mi madre no había ido a la universidad, solo a un instituto «atrasado» (mi madre imitaba su acento). Mi madre repasó mentalmente algunas de las anécdotas que ellos le habían contado y decidió que tenían un complejo persecutorio («¿Qué es eso?», preguntó Fern, porque esos términos empezaban a estar de moda) y seguramente estaban un poco locos. Además, había notado en su casa un olor desagradable que no nos había mencionado entonces, y en el retrete, que había tenido que utilizar después de beber el vino tinto, había una capa espumosa amarilla repugnante. ¿Qué tiene de bueno leer a Platón si no limpias el retrete?, preguntaba mi madre volviendo a los valores de Jubilee.

No regresó a Grandes Libros el segundo año. En lugar de ello se apuntó a un curso por correspondencia llamado «Grandes pensadores de la Historia» de la Universidad de Ontario Occidental, y escribió cartas a los periódicos.

Mi madre no se había desprendido de nada. Dentro de la persona que nosotros conocíamos, y que a veces podía desdibujarse o descarrilarse un poco, conservaba sus aspectos más jóvenes y llenos de energía e ilusión; los episodios del pasado podían aparecer fácilmente en cualquier momento, como diapositivas, contra el apretado tejido del presente.



En el principio, el principio de todo, estaba esa casa. Se levantaba al final de un largo sendero, con alambradas, paneles de tela metálica combados a ambos lados, en mitad de campos donde las rocas —parte del Escudo Precámbrico— sobresalían de la tierra como los huesos de la carne. La casa que yo nunca había visto en fotografías —tal vez nunca le habían hecho ninguna— y que nunca había oído describir a mi madre salvo de un modo práctico e impaciente («Solo era una vieja casa de madera, nunca la pintaron»), era capaz de figurármela con tanta claridad como si la hubiera visto en un periódico: la más desnuda, oscura y alta de todas las casas de madera, sencilla y familiar pero con algo terrible alrededor, un mal, como un lugar donde se ha cometido un asesinato.

Y mi madre, apenas una niña llamada Addie Morrison, alta y delgaducha, me imaginaba, con el pelo muy corto porque su madre la protegía de la vanidad, volvía andando a casa después del colegio por el largo y angustiante camino, golpeándose las piernas con la cubeta de manteca de cerdo en la que se había llevado el almuerzo. La tierra endurecida, el hielo de los charcos resquebrajado, la hierba muerta colgando de la tela metálica..., ¿no era siempre noviembre? Sí, y el cercano y espeluznante monte, con los curiosos vientos erráticos que levantaban las ramas una a una. Entraba en la casa y se encontraba el fuego apagado, la estufa fría, la grasa de la comida de los hombres solidificada en los platos y las sartenes.

No había rastro de su padre, o de sus hermanos, que eran mayores y que ya habían terminado el colegio. No paraban por casa. Ella cruzaba la sala delantera hasta el dormitorio de sus padres y allí, la mayoría de las veces, se encontraba a su madre, de rodillas e inclinada sobre la cama, rezando. Todavía podía ver, mucho más claramente que su cara, aquella espalda inclinada, los hombros estrechos dentro de algún jersey gris o canela sobre un quimono sucio o un vestido de estar por casa, la parte posterior de la cabeza con el pelo escaso y bien tirante desde la raya central, el cuero cabelludo de un blanco poco saludable. Era tan blanco como el mármol, o como el jabón.

—Era una fanática religiosa —decía mi madre de esa mujer arrodillada, que en otras ocasiones encontraba tumbada de espaldas y llorando (por motivos en los que mi madre no entraba), con un paño húmedo apretado en la frente.

Una vez, en las últimas fases demenciales de su cristianismo, fue hasta el cobertizo y trató de esconder un becerro entre el heno antes de que llegaran los hombres del carnicero. La voz de mi madre al contarme esas cosas sonaba firme en la certeza de haber sido engañada, los sentimientos de cólera y pérdida no habían disminuido.



—¿Sabes lo que hizo? ¿Te he dicho lo que hizo? ¿Te he hablado del dinero?

Inhalaba aire para recobrase.

—Verás, heredó un dinero. Alguien de su familia tenía dinero, vivía en el estado de Nueva York. Ella heredó unos doscientos cincuenta dólares; no era mucho, pero entonces más que ahora, y ya sabes que éramos pobres. Te crees que ahora somos pobres, pero esto no es nada comparado con lo pobres que éramos entonces. Recuerdo que el mantel de la mesa estaba tan gastado que dejaba ver la madera desnuda. Colgaba en jirones. Era un trapo, no un mantel. Si alguna vez me calzaba era con zapatos de chico que me habían pasado mis hermanos. La nuestra era la clase de granja en la que no podías cultivar pampina. En Navidad me regalaban unos calzones bombacho azul marino. Y, con franqueza, me alegraba. Sabía lo que era el frío.

»Bueno, pues mi madre cogió el dinero y encargó una gran caja de Biblias. Llegaron por correo urgente. Eran de las más caras, con mapas de Tierra Santa, las páginas ribeteadas de dorado y todas las palabras de Cristo en tinta roja. “Bienaventurados los pobres de espíritu.” ¿Qué tiene de especial ser pobre de espíritu? Se gastó hasta el último centavo.

»Luego tuvimos que salir y repartirlas. Las había comprado para distribuir las entre los no creyentes. Creo que mis hermanos escondieron unas cuantas en el granero. Sé que lo hicieron. Pero yo era demasiado estúpida para que se me ocurriera algo así. A los ocho años me pateé todo el campo, con zapatos de chico y sin un par de mitones, repartiendo Biblias.

»Si acaso, me vacunó contra la religión de por vida.

Una vez mi madre comió pepinos y bebió leche porque había oído decir que era una combinación venenosa y se quería morir. Estaba más intrigada que deprimida. Se tumbó y esperó a despertar en el cielo, del que tanto había oído hablar, pero en lugar de ello se despertó como siempre a la mañana siguiente. Eso no dejó de tener efecto en su fe. En aquel momento no se lo contó a nadie.

Su hermano mayor a veces le llevaba caramelos de la ciudad. Se afeitaba en la mesa de la cocina, con un espejo apoyado contra la lámpara. Era presumido, pensaba ella, con ese bigote, y recibía cartas de chicas que nunca se molestaba en contestar, pero que dejaba por la casa para que las leyera cualquiera. Mi madre lo tomaba a mal.

—No me hago ilusiones con él —decía—, aunque supongo que no es distinto de la mayoría.



El hermano mayor vivía en New Westminster y trabajaba en un transbordador. El otro hermano vivía en Estados Unidos. En Navidad se intercambiaban felicitaciones. Pero nunca se escribieron.

Era a su hermano pequeño al que ella odiaba. ¿Qué le había hecho? Las respuestas de mi madre no eran del todo satisfactorias. Era malvado, abotargado, cruel, decía. Un chico gordo y cruel. Daba de comer petardos a los gatos. Ató un sapo y lo cortó a hachazos. Ahogó al gatito de mi madre, que se llamaba Misty, en el abrevadero de las vacas, aunque luego lo negó. También cogía a mi madre, la ataba en el cobertizo y la atormentaba. ¿La atormentaba? La «torturaba».

¿Con qué? Pero mi madre nunca iba más allá de la palabra «torturaba», que escupía como si fuera sangre. Yo me la imaginaba atada a una especie de poste en el cobertizo mientras su hermano, un indio gordo, gritaba y daba saltos alrededor. Pero ella al final había escapado, con cabellera y sin arder. No había nada que justificara su cara sombría o su forma de pronunciar el verbo «torturar» en ese punto de la anécdota. Yo aún no había aprendido a reconocer el abatimiento que la invadía cuando se rozaba el tema del sexo.

Su madre se murió. Se fue para que la operaran, pero tenía unos bultos grandes en ambos pechos y se murió, decía siempre mi madre, en la mesa. En la mesa de operaciones. Cuando era más pequeña me la imaginaba en una mesa corriente entre tazas de té, ketchup y confitura.

—¿Te pusiste triste? —preguntaba yo, esperanzada.

Mi madre decía «Sí, por supuesto que me puse triste». Pero no se extendía mucho en eso. Seguían cosas más importantes. Pronto terminó el colegio, aprobó los exámenes de ingreso y expresó su deseo de ir al instituto de la ciudad. Pero su padre le dijo que no, que debía quedarse y hacerse cargo de la casa hasta que se casara. («¿Con quién voy a casarme, por el amor de Dios —gritaba siempre mi madre furiosa, al llegar a ese punto de la historia—, en este rincón del mundo donde todos son bizcos por culpa de la endogamia?») Después de un par de años en casa, sintiéndose desgraciada y aprendiendo cosas por su cuenta de los viejos libros de texto que habían sido de su madre (era maestra antes de casarse y de que la religión se hiciera dueña de ella), desafió a su padre y recorrió las nueve millas hasta la ciudad, escondiéndose en los matorrales de los lados de la carretera cada vez que oía acercarse un caballo, por miedo a que fueran los hombres de su familia, con el viejo carro, y la llevaran de vuelta a casa. Llamó a la puerta de un internado que conocía por el negocio de los huevos y preguntó si podían darle comida y cama a cambio de trabajar en la cocina y servir las mesas. Y la mujer que lo llevaba —una anciana



decente de hablar brusco a la que todo el mundo llamaba abuela Seeley — la acogió y la protegió de su padre hasta que hubo pasado un tiempo; incluso le dio un vestido a cuadros, de lana tosca y demasiado largo, que ella llevó al colegio esa primera mañana en que se quedó de pie frente a una clase de niñas que tenían dos años menos que ella y leyó en latín, pronunciándolo como había aprendido sola en casa. Como es natural, todos se rieron.

Mi madre no podía evitar —nunca pudo— emocionarse y ponerse sentimental al recordarlo; la niña que había sido la llenaba de asombro. Oh, si existiera un momento en el tiempo, un momento en el que pudiéramos elegir ser juzgados, lo más desnudos posible, asediados, triunfantes, ese tendría que ser su momento. Más tarde llegarían las concesiones y tal vez la equivocación; allí ella era absurda e inexpugnable.

En el internado empezó un nuevo capítulo de su vida. Se levantaba cuando todavía era de noche para pelar las verduras que dejaba en remojo para la comida del mediodía. Limpiaba los orinales y los espolvoreaba de talco. No había inodoros con cisterna en esa ciudad.

—¡Limpié orinales para costearme los estudios! —exclamaba mi madre, sin importarle quién la escuchara.

Pero la gente que los utilizaba era agradable. Empleados de banco. El operador del telégrafo de la estación de la CNR. La maestra, la señorita Rush. La señorita Rush enseñó a mi madre a coser, le regaló una bonita lana merina para que se hiciera un vestido, le regaló una bufanda de flecos amarilla («¿Qué fue de ella?», preguntaba mi madre con exasperado dolor), le regaló agua de colonia. Mi madre quería a la señorita Rush; limpiaba su habitación y guardaba el pelo que encontraba en el tocador y en su peine; cuando tuvo suficiente hizo un pequeño bucle que colgó de una cadena, para llevarlo al cuello. Hasta ese punto la quería. La señorita Rush le enseñó a leer música y a tocar en el piano que la abuela Seeley guardaba en la sala de estar, las canciones que todavía podía tocar, aunque casi nunca lo hacía. «Drink to Me Only with Thine Eyes», «The Harp that Once through Tara's Hall» y «Bonny Mary of Argyle».

¿Qué había sido de la señorita Rush, con su belleza, sus bordados y su piano? Se casó más bien tarde y murió a consecuencia del parto de su primer hijo. El bebé también murió y yació en sus brazos como un muñeco de cera, con un traje largo; mi madre lo había visto.

Así, las historias del pasado daban vueltas y vueltas hasta la muerte; eso es lo



que yo esperaba.

A la abuela Seeley la encontraron muerta en su cama una mañana de verano, justo después de que mi madre hubiera terminado los cuatro años de secundaria y la abuela Seeley le prometiera prestarle el dinero para que fuera a una escuela de formación de profesores, préstamo que mi madre le devolvería cuando fuera profesora. En alguna parte había un papel donde constaba, pero nunca lo encontraron. O más bien, según creía mi madre, lo encontraron el sobrino de la abuela Seeley y su mujer, que habían heredado su casa y su dinero, y lo destruyeron. El mundo está lleno de personas así.

De modo que mi madre tuvo que ponerse a trabajar; encontró empleo en unos grandes almacenes de Owen Sound, donde no tardó en estar a cargo de los artículos de confección y mercería. Se prometió a un joven que pasó desapercibido; no era ni mucho menos un bribón, como el hermano de mi madre o el sobrino de la abuela Seeley, pero tampoco luminoso ni querido, no como la señorita Rush. Por razones misteriosas se vio obligada a romper el compromiso. («No resultó ser la clase de persona que creía que era.») Más tarde, no se sabe bien cuando, conoció a mi padre, quien sí debió de resultar ser la persona que ella creía que era porque se casó con él, aunque siempre se había jurado que nunca se casaría con un granjero (él tenía una granja de zorros, y en cierto momento había creído que podría ser rico; ¿tan distinto era?), y su familia ya había empezado a hacer comentarios no muy bien intencionados.

—Pero te enamoraste de él —le recordaba yo con severidad e inquietud, deseando esclarecerlo para siempre—. Te enamoraste.

—Bueno, sí, claro.

—¿Por qué te enamoraste?

—Tu padre siempre fue un caballero.

¿Eso era todo? Me preocupaba la falta de proporción, aunque era difícil señalar qué faltaba, qué estaba mal. Al comienzo de su historia había cautividad, sufrimiento, luego osadía, desafío y huida. Lucha, decepción, más lucha, madrinas y villanos. Ahora yo esperaba, como en todas las buenas historias, el estallido de la gloria, la recompensa. ¿El matrimonio con mi padre? Esperaba que fuera eso. Deseé que ella disipara todas mis dudas acerca del asunto.

Cuando era pequeña y vivía al final de Flats Road, la observaba cruzar el patio para vaciar el agua sucia de fregar los platos. Sosteniendo la palangana en alto, como una sacerdotisa, caminaba de un modo parsimonioso y regio, y arrojaba el agua con



gesto majestuoso por encima de la valla. Entonces la había creído poderosa, además de satisfecha. Todavía tenía poder, pero tal vez no tanto como había imaginado. Y no estaba en absoluto satisfecha. Ni era una sacerdotisa. Tenía un estómago muy ruidoso cuyos mensajes tan pronto ignoraba como atendía, pero que hacían que me avergonzara de un modo insoportable. El pelo le crecía en pequeños e ingobernables copetes y matas castaño grisáceo; las permanentes que se hacía se convertían en rizos pequeños y muy apretados. ¿Todas sus historias siempre tenían que acabar, al fin y al cabo, con ella tal como era ahora, mi madre de Jubilee?

Un día fue al colegio como representante de la compañía de enciclopedias para dar un premio a la mejor redacción sobre las razones por las que debíamos comprar Bonos de la Victoria. Tuvo que ir a los colegios de Porterfield, Blue River y Stirling, y hacer lo mismo; aquella semana fue un motivo de orgullo para ella. Se puso su traje azul marino tremendamente masculino, con un solo botón en la cintura, y un sombrero de fieltro de color granate, el mejor que tenía, sobre el que creí ver, dolorosa, una fina capa de polvo. Pronunció un pequeño discurso. Clavé los ojos en el jersey de lana de la niña que tenía sentada delante, azul pálido con algunas bolitas, como si aferrarme a esos fragmentos de realidad indiferente pudiera evitar que me ahogara en la humillación. Mi madre era muy diferente, eso era todo; muy enérgica, optimista e inocente, con su sombrero granate, haciendo bromas y creyendo que estaba teniendo éxito. Por dos centavos se habría embarcado en una larga explicación sobre la historia de su educación, las nueve millas hasta la ciudad y los orinales. ¿Quién más tenía una madre así? Las niñas me lanzaban miradas de reojo, satisfechas y compasivas. De pronto no podía soportar nada de ella, el tono de su voz, el modo irreflexivo y precipitado con que se movía, sus gestos absurdamente briosos (en cualquier momento volcaría el tintero sobre el escritorio del director), y sobre todo su ingenuidad, ese no darse cuenta de que la gente se reía, creer que iba a salir impune.

Yo no soportaba que vendiera enciclopedias, ni que pronunciara discursos, ni que llevara ese sombrero. No soportaba que escribiera cartas a los periódicos. Las cartas sobre los problemas locales o aquellas en las que promocionaba la educación y los derechos de las mujeres y se oponía a la educación religiosa obligatoria en las escuelas se publicaban en el *Herald Advance* de Jubilee firmadas con su propio nombre. Otras aparecían en una página del periódico de la ciudad destinada únicamente a señoras corresponsales, y para ellas utilizaba el pseudónimo de Princesa Ida, tomado de un personaje de Tennyson que admiraba. Estaban llenas de largas y embellecedoras descripciones de la vida de campo de la que había huido («Esta mañana una maravillosa escarcha plateada embelesa la mirada en cada rama y cable telefónico, y convierte el mundo en un verdadero país de ensueño») y



contenían incluso referencias a Owen y a mí («mi hija, que pronto dejará de ser una niña, se olvida de su recién descubierta dignidad para revolcarse en la nieve») que me hacían apretar los dientes de vergüenza. Otras personas aparte de tía Elspeth y tía Grace me decían: «He visto la carta de tu madre en el periódico», y yo percibía lo desdeñosas, lo superiores, silenciosas y envidiables que eran esas personas, que podían estarse quietas toda su vida, sin necesidad de hacer o decir nada extraordinario.

Yo misma no era muy diferente de mi madre pero lo ocultaba, sabiendo los peligros que encerraba.

Ese segundo invierno que vivimos en Jubilee tuvimos visitas. Era un sábado por la tarde y estaba quitando la nieve de nuestra acera con una pala cuando vi un gran coche que se acercaba fisgoneando entre los montículos de nieve casi sin hacer ruido, como un pez insolente. Matrícula estadounidense. Pensé que era alguien que se había perdido. La gente llegaba hasta el final de River Street, donde nadie se había molestado en poner un letrero indicando que era un callejón sin salida, y a la altura de nuestra casa empezaba a preguntarse si se había equivocado.

Se bajó un desconocido. Llevaba un abrigo, un sombrero de fieltro gris y aun siendo invierno un fular de seda. Era alto y corpulento; tenía una cara triste, orgullosa, flácida. Extendió los brazos hacia mí de un modo alarmante.

—¡Ven aquí a saludarme! ¡Yo sé cómo te llamas, pero apuesto a que tú no sabes cómo me llamo yo!

Fue derecho a mí —que me había quedado inmóvil con la pala en la mano— y me besó en la mejilla. Un olor masculino agrisado; loción para después del afeitado, estómago revuelto, camisa limpia y almidonada, y cierta vileza peluda y secreta.

—Tu madre se llamaba Addie Morrison, ¿verdad?

Ya nadie llamaba Addie a mi madre. Hacía que pareciera diferente: más redonda, más anticuada, más simple.

—Tu madre es Addie y tú eres Della, y yo soy tu tío Bill Morrison. Ese soy yo. Eh, te he dado un beso y tú no me has dado ninguno. ¿Eso es lo que se entiende aquí por justicia?

Mi madre ya estaba saliendo de casa con un trazo de carmín aplicado de prisa y corriendo.

—Caramba, Bill. No eres de los que avisan con antelación, ¿verdad? No



importa, nos alegramos de verte. —Lo dijo con cierta severidad, como si defendiera un argumento.

De modo que era realmente su hermano, el que vivía en Estados Unidos, mi tío carnal.

Él se volvió e hizo un gesto hacia el coche.

—Puedes bajar. Nadie te va a morder.

La portezuela del otro lado se abrió y una señora alta se apeó muy despacio y con cierta dificultad debido a su sombrero. Se elevaba por un lado de su cabeza y se inclinaba por el otro, y las plumas verdes que sobresalían lo hacían aún más alto. Llevaba un abrigo de tres cuartos de zorro plateado, un vestido verde y, en lugar de botas, unos zapatos de tacón también verdes.

—Esta es tu tía Nile —me dijo tío Bill como si ella no pudiera oírlo o entender el idioma, como si fuera un asombroso accidente geográfico que era necesario identificar—. Nunca la has visto. A mí sí que me has visto, pero eras demasiado pequeña para acordarte. A ella no la has visto nunca. Yo tampoco la había visto hasta el verano pasado. Estaba casado con tu tía Callie la última vez que te vi y ahora estoy casado con tu tía Nile. La conocí en agosto y me casé con ella en septiembre.

La acera no estaba despejada. Tía Nile tropezó con sus tacones altos y gimió, con nieve en el zapato. Gemía lastimeramente, como una niña.

—Casi me tuerzo el tobillo —dijo a tío Bill, como si no hubiera nadie más alrededor.

—Ya falta menos —dijo él alentador, y la cogió del brazo y la sostuvo el resto del camino a lo largo de la acera y por los escalones hasta el porche como si fuera una dama china (acababa yo de leer *La buena tierra*, de la biblioteca municipal), para quien caminar era una actividad insólita y antinatural. Mi madre y yo, que no habíamos saludado a Nile, los seguimos, y una vez en el vestíbulo oscuro mi madre exclamó:

—¡Bueno, bienvenidos!

Tío Bill ayudó a Nile a quitarse el abrigo.

—Toma, cuélgalo —me pidió—. Pero cuélgalo aparte. ¡No lo cuelgues al lado de las cazadoras del cobertizo!

—Tienes que ir a nuestra granja —le dijo mi madre a Nile, acariciando la piel—. Allá podrás ver varios de estos vivos. —Su tono era jocosos y forzado.

—Se refiere a los zorros —explicó tío Bill a Nile—. Como los de tu abrigo. —Se



volvió hacia nosotros—: No creo que supiera siquiera que esas pieles vienen de un animal. ¡Se pensaba que las fabricaban en la misma tienda!

Mientras tanto Nile puso una cara perpleja y desdichada, como alguien que, sin haber oído hablar nunca de los países extranjeros, fuera depositado de pronto en uno, y todo el mundo hablara a su alrededor un idioma inimaginable. La adaptabilidad no era uno de sus puntos fuertes. ¿Por qué iba a serlo? Pondría en tela de juicio su propia perfección. Ella era perfecta, y más joven de lo que me había parecido al principio; no podía tener más de veintidós o veintitrés años. Tenía una piel sin mácula, como una porcelana rosa; su boca parecía cortada en terciopelo color burdeos y pegada en la cara. El olor que desprendía era inhumanamente dulce, y llevaba las uñas —lo vi con sorpresa, deleite y cierto recelo, como si pudiera haber ido demasiado lejos— pintadas de verde, a juego con la ropa.

—Es un abrigo precioso —dijo mi madre, con más dignidad.

Tío Bill la miró con pesar.

—Tu marido nunca hará mucho dinero si se dedica a esa parte del negocio, Addie. Todo está controlado por los judíos. ¿Tenéis café en casa? Para que yo y mi mujercita entremos en calor...

El problema era que no teníamos tal cosa. Mi madre y Fern Dogherty bebían té, que era más barato, y por las mañanas Postum, un sucedáneo del café a base de cereales. Mi madre nos llevó a todos al comedor, donde Nile se sentó.

—¿No os apetece un té bien caliente? —preguntó mi madre—. No tengo café.

Tío Bill se lo tomó con calma. Nada de té, dijo, pero si no había café saldría a comprar.

—¿Hay alguna tienda por aquí? —me preguntó—. Debe de haber un par de tiendas. En los pueblos grandes como este hay hasta farolas, las he visto. Iremos tú y yo en coche a comprar y dejaremos que las dos cuñadas se conozcan.

Yo floté a su lado, en ese coche grande de color crema y chocolate y con olor a limpio, por River Street y Mason Street hasta la calle principal de Jubilee. Aparcamos frente a Red Front Groceries, detrás de un tiro de caballos y un trineo.

—¿Es esta la tienda?

No me quise comprometer. No quería decir que sí y que luego no hubiera nada de lo que él buscaba.

—¿Tu madre compra aquí?



—A veces.

—Entonces supongo que servirá.

Desde ese coche vi de un modo diferente el tiro y el trineo, con los sacos de forraje encima, la tienda de comestibles y toda la calle. Jubilee no parecía un lugar único y permanente como yo había creído que era, sino casi improvisado y destartalado; a duras penas serviría.

Acababan de convertir la tienda en un autoservicio, el primero de la ciudad. Los pasillos eran demasiado estrechos para que pasaran carritos por ellos, pero había cestas. Tío Bill quería un carrito. Preguntó si había en el pueblo otras tiendas donde hubiera carritos y le respondieron que no. Una vez aclarado ese punto, recorrió los pasillos gritando los nombres de las cosas. Se comportaba como si no hubiera nadie más en la tienda, como si los demás solo cobraran vida cuando él les preguntaba algo, como si la tienda en sí no fuera real sino que la hubieran montado en cuanto él había dicho que necesitaba una.

Compró café, fruta en conserva, verdura y queso, dátiles, higos, un preparado para hacer un pudín de postre, paquetes de macarrones precocinados, chocolate en polvo, ostras y sardinas en lata.

—¿Te gusta esto? —no paraba de preguntar—. ¿Te gusta? ¿Te gustan las pasas? ¿Te gustan los cereales? ¿Te gusta el helado? ¿Dónde guardáis el helado? ¿De qué sabor te gusta? ¿De chocolate? ¿El de chocolate es el que más te gusta?

Al final me daba miedo mirar algo por si él me lo compraba.

Se detuvo frente al escaparate de Selrite, donde había sacos de caramelos al por mayor.

—Apuesto a que quieres caramelos. ¿Qué prefieres? ¿Regalices? ¿Jaleas? ¿Cacahuetes caramelizados? Vamos a pedir una bolsa con un poco de todo. Con tanto dulce te entrará sed. Será mejor que compremos refrescos.

Eso no era todo.

—¿Hay alguna panadería en este pueblo? —preguntó, y lo llevé a la panadería McArter, donde compró media docena de tartaletas de mantequilla, dos docenas de bollos con azúcar glaseado y nueces encima, y un bizcocho de coco de quince centímetros de altura.

Era exactamente como el cuento que tenía en casa, en el que una niña consigue que se hagan realidad sus deseos, uno por día, durante una semana, y, cómo no, resulta que todos le hacen desgraciada. Un deseo era comer todo lo que siempre



había querido comer. Yo solía coger el cuento y leer la descripción de la comida, una y otra vez, por puro placer, pasando por alto los castigos que no tardaban en sobrevenir, infligidos por poderes sobrenaturales que siempre estaban atentos a la glotonería. Pero de pronto comprendí que demasiado podía ser realmente demasiado. Hasta Owen habría acabado deprimiéndose con esa estúpida largueza que desbarataba todo el sistema conocido de compensaciones y placeres.

—Eres como un padrino de cuento —le dije a tío Bill.

No pretendía que sonara infantil, sino irónico; también quería expresar toda la gratitud aunque me temo que no la sintiera. Pero él lo tomó como el cumplimiento de una niña, y lo repitió a mi madre cuando llegamos a casa.

—¡Dice que soy un padrino de cuento pero he tenido que pagar al contado!

—Bueno, no sé qué voy a hacer con todo esto. Tendrás que llevarte algo a casa.

—Nunca vamos hasta Ohio para hacer la compra. Quédatelo tú. Nosotros no lo necesitamos. Mientras tenga mi helado de chocolate de postre, lo demás me trae sin cuidado. Con los años no he dejado de ser goloso. Pero me he adelgazado, ¿sabes? He perdido treinta libras desde el verano pasado.

—Aún no te van a internar por falta de peso...

Mi madre quitó el mantel con las manchas de ketchup y té del día anterior, y puso uno nuevo, el que llamaba el mantel de Madeira, su mejor regalo de boda.

—Ya sabes que era un renacuajo de pequeño. Fui un bebé escuálido. A los dos años estuve a punto de morir de neumonía. Mamá me ayudó a recuperarme y empezó a alimentarme. No hice ejercicio durante mucho tiempo y me engordé.

»Mamá —continuó con una especie de exuberancia lúgubre— ¿no era como una santa en la tierra? Siempre le digo a Nile que debería haberla conocido.

Mi madre lanzó a Nile una mirada de sorpresa (¿habían estado charlando esas dos cuñadas?), pero no respondió.

—¿Quieres pájaros o flores en el plato? —le pregunté a Nile, solo para hacerle hablar.

—Me da igual —dijo ella débilmente, bajando la vista hacia sus uñas verdes como si fueran talismanes para mantenerse en su sitio.

A mi madre no le daba igual.

—Pon todos los platos iguales. ¡No somos tan pobres para no tener una vajilla completa!



—¿Vistes de verde por tu nombre? —pregunté, sin dejar de agujonearla—. ¿Ese color no es verde Nilo?

Creía que era idiota y sin embargo la admiraba frenéticamente, y le agradecía cada pequeña palabra incolora que me arrojaba. Ella alcanzaba una cota de ornamentalidad femenina, de artificialidad perfecta, que yo ni siquiera había sabido que existía; al verla comprendí que yo nunca sería guapa.

—Mi nombre solo es una coincidencia. —Hasta podría haber dicho «cocinidencia»—. Era mi color favorito mucho antes de que supiera siquiera que existía.

—No sabía que había esmalte de uñas de color verde.

—Tienes que encargarlo.

—Mamá quería que nos quedáramos en la granja y viviéramos como ella nos crió —continuó tío Bill, siguiendo sus propios pensamientos.

—No se lo desearía a nadie, vivir en una granja como esa. No podías ni cultivar pamplina.

—El aspecto financiero no es lo único que cuenta, Addie. Está el contacto con la naturaleza. Sin todo este..., ya sabes, este correr de aquí para allá, hacer lo que no es bueno para ti, vivir por encima de tus posibilidades. Sin olvidar el cristianismo. Mamá creía que era una buena vida.

—¿Qué tiene de bueno la naturaleza? La naturaleza solo es una criatura a la caza de otra, siempre. La naturaleza no es más que derroche y crueldad, tal vez no desde el punto de la naturaleza sino del ser humano. La crueldad es la ley de la naturaleza.

—Bueno, no me refería a eso, Addie. No me refiero a los animales salvajes y demás. Estoy hablando de la vida que tuvimos en casa, donde no había muchas comodidades. Estoy de acuerdo contigo, pero teníamos una vida sencilla, mucho trabajo, aire puro y un buen ejemplo espiritual en nuestra madre. Murió joven, Addie. Murió sufriendo.

—Bajo el efecto de la anestesia —aclaró mi madre—. De modo que, en el sentido estricto de la palabra, no sufrió.

Durante la cena ella le habló a tío Bill de las enciclopedias que estaba vendiendo.

—Vendimos tres el pasado otoño —fue todo lo que dijo, aunque en realidad



había vendido una y seguía trabajando en dos casos bastante prometedores—. Hay dinero en el campo, ¿sabes? Gracias a la guerra.

—No harás dinero yendo a vender de granja en granja —dijo tío Bill, inclinándose sobre su plato y comiendo sin parar, como los ancianos. Parecía viejo—. ¿Qué has dicho que vendes?

—Enciclopedias. Una colección muy elegante. Habría dado mi brazo derecho por tener en casa unos libros como esos cuando era pequeña.

Debía de ser la quincuagésima vez que le oía afirmar tal cosa.

—Tú estudiaste. Yo pasé sin estudios, pero eso no me detuvo. No venderás libros a los granjeros. Tienen demasiado sentido común. Son agarrados con el dinero. El dinero no está en cosas así. Está en la propiedad. El dinero está en la propiedad y en las inversiones, si sabes lo que haces.

Empezó a contar una larga historia, retrocediendo y corrigiéndose, sobre la compra y venta de casas. Comprar, vender, comprar, edificar, los rumores, las amenazas, los peligros, la seguridad. Níle no escuchaba, se limitó a empujar el maíz enlatado por su plato pinchando los granos uno a uno con el tenedor, un juego infantil que ni siquiera a Owen le habrían permitido. Owen, por su parte, no abrió la boca, pero comió con el chicle pegado a la uña del pulgar; mi madre no se dio cuenta. Fern Dogherty no estaba; se había ido a ver a su madre al hospital del condado. Mi madre escuchaba a su hermano con una mezcla de desaprobación y astucia participativa.

¡Su hermano! Eso era lo difícil de digerir. Ese tal tío Bill era el hermano de mi madre, el terrible niño gordo capaz de tanta crueldad, tan astuto, rápido y diabólico, tan temido. Yo no paraba de mirarlo, tratando de encontrar a ese niño en el hombre amarillento. Pero era inútil. Se había esfumado, asfixiado, como una pequeña serpiente moteada, en otro tiempo venenosa y juguetona, dentro de una bolsa de comida.

—¿Te acuerdas de cómo se metían las orugas en el algodoncillo?

—¿Orugas? —preguntó mi madre con incredulidad.

Se levantó a buscar un pequeño cepillo de latón y un recogedor, también regalo de boda, y empezó a barrer las migas del mantel.

—Iban al algodoncillo en otoño. Buscando la leche, ya sabes..., el jugo. Lo bebían y se engordaban, y se quedaban dormidas dentro de sus capullos. Bueno, pues ella encontró una en el algodoncillo y la llevó a casa...



—¿Quién hizo eso?

—Mamá, Addie. ¿Quién, aparte de ella, se habría molestado? Eso fue mucho antes de que tú nacieras. La cogió y la llevó a casa, y la puso encima de la puerta, donde yo no pudiera cogerla. Yo no habría querido hacerle daño, pero ya sabes cómo son los chicos. Se metió en su capullo y pasó todo el invierno allí. Me olvidé de ella. Luego estábamos todos sentados comiendo el Domingo de Pascua (era el Domingo de Pascua, pero fuera había ventisca...) y mamá dice: ¡Mirad! ¡Mirad eso! De modo que todos miramos, y encima de la puerta estaba esa criatura que empezaba a moverse. Tardó más de media hora, unos cuarenta minutos, y no dejamos de mirar, hasta que vimos salir la mariposa. Fue como si el capullo por fin se ablandara y cayera como un viejo trapo. Era una mariposa amarilla, una pequeña criatura moteada. Tenía las alas todas enceradas y tuvo que esforzarse mucho para que se soltaran. Sacudió una con vigor, la sacudió y la levantó batiéndola. Luego hizo lo mismo con la otra, la levantó y alzó brevemente el vuelo. Mamá dijo: Mira eso. No lo olvides. Eso es lo que viste en Pascua. Nunca lo olvides. Y no lo olvidé.

—¿Qué fue de ella? —preguntó mi madre con tono neutral.

—No me acuerdo. No duraría mucho con ese tiempo. Pero fue un espectáculo curioso, ver cómo sacudía un ala, luego la otra, y emprendía un pequeño vuelo. Era la primera vez que utilizaba las alas.

Se rió con una nota de disculpa, la primera y última que oímos. Luego pareció cansado, vagamente decepcionado, y cruzó las manos sobre la barriga, de la que llegaban ruidos de digestión necesarios y dignificados.

Eso había sido en esa misma casa. La misma casa donde mi madre solía encontrar el fuego apagado y a su madre rezando, y donde tomó leche y pepinos con la esperanza de ir al cielo.

Tío Bill y Nile se quedaron a pasar la noche y durmieron en el sofá del salón, que podía extenderse y convertirse en cama. Esos miembros largos, perfumados y esmaltados de Nile yacieron muy cerca de las carnes flácidas de mi tío, de su olor. No pensé que pudieran hacer algo más, porque creía que el juego caliente y picante del sexo pertenecía a la infancia, y que los adultos decentes eran demasiado mayores para eso, y solo entraban en contacto excepcionalmente a fin de crear un niño.

El domingo por la mañana, en cuanto desayunaron, se marcharon, y nunca volvimos a ver a ninguno de los dos.

Unos días después mi madre me soltó:



—Tu tío Bill se está muriendo.

Era casi la hora de cenar; cocinaba salchichas. Fern no había vuelto aún del trabajo. Owen acababa de llegar del entrenamiento de hockey y estaba dejando caer los patines y los palos en el vestíbulo trasero. Mi madre cocinaba las salchichas hasta dejarlas duras, brillantes y muy oscuras por fuera; yo nunca las había probado de otra manera.

—Se está muriendo. Me lo encontré aquí sentado el domingo por la mañana cuando bajé para poner el agua a hervir y me lo dijo. Tiene cáncer.

Siguió dando vueltas a las salchichas con un tenedor. En la encimera, al lado de la cocina, estaba el crucigrama arrancado del periódico, a medio hacer. Pensé en tío Bill yendo al centro y comprando tartaletas de mantequilla, helado de chocolate y bizcocho, volviendo a casa y comiendo. ¿Cómo pudo?

—Siempre ha tenido mucho apetito —dijo mi madre, como si sus pensamientos corrieran paralelos a los míos—, y no parece haber disminuido ante la perspectiva de la muerte. ¿Quién sabe? Tal vez si hubiera comido menos habría vivido hasta viejo.

—¿Lo sabe Nile?

—¿Qué importa? Solo se casó con él para que la mantuviera. Saldrá bien parada.

—¿Todavía lo odias?

—Por supuesto que no lo odio —dijo mi madre rápidamente pero con cierta reticencia.

Miré la silla donde él se había sentado. Me daba miedo contaminarme, no de cáncer sino de la misma muerte.

—Me dijo que me había dejado trescientos dólares en su testamento.

Después de eso, ¿qué podías hacer salvo atenerte a la realidad?

—¿Qué vas a hacer con ellos?

—Estoy segura de que se me ocurrirá algo cuando llegue el momento.

Se abrió la puerta delantera y entró Fern.

—Siempre podría encargarse una caja de Biblias.

Un momento antes de que Fern apareciera por una puerta y Owen entrara por la otra, hubo en la habitación como un destello de un ala o un cuchillo, una punzada



de dolor intenso, pero fue repentino y aislado, y desapareció.

—Hay un dios egipcio de cuatro letras —dijo mi madre mirando el crucigrama ceñuda—, estoy segura de que lo sé pero no logro recordarlo para salvar mi alma.

—Isis.

—Isis es una diosa. Me sorprende de ti.

Al poco tiempo la nieve empezó a fundirse; el río Wawanash se desbordó de su cauce, llevándose por delante las señales de tráfico, los postes de las cercas y los gallineros, y descendió; las carreteras volvieron a estar más o menos transitables, y mi madre salía de nuevo por las tardes. Una de las tías de mi padre, nunca importaba cuál, dijo: «Ahora echará de menos escribir a los periódicos».



LA EDAD DE LA FE

Cuando vivíamos en aquella casa del final de Flats Road, y antes de que mi madre aprendiera a conducir, solíamos ir juntas a la ciudad andando; la ciudad era Jubilee, a un kilómetro y medio de distancia. Mientras ella cerraba la puerta con llave, yo tenía que correr hasta la verja y mirar a ambos lados de la carretera, para asegurarme de que no venía nadie. ¿Quién podía estar en esa carretera, aparte del lechero y de tío Benny? En cuanto hacía un gesto de negación, ella escondía la llave debajo del segundo poste del porche, donde se había podrido la madera dejando un pequeño hueco. Creía en los robos.

Dando la espalda al pantano de Grenoch, al río Wawanash y a unas colinas lejanas, peladas y boscosas a la vez, que, a pesar de haber estudiado los accidentes geográficos, creía que eran el fin del mundo, enfilábamos Flats Road, que por ese extremo era poco más de dos surcos separados por una vigorosa franja de llantén y pamplina. Yo pensaba en los ladrones. Los veía en blanco y negro, con expresión esforzada y melancólica, y ropa profesional. Me los imaginaba esperando en algún lugar no muy lejano, en esos campos encharcados de helechos que bordeaban el pantano, esperando, conociendo con la mayor exactitud la distribución de nuestra casa y todo lo que había en ella. Estaban al corriente de las tazas con asa de mariposa y pintadas en dorado; de mi collar de coral que me parecía feo y rascaba pero que me habían enseñado a ver como algo valioso, puesto que me lo había enviado de Australia la tía de mi padre, Helen, durante su viaje alrededor del mundo; un brazalete de plata que mi padre había comprado a mi madre antes de casarse; un recipiente negro con figuras japonesas que relajaba mucho mirar, regalo de boda; y el tintero de Laocoonte blanco verdoso con que habían premiado a mi madre por sus notas y aptitudes generales al graduarse (la serpiente tan hábilmente enroscada alrededor de las tres figuras masculinas que nunca logré descubrir si debajo había o no genitales de mármol). Los ladrones codiciaban esas cosas, entendía yo, pero no actuarían hasta que les diéramos pie con algún descuido. Sus conocimientos, su codicia, hacían que cada objeto se reafirmara en su valor y singularidad. Nuestro mundo se veía fielmente reflejado en la mente de los ladrones.

Más adelante, como es natural, empecé a cuestionar la existencia de los ladrones o al menos que actuaran de esa manera. Me parecía mucho más probable que sus métodos fueran poco sistemáticos, sus conocimientos imprecisos, su codicia



inconcreta y su relación con nosotros casi accidental. Pude bordear con más tranquilidad el río hasta el pantano cuando dejé de creer en ellos, pero durante bastante tiempo los eché de menos.

Nunca había tenido una imagen de Dios tan clara y sencilla como la de los ladrones. Mi madre era algo reacia a referirse a él. Pertenecíamos —por lo menos mi padre y la familia de mi padre— a la Iglesia unida de Jubilee, y mi hermano Owen y yo habíamos sido bautizados en ella de recién nacidos, lo que demostraba una sorprendente debilidad o generosidad por parte de mi madre; tal vez el parto la ablandó o la dejó confusa.

La Iglesia unida era la más moderna, grande y próspera de Jubilee. Había recibido en su seno a todos los ex metodistas y congregacionalistas así como a un buen número de presbiterianos (que era lo que había sido la familia de mi padre) en la época de la unión de las iglesias. En la ciudad había cuatro iglesias más, pero todas eran pequeñas y relativamente pobres, y al lado de la iglesia unida, todas se habían ido hacia los extremos. La iglesia católica era la más extremista. Blanca y de madera, con una sencilla cruz misionera, se erguía sobre una colina en el extremo septentrional de la ciudad y ofrecía a los católicos servicios tan extraños y misteriosos como los hindúes, con sus ídolos, sus confesiones y los tiznones negros del Miércoles de Ceniza. En el colegio los católicos formaban una tribu pequeña pero no amedrentada, eran de procedencia irlandesa en su mayoría, y no se quedaban en la clase de educación religiosa, sino que se les permitía bajar al sótano, donde golpeaban las tuberías. Costaba relacionar su mero gamberrismo con su fe exótica y peligrosa. Las tías de mi padre, mis tías abuelas, vivían delante de la iglesia católica y solían bromear sobre lo de «entrar un momentito para hacer una pequeña confesión», pero sabían, y podían contarte, todo lo que había detrás de las bromas: los esqueletos de recién nacidos y las monjas estranguladas debajo de los suelos de los conventos, sí, y los sacerdotes gordos, las amantes y los ex papas negros. Era cierto, tenían libros que hablaban de ello. Todo era verdad. Como los irlandeses del colegio, el edificio en sí parecía poco apropiado; demasiado desnudo, ordinario y sencillo para estar relacionado con tanta voluptuosidad y escándalo.

Los baptistas también eran extremistas, pero de una forma algo cómica y en absoluto siniestra. Ninguna persona prominente o de elevada posición social iba a la iglesia baptista, por lo que alguien como Pork Childs, que repartía el carbón y recogía la basura de la ciudad, podía llegar a ser en ella una figura destacada, un miembro del consejo. Los baptistas no podían bailar ni ir al cine; las señoras baptistas no podían pintarse los labios. Pero sus himnos eran conmovedores, jubilosos y optimistas, y, a pesar de la austeridad de sus vidas, en ninguna otra religión



encontrabas una alegría más prosaica. Su iglesia no quedaba lejos de la casa que más tarde alquilaríamos en River Street: era modesta pero moderna y fea, construida con bloques de cemento gris, con las ventanas de cristal granulado.

De los presbiterianos podía decirse que eran los restos, los que se habían negado a abrazar la Iglesia unida. Casi todos eran ancianos y hacían campaña en contra del entrenamiento de hockey de los domingos y los salmos cantados.

La cuarta iglesia era la anglicana, y nadie sabía o hablaba mucho de ella. En Jubilee no tenía el prestigio ni el dinero asociados a ella en las ciudades donde quedaban vestigios del viejo Pacto de Familia o alguna clase de institución militar o social que la mantuviera en marcha. Las personas que se establecían en el condado de Wawanash y construían algo en Jubilee eran presbiterianos escoceses, congregacionalistas o metodistas del norte de Inglaterra. Ser anglicano, por tanto, no estaba de moda como en ciertos lugares, no resultaba tan interesante como ser católico o baptista, y ni siquiera era una prueba de convicción obstinada como ser presbiteriano. Sin embargo, la iglesia tenía una campana, la única campana de la ciudad, y eso me parecía un detalle encantador.

En la iglesia unida los bancos, de brillante roble dorado, estaban democráticamente colocados en abanico, con el púlpito y el coro en el centro. No había altar, solo una impactante serie de tubos de órgano. Las vidrieras de colores mostraban a Cristo realizando milagros útiles (aunque no el de convertir agua en vino) o ilustraban parábolas. El domingo de comunión pasaban el vino en bandejas, en pequeños y gruesos vasos de cristal; era como si tomaran refrescos. Y ni siquiera era vino sino mosto. Esa era la iglesia a la que acudía la Legión uniformada algún domingo, así como los miembros del Lions Club, con sus gorros morados con borlas, y donde médicos, abogados y comerciantes pasaban el cepillo.

Mis padres iban pocas veces a la iglesia. Mi padre, trajeado de forma excepcional, se mostraba respetuoso pero retraído. Durante los rezos apoyaba los codos en las rodillas y la frente en las manos, y cerraba los ojos en actitud cortés y paciente. Mi madre, por otra parte, no cerraba los ojos ni un minuto y apenas inclinaba la cabeza. Se quedaba sentada mirando alrededor, cautelosa pero impasible, como un antropólogo tomando notas sobre la conducta de una tribu primitiva. Escuchaba el sermón bien erguida, con los ojos brillantes, mordiéndose el pentalabios con escepticismo; yo temía que en cualquier momento se levantara de un salto y se pusiera a contradecir cualquier cosa. Hacía ostentación de no cantar los himnos.

Después de alquilar la casa de la ciudad, nuestra inquilina, Fern Dogherty,



cantaba en el coro de la iglesia unida. Yo la acompañaba y me sentaba sola en un banco, el único miembro de nuestra familia presente. Las tías de mi padre vivían en el otro extremo de la ciudad y no hacían esa larga caminata muy a menudo; de cualquier modo, la emisora de Jubilee retransmitía el servicio.

¿Por qué la acompañaba? Al principio tal vez era para molestar a mi madre, aunque ella no se opusiera abiertamente, y para hacerme la interesante. Me imaginaba a la gente mirándome y diciendo: «¿Ha visto a la pequeña Jordan ahí sola, domingo tras domingo?». Esperaba que se sintieran intrigados y conmovidos por mi devoción y perseverancia, conociendo las creencias, o ausencia de creencias, de mi madre. A veces veía la población de Jubilee como un gran público, y en cierto modo lo era; para cada persona que vivía en ella, el resto de sus habitantes constituía un público.

Pero el segundo invierno que vivimos en la ciudad —el invierno que cumplí doce años— mis motivos cambiaron, o se consolidaron. Quería resolver la cuestión de Dios. Había leído libros sobre la Edad Media, y cada vez me atraía más la idea de la fe. Siempre había contemplado a Dios como una posibilidad; de pronto se había apoderado de mí un auténtico anhelo de Él. Él era una necesidad. Pero quería palabras alentadoras, pruebas de que Él estaba realmente allí. No se lo podía decir a nadie, pero para eso iba a la iglesia.

Los domingos lluviosos y de mucho viento, los domingos de nieve, los domingos de dolor de garganta, iba y me sentaba en un banco de la iglesia unida llena de esa esperanza inconfesable: que Dios se manifestara a Sí mismo, a mí al menos, como una cúpula de luz, una burbuja radiante e incuestionable por encima de los bancos modernos; que floreciera de repente como una hilera de azucenas debajo de los tubos del órgano. Me parecía que debía contener a toda costa esa ilusión; delatarla en el fervor de una palabra, tono o gesto habría sido tan poco apropiado como tirarse una ventosidad. Lo más perceptible en la cara de los asistentes durante las primeras partes del servicio, las más dirigidas a Dios (el sermón solía tratar de temas de actualidad), era una especie de tacto cohesivo, precisamente aquello a lo que mi madre se oponía con esa expresión enfadada e inquisitiva, como si fuera a pararse en seco y exigir que todo tuviera sentido.

El problema de si existía o no Dios nunca se me planteaba en la iglesia. Solo era cuestión de lo que Él aprobaba o, normalmente, lo que no aprobaba. Después de la bendición había un revuelo en la iglesia, una descarga de tensión, como si todos hubieran bostezado, aunque, por supuesto, nadie lo hacía, y los feligreses se levantaban y se saludaban unos a otros satisfechos, aliviados, como felicitándose. En



esos momentos me sentía inquieta, acalorada, apesadumbrada, descorazonada.

No se me ocurrió acudir con mi problema a ningún creyente, ni siquiera al señor McLaughlin, el pastor. Habría sido demasiado embarazoso. Además, tenía miedo. Tenía miedo de que el creyente flaqueara al defender sus creencias, o al definir las, y eso fuera un varapalo para mí. Si el señor McLaughlin, por ejemplo, resultaba no tener una comprensión de Dios más firme que la mía, me llevaría cuando menos un chasco enorme. Prefería creer que su comprensión era buena y no ponerla a prueba.

Pero resolví llevar mi problema a otra iglesia, a la anglicana. Era por la campana, y también porque me intrigaba ver cómo era otra iglesia por dentro y cómo hacían las cosas, y la anglicana era la única que podía probar. No le dije a nadie lo que me proponía, por supuesto. Fui con Fern Dogherty hasta la escalinata de la iglesia unida y allí nos separamos, ella para encaminarse a la sacristía y ponerse el traje del coro. Cuando desapareció, di media vuelta y volví a cruzar la ciudad, y llegué a la iglesia anglicana, respondiendo a la invitación de esa campana. Confié en que nadie me viera y entré.

Frente a la puerta principal había un pórtico para protegerla del viento, y luego un pequeño y frío vestíbulo, con un rectángulo de moqueta marrón e himnarios amontonados en el alféizar de la ventana. Me metí en su interior.

Era evidente que no había calefacción, solo una estufa junto a la puerta que hacía un ruido constante y nada exótico. Otra tira de moqueta marrón cubría la parte posterior y el pasillo central; el resto era el suelo de madera sin barnizar ni pintar, tablones bastante anchos que de vez en cuando se hundían bajo tus pies. A cada lado había siete u ocho bancos como mucho. Un par de bancos de coro perpendiculares a los bancos, un órgano de tubos a un lado y el púlpito —de entrada no supe qué era— que sobresalía, como un gallinero, al otro lado. Más allá, una barandilla, un escalón y un presbiterio diminuto. El suelo del presbiterio estaba cubierto por una vieja alfombra de salón. Luego estaba el altar, con un par de candelabros de plata, una bandeja forrada de paño para la colecta y una cruz que parecía de cartón cubierto de papel de aluminio, como la corona de un disfraz. Por encima del altar había una reproducción del cuadro de Holman Hunt de Cristo llamando a la puerta. Nunca había visto ese cuadro. El Cristo era distinto, en detalles pequeños pero importantes, del que realizaba milagros en la vidriera de la iglesia unida. Era más regio y más trágico, y el fondo sobre el que se erguía era más lúgubre y más profundo, más pagano en cierto modo, o al menos más mediterráneo. Estaba acostumbrada a verlo como un pastor debilucho en los colores pastel de la escuela dominical.



En la iglesia había unas doce personas en total, entre ellas Dutch Monk, el carnicero, con su mujer y su hija Gloria, que iba a quinto. Ella y yo éramos las únicas feligresas con menos de cuarenta años. También había unas cuantas ancianas.

Llegué justo a tiempo. La campana había dejado de sonar y el órgano empezó a tocar un himno, y el pastor entró por la puerta lateral, que debía de comunicar con la sacristía, en la parte delantera del coro compuesto por tres señoras y dos hombres. Era un joven de cabeza redonda y aspecto jovial al que nunca había visto. Sabía que la iglesia anglicana no podía permitirse tener un pastor para ella sola y lo compartía con Porterfield y Blue River; debía de vivir en uno de esos dos lugares. Llevaba botas de nieve debajo de la sotana.

Tenía acento inglés.

—Queridos hermanos, las Escrituras de hoy nos mueven en distintos lugares a reconocer y confesar nuestros numerosos pecados y debilidades...

Frente a cada banco había una tabla para arrodillarse. Todos se deslizaron sobre ella y abrieron con estrépito sus himnarios, y cuando el clérigo acabó su parte, los feligreses empezaron a responder. Hojeé el libro de oraciones. Al otro lado del pasillo, un banco más adelante, había una anciana alta y huesuda con un turbante de terciopelo negro. No había abierto el libro de oraciones; no lo necesitaba. Arrodillada muy erguida, alzando su perfil lobuno y blanquecino hacia el cielo —me recordó el perfil de la efigie de un cruzado que había visto en la enciclopedia de casa—, guiaba las voces de los demás feligreses, dominándolas de tal modo que no eran más que un eco difuso de la suya, que sonaba fuerte, húmeda, melódica y melancólicamente exultante.

... dejado de hacer lo que deberíamos haber hecho; y hemos hecho lo que no debíamos hacer; y en nosotros no hay salud. Mas Tú, oh Señor, compadécete de nosotros, miserables pecadores. Libra, oh Dios, a los que confiesan sus culpas. Restaura a los que se arrepienten. Según tus promesas declaradas al género humano en Jesucristo nuestro Señor...

Y continuó en esta línea; luego el pastor contestó con su voz inglesa bonita y armoniosa aunque tal vez más comedida, y el diálogo se prolongó a un ritmo constante, elevándose y cayendo, siempre con confianza, con una intensa emoción prudentemente contenida en los cauces más elegantes del lenguaje, y acabó fundiéndose en absoluta calma y reconciliación:



Señor, ten piedad.

Cristo, ten piedad.

Señor, ten piedad.

Y ahí estaba lo que yo no sabía que existía pero debía de haber intuido siempre, lo que todos esos metodistas, congregacionalistas y presbiterianos habían abolido temerosos: el lado teatral de la religión. Desde el primer momento me atrajo intensamente. Muchas cosas me gustaron: el arrodillarte en el duro reclinatorio, el levantarte y arrodillarte de nuevo, e inclinar la cabeza ante el altar al oír mencionar el nombre de Jesús; el recitado del credo, que me encantó por su letanía de cosas alucinantes en las que creer. Me gustó la idea de llamar a veces a Jesús «Jesu»; hacía que pareciera más regio y más mágico, como un mago o un dios indio; me gustaba el «IHS» en el estandarte del púlpito, su diseño antiguo y gastado. La pobreza, la pequeñez, el abandono y la desnudez de la iglesia me atrajeron, ese olor a moho o a ratones, las frágiles voces del coro, el aislamiento de los feligreses. «Si están aquí — pensé—, entonces probablemente todo es cierto.» El ritual, que en otras circunstancias podría haber parecido totalmente artificial, falto de vida, tenía aquí una especie de dignidad desesperada. La riqueza de las palabras frente a la pobreza del lugar. Si no podía encontrar allí el rastro de Dios, al menos podía percibir el rastro de sus viejos tiempos de poder, de poder verdadero, y no lo que tenía en la Iglesia unida hoy día; podía recordar su legendaria y borrosa jerarquía, su encantador y enmohecido calendario de fiestas y santos. Ahí estaba, en el libro de oraciones; lo abrí por casualidad por esa página: el santoral. ¿Alguien lo observaba? El santoral me hizo pensar en algo muy distinto de Jubilee, en pajares abiertos y granjas con entramado de madera, y el ángelus y las velas, una procesión de monjas en la nieve, paseos por el claustro, silencio, un mundo de tapices, seguro en la fe. Seguridad. Si fuera posible descubrir a Dios, o evocarlo, todo sería seguro. Entonces cualquiera vería las mismas cosas que yo —las débiles vetas de la madera en las tablas del suelo, las ventanas de cristal que enmarcaban las delgadas ramas y el cielo nevado—, y el extraño y angustioso dolor que podía producir ver cosas desaparecería. Estaba claro que esa era la única forma en que podía haber nacido el mundo —«la única forma en que podía haber nacido»—, si todos esos átomos, galaxias de átomos, estaban seguros en todo momento, arremolinándose en la mente de Dios. ¿Cómo podía la gente descansar, cómo podía seguir respirando y existiendo siquiera, hasta estar segura de eso? Seguían haciéndolo, de modo que debían de estar



seguros.

¿Y mi madre? Siendo mi madre, ella no contaba mucho. Pero hasta ella, cuando se veía acorralada, respondía: «Oh, sí, tiene que haber algo..., algún designio». Pero era inútil perder el tiempo pensando en ello, advertía, porque nunca podríamos comprenderlo de todos modos; ya había suficientes cosas en qué pensar si nos proponíamos mejorar la vida aquí y ahora; cuando estuviéramos muertos descubriríamos el resto, si es que lo había.

Ni siquiera ella estaba preparada para responder «Nada», y verse sola con todas las ramas, piedras y plumas del mundo flotando a la deriva en esa clamorosa y desesperada oscuridad. No.

La idea de Dios para mí no estaba relacionada con una idea de bondad, lo que tal vez resulte extraño, teniendo en cuenta todo lo que oía sobre el pecado y el mal. Creía en ser redimido solo por la fe mediante un gran arrebató del alma. Pero ¿quería realmente que me sucediera eso a mí? Sí y no. Quería que me sucediera, pero me di cuenta de que tendría que ser en secreto. ¿Cómo iba a seguir viviendo, si no, con mis padres, Fern Dogherty, mi amiga Naomi y todos los demás en Jubilee?

El pastor se dirigió a mí con toda naturalidad en la puerta.

—Me alegra ver a jóvenes atractivas en la calle esta mañana tan fresquita.

Le estreché la mano con dificultad. Había robado un libro de oraciones y lo sujetaba con el brazo doblado debajo del abrigo.

—No te he visto en la iglesia —me dijo Fern.

El servicio anglicano era más corto que el nuestro, economizaba en el sermón, de modo que me había dado tiempo de volver a la escalinata de la iglesia unida y reunirme con ella cuando salió.

—Estaba detrás de una columna.

Mi madre quiso saber de qué había tratado el sermón.

—De la paz —respondió Fern—. Y de las Naciones Unidas. Etcétera, etcétera.

—La paz —repitió mi madre con placer—. Bueno, ¿y está a favor o en contra de ella?

—Está totalmente a favor de las Naciones Unidas.

—Entonces supongo que también lo está Dios. Qué alivio. Hace muy poco Él y el señor McLaughlin estaban a favor de la guerra. Son una pareja voluble.



La semana siguiente estaba con mi madre en la tienda de Walker cuando la anciana alta del turbante negro pasó por nuestro lado y habló con ella, y temí que comentara que me había visto en la iglesia anglicana, pero no lo hizo.

—Hoy he visto a la anciana señora Sherriff en el Walker —le dijo mi madre a Fern Dogherty—. Sigue llevando el mismo sombrero. Me recuerda el casco de un policía inglés.

—Viene mucho por la oficina de correos y monta un número si su periódico no ha llegado a las tres en punto —dijo Fern—. Es una fiera.

A partir de una conversación entre ellas, durante la cual mi madre intentó sin éxito hacerme salir de la habitación —creo que para ella era una especie de formalidad, porque una vez que me decía que me fuera no se molestaba mucho en ver si me había ido o no—, averigüé que la señora Sherriff había tenido extraños problemas familiares que eran consecuencia o habían tenido como consecuencia bastante excentricidad y locura en ella. Su hijo mayor había muerto por alcoholismo, su segundo hijo entraba y salía del asilo de locos (así llamaban siempre al psiquiátrico en Jubilee), y su hija se había suicidado ahogándose en el río Wawanash. ¿Su marido? Tenía una mercería y era un pilar de la comunidad, dijo mi madre secamente. Tal vez contrajo sífilis, sugirió Fern, y se la pasó; ataca el cerebro en la segunda generación, eran todos unos hipócritas, esos ancianos de cuello duro. Mi madre dijo que durante muchos años la señora Sherriff había llevado la ropa de su hija muerta para estar por casa y para trabajar en el jardín, hasta que se gastó.

Otra anécdota: una vez los de la tienda Red Front Grocery se olvidaron de poner una libra de mantequilla en su pedido, y ella salió detrás del chico de los repartos con un hacha.

«Cristo, ten piedad.»

Aquella semana también hice algo muy vulgar. Pedí a Dios que demostrara su existencia respondiendo a mi oración. La oración tenía que ver con algo llamado «ciencia del hogar» que teníamos una vez a la semana en el colegio, los jueves por la tarde. En ciencia del hogar aprendíamos a hacer ganchillo, bordar y manejar una máquina de coser, y cada cosa que hacíamos era más difícil que la anterior; tenía las manos resbaladizas de sudor y el aula en sí, con sus tres antiguas máquinas de coser, las mesas de corte y los maniquís desvencijados, me parecía una cámara de tortura. Y lo era. La señora Forbes, la profesora, era una mujer menuda y gruesa con la cara pintada como una muñeca de celuloide, y se mostraba alegre con casi todas las niñas. Pero mi estupidez, mis manos regordetas y torpes arrugando el mugriento pañuelo



al que debía coser el dobladillo o el miserable tapete de ganchillo, la sumían en una cólera descontrolada.

—¡Mira qué sucio está! Me han hablado de ti, y te crees muy lista con tu memoria prodigiosa —(yo tenía fama de memorizar poemas rápidamente)—, ¡pero aquí das puntadas de las que se avergonzaría una niña de seis años!

En esos momentos me estaba enseñando a enhebrar la máquina de coser y yo no lograba aprender. Estábamos haciendo delantales con adornos en forma de tulipán. Algunas niñas ya iban por los tulipanes o el dobladillo mientras yo ni siquiera había cosido la cinturilla, porque no conseguía enhebrar la máquina de coser, y la señora Forbes se negaba a enseñarme de nuevo. De cualquier modo era inútil; sus raudas manos moviéndose frente a mis ojos me asombraban, cegaban y paralizaban con sus ráfagas de desprecio.

De modo que recé: por favor, haz que no tenga que enhebrar la máquina de coser el jueves por la tarde. Lo repetí varias veces mentalmente, muy deprisa, con solemnidad y sin emoción, como si se tratara de un conjuro. No supliqué ni regateé. No pedí nada extraordinario, como que estallara un incendio en el aula de ciencia del hogar o que la señora Forbes resbalara por la calle y se rompiera la pierna; solo una pequeña intervención sin especificar.

No pasó nada. Ella no se había olvidado de mí. Al principio de la clase me mandó a la máquina de coser. Me quedé allí sentada tratando de discurrir cómo enhebrar la aguja —no me hacía ilusiones de ponerla en el lugar adecuado, pero tenía que ponerla en alguna parte, para demostrar que estaba intentándolo— y ella se acercó y se detuvo detrás de mí, respirando con indignación; como siempre, me empezaron a temblar las piernas, me temblaban tanto que empujé el pedal y la máquina empezó a moverse suavemente, sin enhebrar.

—Está bien, Del —dijo la señora Forbes.

Me sorprendí al oír su voz, que no sonó afable, pero tampoco furiosa, solo hastiada.

—He dicho que ya está bien. Puedes levantarte.

Cogió las piezas del delantal que yo había hilvanado desesperadamente, las estrujó y las tiró a la papelera.

—No puedes aprender a coser —dijo—, del mismo modo que el que no tiene oído no puede cantar. Lo he intentado y he fracasado. Ven conmigo.

Me dio una escoba.



—Si sabes barrer, quiero que barras el aula y tires los retales a la papelera, y te hagas responsable de tener el suelo limpio, y cuando no estés barriendo puedes sentarte a esa mesa del fondo y... aprenderte de memoria poemas enteros. Total, ¿qué más da?

Me sentí mareada de alivio y alegría, a pesar de la vergüenza pública, a la que ya estaba acostumbrada. Barrí el suelo a conciencia, luego cogí mi libro sobre la reina María de Escocia de la biblioteca y, sola en el fondo del aula, leí, deshonrada pero liberada de cargas. Al principio pensé que lo que había ocurrido era sencillamente milagroso, una respuesta a mi oración. Pero luego empecé a tener dudas: supongamos que no hubiera rezado y hubiese ocurrido de todos modos. No tenía manera de saberlo; no había forma de controlar mi experimento. Me volvía más desagradecida y mezquina por minutos. ¿Cómo podía estar segura? Y seguramente también era bastante obvio y ridículo que Dios se preocupara de una petición tan trivial. Sería casi un alarde. Yo quería que Él actuara de forma más misteriosa.

Quería decírselo a alguien, pero Naomi estaba descartada. Le había preguntado si creía en Dios y me había respondido enseguida y con desdén: «¡Por supuesto que sí! No soy como tu vieja. ¿Crees que quiero ir al infierno?». Nunca volví a tocar el tema con ella.

Escogí a mi hermano Owen como confidente. Tenía tres años menos que yo, y hubo un tiempo en que había sido impresionable y fiable. Fuera de la granja teníamos una cabaña hecha con tablas viejas en la que jugábamos a casitas, y una vez él se sentó en el extremo de una tabla y le serví bayas de serbal diciéndole que eran cereales. Se las comió todas. Mientras comía se me ocurrió que podían ser venenosas, pero no se lo dije, por motivos de prestigio y para no quitar importancia al juego. Luego decidí por prudencia no decírselo a nadie más. Últimamente él había aprendido a patinar, iba a su entrenamiento de hockey, luego se inclinaba sobre la barandilla y escupía encima de mi cabeza; un chico cualquiera.

Pero todavía había ángulos desde los cuales parecía frágil y joven, y algunos de sus intereses me parecían absurdos e inútiles. Participaba en concursos. Era la naturaleza de mi madre la que afloraba en él, su predisposición ilimitada a aceptar los retos y las promesas del mundo exterior. Él creía en los premios; en los telescopios a través de los cuales veía los cráteres de la luna, el equipo de magia con que hacía desaparecer cosas, el juego de química que le permitía fabricar explosivos. Habría sido alquimista de haber sabido lo que era eso. Sin embargo, no era religioso.

Estaba sentado en el suelo de su habitación, cortando pequeñas figuras de cartón de jugadores de hockey que luego ordenaría por equipos; se enfrascaba de tal



modo en esos juegos tan divinos que me parecía habitar un mundo muy alejado del mío (el real), un mundo irrelevante y conmovedoramente endeble en sus engaños.

Me senté en la cama detrás de él.

—Owen.

Él no respondió; cuando jugaba nunca quería a nadie cerca.

—¿Qué crees que pasa cuando alguien se muere?

—No lo sé —respondió Owen ceñudo.

—¿Crees que Dios mantiene con vida su alma? ¿Sabes qué es el alma? ¿Crees en Dios?

Owen volvió la cabeza y me miró con cara de sentirse acorralado. No tenía nada que ocultar, nada que mostrar aparte de la indiferencia de su corazón puro.

—Es mejor que creas en Dios —dije—. Escucha.

Le hablé de mi oración y de la clase de ciencia del hogar. Él escuchó con expresión abatida. No compartía la necesidad que yo sentía. Me enfureció descubrirlo; parecía aturdido e indefenso pero resistente como una pelota de goma dura. Escucharía, y si yo insistía me daría la razón, pero en el fondo, pensé, no prestaba atención. Eran estupideces.

A veces, cuando lo pillaba solo, lo intimidaba de ese modo con bravatas. «No se lo digas a mamá», le decía. Él era todo lo que yo tenía para poner a prueba mi fe; no tenía a nadie más. Su profunda falta de interés, la satisfacción que parecía obtener de un mundo sin Dios, era lo que yo no podía soportar, y me obstinaba en metérselo en la cabeza a golpe de martillo; también tenía la sensación de que, como era más pequeño que yo, y había estado durante tanto tiempo bajo mi control, estaba obligado a seguirme; no reconocerlo era un signo de insurrección.

En mi habitación, con la puerta cerrada, leí el libro de oraciones comunes.

A veces al caminar por la calle cerraba los ojos (como cuando Owen y yo nos hacíamos los ciegos) y me decía, con el ceño fruncido, rezando: «Dios, Dios, Dios». Luego, durante unos precarios segundos, imaginaba que una nube compacta y brillante descendía sobre Jubilee y se enroscaba alrededor de mi cráneo. Pero abría los ojos de golpe alarmada; no era capaz de dejarlo entrar, ni de salir yo a su encuentro. Además, me daba miedo chocar contra algo o que me viera alguien hacer el ridículo.

Llegó el Viernes Santo. Estaba a punto de salir de casa cuando mi madre entró



en el vestíbulo.

—¿Adónde vas con el sombrero puesto?

Había llegado el momento de tomar una postura.

—Voy a ir a la iglesia.

—Hoy no hay servicio.

—Voy a ir a la iglesia anglicana. El Viernes Santo hay oficio.

Mi madre tuvo que sentarse en los escalones. Me miró con una expresión tan exasperada, apagada e inquisitiva como la que me había clavado un año atrás al encontrar un boceto que Naomi y yo habíamos hecho en mi cuaderno de dibujo de una mujer gorda y desnuda con pechos como globos y un gran nido de vello púbico.

—¿Sabes qué conmemora el Viernes Santo?

—La crucifixión —respondí lacónicamente.

—Es el día que Cristo murió por nuestros pecados. Eso es lo que nos dicen. Bien, ¿tú lo crees?

—Sí.

—Cristo murió por nuestros pecados —repitió mi madre, levantándose de un salto.

En el espejo del vestíbulo miró su cara borrosa con agresividad.

—Bueno, bueno, bueno. Redimidos por la sangre. Es una idea preciosa. Por lo mismo, también podrías creer que los aztecas arrancaban los corazones vivos porque creían que no saldría ni se pondría el sol si no lo hacían. El cristianismo no es mejor. ¿Qué piensas de un Dios que pide sangre? Sangre, sangre, sangre. Fíjate en sus himnos, a eso se reduce todo. ¿Qué me dices de un Dios que no se da por satisfecho hasta que cuelgue alguien de una cruz durante seis horas, nueve horas, las que sean? Si yo fuera Dios no estaría tan sedienta de sangre. La gente normal no estaría tan sedienta de sangre. Excepto Hitler. Tal vez lo estuvieran en un momento dado, pero ya no lo están. ¿Sabes adónde quiero ir a parar?

—No —respondí con sinceridad.

—¡Dios fue creado por el hombre! ¡No al revés! Dios fue una invención del hombre. El hombre en una fase de su desarrollo más infame y sanguinaria que la actual, o eso esperamos. El hombre creó a Dios a su imagen y semejanza. He discutido sobre ello con clérigos. Discutiré sobre ello con quien haga falta. Nunca he



conocido a nadie que pueda darme argumentos en contra y ser coherente.

—¿Puedo ir?

—No voy a detenerte —dijo mi madre, aunque se había desplazado hasta la puerta—. Ve y escucha hasta hartarte. Verás cómo tengo razón. Tal vez has salido a mi madre. —Me escudriñó la cara buscando rasgos del fanático religioso—. Si es así, supongo que eso no está en mis manos.

Los argumentos de mi madre no me desalentaron, no tanto como me habrían desalentado si los hubiera esgrimido otro. Aun así, mientras cruzaba la ciudad, busqué pruebas del enfoque contrario. Fue un consuelo que las tiendas estuvieran cerradas, con las persianas bajadas. Eso demostraba algo, ¿no? Si llamaba a las puertas de todas las casas que encontraba por el camino y preguntaba: «¿Murió Cristo por nuestros pecados?», la respuesta, sin duda sobresaltada y avergonzada, sería que sí.

Me di cuenta de que, personalmente, no me importaba mucho que Dios hubiera muerto por nuestros pecados. Yo solo quería un Dios. Pero si la muerte de Cristo por nuestros pecados era el camino hasta Dios, habría que trabajar en el tema.

El Viernes Santo hizo, poco apropiadamente, un día soleado y de temperaturas suaves; los carámbanos se derretían y partían, de los tejados se elevaba humo y corrían pequeños arroyos por las calles. La luz del sol entraba a raudales a través de las vidrieras de la iglesia. Llegué tarde, por culpa de mi madre. El pastor ya había salido. Me deslicé en el banco del fondo y la anciana del turbante de terciopelo, la señora Sherriff, me miró pálida de rabia; tal vez no era rabia sino un asombro formidable; era como si me hubiera sentado al lado de un águila posada en su percha.

Pero verla me llenó de aliento. Me alegré de verlos a todos, a las seis, ocho o diez personas, gente de carne y hueso, que se habían puesto el sombrero y salido de su casa, y recorrido las calles cruzando riachuelos de nieve fundida para personarse allí; no harían eso sin una razón.

Quería encontrar un creyente, un verdadero creyente a quien confiar mis dudas. Quería observar y tomar aliento de esa persona, no hablar con ella. Al principio pensé que podría ser la señora Sherriff, pero ella no me serviría; su excentricidad la descalificaba. Mi creyente debía de ser un sujeto luminosamente cuerdo.



Oh, Señor, levántate, ayúdanos y líbranos por Tu nombre.

Oh, Señor, levántate, ayúdanos y líbranos por Tu honor.

He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

Me puse a pensar en los sufrimientos de Cristo. Junté las manos clavándome una uña con toda la fuerza posible en una palma, y la hundí y retorcí, pero no logré sangrar siquiera; me sentí avergonzada, sabiendo que eso no me habría hecho participar del sufrimiento. Dios, de haber tenido algo de gusto, habría despreciado esa tontería (pero ¿tenía gusto? Solo había que ver lo que los santos habían hecho, con Su aprobación). Él sabría lo que en realidad estaba pensando e intentaba derribarlo a golpes en mi mente. Era: ¿tan terribles fueron realmente los sufrimientos de Cristo?

¿Podían haber sido tan terribles cuando sabías, y Él y todo el mundo lo sabía, que resucitaría íntegro, radiante y eterno, y se sentaría a la derecha de Dios Padre Todopoderoso, y desde allí vendría a juzgar a los vivos y a los muertos? Muchas personas, tal vez no todas, ni siquiera la mayoría, pero unas cuantas someterían su carne a un sufrimiento similar si estuvieran seguras de que iban a alcanzar después lo que Él alcanzó. De hecho, muchos lo habían hecho: los santos y los mártires.

De acuerdo, pero había una diferencia. Él era Dios; para Él era más bien una humillación, un acto de sumisión. ¿Era Dios o solo el hijo terrenal de Dios en ese momento? Yo no conseguía comprenderlo. ¿Entendió Él que todo eso obedecía a un propósito y que al final todo saldría bien, o su condición de Dios había sido temporalmente eclipsada y solo vio el fracaso? «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»

Después del largo salmo con las profecías sobre las vestiduras y el reparto de la túnica, el clérigo se subió al púlpito y dijo que iba a dedicar un sermón corto a las últimas palabras que Cristo había pronunciado en la cruz. Precisamente en lo que había estado pensando yo. Pero resultó que había pronunciado más palabras de las que yo conocía. Empezó con «Tengo sed», que demostraba, dijo el pastor, que Cristo había sufrido corporalmente tanto como sufriríamos nosotros en su misma situación, nada menos, y que no le avergonzaba admitirlo, pedir ayuda y dar a los pobres soldados una oportunidad para obtener la gracia, con la esponja empapada en vinagre. «“Madre, he aquí a tu hijo.” “Hijo, he aquí a tu madre”», demostraba que sus últimas palabras y casi sus últimos pensamientos habían sido para los demás, disponiendo que fueran un consuelo el uno para el otro cuando Él se hubiera



marchado (aunque nunca llegaba a marcharse). Ni siquiera en la hora de Su agonía y pasión, olvidó las relaciones humanas, lo hermosas e importantes que eran. «Hoy estarás conmigo en el Paraíso» demostraba, por supuesto, su constante preocupación por el pecador, el malhechor proscrito por la sociedad y colgado en la cruz de al lado. «Oh, Dios, tú no aborreces nada de lo que has creado, y... no deseas la muerte del pecador sino que se convierta de su mala conducta y viva...»

Pero ¿por qué —no podía dejar de preguntarme, aunque sabía que no iba a satisfacerme la respuesta— iba a aborrecer Dios algo que Él había creado? Si iba a aborrecerlo, ¿por qué lo había creado? Y si había hecho todo tal como quería, entonces no se podía criticar nada por ser como era, y eso venía a echar por tierra la idea del pecado, ¿no? Así pues, ¿por qué Cristo tenía que morir por nuestros pecados? El sermón tuvo un efecto negativo en mí; me dejó desconcertada y con ganas de discutir. Hasta me produjo, aunque nunca lo habría admitido, una aversión hacia Cristo mismo, por el modo en que eran señaladas continuamente Sus perfecciones. «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» Por un brevísimo instante, dijo el clérigo, un instante brevísimo, Jesús había perdido el contacto con Dios. Sí, hasta a Él le había sucedido. Había perdido el contacto y, en la oscuridad, había gritado desesperado. Pero eso también formaba parte del plan, era necesario. Fue así para que, en nuestros momentos más negros, supiéramos que el mismísimo Cristo había compartido nuestras dudas y nuestra desdicha, y, sabiéndolo, se disiparan más deprisa.

Pero ¿por qué? ¿Por qué debían disiparse tan deprisa? Supongamos que ese hubiera sido el último grito de Cristo, lo último que se le oyó decir. Al menos teníamos que suponerlo, ¿no? Teníamos que considerarlo. Supongamos que hubiera gritado eso y luego se hubiese muerto, y nunca hubiera resucitado, que nunca hubiera descubierto que todo había sido el drama de Dios. Qué sufrimiento. Sí; imagináoslo comprendiendo de golpe: «No era cierto. Nada de todo eso era cierto». El dolor de sus manos y de sus pies rasgados no habría sido nada comparado con eso. Mirar a través de los listones del mundo, después de haber llegado hasta allí, después de decir todo lo que había dicho, y de pronto... no ver nada. «¡Hable de eso! —le grité al clérigo en mi interior—. Oh, hable de eso, sáquelo a la luz y... ¡derrótelo!»

Pero todos hacemos lo que podemos, y el clérigo no podía hacer más.

Me encontré a la señora Sherriff por la calle al cabo de unos días. Esta vez iba sola.

—Te conozco. ¿Qué estás haciendo todo el rato en la iglesia anglicana? Creía



que eras de la iglesia unida.

Ya fundida casi toda la nieve y con el río bajo, Owen y yo recorriamos Flats Road por separado los sábados e íbamos a la granja. La granja, donde tío Benny había pasado todo el invierno y donde mi padre había vivido la mayor parte del tiempo, salvo los fines de semana que venía a quedarse con nosotros, estaba tan sucia que ya no tenía que ser una casa; era como una extensión de aire libre resguardada de los elementos. El dibujo del linóleo de la cocina se había borrado; la misma mugre formaba un dibujo.

—Aquí está la mujer de la limpieza —dijo tío Benny al verme—, justo lo que necesitamos.

Pero yo no pensaba igual.

Toda la casa olía a zorro. No encendían la estufa hasta la noche y dejaban la puerta de casa abierta. Fuera los cuervos graznaban sobre los campos embarrados, el río alto y plateado y la silueta del horizonte que era, como por arte de magia, tal como la recordaba, tras haberla olvidado y recordado otra vez. Los zorros gritaban nerviosos, porque era la época del año en que las hembras tenían sus crías. Owen y yo no podíamos acercarnos a los corrales.

Owen se columpiaba de la cuerda que colgaba del fresno, donde había estado nuestro columpio el verano pasado.

—¡Major mató una oveja!

Major era nuestro perro, que últimamente considerábamos el perro de Owen, aunque no le hacía mucho caso a Owen sino más bien era Owen quien le hacía caso a él. Era un collie cruzado grande y marrón dorado que se había vuelto demasiado perezoso el pasado verano hasta para salir detrás de los coches, y que dormía la siesta a la sombra; tanto despierto como dormido desprendía una especie de dignidad lánguida y senatorial. Y de pronto le había dado por perseguir ovejas; había emprendido una vida de delincuencia en la vejez con tanto orgullo y, por el momento, tanta cautela como un anciano senador que emprende públicamente una vida de vicio y desenfreno. Owen y yo fuimos a verlo, y él me contó por el camino que las ovejas que perseguía eran de los Potter, cuyas tierras colindaban con las nuestras, y que los hijos de los Potter habían visto a Major desde su camioneta, y se habían detenido y saltado la cerca gritándole, pero Major había separado a su presa del rebaño y no había parado hasta que la había matado.



La había matado. Me la imaginé ensangrentada, desgarrada; Major nunca había cazado o matado nada en su vida.

—¿La quería para comérsela? —pregunté con perplejidad y repugnancia.

Y Owen se vio obligado a contarme que la matanza había sido, en cierto modo, accidental. Al parecer a las ovejas se las podía matar corriendo, se las podía matar de terror, de lo débiles, gordas y asustadizas que eran; aunque Major había pegado un bocado a la lana tibia del cuello, a modo de trofeo, y había saltado sobre él y lo había mordisqueado, para guardar las formas. Luego tuvo que correr a gran velocidad hasta casa (¡como si Major pudiera correr a toda velocidad!) porque los hijos de Potter iban a por él.

Estaba atado en el interior del cobertizo, con la puerta abierta para dejar entrar algo de luz y aire. Owen saltó a horcajadas sobre su espalda para despertarlo — Major siempre se despertaba tan deprisa y tan serio, sin protestar, que costaba saber si estaba realmente dormido o solo fingía estarlo—, luego rodó con él por el suelo, tratando de hacerle jugar.

—Viejo asesino de ovejas, viejo asesino de ovejas —dijo Owen, dándole puñetazos orgulloso.

Major lo soportó, pero no se mostró más juguetón que de costumbre; no parecía haber recuperado su juventud de ninguna forma aparte de esa tan asombrosa. Lamió la parte superior de la cabeza de Owen con aire condescendiente y cuando este lo soltó, se puso a dormir de nuevo.

—Tendremos que atar a ese viejo asesino de ovejas para que no vuelva a salir tras ninguna. Los Potter dijeron que le pegarían un tiro si volvían a sorprenderlo.

Eso era cierto. Major era realmente el centro de todas las miradas. Mi padre y tío Benny fueron a verlo, tumbado con toda su falsa dignidad e inocencia en el suelo del cobertizo. Tío Benny vio que estaba condenado. En su opinión ningún perro que empezaba a cazar ovejas podía tener alguna esperanza de salir con vida.

—Ahora que lo ha probado —dijo tío Benny, acariciando la cabeza de Major—, no habrá quien lo detenga. No puedes dejar con vida a un asesino de ovejas.

—¿Quieres decir que hemos de pegarle un tiro? —grité, no exactamente por amor hacia Major, sino porque me parecía un final muy brutal para lo que todos consideraban una historia bastante cómica.

Era como ejecutar públicamente al senador de cabellos plateados por sus embarazosas bufonadas.



—No podéis tener un asesino de ovejas. Os haréis pobres apoquinando por todas las ovejas que mate. De todas maneras si no lo matáis vosotros lo hará otro.

Mi padre, cuando se apeló a él, dijo que tal vez Major no persiguiera más ovejas. De todos modos, lo ataron. Permanecería atado el resto de su vida, si era necesario, o al menos hasta que superara esa segunda infancia y estuviera demasiado débil para perseguir nada; no faltaba tanto para eso.

Pero mi padre se equivocó. Tío Benny, con su risueño pesimismo, y sus predicciones tristes y sentenciosas, tenía razón. Major escapó de su cautiverio a primeras horas de la madrugada. La puerta del cobertizo estaba cerrada, pero rasgó la tela metálica de una ventana sin cristal y salió, corriendo hasta la casa de los Potter para entregarse de nuevo a su recién descubierto placer. Había vuelto a casa a la hora del desayuno, pero la cuerda y la ventana rotas, y la oveja muerta en el prado de los Potter, hablaban por sí solas.

Estábamos desayunando. Mi padre había pasado la noche en la ciudad. Tío Benny lo llamó por teléfono para darle la noticia y mi padre, cuando regresó a la mesa, dijo:

—Owen, tenemos que deshacernos de Major.

Owen se puso a temblar, pero guardó silencio. Mi padre nos explicó, en pocas palabras, la fuga y la oveja muerta.

—Bueno, ya es viejo —dijo mi madre con falso vigor—. Es viejo y ha tenido una buena vida, y quién sabe lo que será de él ahora de todos modos, con todas las enfermedades y miserias de la vejez.

—Podríamos traérselo a vivir aquí —dijo Owen débilmente—. Entonces no sabría dónde buscar ovejas.

—Un perro como ese no puede vivir en una ciudad. Y no hay garantías de que no vuelva a hacerlo de todos modos.

—Piensa qué mal lo pasaría atado en la ciudad, Owen —dijo mi madre con reproche.

Owen se levantó de la mesa sin decir nada más. Mi madre no lo regañó por no pedir permiso.

Yo estaba acostumbrada a que se mataran animales. Tío Benny cazaba y atrapaba ratones almizcleros, y todos los otoños mi padre mataba zorros y vendía sus pieles para nuestro sustento. A lo largo del año mataba los caballos viejos, tullidos o simplemente inservibles, para echar de comer a los zorros su carne. Yo había tenido



dos pesadillas horribles sobre eso, las dos hacía bastante tiempo, que todavía recordaba. Una vez soñé que iba a la caseta de la carne de mi padre, un cobertizo de tela mosquitera más allá del establo donde en invierno guardaba los caballos descuartizados y desollados colgados de ganchos. El cobertizo estaba a la sombra de un manzano silvestre; las mosquiteras estaban negras a causa de las moscas. Soñé que miraba y descubría, no tan inesperadamente, que lo que había colgado allí en realidad eran cadáveres humanos descuartizados y desollados. El otro sueño estaba inspirado en la historia inglesa, sobre la que había leído en la enciclopedia. Soñé que mi padre había puesto un humilde tajo en el césped, fuera de la puerta de la cocina, y que hacía que nos colocáramos en fila —a Owen, a mi madre y a mí— para cortarnos la cabeza. «No os dolerá —nos decía, como si esa fuera nuestra única preocupación—, solo será un instante.» Se mostraba amable y tranquilo, razonable y cansinamente persuasivo al contarnos que lo hacía por nuestro bien. En mi mente forcejeaban pensamientos de huida, como aves atrapadas en petróleo, con las alas extendidas, impotentes. Me quedaba paralizada con ese tono razonable, las disposiciones tan sencillas, familiares y obvias, el rostro tranquilizador de la locura.

Durante el día no estaba tan asustada como esas pesadillas podían hacer creer. No me daba miedo pasar por delante de la caseta de la carne ni oír el estallido de la escopeta. Pero cuando pensaba en Major recibiendo un tiro, cuando imaginaba a mi padre cargando la escopeta tan lenta y ceremoniosamente como siempre, y llamando a Major, que jamás sospecharía nada, acostumbrado como estaba a ver hombres con escopeta, y los veía a los dos pasando por delante del cobertizo, mi padre buscando el lugar adecuado, volvía a visualizar el contorno de esa cara razonable y blasfema. Era la deliberación lo que me tenía obsesionada, la deliberada decisión de incrustar una bala en el cerebro del perro para detener el funcionamiento del organismo; en esa decisión y ese acto, por muy necesarios y razonables que fueran, estaba la aprobación de cualquier cosa. La muerte era posible. Y no porque no pudiera impedirse sino porque era lo que querían, sí, lo que querían todos esos adultos, capataces y verdugos de amable e implacable rostro.

¿Y yo? Yo no quería que eso sucediera. No quería que pegaran un tiro a Major, pero experimentaba una tensa excitación, además de pesar. Esa escena de la ejecución que imaginaba y me producía ese momentáneo instante de oscuridad, ¿me era totalmente desagradable? No. Me concentré en la confianza de Major, el afecto que le tenía a mi padre —a quien gustaba, a su manera comedida, como le gustaba cualquiera—, sus ojos alegres y medio ciegos. Subí para ver cómo se lo estaba tomando Owen.

Lo encontré sentado en el suelo de su dormitorio jugando con cantillos. No



lloraba. Tenía la vaga esperanza de poder persuadirlo para que fuera razonable, no porque creyera que iba a servir de algo sino porque me parecía que la ocasión lo requería.

—Si rezaras para que no peguen un tiro a Owen, ¿no se lo pegarían? —me preguntó con voz exigente.

La idea de rezar no se me había pasado por la cabeza.

—Rezaste para no tener que enhebrar más la máquina de coser y se cumplió.

Vi venir horrorizada la inevitable colisión entre la religión y la vida.

Se levantó y se plantó frente a mí.

—Rezar —dijo muy tenso—. ¿Cómo se hace? Empieza ya.

—No puedo rezar por algo así.

—¿Por qué no?

¿Por qué no? Porque no se reza para que pasen cosas o dejen de pasar, podría haberle respondido, sino para pedir fuerzas y la gracia para soportar lo que pasa. Una buena salida que destila un abominable olor a derrota. Pero no se me ocurrió. Simplemente pensé, y supe, que rezar no iba a impedir que mi padre saliera con la escopeta y gritara: «¡Major! Ven aquí, Major!». Rezar no cambiaría eso.

Dios no lo cambiaría. Si Dios estaba del lado de la bondad, la compasión y la misericordia, entonces ¿por qué había hecho tan difícil alcanzarlas? Daba lo mismo decir: «Valdrán la pena»; no importaba. Rezar para detener un acto de ejecución era inútil sencillamente porque a Dios no le interesaban esos reparos; no eran los Suyos.

¿Podía existir un Dios que no estuviera contenido en la red de iglesias, que no hubiéramos hecho manejable por medio de ensalmos y cruces, un Dios verdadero, que estuviera verdaderamente en el mundo, y fuera extraño e inaceptable como la muerte? ¿Podía existir un Dios asombroso e indiferente más allá de la fe?

—¿Cómo lo haces? —preguntó Owen, obstinado—. ¿Tienes que arrodillarte?

—Da lo mismo.

Pero él ya se había arrodillado y cerrado los puños a los costados. Luego, sin inclinar la cabeza, frunció la cara con gran concentración.

—¡Levántate, Owen! —grité con brusquedad—. No servirá de nada. No funcionará, Owen. No funciona. Levántate, cariño. Sé bueno.

Me golpeó con sus puños cerrados, sin tomarse el tiempo de abrir los ojos. Al



formular su plegaria, su rostro registró distintas muecas íntimas, desesperadas, y cada una me pareció un reproche y una denuncia, un espectáculo tan duro de contemplar como el de la carne desollada. Ver, en primer plano, a alguien tener fe no es más fácil que ver a alguien cortarse un dedo de un tajo.

¿Alguna vez experimentan los misioneros esos momentos de perplejidad y vergüenza?



CAMBIOS Y CEREMONIAS

El odio de los chicos era peligroso, era penetrante y vivo, un legado prodigioso, como la espada de Arturo arrancada de la piedra del libro de lectura de séptimo. El odio de las chicas, en comparación, parecía confuso y lacrimógeno, amargamente defensivo. Los chicos se te echaban encima en sus bicicletas y hendían el aire por donde habías pasado, grandiosamente, sin piedad, como si lamentaran no tener cuchillos en las ruedas. Y decían cualquier cosa.

Decían, en voz baja: «Hola, furcias».

Decían: «Eh, ¿dónde tenéis el agujero de follar?», con un tono de alegre repugnancia.

Decían cosas que te arrebatában la libertad de ser lo que querías, te reducían a lo que ellos veían, y eso solo bastaba para provocarles arcadas. Mi amiga Naomi y yo nos decíamos: «Haz como que oyes llover», ya que éramos demasiado orgullosas para cruzar la calle y evitarlos. A veces les contestábamos a gritos: «¡Id a lavaros la boca en el abrevadero, que el agua potable es demasiado buena para vosotros!».

Después del colegio Naomi y yo no quisimos ir a casa. Miramos los carteles de la película que proyectaban en el Lyceum Theatre y las novias del escaparate del fotógrafo, y luego fuimos a la biblioteca, que se encontraba en el edificio del ayuntamiento. A un lado de la puerta principal, en las ventanas, se leían las letras: SERV CIO DE SEÑ RAS. Al otro lado se leía SALA DE LE TURA PÚBL C». Las letras que faltaban nunca habían sido sustituidas. Todo el mundo había aprendido a leer las palabras sin ellas.

Junto a la puerta había una cuerda; colgaba de la campana que había debajo de la cúpula, y en el letrero marronáceo que había al lado se leía: «100 dólares de multa por uso indebido». En las ventanas del servicio de señoras se sentaban las mujeres de los granjeros, con sus pañuelos y chanclos de goma, a esperar que sus maridos pasaran a recogerlas. En la biblioteca casi nunca había nadie aparte de la bibliotecaria, Bella Phippen, sorda como una tapia y coja como consecuencia de la polio. El concejo municipal le había ofrecido el cargo de bibliotecaria porque nunca habría conseguido un empleo como era debido. Se pasaba la mayor parte del tiempo en una especie de nido que se había construido detrás del escritorio, con cojines, mantas afganas, latas de galletas, un hornillo eléctrico, una tetera y una maraña de



bonitas cintas. Su hobby era confeccionar alfilereros. Todos eran iguales: una muñeca Kewpie vestida con esas cintas, que formaban una falda de aro sobre el alfilerero en sí. Regalaba uno a cada chica que se casaba en Jubilee.

Una vez le pregunté dónde podía encontrar algo, y rodeó el escritorio arrastrándose, cojeó pesadamente a lo largo de los estantes y regresó con un libro. Me lo dio, diciendo con la voz fuerte y solitaria del sordo:

— Ahí tienes un libro precioso.

¿Era *The Winning of Barbara Worth*?

La biblioteca estaba llena de libros como ese. Eran libros viejos, de color azul, verde o marrón apagado, con las cubiertas ligeramente emblandecidas y sueltas. El frontispicio a menudo era una acuarela pálida de una dama con un vestido estilo Gainsborough, y una cita debajo que decía algo así: «Lady Dorothy se refugió en la rosaeda para meditar mejor sobre el alcance de ese misterioso mensaje (p. 112)».

Jeffery Farnol. Marie Corelli. *The Prince of the House of David*. Viejos amigos manoseados, tristes, preciosos. Los había leído, ya no los leía. Otros libros los reconocía por el lomo, conocía la curva de cada letra de sus títulos, pero nunca los había tocado, nunca los había apartado. *Forty Years a Country Preacher*. *The Queen's Own in Peace and War*. Eran como las personas que veías por la calle día tras día, año tras año, a quienes nunca conocías más que de vista; eso podía pasar incluso en Jubilee.

En la biblioteca me sentía feliz. Las paredes de páginas impresas, prueba de tantos mundos creados, eran un consuelo para mí. Todo lo contrario le pasaba a Naomi, a quien la visión de tantos libros la agobiaba, produciéndole una sensación de opresión y recelo. Ella solía leer libros de misterio infantiles, pero al hacerse mayor había perdido la costumbre. Era lo normal en Jubilee; la lectura era como mascar chicle, un hábito que se abandonaba cuando la seriedad y las satisfacciones de la vida adulta tomaban el relevo. Sobre todo persistía entre las mujeres solteras, pero habría sido vergonzoso en un hombre.

De modo que para tener callada a Naomi mientras yo hojeaba los libros, le di a leer algo que jamás hubiera imaginado que vería escrito en un libro. Hice que se sentara en la pequeña escalera de mano que Bella Phippen nunca utilizaba y le llevé el grueso volumen verde de *Kristin Lavransdatter*. Localicé los fragmentos donde Kristin da a luz a su primer hijo, hora tras hora, página tras página, la sangre y el sufrimiento, acucillada sobre la paja. Sentí una punzada de tristeza al dárselo. Siempre estaba traicionando a alguien; parecía la única manera de seguir adelante.



Ese libro no era ninguna novedad para mí, pues había querido vivir en el siglo XI, incluso dar a luz a un hijo entre la paja, como Kristin —a condición de salir con vida, por supuesto— y, sobre todo, tener un amante como Erlund, un caballero tan imperfecto, moreno y solitario.

Después de leerlo Naomi fue a buscarme.

—¿Tuvo que casarse?

—Sí.

—Me lo imaginaba. Porque si una chica tiene que casarse, o bien muere en el parto, o le falta muy poco, o la criatura sale con alguna tara. Tiene el labio leporino, el pie zopo o no está bien de la cabeza. Mi madre lo ha visto.

No le llevé la contraria, aunque tampoco la creí. La madre de Naomi era enfermera practicante. Con su autorización —o lo que Naomi aseguraba que era su autorización— me había enterado de que los bebés que nacían unidos a la placenta acababan convirtiéndose en delincuentes, que unos hombres habían copulado con ovejas y engendrado pequeñas criaturas lanudas y encogidas con cara humana y cola de oveja, que murieron y fueron conservadas en frascos en alguna parte, y que unas mujeres locas se habían hecho daño a sí mismas de formas obscenas con perchas. Yo me lo creía o no me lo creía, según el estado entusiasta o acobardado en el que me encontrara. No me gustaba la madre de Naomi; tenía una voz estridente e intimidante, unos ojos pálidos y saltones —como los de Naomi—, y me había preguntado si ya tenía la regla. Pero a cualquier persona que se dedica al nacimiento y la muerte, que se encarga de ver y lidiar con lo que hay en ellos —una hemorragia, la carnosa placenta, una horrible disolución—, hay que escucharla, no importa las noticias que traiga.

—¿En alguna parte del libro pone que lo hacen?

Ansiosa por justificar la literatura a los ojos de Naomi —como un cura que se esfuerza por demostrar lo práctica y divertida que puede llegar a ser la religión—, busqué el episodio en que Kristin y Erlund se refugiaban en el cobertizo. Pero no se dio por satisfecha.

—¿Eso quiere decir que lo hacen?

Señalé el pensamiento de Kristin: «¿Es esto esa cosa mala de la que hablan todas las canciones?».

Anocheía cuando salimos. Los trineos de los granjeros se marchaban de la ciudad. Naomi y yo nos subimos a uno que enfiló Victoria Street. El granjero iba



envuelto en una bufanda y un gran gorro de pieles. Parecía un vikingo con casco. Se volvió y nos insultó para que nos bajáramos, pero nosotras nos agarramos fuerte, hinchidas de alegre desafío como delincuentes que habían nacido unidos a la placenta; aguantamos con el borde del trineo que se nos clavaba en la barriga y esparciendo nieve con los pies, hasta que llegamos a la esquina de Mason Street y nos arrojamos sobre un montón de nieve. Mientras recogíamos los libros y recuperábamos el aliento, nos gritamos:

—¡Bajaos, desgraciadas!

Las dos esperábamos y al mismo tiempo temíamos que alguien nos oyera.

Naomi vivía en Mason Street, yo en River Street; en eso se fundaba nuestra amistad. Cuando me mudé a la ciudad, Naomi me esperaba por las mañanas frente a su casa, que me quedaba de camino. «¿Por qué andas así?», me preguntaba, y yo respondía: «¿Cómo?». Ella se acercaba haciendo extrañas eses, con aire distraído, pegando la barbilla al cuello. Ofendida, me reía. Pero sus críticas reflejaban una actitud posesiva; me sentía asustada y eufórica al descubrir que me consideraba su amiga. Yo nunca había tenido una amiga. Interfería en mi libertad y hacía que me sintiera en cierto modo falsa, pero al mismo tiempo ampliaba y daba resonancia a la vida. Gritar, soltar palabrotas y arrojarte sobre la nieve no era algo que pudieras hacer sola.

Y a esas alturas sabíamos demasiado la una de la otra para dejar de ser amigas.

Naomi y yo nos ofrecimos juntas como encargadas de la pizarra, lo que suponía quedarte después de clase para limpiar las pizarras y llevar fuera los borradores rojos, blancos y azules, y sacudirlos contra la pared de ladrillo del colegio, dejando abanicos de tiza. Al entrar, nos llegó una música desconocida procedente de la sala de profesores, la señorita Farris cantando, y nos acordamos. La opereta. Tenía que serlo.

Año tras año, durante el mes de marzo, el colegio representaba una opereta que hacía entrar en juego distintas fuerzas y cambiaba todo por un tiempo. A cargo de la opereta estaban la señorita Farris, que el resto del año no hacía nada especial salvo dar clase a tercero y tocar todas las mañanas *La marcha turca* al piano mientras entrábamos en las aulas, y el señor Boyce, que era el organista de la iglesia unida e iba al colegio dos veces a la semana para darnos clase de música.

El señor Boyce llamaba la atención y no se hacía respetar debido a lo distinto que era de un profesor corriente. Era bajo, con un bigote suave, y ojos redondos y de



aspecto húmedo como un caramelo chupado. Era inglés, además. Había llegado a comienzos de la guerra tras sobrevivir al hundimiento del *Athenia*. ¡Imaginaos al señor Boyce en un bote salvavidas por el norte del Atlántico! Solo la carrera de su coche al colegio, durante el invierno de Jubilee, lo dejaba jadeando furioso. Iba a todas las aulas con un magnetófono y ponía alguna pieza como *Overture*, y luego nos preguntaba qué nos evocaba esa música, cómo nos sentíamos. Acostumbrados solo a las preguntas de datos concretos, mirábamos el suelo de madera riéndonos y temblando ligeramente, como si se tratara de una indecencia. Él nos miraba disgustado y decía: «Supongo que no os evoca nada y que preferiríais no escucharlo», y se encogía de hombros en un gesto demasiado delicado, demasiado... personal para un profesor.

La señorita Farris era de Jubilee. Había ido a ese colegio y subido por esas largas escaleras gastadas por la diaria procesión de pies, mientras otro tocaba *La marcha turca* (porque eso era lo que debían de haber tocado desde el principio de los tiempos). Su nombre de pila, Elinor, era bien conocido. Vivía en una pequeña casa de Mason Street, cerca de donde vivía Naomi, y era miembro de la Iglesia unida. También iba a patinar una tarde a la semana, durante todo el invierno, y lo hacía con un traje de terciopelo azul oscuro que ella misma había confeccionado, ya que nunca podría haberlo comprado. Estaba ribeteado de piel blanca, e iba con un gorro y unos manguitos de piel blanca a juego. La falda era corta y con vuelo, forrada de tafetán azul pálido, y la llevaba con unas mallas blancas de bailarina debajo. Un traje así revelaba mucho, en más de un sentido.

La señorita Farris no era joven, además. Se ponía henna en el pelo, que llevaba corto al estilo de los años veinte; siempre se aplicaba dos toques de colorete y una suave línea jocosa de carmín. Patinaba en círculos, dejando que la falda de color azul celeste ondeara. Aun así se la veía seca, acartonada e ingenua, y su manera de patinar, bien mirado, parecía más una demostración pedagógica de destreza que una exhibición de sí misma.

Ella se hacía toda la ropa. Llevaba cuellos altos y castas mangas largas, o cintas y pasamanería de campesina, o franjas de encaje blanco debajo de la barbilla y en las muñecas, o un juego de atrevidos botones con pequeños espejos. La gente se reía de ella, aunque no tanto como se reiría si no hubiera nacido en Jubilee. Fern Dogherty, la inquilina de mi madre, decía: «Pobrecilla, solo trata de cazar a un hombre. Todo el mundo tiene derecho a hacerlo a su manera, digo yo».

Si esa era su manera de conseguirlo, no funcionó. Todos los años surgía un idilio o escándalo hipotético entre ella y el señor Boyce durante los preparativos de la



opereta. Los habían visto acurrucados en el banco del piano, el pie de él había presionado ligeramente el de ella sobre el pedal, le habían oído a él llamarla Elinor. Pero todas las barrocas combinaciones de rumores se derrumbaban cuando mirabas su pequeña cara de huesos afilados, tímidamente maquillada y animada, con parpadeantes comas en las comisuras de la boca, y sus ojos brillantes y sorprendidos. Fuera lo que fuese lo que buscaba, no podía ser el señor Boyce. A pesar de lo que dijera Fern Dogherty, difícilmente podía ser un hombre.

La opereta era su pasión. La llevaba en las venas, al principio de una forma discreta. Un día entró con el señor Boyce en el aula alrededor de las dos de una tarde nevada y difusa, y nos sorprendió medio adormilados copiando algo de la pizarra, en un silencio tan absoluto que se oía el gorgoteo de las cañerías en las profundas entrañas del edificio. Casi en un susurro nos pidió a todos que nos pusiéramos de pie y cantáramos en cuanto el señor Boyce diera la nota:

¿Conoces a John Peel el de la chaqueta clara?

¿Conoces a John Peel al romper el alba?

¿Conoces a John Peel cuando se va muy lejos

con su jauría de perros y su caballo?

Nuestro profesor, el señor McKenna, que era también el director del colegio, nos hizo saber lo que pensaba al seguir escribiendo en la pizarra. «El río Nilo estaba protegido de posibles invasiones por los tres desiertos que lo rodeaban, el libio, el nubio y el árabe.» Por más esfuerzos que hiciera, al final no tenía nada que hacer. La opereta cobraba cada vez más impulso, derribando todas sus reglas y su división del tiempo como si fueran vallas hechas con cerillas. Cuánto tacto demostraban tener entonces la señorita Farris y el señor Boyce, caminando ceremoniosamente de puntillas por el aula, con la cabeza inclinada, para oír las voces individuales. No duraba mucho. Toda la opereta, en ese instante, estaba contenida en sus dos personas, pero cuando llegara el momento se soltaría, se hincharía como un globo de circo y todos tendríamos que agarrarnos bien.

Indicaron con gestos delicados a varios alumnos que se sentaran. Yo tuve que sentarme y me alegré al ver que Naomi también lo hacía. A otros les pidieron que cantaran de nuevo e hicieron señas a los escogidos para que se salieran de la cola.

El reparto de papeles de la opereta era impredecible. Al igual que con todo lo



demás, desde llevar la corona de amapolas al cenotafio el día de los Caídos hasta presentar el programa de la Cruz Roja de la Juventud, pasando por llevar notas de un profesor a otro por los pasillos extrañamente vacíos, podía saberse con antelación a quién escogerían en la mayoría de los casos, alguna vez o nunca bajo ningún concepto. Encabezaban la lista Marjory Coutts, cuyo padre era abogado y miembro del Senado provincial, y Gwen Mundy, hija del director de la funeraria que era también el dueño de una tienda de muebles. Nadie ponía objeciones a su posición. De hecho, de haber habido una votación libre para escoger a los voluntarios de la Cruz Roja de la Juventud, nosotros mismos las hubiéramos elegido a ellas sin titubear y con un elegante sentido de las conveniencias. Años de buena voluntad en torno a ellas, tanto en la ciudad como en el colegio, las habían convertido, de hecho, en las mejores candidatas que se podían escoger: seguras de sí mismas y diplomáticas, discretas y buenas. Los poco fiables, que se volverían dictatoriales al tomar posesión del cargo, tropezarían durante el trayecto al cenotafio o leerían las notas de los profesores en el pasillo con la esperanza de tener algo que contar, eran los que salían elegidos de vez en cuando, al igual que los ambiciosos e inseguros, como Alma Cody, experta en información sexual, o Naomi y yo.

Tan seguros en su posición como Marjory y Gwen, pero en otro sentido, podían considerarse los que nunca eran elegidos: una chica gorda llamada Beulah Bowes, cuyo trasero sobresalía de la silla —los chicos le clavaban la punta de sus plumas—, la chica italiana que nunca abría la boca y que faltaba mucho a clase por una enfermedad renal, y un chico albino y llorón, de aspecto muy frágil, cuyo padre tenía una pequeña tienda de comestibles, y que había comprado su supervivencia en el colegio a base de bolsas de chicles, huesos de pollo y palos de regaliz. Sentados al fondo del aula, nunca les pedían que leyeran en voz alta ni les hacían resolver problemas de aritmética en la pizarra, y recibían dos tarjetas el día de San Valentín. (Eran de Gwen y Marjory, quienes sin miedo a contaminarse enviaban tarjetas a toda la clase.) Pasaban de un curso a otro año tras año en una soledad inviolable y soñadora. La chica italiana sería la primera de todos en morir, cuando todavía estábamos en secundaria; luego recordaríamos con una mezcla de consternación y orgullo tardío: «Pero si estaba en nuestra clase».

Una buena voz para cantar podía encontrarse en cualquier parte. No la encontraron en Beulah Bowes, ni en la chica italiana, ni en el chico albino, pero les faltó muy poco. No se explicaba, si no, que entre la señorita Farris y el señor Boyce se llevaran, como una especie de trofeo, al chico que se sentaba a mi lado, un chico al que yo habría puesto al final de la lista de los escogidos: Frank Wales.

No debería haberme sorprendido. Lo oía a mis espaldas todas las mañanas



mientras entonábamos el «Dios salve al rey», y una vez a la semana, durante las visitas del señor Boyce, cuando cantábamos «John Peel», «Fluye suave, dulce Afton» y «Como el ciervo [durante mucho tiempo pensé que era «siervo»] brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía». Tenía una voz de soprano que aún no había hecho el cambio y no conocía la timidez, de hecho apenas parecía humana, serena y aislada como música de flauta. (El magnetófono, que más tarde aprendería a poner en marcha durante su papel en la opereta, parecía una extensión de esa voz.) Él mismo se mostraba tan indiferente a la posesión de una voz así, era tan inconsciente de ella, que cuando dejaba de cantar desaparecía por completo y no la asociabas con él.

Todo lo que yo sabía en realidad de Frank Wales era que cometía muchas faltas de ortografía. Tenía que pasarme sus ejercicios para que se los corrigiera. Más tarde salía a la pizarra, dócil pero impasible, para escribir tres veces cada palabra. No parecía servir de mucho. Costaba creer que semejante ortografía no fuera fruto de una obstinación malsana, una broma furiosa y pertinaz, pero no había nada más en él que lo demostrara. Aparte de su ortografía, no era ni listo ni tonto. Seguramente sabía dónde estaba el Mediterráneo, pero no el mar de los Sargazos.

Cuando regresó escribí en mi regla: «¿Qué papel te han dado?» y se la pasé como si se la prestara. El aula era una zona de tregua donde la comunicación neutral, aunque a escondidas, entre chicos y chicas era posible.

Escribió al otro lado de la regla: «El flautista».

Así supe la opereta que iban a representar, *El flautista de Hamelín*. Me llevé un chasco, pensando que no habría escenas cortesanas, ni damas de honor ni ropa bonita. Aun así me moría por conseguir un papel. La señorita Farris vino a escoger a los bailarines para la «Danza nupcial de los campesinos».

—Busco a cuatro chicas que sean capaces de mantener la cabeza erguida y tengan ritmo en los pies. Marjory Coutts, Gwen Mundy, ¿quién más?

Recorrió con la mirada las filas de arriba y abajo, deteniéndose en varias, incluida la mía, donde yo estaba sentada con la cabeza erguida, los hombros rectos, una expresión radiante pero poco comprometida por motivos de orgullo, los dedos violentamente retorcidos debajo del pupitre haciendo mi signo de la suerte privado.

—Alma Cody y... June Gannett. Ahora cuatro chicos que sepan bailar sin que tengan que bajar el telón...

Lo pasé fatal entonces. ¿Y si solo lograba ser miembro de la multitud relegada al fondo del escenario? ¿Y si nunca subía al escenario? Algunos alumnos no lo



harían; tendrían que sentarse en los bancos dispuestos en gradas debajo del escenario, a cada lado del piano que tocaría el señor Boyce, con los seleccionados de los cursos más bajos para cantar en el coro, todos uniformados con falda oscura y blusa blanca, o camisa blanca y pantalones oscuros. Allí me había sentado yo tres cursos, durante *La princesa gitana*, *La danza de Kerry* y *El robo de la corona*. Y allí se sentarían la chica italiana, la chica gorda, el chico albino, como era de esperar, durante *El flautista de Hamelín*. ¡Pero yo no! ¡Yo no! No se me ocurría una injusticia mayor que mantenerme alejada del escenario.

A Naomi tampoco le habían dado ningún papel. No hablamos de ello al volver a casa, sino que nos reímos de todo lo relacionado con la opereta.

—Tú eres la señorita Farris y yo el señor Boyce. Ah, mi amor verdadero, mi pequeño colibrí, esta música de *El flautista de Hamelín* me está volviendo loco de pasión, ¿cuándo podré estrujarte en mis brazos hasta que se te parta la columna de tan penosamente flaca que eres?

—No soy penosamente flaca, sino increíblemente guapa y tu bigote me está causando un sarpullido. ¿Qué piensas hacer con la señora Boyce? ¿Oh, amor mío?

—No te agites, ángel mío. La encerraré en un armario oscuro infestado de cucarachas.

—Pero tengo miedo de que salga.

—En ese caso le haré tragar arsénico y la cortaré con una sierra en pequeños pedazos que tiraré al retrete. No, mejor los disolveré con lejía en la bañera. Fundiré los empastes de oro de su dentadura y haremos unos anillos de boda preciosos.

—¡Oh, amor mío, eres tan romántico!

Luego escogieron a Naomi para hacer el papel de una madre que decía: «¡Ah, mi encantadora Marta, cómo bailabas por las mañanas cuando yo trataba de trezarte el pelo! ¡Y te reñía! ¡Ojalá pudiera verte bailar ahora!». Y en la última escena decía: «Te quedo profundamente agradecida. ¡Nunca más contaré cuentos de los vecinos ni seré una chismosa mezquina!».

Yo creía que la habían escogido por su figura baja y achaparrada, que podía pasar fácilmente por la de una matrona. Tu ve que volver a casa sola; los niños con papeles con diálogo se quedaban a ensayar después del colegio.

—¿Qué tal va la opereta? —me preguntó mi madre. Queriendo decir: ¿Te han dado algún papel?

—Aún no han empezado. No han repartido los papeles todavía.



Después de cenar fui hasta Mason Street y pasé por delante de la casa de la señorita Farris. No tenía ni idea de lo que me proponía hacer. Recorrí la calle de arriba abajo sin hacer ruido sobre la nieve compacta. La señorita Farris nunca bajaba las persianas; no habría sido propio de ella. Su casa era pequeña, casi como una casa de juguete; blanca con las persianas azules, tejado a dos aguas rematado con un pequeño gablete y tablas acanaladas encima de la puerta y las ventanas. La había hecho construir ella misma con el dinero heredado de sus padres. Y aunque en las películas se veían a menudo casas así —es decir, casas que pretendían ser encantadoras, fantásticas, que parecían diseñadas como un decorado de teatro y no para la vida real—, aún no habían llegado a Jubilee. Comparada con las demás casas de la ciudad, la suya parecía no tener secretos ni contradicciones. Lo que la gente decía era: «Qué casa más bonita. No parece real». No podían explicar nada más, ni decir si había en ella algo que no era de fiar.

No había nada que yo pudiera hacer, de modo que al cabo de un rato volví a casa.

Pero al día siguiente la señorita Farris entró en el aula con June Gannett pisándole los talones y fue derecha a mi pupitre.

—Levántate, Del —dijo, como si debiera haber sabido qué hacer sin que me lo dijera (sus maneras de actriz de opereta iban en aumento), e hizo que nos colocáramos espalda con espalda.

Entendí que June no tenía la estatura adecuada, pero no sabía si era demasiado alta o demasiado baja, de modo que no pude estirarme o encogerme en consecuencia. La señorita Farris puso las manos en nuestras cabezas y las apartó pesadamente. Estaba tan cerca que me llegó un olor a sudor con un ligero toque de pimienta, y me fijé en que le temblaban un poco las manos; un pequeño y peligroso zumbido de excitación la recorría.

—Eres un par de centímetros demasiado alta, querida June. Veremos qué podemos hacer para darte un papel de madre.

Naomi y yo, y los demás, nos cruzamos miradas en blanco. El señor McKenna paseó un marcado ceño por el aula.

—¿A quién te ha tocado de pareja? —me susurró Naomi más tarde en el vestuario, cuando nos peleábamos por nuestras botas.

Teníamos que salir en fila a coger nuestra ropa de calle, volver a entrar con ella y ponérsela junto a nuestro asiento, en aras del orden.



—A Jerry Storey —admití.

No estaba muy contenta con el reparto de parejas. Aunque no lo pareciera, se suponía que era acertado. A Gwen Mundy y a Marjory Coutts les tocó Murray Heal y George Klein, que venían a ser sus equivalentes masculinos en la clase, ya que eran inteligentes, atléticos y, en lo que contaba, tenían un comportamiento decente; a Alma Cody le tocó Dale McLaughlin, el hijo del pastor de la Iglesia unida, un chico alto y de extremidades desgarbadas, estúpidamente audaz, con gafas de culo de botella y un ojo desviado y en blanco. Ya había tenido algo parecido a una relación sexual con Violet Toombs en el cobertizo de las bicicletas de detrás del colegio. Y a mí me tocó Jerry Storey, con la cabeza cubierta de rizos infantiles y los ojos desorbitados de tanta inteligencia de alto voltaje que nunca remitía. Levantaba la mano en la clase de ciencias y con voz gangosa y monótona describía los experimentos que había hecho con su juego de química. Sabía los nombres de todo: los elementos, las plantas, los ríos y los desiertos del mapa. Debía de saber dónde estaba el mar de los Sargazos. En todo el tiempo que practicamos ese baile nunca me miró a la cara. Le sudaba la mano. A mí también.

—¡Qué pena me das! —exclamó Naomi—. Ahora todo el mundo pensará que te gusta.

No importaba. La opereta era lo único que contaba en el colegio en esos momentos. Del mismo modo que durante la guerra no podías imaginar en qué pensaba la gente, qué preocupaciones tenía o de qué trataban las noticias antes de la guerra, era imposible recordar cómo era el colegio antes de la tensión, la interrupción y la emoción de la opereta. Ensayábamos el baile después del colegio, y también durante las horas de clase, en la sala de los profesores. Yo nunca había estado en la sala de los profesores, y me resultaba extraño ver el pequeño armario con sus cortinas de cretona, las tazas, el hornillo, el frasco de aspirinas, el sofá de cuero lleno de bultos. Cuando pensabas en los profesores no los relacionabas con una domesticidad tan vulgar e incluso destartada.

Siguieron dándose situaciones inverosímiles. En el techo de la sala de profesores había un altillo, y un día que entramos a ensayar encontramos nada menos que al señor McKenna retorciendo las piernas y el trasero enfundados en pantalones marrones polvorientos fuera de la trampilla, buscando la escalera de mano. Bajaba cajas de cartón que la señorita Farris le iba quitando de las manos, gritando:

—¡Sí, esa, esa! ¡A ver qué tesoros tenemos aquí!



Rompió la cuerda de un fuerte tirón y salieron, desparramándose, telas teñidas de rojo y azul, ribeteadas del mismo espumillón dorado y plateado que cuelga de los árboles de Navidad. Coronas forradas de papel plateado y dorado. Bombachos de terciopelo de color herrumbre, un chal de cachemira amarillo con flecos, trajes de la corte de tafetán frágil y polvoriento. El señor McKenna solo pudo hacerse a un lado sin recibir las gracias, sacudiéndose a palmetazos el polvo de los pantalones.

—¡Hoy no hay baile! Chicos, salid a jugar a hockey. —(Una de sus fantasías era que cuando los chicos no estaban en clase, jugaban a hockey.)— Chicas, vosotras quedaos y ayudadme a organizar todo esto. ¿Qué os parece que podría servirnos para un pueblo de la Edad Media en Alemania? No lo sé, no lo sé. Estos vestidos son demasiado suntuosos. De todos modos se caerían a pedazos en el escenario. Vieron tiempos mejores en *El robo de la corona*. ¿Servirán estos bombachos para el alcalde? Eso me recuerda..., eso me recuerda que hemos de hacer una cadena de alcalde. También tenemos que buscar un disfraz para Frank Wales. El último flautista que tuvimos era dos veces más grueso. ¿Quién era? Ni siquiera me acuerdo de quién era, solo que era grueso. Lo escogimos por la voz.

—¿Cuántas operetas hay? —Era Gwen Mundy, cómoda en presencia de los profesores, quien lo preguntaba, con su tono amable y educado.

—Seis —respondió la señorita Farris con aire fatalista—. *El flautista de Hamelín, La princesa gitana, El robo de la corona, El caballero árabe, La danza de Kerry y La hija del leñador*. Cuando hemos de empezar de nuevo por la primera, hay toda una nueva remesa de actores entre los que escoger y el público que confiamos al cielo ha olvidado la última representación. —Cogió una capa de terciopelo negra forrada de rojo, la sacudió y se la echó sobre los hombros—. Esto es lo que llevó Pierce Murray, ¿os acordáis? Cuando hizo de capitán en *La princesa gitana*. No, no podéis acordaros porque fue en 1937. Murió al poco tiempo, en las fuerzas aéreas. —Pero lo dijo bastante distraída; después de haber interpretado el papel del capitán de *La princesa gitana*, ¿importaba mucho lo que hubiera sido de él?—. Cada vez que se la ponía, se balanceaba... así, enseñando el forro.

Hizo un balanceo de demostración. Todas sus indicaciones escénicas, así como sus instrucciones de baile, eran voluntaria y maravillosamente exageradas, como si quisiera dejarnos tan estupefactos que nos olvidáramos de nosotros mismos. Nos insultaba, nos decía que bailábamos como cincuentones artríticos, nos amenazaba con ponernos petardos en los zapatos, pero al mismo tiempo revoloteaba a nuestro alrededor como si encerráramos posibilidades de ser bailarines maravillosos y



apasionados, como si fuera capaz de sacar de nosotros lo que nadie más, ni siquiera nosotros mismos, podía imaginar que había dentro.

Entró el señor Boyce para coger el magnetófono que estaba enseñando a Frank Wales a utilizar y vio el balanceo.

—Con brío —dijo, con su sorpresa inglesa contenida—. ¡Con brío, señorita Farris!

La señorita Farris, todavía con el espíritu del balanceo, se inclinó galantemente, y nosotros se lo permitimos, e incluso entendimos, por un momento, que el rubor que absorbía el colorete de sus mejillas como un amanecer no tenía que ver con el señor Boyce, sino con el placer del acto. Nos apoderamos de la expresión «con brío» con la intención de repetirla. No sabíamos qué significaba ni nos importaba, solo que era absurda —todas las palabras extranjeras eran absurdas en sí mismas— y dramáticamente explosiva. Su acierto era reconocido. Mucho después de que terminara la opereta, la señorita Farris no podía recorrer el pasillo del colegio, no podía pasar por nuestro lado al subir la cuesta de John Street, cantando bajito y dándose ánimos a sí misma como solía hacer («El joven trovador... ¡buenos días, niñas!... a la guerra se marchó...»), sin que esa expresión flotara pícaramente a su alrededor. «Con brío, señorita Farris.» Lo considerábamos el toque final a su persona.

Empezamos a ir al ayuntamiento para ensayar. El auditorio del ayuntamiento era amplio y estaba lleno de corrientes de aire, tal como recordábamos, y los telones eran de viejo terciopelo azul oscuro con ribetes dorados, regios, tal como recordábamos. Las luces estaban encendidas esos lúgubres días de invierno, pero no las del fondo de la sala, donde la señorita Farris a veces desaparecía gritando: «¡No oigo nada aquí detrás! ¡No oigo nada! ¿De qué tenéis miedo? ¿Queréis que los espectadores del fondo pidan a gritos que les devuelvan el dinero?».

Se acercaba el momento de máxima desesperación. La señorita Farris siempre tenía en las manos algo para coser. Un día me hizo señas para que me acercara y me dio la tira de galón de oro que estaba cosiendo al sombrero de terciopelo del alcalde. Me pidió que fuera corriendo a la tienda de Walker y comprara un cuarto de metro. Toda ella temblaba; el zumbido se había hecho más perceptible.

—No tardes —me dijo, como si me mandara a buscar un medicamento de vital importancia o a llevar un mensaje que salvaría un ejército.

De modo que salí volando con el abrigo desabrochado, y allí estaba Jubilee recién cubierta de nieve, con sus calles silenciosas y blancas como la lana; el escenario del ayuntamiento que dejaba a mis espaldas parecía brillar como una hoguera a la



luz de tan fanática devoción. La devoción a la invención de lo irreal, de lo que no era puramente necesario pero sí más importante, una vez se le daba crédito, que todo lo que teníamos.

Liberados de la rutina de nuestras vidas gracias a la opereta, recordando el aula donde el señor McKenna mantenía ocupados con concursos de ortografía y cálculos mentales a los no elegidos como un lugar triste y lúgubre que habíamos dejado atrás, de pronto todos éramos aliados de la señorita Farris. Estábamos juntando nuestros distintos papeles en la opereta, viéndola como un todo. Me conmovió el argumento, y sigue haciéndolo. Pensé en lo marginado, poderoso, impotente y trágico que era el personaje del flautista. Ninguna traición podía sorprenderlo realmente; maltratado por el uso que hacía el mundo de él, mantenía, a lo Humphrey Bogart, su honor hastiado. Su misma venganza (estropeada por el final cambiado) no parecía vengativa sino casi tierna, una venganza terrible y tierna en aras de una justicia mayor. Me pareció que Frank Wales, tan negado para la ortografía, se metía en el papel de lleno y con toda naturalidad, sin burdos intentos de actuar. Llevaba al escenario su reserva e indiferencia cotidianas, y funcionaba. Vi por primera vez cómo era, físicamente: la cabeza alargada y estrecha, el pelo oscuro y muy corto como un felpudo áspero, una cara melancólica que podría haber sido la de un actor pero que en su caso no lo era, las cicatrices de forúnculos viejos y de uno nuevo que le estaba saliendo en la nuca. Tenía el cuerpo tan estrecho como la cara, una estatura normal para un chico de nuestra edad —lo que significaba que sería un poco más bajo que yo—, y una forma de andar rauda y relajada, el andar de alguien que no necesita pasar inadvertido ni hacerse notar. Todos los días llevaba un jersey gris azulado, gastado por los codos, y ese color humo tan corriente, reservado y enigmático, me parecía su color, el color de su ser.

Lo quería. Quería al flautista. Quería a Frank Wales.

Tenía que hablar de él con alguien, de modo que le hablé a mi madre, fingiendo objetividad y sentido crítico.

—Tiene buena voz, pero no es lo bastante alto. No creo que se le vea lo suficiente en el escenario.

—¿Cómo se llama? ¿Wales? ¿Es el hijo de la señora de los corsés? La señora Wales me hacía los corsés... Tenía una línea llamada Slendereze que ya no existe. Vivía en Beggs Street, más allá de la fábrica de productos lácteos.

—Debe de ser su madre. —Me sentí extrañamente eufórica al pensar que había existido ese punto de contacto entre la familia de Frank Wales y la mía, su vida



y la mía—. ¿Ibas a su casa o venía ella a la tuya?

—Iba yo a la suya. Tenías que desplazarte tú.

Quería preguntarle cómo era la casa, si había cuadros en la sala de estar, de qué hablaba su madre, si alguna vez había mencionado a sus hijos. Era demasiado pedir que se hubieran hecho amigas, que hubieran hablado de sus respectivas familias, que la señora Wales hubiera dicho por la noche: «Hoy ha venido una mujer encantadora a que le ajustara los corsés y me ha dicho que tiene una hija en la misma clase que tú...». ¿De qué habría servido? Que se hubiera mencionado mi nombre delante de él, que se hubiera invocado mi imagen ante sus ojos.

El ambiente que se respiraba esos días en el ayuntamiento no solo me puso a mí en ese estado. La hostilidad ritualizada entre los chicos y las chicas se estaba resquebrajando por cientos de lugares. No podía mantenerse, y si se mantenía, era en broma, con confusas corrientes subterráneas de cordialidad.

Al volver andando a casa, Naomi y yo comíamos una barra de caramelo toffee de cinco centavos que era increíblemente dura de morder con el frío, y casi tan dura de masticar. Hablábamos con la boca llena y cauta.

—¿A quién te gustaría tener de pareja si Jerry Storey no lo fuera?

—No lo sé.

—¿Murray? ¿George? ¿Dale?

Sacudí la cabeza con firmeza, sorbiendo ruidosamente la saliva con sabor a toffee.

—Frank Wales —dijo Naomi diabólicamente—. Solo dime sí o no, vamos, y te diré a quién me gustaría tener de pareja a mí.

—No me importaría —dije con una voz cautelosa, apagada— que fuera Frank Wales.

—Bueno, pues a mí no me importaría nada que fuera Dale McLaughlin —dijo Naomi desafiante y de forma bastante sorprendente, porque había ocultado su secreto mejor que yo el mío. Sostuvo la cabeza sobre un montículo de nieve, babeando, y dio un mordisco al toffee—. Debo de estar loca —añadió por fin—. Pero me gusta de verdad.

—A mí me gusta de verdad Frank Wales —dije admitiéndolo del todo—. También debo de estar loca.

Después de eso hablábamos todo el rato de esos dos chicos. Los llamábamos



AF. Significaba atracción fatal.

—Aquí viene tu AF. Procura no desmayarte.

—¿Por qué no le compras Noxzema a tu AF para sus forúnculos, eh?

—Creo que tu AF te está mirando, pero cuesta saberlo con esos ojos tan bizcos.

Inventamos un sistema de códigos de cejas arqueadas, dedos aleteando en el pecho, palabras pronunciadas mudamente como «Pang, oh, Pang» (cuando estábamos cerca de ellos en el escenario), «Furia, doble Furia» (cuando Dale McLaughlin hablaba con Alma Cody y chasqueaba los dedos en su cuello) y «Éxtasis» (cuando le hacía cosquillas a Naomi debajo del brazo y decía: «¡Apártate, bola de mantequilla!»).

Naomi quería hablar sobre el incidente en el cobertizo de las bicicletas. La chica con la que Dale McLaughlin lo había hecho, la asmática Violet Toombs, se había ido de la ciudad.

—Menos mal que se fue. Se deshonró.

—Ella no tuvo toda la culpa.

—Sí que la tuvo. Siempre es culpa de la chica.

—¿Cómo pudo ser su culpa si él la sujetó?

—Puede que no la sujetara —dijo Naomi con severidad—, porque él no podría sujetarla y... meterle su cosa al mismo tiempo. ¿Cómo iba a hacerlo?

—¿Por qué no se lo preguntas? Le diré que quieres saberlo.

—Mi madre dice que es culpa de la chica —insistió Naomi, pasando por alto mis palabras—. La chica es la responsable porque nuestros órganos sexuales están dentro y los suyos fuera, y nosotras podemos controlar nuestro deseo mejor que ellos. Un chico no puede refrenarse —me instruyó, con un tono premonitorio aunque extrañamente permisivo, que admitía la anarquía, la misteriosa brutalidad extendida en ese mundo adyacente.

Hablar en esos términos era irresistible, y aun así, al caminar por River Street, a menudo lamentaba no haberme guardado mi secreto, como todos lamentamos no habernos guardado nuestros secretos.

—Frank Wales aún no puede empalmarse porque no ha cambiado la voz —me dijo Naomi, confiándome sin duda otra información de su madre.

Eso me interesó pero me preocupó, como si hubiera etiquetado mal mis



sentimientos hacia él, los hubiera encauzado por un canal totalmente inesperado. En realidad no sabía qué quería de Frank Wales. Tenía una fantasía acerca de él que se repetía a menudo. Me imaginaba que me acompañaba andando a casa después de una representación de la opereta. (Empezamos a enterarnos de que los chicos — algunos chicos— acompañaban a su casa a las chicas — algunas chicas— esa noche, pero Naomi y yo no hablamos siquiera de esa posibilidad; evitábamos expresar con palabras nuestras verdaderas esperanzas.) Caminábamos los dos en el silencio absoluto de las calles de Jubilee, bajo las farolas, viendo cómo nuestras sombras se arremolinaban y hundían en la nieve, y allí, en la bonita, oscura y deshabitada ciudad, Frank me rodeaba, con un canto real e inaudito pero sosegado y dulce, o, en las versiones más realistas del sueño, simplemente con la insólita música de su presencia. Llevaba una gorra puntiaguda, como un sombrero de bufón, y la capa de retazos de varios colores, sobre todo azules, que la señorita Farris le había hecho. A menudo recreaba esa fantasía al borde del sueño, y había que ver lo contenta que me ponía, la paz y el consuelo que me proporcionaba, y cerraba los ojos y me sumergía con ella en mis verdaderos sueños, que nunca eran tan agradables sino llenos de pequeños problemas —había perdido unos calcetines o no conseguía encontrar el aula de octavo—, o de terrores, como estar bailando en el escenario y darme cuenta de que no llevaba el tocado.

En la prueba de vestuario, la señorita Farris gritó para que todos lo oyéramos:

—¡Me dan ganas de tirarme desde el balcón del ayuntamiento! Ahora mismo. ¿Estáis dispuestos a asumir la responsabilidad? —Deslizó sus largos dedos por las mejillas con tanta fuerza que pareció que iban a dejar surcos—. ¡Atrás, atrás, dad marcha atrás y olvidad los últimos quince minutos! ¡Olvidad la última media hora! ¡Empezad de nuevo por el principio!

El señor Boyce sonrió bastante relajado y tocó las notas del coro de apertura.

Llegó la noche en sí. En el momento de la verdad no había un alma más en la sala, con todo ese arrastrar de pies, toses e ilusión engalanada donde solo había habido oscuridad y ecos. El escenario estaba mucho mejor iluminado y mucho más abarrotado, con fachadas de cartón y una fuente de cartón que nunca habíamos sabido siquiera que existía. Todo sucedía muy deprisa y luego se acababa, se esfumaba; no importaba cómo había salido, tenía que servir, no había forma de rectificar. No era posible. Después de tantos ensayos, era casi increíble que la opereta estuviera ocurriendo realmente. El señor Boyce iba con un frac que a la gente le parecería ridículo.



Las salas del concejo, que se encontraban justo debajo del escenario, y a las que se accedía por una escalera trasera, estaban divididas en camerinos mediante sábanas colgadas de cuerdas, y la señorita Farris, con un delantal sobre su vestido nuevo rosa cereza, no daba abasto pintando cejas y bocas, poniendo puntos rojos en los extremos de los ojos, aplicando ocre en los lóbulos, rociando cabellos con harina. El alboroto era ensordecedor. Se habían perdido piezas fundamentales de los disfraces; alguien había pisado el dobladillo del vestido de la esposa del alcalde, rasgándolo por la cintura. Alma Cody aseguraba que se había tomado cuatro aspirinas para calmar los nervios, y ahora estaba sentada en el suelo, mareada y empapada en sudor frío, diciendo que iba a desmayarse. Algunas de las sábanas se habían caído. Las chicas dejaban que los chicos las vieran en ropa interior, y viceversa. Las chicas del coro, que se suponía que no debían entrar en las salas, irrumpieron y se pusieron descaradamente en fila, con sus faldas oscuras y sus blusas blancas, y la señorita Farris, que no se dio cuenta, también las maquilló.

Apenas se daba cuenta de nada. Esperábamos verla tan frenética como lo había estado la semana anterior. Nada más lejos de la realidad.

—Me pregunto si ha bebido —dijo Naomi, con sus mejillas de manzana, enfundada en el traje de matrona—. He notado un olor extraño.

Yo no había olido nada más que a agua de colonia Wild Roses y una ráfaga de sudor y pimienta. Sin embargo destellaba —las lentejuelas remataban la chaqueta de su vestido de corte militar-circense— y se deslizaba, de un modo nada propio de ella, a través de todo el alboroto hablando en voz baja, con generosa aceptación.

—Recógete la falda con alfileres, Louise —le dijo a la esposa del alcalde—. Ya no puedes hacer nada más. El público no se fijará.

¡No se fijará! ¡Viniendo de ella, que había cuidado hasta el último detalle, que había obligado a las madres a deshacerlo todo tres veces y empezar de nuevo!

—Una chica fuerte y saludable como tú puede tomarse hasta seis aspirinas sin parpadear siquiera —le dijo a Alma Cody—. ¡Levántese, milady!

Las bailarinas iban vestidas con faldas de algodón de vivos colores, rojo, amarillo, verde, azul, y blusas blancas bordadas y con el cuello fruncido con una cinta. Alma se había aflojado la cinta de su blusa dejando ver el comienzo de un impúdico escote. Hasta eso arrancó una sonrisa de la señorita Farris, que pasó como flotando por su lado. Al parecer ahora podía ocurrir todo lo habido y por haber.

Solo comenzar el baile mi tocado, un alto cono medieval de cartón envuelto en redecilla amarilla, con un trozo de velo suelto, empezó a resbalarse ligera y



desastrosamente hacia un lado de mi cabeza. Tuve que ladearla como si tuviera tortícolis y aguantar todo el baile de ese modo, con los dientes apretados, sonriendo rígidamente.

Después del «Dios salve al rey», al caer el último telón, salimos corriendo a la calle, con los disfraces aún y sin abrigo, y fuimos a la tienda del fotógrafo para hacernos un retrato. Allí, entre las cascadas y los jardines italianos color sepia de sus decorados abandonados, esperamos todos apretujados. Dale McLaughlin encontró una de esas sillas en las que solían sentarse los padres de familia, con su esposa e hijos apiñados alrededor, para hacerse un retrato, y se dejó caer en ella. Alma Cody se sentó atrevidamente en sus rodillas. Se desplomó contra su cuello.

—Estoy tan débil. ¿Sabías que he tomado cuatro aspirinas?

Me detuve delante de ellos.

—Siéntate, siéntate —dijo Dale jovialmente, y tiró de mí hasta sentarme encima de Alma, que gritó.

Él abrió sus largas piernas y nos tiró a las dos al suelo. Todos se rieron. Se me cayó el tocado con el velo, y Dale lo recogió del suelo y me lo puso en la cabeza del revés, con el velo cayéndome sobre la cara.

—Estás guapísima así. No se te ve.

Traté de sacudir el polvo y ponérmelo bien. De pronto Frank Wales salió de las cortinas, después de haberse hecho su foto, él solo, con su disfraz ostentoso y miserable a la vez.

—¡Las bailarinas serán las siguientes! —gritó la mujer del fotógrafo enfadada, sacando la cabeza a través de las cortinas.

Yo fui la última en entrar, porque seguía tratando de ponerme bien el tocado.

—Mírate en mis gafas —me dijo Dale, y eso hice, aunque me distraía ver su ojo bizco detrás de mi reflejo.

Él hacía muecas lascivas.

—Tienes que acompañarla a casa —le dijo a Frank Wales.

—¿A quién? —preguntó Frank Wales.

—A ella —dijo Dale señalándome.

Mi cabeza subía y bajaba en sus gafas.

—¿No la conoces? Se sienta delante de ti.



Temí que resultara ser una broma. Noté que empezaba a sudar por las axilas, siempre la primera señal del miedo a la humillación. Mi cara flotaba en los ojos bobos de Dale. Era demasiado peligroso, verme así arrojada a la esencia de mi sueño.

Pero, con toda la consideración y galantería de la que cualquiera es capaz, Frank Wales dijo:

—Lo haría. Si no viviera tan lejos.

Pensaba en cuando yo vivía en Flats Road y era famosa en la clase por la larga caminata que tenía que hacer hasta el colegio. ¿No sabía que ahora vivía en la ciudad? No había tiempo para decírselo, ni manera de hacerlo; además, todavía existía el pequeño riesgo, que yo nunca querría correr, de que se estuviera riendo de mí, con su risotada silenciosa y meditabunda, y dijera que solo bromeaba.

—¡Todas las bailarinas! —gritó la mujer del fotógrafo, y me volví ciegamente y la seguí a través de las cortinas.

Al cabo de un momento mi decepción se tornó en gratitud. Las palabras que había dicho él no cesaban de repetirse en mi cabeza, como si fueran palabras de elogio y perdón, con una entonación muy suave, natural, encantadora. Me inundó una sensación de paz inusitada, como la de mi fantasía, mientras nos hacían la foto y nos llevaban de nuevo por la fría calle hasta las salas del concejo, y permaneció en mí mientras me cambiaba de ropa, incluso cuando Naomi me dijo:

—Todo el mundo se ha partido de risa viendo cómo sostenías la cabeza mientras bailabas. Parecías un cachorro con el cuello partido. Pero no podías evitarlo. —Estaba de mal humor e iba a peor. Me susurró al oído—: ¿Sabes lo que te he dicho de Dale McLaughlin? Era todo mentira. No era más que un truco para sonsacarte tu secreto. Ja, ja.

La señora Farris recogía y doblaba disfraces sin pensar. La parte delantera de su vestido rosa cereza estaba salpicado de harina, y el pecho se le veía realmente cóncavo, como si se hubiera derrumbado algo por dentro. No se molestó en advertir nuestra presencia, salvo para decir:

—Dejad también las flores de adorno de los zapatos. Todo podrá utilizarse otro día.

Rodeé el edificio hasta la entrada principal, donde me esperaba mi madre con Fern Dogherty y mi hermano Owen, que todavía iba con el uniforme del espectáculo de banderas (los alumnos de cursos inferiores habían tenido que hacer cosas sin importancia, como ejercicios con banderas y números de rítmica, antes de que se



levantara el telón y empezara la opereta) y estaba clavando en la nieve la bandera que le habían dejado conservar.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó mi madre—. Ha estado estupendo. ¿Tenías tortícolis? El chico Wales ha sido el único en todo el escenario que se ha olvidado de quitarse el sombrero para cantar «Dios salve al rey». —Mi madre tenía esos pequeños ramalazos inusitados de convencionalidad.

¿Qué pasó después de la opereta? En una semana había quedado en el olvido. Encontrar en el vestuario una pieza de un disfraz que había que devolver a su sitio era como ver el árbol de Navidad apoyado en el porche trasero en enero, cada vez más marrón y con restos de espumillón colgando, resto de un tiempo cuyas agitadas expectativas y esfuerzos de pronto parecían fuera de lugar. El sólido terreno del señor McKenna se reafirmaba bajo nuestros pies. Todos los días resolvíamos dieciocho problemas de aritmética, para ponernos al día, y escuchábamos afirmaciones como: «Y ahora, debido al tiempo que hemos perdido, vamos a tener que hincar los codos».

Hincar los codos, arrimar el hombro, mantener los pies sobre la tierra..., todas las expresiones favoritas del señor McKenna, tan trilladas y predecibles, de pronto nos llenaban curiosamente de satisfacción. Regresábamos a casa con montañas de libros y pasábamos el tiempo pintando mapas de Ontario y de los Grandes Lagos — el mapa del mundo más difícil de dibujar— y aprendiendo de memoria «La Visión de sir Launfal».

Nos cambiaron de sitio a todos; la limpieza de los pupitres y el cambio de compañeros resultaron estimulantes. Frank Wales se sentaba ahora en el otro extremo del aula. Y un día el portero entró con su larga escalera y retiró un objeto que llevaba en una de las lámparas colgantes desde Halloween. Todos habíamos creído que era un preservativo y el nombre de Dale McLaughlin se había relacionado con él; de forma igual de misteriosa pero menos escandalosa, se descubrió que era un calcetín viejo. Parecía que era el momento de disipar ilusiones. «Ir al fondo de la cuestión», habría dicho McKenna.

Mi amor no se esfumó del todo al cambiar la estación. Mis fantasías continuaron pero se inspiraban en el pasado. No tenían nada nuevo de que nutrirse. Y la nueva estación trajo consigo un cambio. Me parecía que el invierno, y no la primavera, era la estación del amor. En invierno el mundo habitable era mucho más angosto: fuera de ese pequeño espacio cerrado en el que vivíamos podían aflorar esperanzas fantásticas. La primavera, en cambio, dejaba al descubierto la vulgar geografía del lugar: las largas carreteras marrones, las viejas aceras resquebrajadas,



las ramas de los árboles partidas durante las tormentas de invierno que había que retirar de los patios. La primavera revelaba las distancias tal como eran.

Frank Wales no fue al instituto como la mayoría de los demás compañeros de la clase, sino que consiguió un empleo en la tintorería Jubilee. Por aquella época las tintorerías no tenían furgoneta de reparto. La mayoría de los clientes iban personalmente a recoger la ropa, pero en algunos casos se hacía entrega a domicilio. Era tarea de Frank Wales conducir la furgoneta por la ciudad, y a veces nos cruzábamos con él al salir del colegio. Nos saludaba a la manera breve, seria y cortés de un hombre de negocios o un trabajador al tratar con quienes aún no forman parte del mundo de las responsabilidades. Siempre sostenía la ropa a la altura del hombro, con el codo sumisamente doblado; cuando empezó a trabajar aún no era todo lo alto que llegaría a ser.

Durante un tiempo —unos seis meses, creo— fui a la tintorería Jubilee con el vestigio aleteante de la excitación, la ilusión de verlo, pero detrás del mostrador nunca estaba él sino el dueño o su mujer, ambos de aspecto menudo, consumido y azulado, como si los líquidos de la tintorería los hubieran manchado o se les hubieran metido por las venas.

La señorita Farris se ahogó en el río Wawanash. Yo todavía iba al instituto, de modo que fue solo tres o cuatro años después de *El flautista de Hamelín*, pero cuando me enteré tuve la impresión de que la señorita Farris había existido mucho tiempo antes, el tiempo de los sentimientos totalmente inocentes y primitivos, y las falsas percepciones. La había creído prisionera entonces, y me sorprendió que hubiera podido escapar para cometer ese acto. Si es que fue un acto.

Era muy poco probable, aunque no imposible, que la señorita Farris hubiera estado paseando por la orilla del río al norte de la ciudad, cerca del puente de cemento, y se hubiera resbalado y caído al agua, y no hubiera podido salvarse. Tampoco era imposible, como señaló el *Herald-Advance* de Jubilee, que una o varias personas desconocidas la hubieran sacado de su casa a la fuerza y llevado al río. Había salido de su casa por la tarde, sin cerrar la puerta con llave y dejando todas las luces encendidas. Algunas personas que se excitaban imaginando crímenes ocultos en mitad de la noche, siempre creyeron que había sido un asesinato. Otras, ya fuera por consideración o por miedo, sostuvieron que había sido un accidente. Esas fueron las dos posibilidades que se barajaron y discutieron. Los que creyeron que había sido un suicidio, y al final casi todo el mundo lo creyó, no estaban tan impacientes por hablar de ello; ¿por qué iban a estarlo? No había nada que decir. Era un misterio que se presentaba sin explicación y sin esperanzas de ser explicado, en toda su insolencia,



como un cielo azul despejado. No había posibilidad de revelación.

La señorita Farris con su traje de patinaje de terciopelo, su vistoso gorro de piel asomando entre los patinadores, distinguiéndola, la señorita Farris con brío, la señorita Farris pintando caras en las salas del concejo, la señorita Farris flotando boca abajo, resignada, en el río Wawanash, seis días antes de que la encontraran. Aunque no hay una forma convincente de encajar todas estas imágenes —si la última es cierta, ¿no debería alterar las demás?—, tendrán que permanecer unidas.

El flautista de Hamelín, La princesa gitana, El robo de la corona, El caballero árabe, La danza de Kerry y La hija del leñador.

Lanzaba esas operetas al aire como pompas de jabón, las formaba con un esfuerzo agotador, tembloroso, y luego casi despreocupadamente las dejaba ir, y se evaporaban gradualmente, pero mantenían atrapado para siempre nuestros yoes infantiles transformados, su amor no correspondido e invicto.

En cuanto al señor Boyce, ya se había marchado de Jubilee, donde, a decir de todos, nunca pareció sentirse a gusto, y encontró trabajo tocando el órgano en una iglesia y dando clases de música en London (que no es Londres en realidad, me veo obligada a señalar, sino una ciudad de tamaño mediano de Ontario occidental). Llegó el rumor de que se había integrado bastante bien allí, donde había gente como él.



VIDAS DE NIÑAS Y MUJERES

Los montículos de nieve que bordeaban la calle principal alcanzaron tal altura que en uno de ellos se formó un arco entre la calle y la acera, justo delante de la oficina de correos. Hicieron una foto y la publicaron en el *Herald-Advance* de Jubilee, para que la gente la recortara y se la enviara a familiares y conocidos que vivían en climas menos heroicos, en Inglaterra, Australia o Toronto. La torre del reloj de ladrillo rojo de la oficina de correos descollaba sobre la nieve y justo debajo del arco posaban dos mujeres, para demostrar que no había truco. Esas dos mujeres, que trabajaban en la oficina de correos, se habían puesto el abrigo sin abotonárselo. Una de ellas era Fern Dogherty, la inquilina de mi madre.

Mi madre recortó esa foto, porque salía Fern en ella, y porque creía que yo debía guardarla para enseñársela a mis hijos.

—Nunca verán nada parecido —dijo—. Para entonces toda la nieve se recogerá con máquinas y... se evaporará. O la gente vivirá bajo cúpulas transparentes con la temperatura controlada. Ya no habrá estaciones.

¿De dónde sacaba esa inquietante información sobre el futuro? Se anticipaba ilusionada a una época en que las ciudades como Jubilee serían reemplazadas por cúpulas y setas de hormigón, con rutas aéreas móviles que las comunicarían entre sí, y el campo estaría subyugado y domesticado para siempre bajo amplias y extensas cintas de pavimento. No existiría nada tal como lo conocíamos, no habría sartenes, ni horquillas, ni páginas impresas ni estilográficas. Mi madre no olvidaba nada.

El hecho de que hablara de mis hijos también me dejaba perpleja, porque no pensaba tener ninguno. Era la gloria lo que yo buscaba, caminando por las calles de Jubilee como una exiliada o una espía, sin saber muy bien de dónde llegaría la fama, o cuándo, pero intuitivamente convencida de que lo haría. Esa convicción la había compartido con mi madre, ella había sido mi aliada, pero ya no le hablaba de ello; era indiscreta, y sus expectativas se habían vuelto demasiado evidentes.

Fern Dogherty. Ahí estaba, en el periódico, cerrándose coquetamente el cuello de su abrigo bueno de invierno con el que por pura chiripa había ido aquel día al trabajo.

—Parezco una sandía. Con ese abrigo —comentó.



El señor Chamberlain, al mirar con ella la foto, le dio un pellizco por encima del pliegue de la muñeca.

—Una sandía vieja, de corteza dura.

—No seas cruel —dijo Fern—. Hablo en serio.

Tenía una voz suave para ser una mujer tan corpulenta, quejumbrosa y sufrida, aunque jovial y complaciente en el fondo. Todas las cualidades que mi madre había cultivado en su asalto a la vida —la agudeza, la inteligencia, la determinación, la discriminación— parecían tener su otra cara en Fern, con sus quejas difusas, sus movimientos lánguidos, su cordialidad indiferente. Tenía la piel oscura, no aceitunada pero con un aspecto polvoriento, con manchas de pigmentación marrón del tamaño de una moneda; como la sombra moteada de un árbol un día soleado. Los dientes, cuadrados y blancos, y con pequeños huecos entre sí le sobresalían más de lo normal. Esas dos características, ninguna de las cuales particularmente atractiva de por sí, le daban un aspecto pícaro, sensual.

Llevaba una bata de raso color rubí, una bonita prenda que moldeaba sugerentemente la curvatura de su barriga y los muslos cuando estaba sentada. Se la ponía los domingos por la mañana, cuando se sentaba en nuestro comedor a fumar y tomar té, hasta que era la hora de ir a la iglesia. Se le abría a la altura de las rodillas, dejando ver algo de rayón pálido que se adhería al cuerpo, un camisón. Los camisones eran prendas que yo no podía soportar, porque se te subían y retorcían alrededor del cuerpo mientras dormías, y también porque te dejaban las piernas al descubierto. Cuando éramos pequeñas, Naomi y yo dibujábamos hombres y mujeres con los genitales sorprendentemente toscos, las carnes de las mujeres cubiertas de vello hirsuto, como el lomo de un puercoespín. Con un camisón uno no podía evitar ser consciente de ese vil fardo que los pijamas podían cubrir y contener decentemente. Mi madre, sentada a la misma mesa de desayuno los domingos, llevaba un holgado pijama de rayas debajo de un quimono de color óxido descolorido con un cordón con borla, y esa clase de zapatillas que son como calcetines de lana con una suela cosida.

A pesar de sus diferencias, Fern Dogherty y mi madre eran amigas. Mi madre valoraba en la gente la mundología, el contacto con cualquier cultura o vida que implicara aprendizaje, y cualquier indicio de que su presencia era recibida con recelo en Jubilee. Y Fern no había trabajado siempre en la oficina de correos. No; hubo un tiempo en que estudió canto, en el Real Conservatorio de Música. Desde hacía años era miembro del coro de la iglesia unida: el Domingo de Pascua entonaba «Yo sé que mi Redentor vive», y en las bodas cantaba «Because», «O Promise Me» y «The Voice



that Breathed O'er Eden». El sábado por la tarde, cuando la oficina de correos estaba cerrada, las dos escuchaban las retransmisiones de la Metropolitan Opera. Mi madre tenía un libro sobre ópera. Lo cogía y seguía el argumento identificando las arias, para las que ofrecía traducciones. Tenía preguntas que hacer a Fern, pero esta no sabía tanto de ópera como uno habría pensado; incluso no sabía bien qué estaban escuchando. Pero a veces se echaba hacia delante con los codos apoyados en la mesa, no relajada sino aguantándose alerta, y, burlándose de las palabras extranjeras, cantaba: «Do... daa... do, do, da do-do». La potencia y la solemnidad de su voz al cantar siempre me cogían por sorpresa. No le avergonzaba dar rienda suelta a esas emociones grandiosas y exageradas a las que no prestaba atención en la vida cotidiana.

—¿Querías ser cantante de ópera? —le pregunté.

—No. Solo quería ser la empleada de la oficina de correos. Bueno, quería y no quería. El empleo, la formación. No tenía ambición, supongo que ese fue mi problema. Siempre preferí divertirme.

Los sábados por la tarde se ponía unos pantalones holgados y unas sandalias que dejaban a la vista sus dedos rechonchos con las uñas pintadas. La ceniza le caía sobre la barriga que, sin nada que la sujetara, sobresalía con una curva de embarazo.

—Fumar me está destrozando la voz —comentó pensativa.

En Jubilee la forma de cantar de Fern, aunque admirada, se consideraba a un paso del afán de lucimiento, y a veces los niños corrían detrás de ella por la calle dando alaridos o haciendo gorgoritos. Mi madre lo consideraba una persecución. Buscaba responsables a partir de las pruebas más insignificantes, buscando con una compasión desconcertante a la pareja judía que llevaba la tienda de excedentes del ejército, o al chino callado y encogido de la lavandería, con propuestas de amistad que formulaba en voz alta y lenta. Ellos no sabían qué pensar de ella. Fern, a mi modo de ver, no era objeto de persecución. Aunque mis viejas tías, las tías de mi padre, pronunciaban su nombre de un modo peculiar, como si tuvieran una piedra que debían chupar y escupir. Y Naomi me dijo:

—Esa tal Fern Dogherty tuvo un hijo.

—No es verdad —repliqué, poniéndome automáticamente a la defensiva.

—Sí que lo es. Lo tuvo a los diecinueve años. Por eso la echaron del conservatorio.

—¿Cómo lo sabes?



—Me lo ha dicho mi madre.

La madre de Naomi tenía espías en todas partes —viejos casos de parturientas asistidas por ella o los acompañantes de los moribundos— que la mantenían informada. Su empleo de enfermera, que la llevaba de casa en casa, le permitía actuar como el tubo de una aspiradora bajo el agua, succionando todo aquello a lo que nadie más tenía acceso. Me pareció que era mi deber contradecir a Naomi porque Fern era nuestra inquilina, y Naomi siempre estaba diciendo cosas de los de casa. («Tu madre es atea», comentaba con un placer siniestro, y yo replicaba: «No, no lo es. Es agnóstica», y durante mi explicación razonada y esperanzada, Naomi canturreaba: «Es lo mismo, es lo mismo».) Yo no era capaz de replicar, ya fuera por delicadeza o por cobardía, aunque el padre de Naomi pertenecía a una extraña y desacreditada secta religiosa, e iba por toda la ciudad sin la dentadura postiza voceando profecías.

Me dio por señalar las fotos de bebés del periódico o de las revistas cuando Fern estaba cerca, y decir: «¿No es precioso?». Luego buscaba en su cara un atisbo de remordimiento o anhelo maternal, como si esperara verla algún día estallar en llanto y arrojar al aire los brazos vacíos, profundamente conmovida por un anuncio de polvos talcos o carne triturada.

Además, Naomi me dijo que Fern lo hacía todo con el señor Chamberlain, como si estuvieran casados.

Fue el señor Chamberlain quien nos propuso tomar a Fern como inquilina. Alquilábamos la casa a su madre, que llevaba ya tres años, ciega y postrada en cama, en el hospital del condado de Wawanash. Fern tenía a su madre ingresada en el mismo hospital; de hecho, fue allí donde se habían conocido un día de visita. Ella trabajaba entonces en la oficina de correos de Blue River. El señor Chamberlain trabajaba en la emisora de radio de Jubilee y vivía en un apartamento pequeño del mismo edificio, pues no quería molestarse en tener una casa. Mi madre se refería a él como el «amigo de Fern» en un tono clarificador, como para insistir en que la palabra amigo en este caso no significaba más de lo que se suponía que significaba.

—Los dos disfrutaban de la mutua compañía —dijo—. No están para tonterías.

Tonterías significaba idilio; significaba vulgaridad; significaba sexo.

Tanteé con mi madre lo que me había dicho Naomi.

—A Fern y al señor Chamberlain más les valdría estar casados.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir? ¿Quién ha dicho eso?

—Todo el mundo lo sabe.



—Yo no. Todo el mundo no. Nadie ha dicho semejante cosa delante de mí. Es Naomi quien te lo ha dicho, ¿verdad?

Naomi no era bien recibida en mi casa, como yo tampoco lo era en la suya. Ambas éramos sospechosas de llevar encima los gérmenes de la contaminación; en mi caso, el ateísmo; en el de Naomi, la obsesión sexual.

—Es la obscena mentalidad que se está extendiendo en esta ciudad y que nunca dejará en paz a la gente. Si Fern Dogherty no fuera una buena mujer —concluyó mi madre con su lógica condescendiente—, ¿crees que le dejaría vivir bajo mi mismo techo?

Aquel año, el primero en el instituto, Naomi y yo hablamos casi a diario de sexo, pero adoptábamos un tono particular, por lo que había ciertos grados de ingenuidad que nunca alcanzábamos. Ese tono era irreverente, burlón y fanáticamente curioso. Si hacía un año nos había divertido imaginarnos víctimas de una pasión, de pronto nos erigimos en espectadoras, o, como mucho, en frías y maliciosas experimentadoras. En el viejo baúl del ajuar de su madre, bajo las mejores mantas con bolas de naftalina, Naomi había encontrado un libro.

«Conviene tener cuidado durante el contacto inicial —leímos en voz alta—, sobre todo si el órgano masculino es de un tamaño inusitado. La vaselina puede ser útil como lubricante.»

—Yo me quedo con la mantequilla. Es más rica.

«El coito entre los muslos es un recurso frecuente en las últimas fases del embarazo.»

—¿Quieres decir que todavía lo hacen entonces?

«La posición de penetración por detrás es indicada a veces en los casos en que la mujer esté considerablemente obesa.»

—Puaf. Este libro me da arcadas.

El órgano sexual masculino erecto, leímos, podía llegar a tener treinta y cinco centímetros de longitud. Naomi escupió el chicle y lo enrolló entre las palmas, extendiéndolo más y más, luego lo cogió por un extremo y lo dejó suspendido en el aire.

—¡El señor Chamberlain, el campeón!

A partir de entonces, cada vez que ella venía a casa y el señor Chamberlain estaba allí, una de las dos, o las dos, si mascábamos chicle, nos lo sacábamos de la



boca, lo enrollábamos de ese modo y lo colgábamos inocentemente, hasta que los adultos se daban cuenta.

—Qué juegucito os traéis —decía el señor Chamberlain.

—Basta, es una cochinateda —decía mi madre. (Se refería al chicle.)

Escudriñábamos al señor Chamberlain y a Fern buscando signos de pasión, lascivia, miradas de lujuria o manos por debajo de la falda. No nos vimos recompensadas, y la defensa que había hecho yo de ellos resultó ser más cierta de lo que me habría gustado. Porque yo deseaba tanto como Naomi distraerme con pensamientos sobre sus indecencias entre gruñidos y sus revolcones en camas chirriantes (en cabañas para turistas, dijo Naomi, cada vez que viajaban a Tupperton «para contemplar el lago»). La repugnancia no excluía el disfrute en mi imaginación; de hecho, eran inseparables.

El señor Chamberlain, Art Chamberlain, leía las noticias en la radio de Jubilee. También se encargaba de todos los comunicados delicados y serios. Tenía una bonita voz profesional, dulce a los oídos como el chocolate negro, que se intercalaba con la música de órgano en el programa de los domingos por la tarde *In Memoriam*, patrocinado por una funeraria local. A veces le pedía a Fern que cantara en su programa, canciones sacras —«Me pregunto mientras voy errante»— y no tan sacras sino melancólicas como «The End of a Perfect Day». No era difícil salir en la radio de Jubilee; yo misma había recitado un poema cómico en el *Saturday Morning Young Folks Party*, y Naomi había tocado al piano «Las campanas de Santa María». Cada vez que la sintonizabas tenías muchas posibilidades de oír a alguien conocido, o de oír al menos el nombre de alguien conocido mencionado en las dedicatorias («Vamos a poner también esta pieza para el señor Carl Otis y su esposa en su vigésimo octavo aniversario de boda, a petición de su hijo George y su mujer Etta, y de sus tres nietos, Lorraine, Mark y Lois, así como de la hermana de la señora Otis, la señora de Bill Townley de Porterfield Road»). Yo misma había telefoneado para dedicar una canción a tío Benny cuando cumplió cuarenta años; pero mi madre no quiso que diera su nombre. Ella prefería escuchar la emisora de Toronto, que nos ofrecía la Metropolitan Opera, así como las noticias sin anuncios y un programa concurso en el que competía con cuatro caballeros que, a juzgar por sus voces, lucían pequeñas barbas puntiagudas.

El señor Chamberlain también tenía que leer spots publicitarios, y lo hacía con experimentada preocupación, recomendando las gotas nasales Vick de la farmacia Cross, el menú del domingo del hotel Brunswick, y los servicios de Lee Wickert e Hijos para la retirada del ganado muerto. «¿Cómo vamos con el ganado muerto,



soldado?», lo saludaba Fern, y él le daba una ligera palmada en la espalda y exclamaba: «¡Les diré que necesitas sus servicios!». «Me parece que tú los necesitas más», respondía Fern, sin mucha malicia, y él se dejaba caer en su silla y sonreía a mi madre para que le sirviera té. Sus ojos de un azul verdoso claro eran inexpresivos, no había en ellos más que ese color, tan bonito que te entraban ganas de hacerte un vestido con él. Siempre estaba cansado.

Las manos blancas del señor Chamberlain, con las uñas cortadas rectas; el pelo gris y bien peinado que le clareaba, y el cuerpo que no alteraba de ningún modo la ropa sino que parecía hecho del mismo material, de modo que podría haber sido todo él camisa, corbata y traje, me parecían extraños en un hombre. Hasta tío Benny, tan flaco y estrecho de pecho, y con los bronquios dañados, tenía un aspecto o una forma de moverse que presagiaba violencia, ya fuera fortuita o intencionada, algo que causaría desorden; mi padre también, aunque no era tan moderado en sus costumbres. Pero era el señor Chamberlain, que sacudía sobre el cenicero su cigarrillo de paquete, quien había combatido en la guerra en la unidad de blindados. Si mi padre coincidía con él cuando venía a vernos —cuando venía a ver a Fern en realidad, aunque no se hacía evidente enseguida—, le hacía preguntas sobre la guerra. Pero estaba claro que veían la guerra desde distintas perspectivas. Mi padre la veía como un plan general dividido en campañas que tenían éxito o fracasaban. El señor Chamberlain, en cambio, la veía como una colección de anécdotas que no llevaban a ninguna parte. Solo las contaba para hacer reír.

Nos habló, por ejemplo, del caos que se había producido la primera vez que había entrado en acción. Unos tanques se adentraron en un bosque, se desorientaron y salieron por donde no debían, creyendo que los alemanes venían en esa dirección. De modo que los primeros tiros que dispararon fueron a uno de nuestros propios tanques.

—¡Lo hicieron volar! —exclamó el señor Chamberlain alegremente, sin tono de disculpa.

—¿Había soldados dentro de ese tanque?

Él me miró con fingida sorpresa, como siempre que yo decía algo; uno pensaría que había hecho el pino para él.

—¡Bueno, no me habría sorprendido que hubiera habido!

—Entonces... ¿los mataron?

—Algo les pasó, eso seguro, porque no volví a verlos. ¡Puf!



—Abatidos a tiros por los de su propio bando, qué atrocidad —dijo mi madre, escandalizada pero con menos aplomo que de costumbre.

—Son cosas que pasan en una guerra —dijo mi padre en voz baja pero con cierta severidad, como si cuestionar algo así fuera una muestra de ingenuidad femenina.

El señor Chamberlain se limitó a reírse. Luego contó lo que hicieron el último día de la guerra. Volaron la cocina de campaña, la apuntaron con todos los cañones en la última explosión alegre que presenciarían.

—Hablas como si fuerais un grupo de chavales —observó Fern—. Como si no tuvierais edad para combatir en una guerra. Parece como si os lo pasarais en grande y a lo tonto.

—Es lo que siempre busco, ¿no? Pasarlos bien.

Una vez sacó a colación que había estado en Florencia, lo que no era sorprendente, ya que durante la guerra había luchado en Italia. Pero mi madre se irguió con un pequeño respingo en su silla y puso toda su atención estremecida.

—¿Estuvo en Florencia?

—Sí, señora —respondió el señor Chamberlain sin entusiasmo.

—Estuvo en Florencia —repitió mi madre, confusa y alegre.

Yo intuía lo que ella sentía, pero esperé que no fuera demasiado evidente.

—Nunca imaginé... —continuó ella—. Bueno, por supuesto que sabía que era Italia, pero parece tan extraño... —Se refería al hecho de que la Italia de la que habíamos estado hablando, donde se había librado la guerra, fuera el mismo lugar donde se había desarrollado la historia, la misma ciudad donde habían vivido los papas, los Médicis y Leonardo. Los Cenci. Los cipreses. Dante Alighieri.

Por extraño que pareciera, teniendo en cuenta su entusiasmo por el futuro, el pasado la llenaba de emoción. Se fue apresuradamente al salón y regresó con el suplemento de arte y arquitectura de la enciclopedia, lleno de estatuas, cuadros, edificios, la mayoría fotografiados a una luz gris de museo, fría y turbia.

—Tome. ¡Aquí tiene su Florencia! —Lo abrió encima de la mesa delante de él—. La estatua de *David* de Miguel Ángel. ¿La vio?

Un hombre desnudo. Con su miembro de mármol colgando a la vista de todos, como un pétalo de lirio marchito. ¿Quién si no mi madre, en su implacable y espantosa ingenuidad, le enseñaría a un hombre, nos enseñaría a todos los presentes,



una foto así? Fern tenía la boca hinchada por el esfuerzo de disimular una sonrisa.

—No, nunca la vi. El lugar estaba lleno de estatuas. La famosa tal y la famosa cual. No dabas abasto.

Vi que él no era la persona adecuada para hablar de esos temas. Pero mi madre insistió.

—Bueno, pero seguro que vio las puertas de bronce. Las magníficas puertas de bronce. El artista tardó toda su vida en hacerlas. Mire, aquí están. ¿Cómo se llamaba? Ghiberti, sí. Toda su vida.

El señor Chamberlain reconoció que había visto algunas cosas, otras no. Miró el libro con una paciencia razonable, luego dijo que no le había gustado Italia.

—Bueno, Italia no estaba mal. Pero los italianos...

—¿Le parecieron decadentes? —preguntó mi madre a su pesar.

—No sé si decadentes. No sabría explicarlo. Les importaba todo un comino. En las calles de Italia un hombre se acercó a mí y trató de venderme a su hija. Pasaba continuamente.

—¿Para qué querría vender a su hija? —pregunté con toda naturalidad tras una simple y atrevida fachada de inocencia—. ¿Como esclava?

—Es una forma de hablar —explicó mi madre, y cerró el libro, renunciando a Miguel Ángel y a las puertas de bronce.

—Esas chiquillas no tendrían muchos más años que Del —dijo el señor Chamberlain, con una indignación que parecía algo impostada—. A veces ni eso.

—Se desarrollan antes —dijo Fern—. En los climas cálidos.

—Del, llévate este libro y devuélvelo a su sitio. —La alarma en la voz de mi madre era como un aleteo al alzar el vuelo.

Bueno, ya lo había oído. No volví al comedor, sino que fui al piso de arriba y me desnudé. Me puse la bata de rayón negra de mi madre, con ramilletes de flores rosas y blancas. Un regalo poco práctico que ella nunca se ponía. En su habitación me quedé mirándome, con la piel de gallina y desafiante, en el espejo de tres hojas. Dejé que la tela me cayera por los hombros y la agrupé sobre los pechos, que tenían el tamaño justo para encajar en esos cucuruchos anchos y huecos de los helados. Había encendido la luz de la mesilla de noche; iluminaba suave y cálidamente a través de un brazo de cristal de color ámbar, creando una especie de pátina sobre mi piel. Contemplé mi frente alta y redonda, mi piel rosada y pecosa, mi cara tan sosa como



un huevo, y mis ojos lograron alterar lo que había allí y hacer que pareciera pícara y de color crema, y cambiar mi pelo, que era castaño claro y fino como un arbusto frágil, en ondas ahora doradas y no del color del barro. La voz del señor Chamberlain, que resonaba en mi mente diciendo «no mucho mayores que Del», tenía el mismo efecto en mí que el roce del rayón en mi piel; me rodeaba, hacía que me sintiera en peligro y deseada. Pensé en las niñas de Florencia, las niñas de Roma, las niñas de mi edad que un hombre podía comprar. El pelo italiano negro en sus axilas. La sombra negra en las comisuras de sus bocas. «Se desarrollan antes en esos climas cálidos.» Católicos. Un hombre te pagaba para que le dejaras hacértelo. ¿Qué te decía? ¿Te quitaba la ropa o esperaba que lo hicieras tú? ¿Se quitaba los pantalones o solo se los desabrochaba y apuntaba su miembro hacia ti? Era la transición, el puente entre un comportamiento normal, conocido y posible, y el acto bestial y mágico, lo que no podía imaginar. Nada de todo eso estaba en el libro de la madre de Naomi.

En Jubilee había una casa con tres prostitutas. Tres si contabas a la señora McQuade que la regentaba, que tenía sesenta años como mínimo. La casa estaba en el extremo septentrional de la calle principal, en un patio invadido por malva locas y dientes de león, junto a la estación de servicio B. A. Los días soleados salían a veces dos chicas que se sentaban en sillas de lona. Naomi y yo habíamos pasado por delante en varias ocasiones y las habíamos visto una vez. Iban con vestidos estampados y zapatillas, las piernas blancas al descubierto. Una de ellas leía el *Star Weekly*. Naomi me dijo que se llamaba Peggy, y que una noche, en los aseos de caballeros del salón de baile Gay-la, la habían persuadido para que atendiera una cola de hombres. ¿Era posible tal cosa? (Volví a oír esa historia, pero esta vez era la misma señora McQuade quien protagonizaba o soportaba la hazaña, y no era en el salón de baile Gay-la sino contra la pared trasera del Blue Owl Café.) Ojalá hubiera visto algo más de Peggy que su suave nido de rizos castaño claro por encima del periódico; ojalá le hubiera visto la cara. Esperaba algo, un horrible halo de corrupción, una emanación, como el gas de los pantanos. No sé por qué, pero me sorprendió que leyera un periódico, que las palabras impresas en sus páginas significaran seguramente lo mismo para ella que para el resto de nosotros, que comiera y bebiera y siguiera siendo un ser humano. Imaginaba que había ido más allá del funcionamiento mondo y lirondo del cuerpo humano para alcanzar una condición de depravación tan perfecta, en el polo opuesto de la santidad pero igualmente aislada y desconocida. Lo que se ofrecía como normal y corriente —el *Star Weekly*, las cortinas de lunares recogidas en un lazo, los geranios que crecían esperanzados en latas en la ventana del prostíbulo—, me parecía un engaño



deliberado e incitante, el manto de las apariencias cotidianas que se extendía sobre semejante desvergüenza, semejantes explosiones apasionadas de lujuria.

Me froté las caderas a través del rayón frío. Si hubiera nacido en Italia ya sería un cuerpo utilizado, magullado, experimentado. No tendría la culpa. La idea de la prostitución, la falta de responsabilidad, hizo que saliera por un momento de mí misma; un pensamiento atractivo, relajado, por lo que tenía de definitivo, y porque ponía fin a la ambición y la ansiedad.

Después de eso construí, en varios plazos imperfectos y vacilantes, una fantasía. Imaginé que el señor Chamberlain me sorprendía con la bata negra de flores de mi madre caída por los hombros, como me había visto a mí misma en el espejo. Luego yo me proponía dejar que se me cayera del todo, que me viera sin nada encima. ¿Cómo podía hacerlo? Había que deshacerse de las otras personas que solían estar en casa. A mi madre la mandaba a vender enciclopedias; a mi hermano lo desterraba a la granja. Tendría que ser durante las vacaciones de verano, cuando no iba al colegio. Fern aún no habría vuelto de la oficina de correos. Yo bajaría las escaleras con el calor de última hora de la tarde, un día tranquilo y bochornoso, con nada más que esa bata. Bebería agua del grifo del fregadero sin fijarme en el señor Chamberlain sentado en silencio en la cocina, y entonces... ¿qué? Un perro desconocido, que solo se metería en casa en esa ocasión, se abalanzaría sobre mí y me arrancaría la bata. Yo me daría la vuelta y de algún modo la tela se engancharía en el clavo de una silla y se resbalaría hasta mis pies. Lo importante era que fuera un accidente; no habría ninguna intención por mi parte y menos aún la habría por parte del señor Chamberlain. Mi sueño no iba más allá del instante de la revelación. En realidad casi nunca llegaba tan lejos, sino que se detenía en los preliminares, consolidándolos. El momento en que él me viera desnuda no podía consolidarse, era como una estocada de luz. Nunca fantaseé con la reacción del señor Chamberlain. Nunca me lo imaginé con mucha nitidez. Su presencia era esencial pero borrosa; en la esquina de mi fantasía era un ser sin rasgos pero poderoso que emitía un zumbido de electricidad, como un fluorescente azul.

El padre de Naomi nos pilló cuando pasábamos corriendo por delante de su puerta al dirigimos al piso de abajo.

—Eh, jovencitas, entrad a hacerme una visita. Poneos cómodas.

Ya era primavera, una tarde amarilla y ventosa. Aun así él estaba quemando basura en una estufa redonda de latón, y en la habitación hacía calor y olía fuerte. Se



había lavado la ropa interior y los calcetines, y los había tendido en cuerdas a lo largo de la pared. Naomi y su madre lo trataban sin ceremonias. Cuando su madre no estaba en casa, como en ese momento, Naomi abría una lata de espaguetis, la vaciaba en un plato, y se lo daba para cenar.

—¿No vas a calentárselo? —preguntaba yo.

—¿Para qué? No se entera.

En el suelo de su habitación había montones de panfletos de papel prensa que supuse que estaban relacionados con la religión que profesaba. Naomi a veces tenía que ir a buscarlos a la oficina de correos. Siguiendo el ejemplo de su madre, sentía un gran desdén hacia sus creencias.

—Profecías y más profecías —decía—. Ya han profetizado tres veces el fin del mundo.

Nos sentamos en el borde de la cama que no tenía colcha, solo una manta tosca y bastante sucia, mientras él se balanceaba frente a nosotras en una mecedora. La madre de Naomi lo había atendido como enfermera antes de casarse con él. Entre sus palabras siempre había grandes silencios durante los cuales, sin embargo, no se olvidaba de ti, sino que clavaba sus pálidos ojos en tu frente como si esperara encontrar el resto de sus pensamientos escritos ahí.

—Leamos de la Biblia —dijo cordial e innecesariamente, y más bien a la manera de alguien que opta por pasar por alto las posibles objeciones.

Abrió una Biblia de letra grande, con el versículo ya marcado, y empezó a leer con una voz aguda de anciano, con interrupciones extrañas y dificultades con el estilo.

El Reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo. De las cuales cinco eran necias y cinco prudentes.

Pero las cinco necias, al coger sus lámparas, no se proveyeron de aceite. Al contrario. Las prudentes, junto con las lámparas, llevaron aceite en sus vasijas.

Como el esposo tardase en venir, se cansaron todas y quedaron dormidas.

Mas llegada la media noche, se oyó una voz que gritaba: «¡Mirad que viene el esposo, salidle al encuentro!».

Al punto se levantaron todas aquellas vírgenes y aderezaron sus lámparas.



Entonces las necias dijeron a las prudentes: «Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan».

Al final, como es lógico —me acordaba de haber oído antes ese pasaje—, las vírgenes prudentes no les daban aceite por miedo a no tener suficiente, y las vírgenes necias tenían que ir a comprar, por lo que no estaban cuando llegaba el esposo y se quedaban fuera. Yo siempre había imaginado que esa parábola, que no me gustaba, tenía que ver con la prudencia, la previsión o algo por el estilo. Pero enseguida me di cuenta de que para el padre de Naomi el tema era el sexo. Miré a Naomi de reojo esperando ver la ligera succión en las comisuras de sus labios, el rictus cómico con que siempre reconocía el tema. Pero tenía una expresión obstinada y abatida, y al mismo tiempo indignada, precisamente por lo que a mí me producía un placer secreto: el flujo poético de las palabras, las expresiones arcaicas. «Mas llegada la media noche, se oyó una voz que gritaba: “¡Mirad que viene el esposo, salidle al encuentro!”.» Se sentía tan ofendida por todo ello que no podía disfrutar siquiera la palabra «vírgenes».

La boca desdentada del padre se cerró. Decorosa y taimada como la de un bebé.

—Ya basta por hoy. Pensad en ello cuando llegue el momento. Ahí tenéis una lección para las jóvenes.

—Viejo cabrón estúpido —murmuró Naomi bajando por las escaleras.

—Me da... lástima.

Me clavó un dedo en el riñón.

—Deprisa, salgamos de aquí. Es capaz de encontrar algo más. Lee la Biblia hasta que se le cierran los ojos. Le está bien merecido.

Echamos a correr Mason Street arriba. Esas largas tardes exploramos hasta el último rincón de la ciudad. Deambulamos por el Lyceum Theatre, el Blue Owl Café, la sala de billar. Nos sentamos en los bancos que había junto al cenotafio, y si algún coche nos tocaba la bocina, saludábamos con la mano. Horrorizados por nuestra inocencia, nuestra imprudencia larguirucha, ellos pasaban de largo, riéndose detrás de las ventanillas. Fuimos a los aseos de señoras del ayuntamiento —el suelo mojado, las paredes de cemento cubierto de gotas de sudor, el intenso olor a amoníaco—, y allí en la puerta del cubículo donde solo las chicas malas y descerebradas escribían sus nombres, escribimos el nombre de las dos reinas de nuestra clase: Majory Coutts



y Gwen Mundy. Los escribimos con una barra de labios y dibujamos pequeñas figuras obscenas debajo. ¿Por qué lo hicimos? ¿Odiábamos a esas chicas, que siempre se mostraban servilmente amables? No. Sí. Odiábamos su inmunidad, su educada falta de curiosidad, lo que fuera que las hacía flotar, caritativas y satisfechas, sobre la superficie de la vida de Jubilee, y las haría seguir flotando hacia las fraternidades universitarias, los compromisos, los matrimonios con médicos u abogados en poblaciones más prósperas y lejanas. Las odiábamos precisamente porque no era posible imaginarlas entrando en los aseos del ayuntamiento.

En cuanto terminamos echamos a correr, sin saber muy bien si habíamos cometido un acto delictivo o no.

Nos desafiamos la una a la otra. Al caminar por debajo de las farolas, todavía pálidas como flores de papel de seda, o al pasar por delante de ventanas sin iluminar desde las que esperábamos que el mundo observara, nos desafiamos.

—Haz como si tuvieras parálisis cerebral. A que no te atreves.

Y me descoyunté de golpe, dejé caer la cabeza, puse la mirada perdida y empecé a hablar de forma incomprensible en un balbuceo insistente y furioso.

—Hazlo durante toda una manzana. No importa a quién nos encontremos, no pares. A que no te atreves.

Nos cruzamos con el viejo doctor Comber, alto e imponente, elegantemente vestido. Se detuvo, dio unos golpecitos con el bastón y protestó.

—¿A qué viene este número?

—Un ataque, señor —respondió Naomi lastimeramente—. Siempre le dan ataques.

Reírnos de los pobres, los indefensos, los que sufren. El mal gusto, la crueldad, el placer de todo ello.

Fuimos al parque, que estaba abandonado y desierto, un triángulo de tierra que, debido a sus altos cedros, se había vuelto demasiado lúgubre para que los niños jugaran en él y no era lo suficientemente bonito para pasear. ¿Por qué iba a querer alguien pasear en Jubilee para ver más hierba, polvo y árboles, lo mismo que se colaba a la fuerza de todas partes? Preferían ir al centro para mirar escaparates, quedar en las aceras anchas o tener la ilusión de ajetreo. Allí solas, Naomi y yo trepábamos los grandes cedros, arañándonos las rodillas con la corteza y gritando, como nunca nos había hecho falta gritar cuando éramos más pequeñas, mientras se separaban las ramas dejando ver el suelo inclinado. Nos colgábamos de ellas con las



manos entrelazadas, con los tobillos; fingíamos ser monos babuinos que parloteaban y farfullaban. Sentíamos que toda la ciudad se extendía debajo de nosotras boquiabierta, lista para llenarse de asombro.

Se oían sonidos propios de la estación. Las niñas en las aceras, saltando a la comba y cantando con sus voces claras y fervientes:

*En la montaña hay una dama,
¿Cómo se llama?
Todo lo que lleva es de oro y plata.
¡Todo lo que necesita son zapatillas chatas!*

Y los pavos reales chillando. Nos bajábamos de los árboles y nos dedicábamos a observarlos, siguiéndolos más allá del parque, por una calle humilde y sin nombre que se extendía hasta el río. Los pavos reales pertenecían a un hombre llamado Pork Childs que conducía el camión de la basura de la ciudad. La calle no tenía aceras. Rodeábamos los charcos que brillaban en el barro blando. Pork Childs tenía detrás de su casa un cobertizo para sus aves. Ni el cobertizo ni la casa estaban pintados.

Allí se encontraban los pavos reales, dando vueltas bajo los robles pelados. ¿Cómo podíamos olvidarnos de ellos de una primavera para otra?

Las hembras eran fáciles de olvidar, junto con los colores lúgubres de su corral. Pero los machos nunca defraudaban. Con su color asombroso e intenso, azul por el pecho, la garganta y el cuello, y las plumas más oscuras asomando como manchones de tinta o vegetación suave bajo el agua tropical. Uno tenía la cola extendida dejando ver los ojos ciegos, raso pintado. La pequeña cabeza regia y estúpida. Esplendor en la fría primavera, un prodigio de Jubilee.

El ruido que empezó a oírse de nuevo no provenía de ninguno de ellos. Hizo que levantáramos la mirada hacia lo que costaba creer que no hubiéramos visto inmediatamente: el único pavo real blanco posado en un árbol, con la cola totalmente desplegada y cayendo a través de las ramas como agua sobre rocas. Blanco puro, bendición pura. Y oculta en lo alto, su cabeza, emitiendo esos gritos frenéticos, amonestadores, turbulentos.

—Es el sexo lo que les hace gritar así —explicó Naomi.

—Las gatas gritan —dije, recordando algo de la granja—. Gritan como locas



cuando un gato callejero se lo está haciendo.

—¿Tú no harías lo mismo?

Luego tuvimos que irnos, porque entre los pavos reales apareció Pork Childs caminando deprisa, balanceándose hacia delante. Sabíamos que le habían amputado todos los dedos de los pies después de que se le congelaran cuando estuvo mucho tiempo en una zanja, demasiado borracho para volver a casa, antes de unirse a la Iglesia baptista. «¡Buenas tardes, chicos! ¡Hola, chicas!», gritaba desde la cabina de su camión de basura, y el grito recorría todas las calles en días lúgubres o veraniegos, sin recibir nunca una respuesta. Echamos a correr.

El señor Chamberlain había aparcado frente a nuestra casa.

—Entremos —dijo Naomi—. Quiero ver qué está haciéndole a la vieja Fern.

Nada. En el comedor Fern se probaba el vestido de flores que estaba confeccionándose con ayuda de mi madre para la boda de Donna Carling, en la que sería solista. Mi madre estaba sentada de lado en la silla frente a la máquina de coser, mientras Fern giraba como una gran sombrilla medio abierta delante de ella.

El señor Chamberlain bebía una copa en toda regla, whisky con agua. Había ido en coche hasta Porterfield para comprar el whisky, ya que en Jubilee estaba prohibida la venta de alcohol. Yo me sentía orgullosa y al mismo tiempo avergonzada de que Naomi reparara en la botella en el aparador, algo que jamás vería en su casa. Mi madre disculpaba que bebiera porque había estado en la guerra.

—Aquí llegan estas encantadoras jovencitas —dijo el señor Chamberlain con afectación—. Llenas de espíritu primaveral y gracilidad, y recién llegadas del aire libre.

—Sírvanos una copa —dije, alardeando delante de Naomi.

Pero él se rió y tapó la copa con una mano.

—No hasta que nos digáis dónde habéis estado.

—Hemos ido a la casa de Pork Childs para ver los pavos reales.

—Para ver los pavos reales. Para ver los bonitos pavos reales —canturreó el señor Chamberlain.

—Sírvanos una copa.

—Compórtate, Del —dijo mi madre con la boca llena de alfileres.

—Solo quiero saber qué gusto tiene.



—Bueno, no puedo darte una copa a cambio de nada, y tampoco te veo haciendo monerías por mí. No te veo sentándote y pidiendo con una pata como un buen perrito.

—Puedo hacer de foca. ¿Quiere ver cómo hago de foca?

Eso era algo que me encantaba. No me preocupaba no conseguirlo o no hacerlo perfecto; no me acobardaba que me tomaran por tonta. Hasta lo había hecho en el colegio, para el concurso de nuevos talentos de la Cruz Roja de la Juventud, y todo el mundo se había reído; esas maravillosas risas fueron tan reconfortantes y me aliviaron tanto que podría haber seguido siendo una foca eternamente.

Me puse de rodillas, pegué los codos a los costados y levanté las manos como aletas mientras aullaba, prodigiosos y estridentes aullidos. Los había copiado de una película antigua de Mary Martin en la que ella sale cantando una canción al lado de una piscina azul turquesa y la foca aúlla a dúo.

El señor Chamberlain bajaba muy despacio la copa y la acercaba a mis labios, pero la apartaba cada vez que yo dejaba de aullar. Estaba arrodillada junto a su silla. Fern me daba la espalda, con los brazos levantados; la cabeza de mi madre quedaba oculta detrás de la cintura de Fern, que prendía con alfileres. Naomi, que había visto bastantes veces el número de la foca y estaba interesada en la costura, observaba a Fern y a mi madre. El señor Chamberlain permitió por fin que mis labios tocaran el borde de la copa que tenía en una mano. Luego, con la otra, hizo algo que nadie vio. La deslizó entre el cerco húmedo de mi blusa bajo el brazo y la holgada sisa de mi jersey. La pasó rápido y fuerte contra el algodón que cubrían mis pechos. Tan fuerte que empujó la carne blanda hacia arriba, aplanándola. Y la apartó de inmediato. Fue como una bofetada, me dejó una sensación de escozor.

—Bueno, ¿a qué sabe? —preguntó Naomi luego.

—A pipí.

—Nunca has probado el pipí. —Me lanzó una mirada astuta y desconcertada; siempre detectaba los secretos.

Tenía ganas de contárselo, pero no lo hice. Me contuve. Si se lo contaba tendría que revivirlo. «¿Cómo? ¿Dónde tenía la mano cuando empezó? ¿Cómo consiguió meter la mano por debajo de tu jersey? ¿Te frotó o te apretó, o las dos cosas? ¿Con los dedos o con la palma? ¿Te gustó la sensación?»

En la ciudad había un dentista, el doctor Phippen, hermano del librero sordo, que había apoyado supuestamente una mano en la pierna de una niña mientras le



examinaba las muelas. Naomi y yo, al pasar por delante de su consulta, decíamos alzando la voz: «¿No te gustaría tener hora de visita con el doctor Phippen? El doctor Phippen el Sobón. ¡Es todo un hombre!». Pues sería igual con el señor Chamberlain; lo convertiríamos en una broma y esperaríamos el escándalo, y conspiraríamos para pillarlo en alguna trampa, y eso era lo que yo no quería.

—Era precioso —dijo Naemi, con tono cansino.

—¿Qué?

—Ese pavo real. El del árbol.

Me quedé sorprendida, y un poco enfadada, al oírle utilizar la palabra «precioso» para referirse a algo así, y tener que recordárselo, porque estaba acostumbrada a que actuara de cierta manera, a que reaccionara ante ciertas cosas, nada más. Al volver corriendo a casa, yo ya había decidido que escribiría un poema sobre el pavo real. Que ella pensara también en él era casi una intromisión. Nunca permitía que ni ella ni nadie entrara en esa parte de mi mente.

Me puse a escribir el poema cuando subí a acostarme.

¿Quién llora en los árboles estas noches veladas?

¿Lloran los pavos reales o el fantasma del invierno?

Esos eran los mejores versos.

También pensé en el señor Chamberlain, en su mano que era diferente de todo lo que había enseñado anteriormente de sí mismo, en sus ojos, su voz, su risa, sus anécdotas. Era como una señal, impartida donde sería comprendida. Una impertinente violación totalmente descarada, autoritaria, vacía de sentimiento.

La siguiente vez que vino a casa se lo puse fácil para que volviera a hacer algo y me quedé de pie cerca de él mientras se ponía las botas en el oscuro vestíbulo. A partir de entonces, cada vez esperaba la señal y esta llegaba. Él no se molestaba con un pellizco o una palmada en el brazo, o un abrazo paternal o amistoso. Iba derecho a los pechos, las nalgas o la parte superior de los muslos, brutal como un rayo. Y así era como yo esperaba que fueran las comunicaciones sexuales: un ramalazo de locura, una irrupción irreal, cruel y desafiante en un mundo de apariencias decorosas. Había descartado las ideas de cariño, consuelo y ternura que mi amor por Frank Wales había alimentado; todo eso parecía de pronto insignificante y



extraordinariamente pueril. En la violencia secreta del sexo había un reconocimiento que iba más allá de la amabilidad, la buena voluntad o las personas.

No es que estuviera pensando en tener relaciones sexuales. Un relámpago no tiene necesariamente que llevar a nada que no sea el siguiente relámpago.

Aun así me temblaron las piernas cuando el señor Chamberlain me tocó la bocina. Me esperaba a media manzana del colegio. Naomi no estaba conmigo; tenía amigdalitis.

—¿Dónde anda tu amiga?

—Está enferma.

—Pobrecilla. ¿Quieres que te lleve a casa?

En el coche temblé. Tenía la lengua seca, toda la boca tan seca que apenas podía hablar. ¿Era eso el deseo? ¿El deseo de saber, el miedo a saber, que venía a ser lo mismo que angustia? Estar a solas con él, sin la protección de la gente o las circunstancias, lo cambiaba todo. ¿Qué podía querer hacer él allí, en plena luz el día, en el asiento de su coche?

No se propasó. Pero tampoco se dirigió a River Street; condujo sin parar a lo largo de varias callejas, esquivando los baches que se habían formado durante el invierno.

—¿Me harías un favor si te lo pidiera?

—De acuerdo.

—¿Qué crees que podría ser el favor?

—No lo sé.

Aparcó el coche detrás de la fábrica de productos lácteos, bajo el castaño que acababa de echar hojas nuevas, de un amargo verde amarillento. ¿Allí?

—¿Entrarías en la habitación de Fern? ¿Entrarías en su habitación cuando no hubiera nadie en casa?

Poco a poco, me quité de la cabeza las expectativas de una violación.

—¿Podrías entrar en su habitación y llevar a cabo una pequeña investigación sobre lo que hay en ella? Hay algo que podría interesarme. ¿Qué crees que podría ser, eh? ¿Qué crees que me interesa?

—¿Qué?



—Cartas —respondió el señor Chamberlain, bajando de golpe la voz y adoptando un tono práctico, gobernado por alguna realidad que solo él podía contemplar—. Mira si hay viejas cartas. Podrían estar en los cajones. En el armario. Probablemente las tiene en alguna caja destartada. En fajos atados, como suelen guardarlas las mujeres.

—¿Cartas de quién?

—Mías. ¿Qué te parece? No tienes que leerlas, solo fíjate en quién las firma. Las escribí hace tanto tiempo que el papel podría estar amarillento. Escritas a pluma, que yo recuerde, así que seguramente siguen siendo legibles. Toma, aquí tienes una muestra de mi caligrafía. Te ayudará.

Sacó un sobre de la guantera y escribió: «Del es mala chica».

Lo guardé dentro de mi libro de latín.

—No dejes que lo vea Fern. Reconocería mi letra. Ni tu madre. Podría hacerse preguntas sobre lo que he escrito. Sería una sorpresa, ¿no?

Me llevó a casa. Yo quería bajar en la esquina de River Street pero él no quiso.

—Parecerá que estamos escondiéndonos de algo. Bueno, ¿cómo vas a hacérmelo saber? ¿Qué te parece si el domingo por la noche, cuando vaya a cenar, te pregunto si has hecho los deberes? Si las has encontrado, dirás que sí. Si las has buscado y no las has encontrado, dirás que no. Y si por alguna razón no has tenido oportunidad de buscarlas, dirás que te has olvidado de que tenías deberes.

Me obligó a repetirlo.

—Sí significa que las has encontrado, no significa que no las has encontrado, y que te has olvidado significa que no has tenido oportunidad de mirar. —Ese ensayo me ofendió; yo era famosa por mi memoria.

—Está bien. Adiós. —A una altura que nadie podía ver, mirando al frente, hizo rebotar el puño en mi pierna, con suficiente fuerza para que me doliera.

Me forcé a bajar con mis libros, y una vez que estuve sola, sintiendo aún un hormigueo en el muslo, saqué el sobre y leí lo que había escrito en él. «Del es mala chica.» El señor Chamberlain asumía sin ninguna dificultad que en mí había traición, así como una sensualidad criminal, a la espera de ser utilizada. Sabía que no chillaría cuando me había aplastado el pecho, había contando con que no se lo diría a mi madre; ahora sabía que no solo no repetiría esa conversación a Fern, sino que la espiaría como él me había pedido que hiciera. ¿Habría dado con mi verdadera personalidad? Lo cierto era que, aburrída en el colegio, había utilizado el compás y la



regla, o había escrito frases en latín [«habiendo levantado campamento y matado furtivamente los caballos del enemigo, Vercingetórix se preparó para librar batalla al día siguiente»], consciente en todo momento de mi depravación, tan robusta como el trigo en primavera, mientras me salían cardenales invisibles en el cuerpo en las partes donde había sido tocado. Lavándome con un jabón que casi te arrancaba la piel, después de un partido de voleibol, había mirado en el espejo de los aseos para chicas y sonreído en secreto a mi cara rubicunda, al pensar en la libidinosidad a la que se me había inducido, los engaños de los que era capaz.

Entré en la habitación de Fern el sábado por la mañana, cuando mi madre se fue a la granja a limpiar. La recorrí tranquilamente con la mirada: el oso koala en la almohada, polvos esparcidos sobre el tocador, botes con restos de desodorante seco, pomada balsámica, crema de noche, un pintalabios viejo, esmalte de uñas con el tapón atascado. Una foto de una señora con un traje de muchas capas colgantes, como un muestrario de bufandas, probablemente la madre de Fern, con un grueso bebé vestido con ropa de lana en los brazos, probablemente Fern. Una toma poco nítida de Fern, sin duda, con mangas acampanadas y un ramo de rosas en las manos, y el pelo ondulado con un corte escalonado. Y fotos pegadas alrededor del espejo, con los bordes enroscados. El señor Chamberlain con un sombrero de paja puntiagudo y pantalones blancos, mirando la cámara como si supiera más que ella. Fern, no tan gorda como ahora, pero de todos modos rolliza, con pantalones cortos, sentada en un leño en un bosque de algún lugar de veraneo. El señor Chamberlain y Fern elegantemente vestidos —ella con corsé—, captados por un fotógrafo callejero en una ciudad desconocida, caminando bajo la marquesina de un cine donde proyectaban *Levando anclas*. El picnic de los empleados de la oficina de correos en el parque de Tupperton un día nublado y Fern, jovial con sus pantalones holgados, con un bate de béisbol en las manos.

No encontré ninguna carta. Miré en los cajones, en los estantes del armario, debajo de la cama, incluso dentro de las maletas. Encontré tres fajos de papeles guardados aparte, sujetos con gomas.

Un fajo estaba compuesto por una de esas cartas con promesas de buena fortuna que circulaban en cadena y muchas copias del mismo verso, escrito a lápiz o pluma con distintas caligrafías, algunas a mano o ciclostiladas.

Esta oración ya ha dado la vuelta al mundo seis veces. La escribió en la isla de Wight un vidente que la vio en un sueño. Copia esta carta seis veces y envíasela a seis amigos, luego copia la oración y envíasela a los seis primeros nombres de la lista



adjunta. A los seis días de la recepción de esta carta empezarás a recibir de todas partes del mundo copias de esta oración que te traerán bendiciones y buena suerte SI NO ROMPELACADENA. Si rompes la cadena, algo triste y desagradable te sucederá a los seis meses de haber recibido esta carta. NO ROMPAS LA CADENA. NO OLVIDES LA PALABRA SECRETA DEL FINAL. POR MEDIO DE ESTA ORACIÓN SE EXTENDERÁ LA FELICIDAD Y LA BUENA SUERTE POR TODO EL MUNDO.

*De paz y amor, Oh Dios, te pido
que colmes hoy a este amigo.*

*Solventa sus problemas, bendice su corazón.
Que la fuente de la fuerza y el amor
colme su ambición.*

KARKAHMD

Otro fajo consistía en varias hojas de letra de imprenta borrosa intercalada con ilustraciones grises y poco nítidas de lo que de entrada me pareció que eran bolsas de enemas con una maraña de tubos, pero que, después de leer el texto, resultaron ser cortes transversales de la anatomía masculina y femenina con cosas como supositorios vaginales, tampones, condones (todos esos términos eran nuevos para mí) que iban insertados o encajados. No podía mirar esas ilustraciones sin alarmarme y experimentar una intensa incomodidad, de modo que empecé a leer. Leí sobre la mujer de un granjero pobre de Carolina del Norte que se había arrojado bajo las ruedas de un carro al descubrir que iba a tener su noveno hijo; sobre las mujeres que morían en su propia casa por complicaciones en el embarazo o en el parto o después de terribles abortos fallidos que realizaban con alfileres para sombrero, agujas de tricotar o burbujas de aire. Leí, o me salté, las estadísticas sobre el aumento de la población, las leyes que se habían aprobado en distintos países a favor y en contra del control de la natalidad, las mujeres que habían ido a la cárcel por defenderlo. Luego estaban las instrucciones de uso de los distintos artilugios. En el libro de la madre de Naomi también había un capítulo dedicado a ello, pero nunca llegamos a leerlo, atascadas como estábamos en «Casos de estudio y tipos de actos sexuales». Todo lo que leía ahora sobre la espuma y la gelatina, hasta el uso de la palabra



«vagina», hacía que el asunto pareciera laborioso y casero, relacionado de algún modo con ungüentos, vendas y hospitales, y me produjo la misma sensación de impotencia ridícula y desagradable que me invadía cuando me veía obligada a desvestirme en la consulta del médico.

El tercer fajo eran versos mecanografiados. Algunos tenían títulos como «Limonada casera» o «El lamento de la mujer del camionero».

Marido, querido marido, ¿qué debo hacer?

Estoy esperando que me des placer.

Nunca estás en casa o nunca estás despierto.

(¡Una gran polla en mi coño es el secreto!)

Me sorprendió que un adulto supiera, o siguiera acordándose de esas palabras. La concupiscente progresión de los versos, las palabras cortas y achaparradas escritas desvergonzadamente a máquina, disparaban a toda velocidad la lujuria como chorros de queroseno que se arrojan a las hogueras. Pero eran repetitivos y elaborados; al cabo de un rato el esfuerzo mecánico necesario para inventarlos empezaba a notarse y los hacía más pesados; se volvían desconcertantemente aburridos. Pero las palabras en sí todavía despedían destellos de poder, sobre todo la palabra «joder», que nunca había sido capaz de mirar cuando la veía escrita en las vallas o las aceras. Nunca había sido capaz de detenerme ante el impulso de brutalidad, el hipnótico pavoneo.

Le dije que no al señor Chamberlain cuando me preguntó si había hecho los deberes. No me tocó en toda la noche. Pero cuando salí del colegio el lunes, me esperaba.

—¿Tu amiga sigue enferma? Lástima. Pero es bonito, ¿verdad que es bonito?

—¿Qué?

—Los pájaros son bonitos. Los árboles son bonitos. Es bonito que puedas dar una vuelta en coche conmigo, hacer investigaciones por mí.

Habló con tono infantil. Con él, el mal nunca sería grandilocuente. Su voz daba a entender que era posible hacer cualquier cosa, cualquiera, y quitarle importancia diciendo que era broma, una broma a costa de toda la gente solemne y culpable, toda la gente moral y emotiva del mundo, la gente que «se tomaba a sí



misma en serio». Eso era lo que él no podía soportar de los demás. Su sonrisilla era repulsiva; la autosatisfacción se extendía sobre todo un abismo de irresponsabilidad, o algo peor. Pero eso no me hizo titubear a la hora de irme con él y hacer lo que él quisiera. Su integridad moral me traía sin cuidado; tal vez era incluso necesario que fuera dudosa.

La excitación, que debía algo a los versos obscenos de Fern, se había apoderado por completo de mí.

—¿Miraste bien? —preguntó él con voz normal.

—Sí.

—¿No encontraste nada? ¿Miraste en todos sus cajones? Me refiero a los cajones de su cómoda. En las cajas de sombreros, en las maletas. ¿Buscaste en su armario?

—Busqué en todas partes —respondí con recato.

—Puede que se haya deshecho de ellas.

—Supongo que no es sentimental.

—¿Sentimental? No sé qué significan esas grandes palabras, niña.

Estábamos saliendo de la ciudad. Seguimos la carretera 4 en dirección al sur y nos metimos por el primer camino vecinal.

—Qué mañana más bonita —dijo el señor Chamberlain—. Mejor dicho, qué tarde más bonita. Qué día más bonito.

Miré por la ventanilla; el campo conocido se veía alterado por su presencia, su voz, el aturdimiento de saber de antemano lo que íbamos a hacer juntos. Hacía un par de años que contemplaba los árboles, los campos, el paisaje, con una euforia profunda y secreta. En ciertos estados anímicos, algunos días, era capaz de sentir por un matojo de hierba, una cerca de madera o un montón de piedras una emoción tan pura e ilimitada como la que solía presentir o esperar de Dios. No podía sentirlo cuando estaba con alguien, como era lógico, y al lado del señor Chamberlain observé cómo toda la naturaleza se volvía corrupta y enloquecedoramente erótica. Era la época más fértil y verde del año; en las zanjas brotaban margaritas, linarias y ranúnculos, y las hondonadas estaban cubiertas de arbustos sin nombre ligeramente dorados y de los destellos de los riachuelos altos. Veía todo eso como una vasta sucesión de escondites, con los campos arados a lo lejos alzándose como colchones desvergonzados. Los pequeños senderos que se abrían entre los arbustos, los tramos de hierba aplastada donde sin duda se había tumbado una vaca, me parecían tan



específica y apremiantemente incitantes como ciertas palabras o gestos.

—Espero que no nos encontremos aquí a tu madre.

No me pareció posible. Mi madre habitaba una capa de la realidad distinta de la que yo había penetrado en ese momento.

El señor Chamberlain dejó el camino vecinal y siguió un sendero que enseguida murió en un campo medio cubierto de maleza. Detener el coche e interrumpir ese tibio flujo de sonido y movimiento en el que había permanecido suspendida me afectó un poco. Los hechos se hacían realidad.

—Vamos hasta el riachuelo.

Se bajó por su lado del coche y yo por el mío. Lo seguí cuesta abajo entre espinos en flor que desprendían un olor a levadura. Era una ruta transitada y entre la hierba había paquetes de tabaco, un envase de cerveza, una caja de chicles. Nos rodeaban pequeños árboles y matorrales.

—¿Por qué no hacemos una parada aquí? —propuso el señor Chamberlain con tono práctico—. El suelo está empantanado por la orilla.

Allí, en lo alto del riachuelo, medio a la sombra, yo tenía frío, y estaba tan impaciente por saber qué iba a sucederme que todo el calor y la comezón entre las piernas habían desaparecido, y me las notaba insensibles como si hubiera tenido allí un pedazo de hielo. El señor Chamberlain se abrió la americana y se desabrochó el cinturón, y él mismo se bajó la bragueta. Introdujo la mano para abrir unas cortinas interiores y dijo: «¡Bu!».

No se parecía en nada al del David de mármol, y se erguía recto frente a él, tal como había leído que hacía. Tenía una especie de capucha, como un champiñón, y era de un color morado rojizo. Tenía un aspecto embotado y estúpido, comparado, por ejemplo, con los dedos de las manos y los pies, llenos de inteligente expresividad, o incluso con un codo o una rodilla. No me horrorizó, aunque tal vez esa había sido la intención del señor Chamberlain, de pie con su mirada vigilante, abriéndose los pantalones con las manos para enseñarlo. Tosco y embotado, del desagradable color de una herida, me pareció vulnerable, juguetón e inocente como un animal de hocico duro cuyo aspecto simple y grotesco es una especie de garantía de buena voluntad. (Lo contrario de lo que suele ser la belleza.) Pero tampoco me excitó. No me pareció que tuviera nada que ver conmigo.

Observándome sonriente, el señor Chamberlain lo rodeó con una mano y empezó a moverla arriba y abajo, sin mucha fuerza, a un ritmo eficiente y controlado.



La expresión de su cara se suavizó; sus ojos, clavados aún en mí, se pusieron vidriosos. Poco a poco, de un modo casi experimental, aumentó la velocidad de la mano; el ritmo se hizo menos uniforme. Se agachó, abrió la boca en una sonrisa que le retiró los labios de los dientes y puso los ojos ligeramente en blanco. Su respiración se volvió ruidosa y temblorosa mientras movía la mano furiosamente, y gimió casi doblándose en dos de sufrimiento convulsivo. La cara que volvió hacia mí desde su postura acuclillada miraba sin ver y se tambaleaba como una máscara sobre un palo, y esos sonidos que brotaban sin querer de su boca, ruidos humanos de desesperación, eran al mismo tiempo teatrales, inverosímiles. De hecho toda la actuación, rodeada de ramas en flor, parecía impuesta, fantástica y predeciblemente exagerada, como una danza india. Yo había leído sobre el cuerpo en situaciones extremas de placer, poseído, pero no parecía haber una correspondencia entre esas expresiones y el terrible y ramplón esfuerzo, el deliberado frenesí de lo que sucedía allí. Si no lograba pronto lo que quería, me pareció, se moriría. Luego dejó escapar una especie de gemido, totalmente desesperado y aún más potente; tembló como si alguien lo golpeará en la laringe. Pero se apagó milagrosamente, transformándose en un gemido tranquilo y agradecido, mientras salía disparado algo de él, la auténtica sustancia blanquecina, el semen, que cayó en el dobladillo de mi falda. Se irguió, tembloroso y sin aliento, y volvió a cerrarse rápidamente los pantalones. Sacó un pañuelo y se limpió primero las manos, luego mi falda.

—¿Has tenido suerte, eh? —Se rió de mí, aunque todavía no había recuperado del todo el aliento.

Después de semejante convulsión, de semejante revelación, ¿cómo podía un hombre guardarse el pañuelo en el bolsillo así sin más, mirarse la bragueta y empezar a andar de nuevo, todavía un poco acalorado y rojo, por donde había venido?

Lo único que dijo en el coche, después de quedarse un momento sentado al volante recobrándose antes de dar el contacto, fue:

—Todo un espectáculo, ¿eh?

El paisaje era como un reflejo postorgásmico, distante, inconexo. El señor Chamberlain tal vez sentía también cierta melancolía, o aprensión, porque me pidió que me agachara en el suelo del coche cuando entramos de nuevo en la ciudad, y después de dar una vuelta me dejó en un lugar solitario, donde la carretera descendía cerca de la estación de la CNR. Pero se sintió lo bastante recuperado para darme unos golpecitos en la entrepierna con el puño, como si comprobara la sonoridad de un coco.



Como debería haber sospechado, esa fue la actuación de despedida del señor Chamberlain. Al volver a casa al mediodía encontré a Fern sentada a la mesa del comedor, que ya estaba puesta para la comida, escuchando a mi madre que le hablaba a gritos desde la cocina para hacerse oír por encima del estruendo del pasapurés.

—No importa lo que digan los demás. Tú no estabas casada. No estabas prometida. No es asunto de nadie. Tu vida solo te pertenece a ti.

—¿Quieres leer la pequeña carta de amor que he recibido? —me preguntó Fern, y la agitó delante de mis narices.

Querida Fern, debido a circunstancias que escapan a mi control, me marcharé esta noche en mi fiable Pontiac para dirigirme al Oeste. Todavía me queda mucho mundo por ver y no tiene sentido recluirse. Puede que te envíe una postal desde California o Alaska, ¿quién sabe? Sé la buena chica que siempre has sido y sigue lamiendo sellos y abriendo el correo con vapor, puede que todavía encuentres un billete de cien dólares. Cuando mamá muera probablemente regresaré, pero no por mucho tiempo. Chao,

ART

La misma mano que había escrito «Del es mala chica».

—Interferir en el correo es un delito federal —dijo mi madre al entrar—. No creo que tenga mucha gracia poner eso.

Sirvió las zanahorias de lata, el puré de patatas, el rollo de carne picada. Fuera cual fuese la estación, la comida del mediodía siempre era pesada.

—De todos modos, parece que no me ha quitado el apetito —dijo Fern con un suspiro. Se echó ketchup—. Podría haber sido mío. Hace mucho. Si hubiera querido. Hasta me escribió cartas hablando de matrimonio. Debería haberlas guardado. Podría haberlo acusado de incumplimiento de promesa.

—Me alegro de que no lo hicieras —dijo mi madre enérgica—, de lo contrario ¿dónde estarías hoy?

—¿Que no hiciera qué? ¿Acusarlo o casarme con él?



—Casarte con él. Acusar a un hombre de no cumplir sus promesas es degradante para las mujeres.

—Oh, yo no corría peligro de casarme.

—Estaba el canto. Tenías un interés en la vida.

—Sencillamente me lo estaba pasando demasiado bien. Sabía lo suficiente del matrimonio para saber que con él se acaba la diversión.

Cuando Fern hablaba de pasarlo bien se refería a ir a bailar al Lakeshore Pavilion, ir al hotel Regency de Tupperton a tomar una copa y cenar, o que la llevaran de un bar de carretera a otro el sábado por la noche. Mi madre trataba de entender semejantes placeres pero era incapaz, del mismo modo que no entendía por qué la gente subía a las atracciones de feria, bajaba y vomitaba, y volvía a subir.

Fern no era de las que se lamentaban, a pesar de lo familiarizada que estaba con la ópera. El sentimiento que expresó en voz alta era que los hombres siempre se marchaban, y que era preferible que lo hicieran antes de que te hartaras de ellos. Pero se volvió más habladora; no callaba.

—Eres tan desastre como Art —le dijo a Owen durante la cena—. Él no probaba las verduras amarillas. Su madre debería haberle dado una zorra cuando era pequeño. Eso es lo que yo le decía.

—Eres todo lo contrario de Art físicamente —le dijo a mi padre—. Él tenía el cuerpo tan largo y las piernas tan cortas que le costaba encontrar trajes de su talla. En el único lugar donde se los hacían era en Ramson de Tupperton.

—Solo lo vi perder los estribos una vez. En el Pavilion, una noche que fuimos a bailar y un tipo me invitó a un baile. Me levanté, porque qué vas a hacer, y él bajó la cara justo hasta mi cuello. ¡Lamiéndome como si fuera de chocolate! Art le dijo: Si quieres besuquearte con una chica no lo hagas con mi novia. ¡Puede que yo también quiera! Y lo arrancó de mi lado. ¡Eso es lo que hizo!

Cuando yo entraba en una habitación donde ella estaba hablando con mi madre, se hacía un silencio poco natural, expectante. Mi madre escuchaba con expresión abatida, resueltamente compasiva, atrapada. ¿Qué podía hacer ella? Fern era su mejor amiga, tal vez la única. Pero había cosas que nunca pensó que tendría que oír. Tal vez echaba de menos al señor Chamberlain.

—Te trató fatal —le dijo a Fern, encarándose con sus hombros encogidos y su risa ambigua—. Esa es la verdad. Nunca se ha desmoronado tan deprisa mi opinión sobre una persona. De todos modos le echo de menos cuando oigo las noticias por la



radio.

Porque la emisora de Jubilee no había encontrado a nadie capaz de leer las noticias más recientes, llenas de palabras rusas, sin sucumbir al pánico, y habían permitido que alguien llamara «Batch» a Bach en *In Memoriam* cuando pusieron «Jesus, bleibet meine Freude». Mi madre se puso como loca.

Yo había querido hablar con Naomi del señor Chamberlain ahora que había terminado todo. Pero Naomi salió de su enfermedad con siete kilos menos y una nueva actitud ante la vida. Con su figura rechoncha se había ido la franqueza. Su lenguaje se purificó. Su audacia se extinguió. Mostraba una nueva y delicada consideración hacia sí misma. Se sentaba bajo un árbol con la falda extendida alrededor, viendo cómo el resto de la clase jugábamos a voleibol, y no paraba de llevarse una mano a la frente para comprobar si tenía fiebre. Ni siquiera le interesó saber que el señor Chamberlain se había ido, tan absorta estaba en sí misma y su enfermedad. Le había subido la temperatura por encima de los cuarenta grados. Los aspectos más burdos del sexo habían desaparecido de su conversación y al parecer también de su mente, aunque había hablado mucho del doctor Wallis, de cómo le había lavado las piernas con una esponja y lo expuesta e impotente que se había sentido cuando estaba enferma.

De modo que no tuve el alivio de convertir en una historia graciosa, aunque siniestra, lo que había hecho el señor Chamberlain. No sabía qué hacer con ello. No podía devolverle su viejo rol, adjudicarle el papel de libidinoso solícito, recio, simple y resuelto que había adoptado en mis fantasías. Mi fe en la depravación pura se había debilitado. Tal vez en ninguna parte más que en las fantasías se abría con tanta suavidad y naturalidad la trampilla por la que se zambullían los cuerpos, totalmente liberados del pensamiento, liberados de la personalidad, en el desenfreno y el libertinaje. En lugar de eso, tal como me había enseñado el señor Chamberlain, la gente lleva consigo un montón de... carne que no es dominada sino que tiene que ser aporreada para alcanzar el éxtasis, todo el persistente misterio y los oscuros recovecos de sí misma.

En junio se celebró la cena de fresones anual en los jardines traseros de la iglesia unida. Fern fue a cantar con el vestido de gasa floreada que se había hecho con ayuda de mi madre. Le apretaba mucho por la cintura. Desde que se había marchado el señor Chamberlain había engordado, de modo que ya no era blanda y voluminosa sino realmente gruesa, hinchada como un pudín, y su piel cubierta de manchas ya no era opaca sino tirante y brillante.

Se daba palmadas en la barriga.



—No podrán decir que me estoy consumiendo, ¿eh? Sería un escándalo que reventara las costuras.

Oímos sus tacones alejarse por la acera. En las tardes tranquilas y encapotadas, bajo los frondosos árboles, los sonidos viajaban lejos. El ruido de las conversaciones de la reunión de la iglesia unida llegaba hasta los escalones de casa. ¿Le habría gustado a mi madre tener un sombrero y un vestido de verano, y acompañarla? Su agnosticismo y su sociabilidad a menudo entraban en conflicto en Jubilee, donde la vida social y la religiosa solían coincidir. Fern la había animado a ir.

—Eres miembro. ¿No me dijiste que te habías unido a ella cuando te casaste?

—Entonces no tenía las ideas formadas. Ahora sería hipócrita. No soy creyente.

—¿Crees que todos lo son?

Yo estaba en el porche leyendo *Arco de Triunfo*, un libro que había sacado de la biblioteca, que había obtenido un crédito y comprado una nueva remesa de libros, la mayoría recomendados por la señora Wallis, la mujer del médico, que tenía un título universitario pero tal vez su gusto no casaba con las prescripciones del ayuntamiento. Había habido quejas, la gente había dicho que hubiera sido mejor dejar la elección en manos de Bella Phippen, de momento solo faltaba de los estantes un libro, *El mercader de ilusiones*. Yo lo había leído antes. Mi madre lo había sacado y había leído unas cuantas páginas que le habían entristecido.

—No esperaba ver nunca semejante uso de la palabra impresa.

—Trata del mundo de la publicidad, de lo corrupto que es.

—Eso no es lo único corrupto, me temo. Dentro de nada nos dirán cómo van al lavabo, ¿por qué se lo callan? No hay nada de todo eso en *Silas Marner* ni en los escritores clásicos. Eran buenos escritores y no les hacía falta.

Yo me había apartado de mis libros favoritos, *Kristin Lavransdatter*, las novelas históricas. Ahora leía libros modernos. Somerset Maugham. Nancy Mitford. Leía libros que hablaban de gente rica y con títulos nobiliarios que despreciaban justo el tipo de personas que se consideraban la crema de la sociedad en Jubilee: farmacéuticos, dentistas, tenderos. Aprendí apellidos como Balenciaga, Schiaparelli. Descubrí bebidas alcohólicas. Whisky con soda. Gin-tonic. Cinzano, Benedictine, Grand Marnier. Memorice los nombres de hoteles, calles y restaurantes de Londres, París, Singapur. En esos libros unos se acostaban con otros, y lo hacían continuamente, pero las descripciones de lo que se disponían a hacer no eran



minuciosas, a pesar de lo que pensara mi madre. Un libro comparaba las relaciones sexuales con la sensación de pasar por un túnel de tren (dando por supuesto que tú eras todo el tren) y salir a un prado en una montaña, tan alto y hermoso que te parecía estar en el cielo. Los libros siempre lo comparaban con algo, nunca hablaban de eso a secas.

—No puedes leer allí —dijo mi madre—. No tienes luz. Baja.

Eso hice, pero ella no quería que leyera en realidad. Quería que le hiciera compañía.

—Mira, están saliendo las lilas. Pronto iremos a la granja.

A lo largo de la parte delantera de nuestro patio, junto a la acera, las lilas moradas se veían pálidas como suaves y delicadas toallitas con pequeñas manchas de óxido. Más allá de ellas se extendía la carretera, ya polvorienta, y las zarzamoras silvestres que crecían frente a la fábrica tapiada, en la que todavía se leía en grandes letras descoloridas y altaneras: PIANOS MUNDY.

—Compadezco a Fern —dijo mi madre—. Compadezco su vida.

Su tono triste y confidencial me previno.

—Puede que esta noche encuentre novio.

—¿Qué quieres decir? No está buscando novio. Ya ha tenido bastante. Va a cantar «Wherever You Walk». Todavía tiene una voz preciosa.

—Está engordando.

Mi madre me habló con su voz grave, optimista, aleccionadora.

—Creo que va a haber un cambio en la vida de las niñas y las mujeres. Sí. Pero depende de nosotras que se produzca. Todo lo que las mujeres han tenido hasta ahora ha sido su relación con los hombres. Eso es todo. No hemos tenido más vida propia, en realidad, que un animal doméstico. «Él te abrazará, cuando su pasión haya agotado su fuerza original, un poco más fuerte que a su perro, con un poco más de cariño que a su caballo», escribió Tennyson. Y es cierto. Era cierto. Pero tú querrás tener hijos.

Eso demostraba lo bien que me conocía.

—Pues espero que... utilices la cabeza. Utiliza la cabeza y no te distraigas. Una vez que cometes el error de distraerte pegándote a un hombre, tu vida ya no vuelve a pertenecerte. Tendrás que hacerte cargo de todo, a la mujer siempre le pasa.

—Hoy día hay métodos anticonceptivos —le recordé, y ella me miró



sobresaltada, aunque ella misma había avergonzado a nuestra familia escribiendo al *Herald-Advance* de Jubilee que «los profilácticos deberían ser distribuidos por el gobierno de forma gratuita a todas las mujeres del condado de Wawanash, para ayudarlas a evitar que aumente la familia». Los chicos del colegio me habían gritado: «Eh, ¿cuándo te va a dar tu madre esos proplásticos?».

—No basta, aunque es una gran ayuda, por supuesto, y la religión es su enemigo, como lo es de todo lo que pueda aliviar las penas de la vida sobre la tierra. Es de amor propio de lo que te estoy hablando. De amor propio.

No entendí del todo lo que quería decir, o si lo hice estaba resuelta a oponerme a ello. Mi empeño era oponerme a todo lo que ella decía con seriedad y obstinación. Necesitaba, y daba por hecho, que se preocupara por mi vida, pero no podía soportar que lo expresara en palabras. Además, tenía la sensación de que estas palabras no eran tan diferentes de todos los demás consejos que se daban a las mujeres, a las niñas, consejos que partían de la base de que ser mujer te hacía vulnerable, que era necesario cierto grado de cautela, seria inquietud y autoprotección, mientras que se suponía que los hombres podían salir y vivir toda clase de experiencias, desechar lo que no querían y volver orgullosos. Sin pensarlo siquiera, yo había decidido hacer lo mismo.



BAUTIZO

En nuestro tercer año de instituto, Naomi se pasó a secretariado; liberada de pronto del latín, la física y el álgebra, subía al tercer piso del colegio donde las máquinas de escribir tecleaban todo el día bajo un techo inclinado y las paredes estaban cubiertas de máximas enmarcadas que te preparaban para una vida en el mundo de los negocios. «El tiempo y la energía son mi capital; si lo malgasto no recibiré otro.» El efecto, después de haber estado en las aulas del piso de abajo, con sus pizarras cubiertas de palabras extranjeras y fórmulas abstractas, y sus fotos borrosas de batallas, naufragios y aventuras mitológicas excitantes pero decorosas, era el de salir a una luz fría y prosaica, el mundo real y ajetreado. Un alivio para la mayoría. A Naomi le gustó.

En marzo de aquel mismo año consiguió un empleo de oficinista en la fábrica de productos lácteos. Había dado por terminado el colegio. Me dijo que fuera a verla a partir de las cuatro. Eso hice, sin sospechar dónde me estaba metiendo. Pensé que me haría una mueca desde el otro lado del mostrador. Iba a poner mi voz temblorosa de anciana y preguntar: «¿Qué significa esto? ¡Ayer compré una docena de huevos y todos estaban malos!».

La oficina se encontraba en un anexo bajo de estuco construido en la parte delantera de la antigua fábrica. Había tubos fluorescentes, nuevos archivos metálicos y escritorios —la clase de entorno en el que me sentía instintivamente fuera de lugar— y un ruido eficiente de máquinas de escribir y calculadoras. Trabajaban allí dos chicas aparte de Naomi; más tarde me enteré de que se llamaban Molly y Carla. Naomi llevaba las uñas pintadas de rojo coral; se había arreglado el pelo con bastante esmero, e iba con una falda a cuadros rosas y verdes, y un suéter rosa. Todo nuevo. Me sonrió, retorció los dedos por encima de la máquina de escribir a modo de saludo mínimo, y siguió tecleando a toda velocidad mientras mantenía una conversación alegre, inconexa e incomprensible con sus compañeras. Al cabo de varios minutos me gritó que terminaba a las cinco. Le dije que tenía que irme a casa. Me pareció que Molly y Carla estudiaban mi aspecto, los manchones de tinta de mis manos rojas, la pañoleta de lana que se me resbalaba, el pelo rebelde, el montón de libros de colegiala.

Las chicas acicaladas me daban pavor. No me atrevía ni a acercarme a ellas, por miedo a oler mal. Tenía la sensación de que entre ellas y yo había una diferencia



radical, como si estuviéramos hechas de sustancias distintas. Sus manos frías no sudaban ni se ensuciaban, su pelo conservaba su forma estudiada, sus axilas nunca estaban mojadas (no sabían lo que era tener que pegar los codos a los costados para ocultar los oscuros y vergonzosos cercos en forma de media luna de sus vestidos), y nunca, nunca notaban ese pequeño chorro de sangre de más, un pequeño extra que ninguna compresa puede contener y que se desliza de forma espantosa por el interior de tu muslos. No, eso jamás; sus reglas eran discretas; la naturaleza estaba a su servicio y no las traicionaba. Mi ordinariéz nunca se convertiría en su delicadeza; era demasiado tarde, la diferencia se había hecho demasiado grande para ello. Pero ¿y Naomi? Ella había sido como yo; una vez le había salido una avalancha de verrugas en los dedos; había sufrido de pie de atleta; nos habíamos escondido juntas en el lavabo de chicas cuando nos venía la regla a la vez y no nos atrevíamos a hacer la rueda —primero una y luego la otra, delante de toda la clase—, por si algo se resbalaba o escapaba, y nos daba demasiada vergüenza pedir permiso para salir. ¿A quién quería engañar con el esmalte de uñas y el suéter color pastel?

Enseguida se hizo muy amiga de Molly y de Carla. Su conversación, cuando venía a casa o me invitaba a la suya, giraba en torno a regímenes, trucos para el cuidado de la piel, métodos para lavarse el pelo, ropa o diafragmas (Molly llevaba un año casada y Carla iba a casarse en junio). Carla iba a veces a casa de Naomi cuando yo estaba allí; Naomi y ella siempre hablaban de lavar, ya fuera lavar jerséis, lavar la ropa interior o lavarse el pelo. «¡He lavado mi rebeca!», anunciaban. «¿Sí? ¿La has lavado con agua tibia o fría?» «Tibia, pero creo que ha quedado bien.» «¿Qué has hecho con el cuello?» Yo me quedaba sentada pensando en lo guarro que estaba mi jersey, y que tenía el pelo grasiento y el sujetador desteñido, con un tirante sujeto con un imperdible. Tenía que escapar de allí, pero cuando llegaba a casa no cosía la tira del sujetador ni lavaba el jersey. De todos modos, los jerséis que lavaba siempre se encogían o se les deformaba el cuello; sabía que no me esforzaba lo suficiente, pero se apoderaba de mí la sensación ineludible de que, hiciera lo que hiciese, acabarían encogiéndose o deformándose. A veces me lavaba el pelo y me ponía unos horribles rulos de acero que no me dejaban dormir; de hecho, de vez en cuando podía pasarme horas frente al espejo, depilándome dolorosamente las cejas, estudiando mi perfil y espolvoreándome la cara con polvos claros y oscuros, para hacer resaltar las facciones bonitas y disimular al máximo las feas, como aconsejaban las revistas. Era una atención constante de la que yo no era capaz, a pesar de que todo, desde los anuncios hasta F. Scott Fitzgerald, pasando por una aterradora canción de la radio — «La chica con la que me case tendrá que ser delicada y rosa como el cuarto de los niños»— me decía que tendría forzosamente que aprender. El amor no es para las



chicas que no se depilan.

En cuanto al lavado del pelo, alrededor de esta época cayó en mis manos un artículo de una revista que trataba de la diferencia fundamental entre el mecanismo mental masculino y el femenino, refiriéndose sobre todo a la experiencia del sexo (el título del artículo te hacía creer que hablaba más de sexo). El autor era un famoso psiquiatra neoyorquino, discípulo de Freud. Según él, la diferencia entre la manera de pensar masculina y la femenina quedaba perfectamente ilustrada en los pensamientos de un chico y una chica sentados en un banco del parque, mirando la luna llena. El chico piensa en el universo, su inmensidad y su misterio; la chica piensa: «Tengo que lavarme el pelo». Cuando lo leí me enfadé muchísimo; tuve que dejar la revista. Enseguida vi claro que yo no pensaba lo que pensaban las chicas; la luna llena nunca me recordaría, mientras viviera, que tenía que lavarme el pelo. Sabía que si se lo enseñaba a mi madre, diría: «Bah, solo son esas tonterías exasperantemente machistas que intentan convencernos de que las mujeres no tienen cerebro». Eso no me convencería; un psiquiatra de Nueva York tenía que saber de qué hablaba. Y las mujeres como mi madre eran una minoría, de eso me daba cuenta. Además, yo no quería ser como mi madre, con su brusquedad e inocencia virginales. Quería que los hombres me amaran y quería pensar en el universo cuando mirara la luna. Me sentía atrapada, abandonada a mi suerte; me parecía que tenía que haber una elección donde no podía haberla. No quería seguir leyendo el artículo y al mismo tiempo me sentía atraída por él, como me atraía cuando era pequeña una ilustración de un mar oscuro y una imponente ballena de un libro de cuentos; mis ojos saltaron nerviosos por la página, deteniéndose en afirmaciones como: «Para una mujer todo es personal; ninguna idea tiene para ella interés por sí misma, ha de trasladarla a su propia experiencia; en las obras de arte siempre ve su propia vida o sus fantasías». Al final fui con la revista hasta el cubo de la basura, la rompí en dos y la tiré, e intenté olvidarla. Después de eso, cuando veía un artículo en una revista titulado «La feminidad: ¡Está volviendo!» o un cuestionario para adolescentes bajo el rótulo: «¿Tu problema es que tratas de ser un chico?», pasaba la página rápidamente como si quisiera morderme. Pero a mí nunca se me había pasado por la cabeza querer ser un chico.

A través de Molly y de Carla, y de su nueva condición de mujer trabajadora, Naomi pasó a formar parte de un círculo que ni ella ni yo habíamos sabido que existía en Jubilee. Ese círculo comprendía a las chicas que trabajaban en las tiendas, las oficinas y los dos bancos, así como a varias recién casadas que habían dejado de trabajar hacía poco. Si no estaban casadas y no tenían novio, salían juntas a bailar. Iban a la bolera de Tupperton. Organizaban fiestas para homenajearse unas a otras



con motivo de una boda o el nacimiento de un hijo (esta era una nueva costumbre que ofendía a ciertas ancianas de la ciudad). La relación que tenían entre sí, aunque llena de confidencias escandalosas, estaba plagada de toda clase de sutiles formalidades, cortesías y normas sociales. No era como en el colegio; no había saña, ni maldad ni lenguaje grosero, sino más bien una complicada red de enemistades, a la que se referían indirectamente, o alguna crisis —un embarazo, un aborto, un plantón— de la que todas estaban al corriente y de la que hablaban pero guardaban en secreto, ocultándola al resto de la ciudad. Sus palabras más inocentes, consoladoras y halagadoras podían significar algo distinto. Eran tolerantes con lo que casi toda la gente de la ciudad consideraba un desliz moral, pero no con las transgresiones en el vestir y el peinado, así como con la gente que no cortaba las cortezas de los sándwiches en las fiestas.

En cuanto empezó a cobrar un sueldo, Naomi se dedicó a lo que parecían dedicarse todas esas chicas hasta que se casaban. Iba por las tiendas y hacía encargos que pagaría a plazos cada mes. En la ferretería reservó una batería de cocina completa, en la joyería una cubertería de plata, en el Wakter una manta, un juego de toallas y un par de sábanas de hilo. Todo eso era para cuando se casara y se convirtiera en ama de casa; fue la primera noticia que tuve de los planes tan definitivos que había hecho.

«En algún momento tienes que empezar —decía con irritación—. ¿Con qué vas a casarte tú, con dos platos y una vieja bayeta?»

Los sábados por la tarde pretendía que la acompañara a las tiendas y yo miraba sus futuras posesiones mientras ella pagaba y me hablaba de por qué, al igual que Molly, iba a optar por cocinar sin agua, y cómo se distinguía la calidad de las sábanas por el número de hilos por centímetro cuadrado. Me asombraba e intimidaba su nueva personalidad ensimismada. Parecía ir millas por delante de mí. A donde ella iba yo no quería ir, pero Molly parecía tener interés en que lo hiciera. Ella estaba haciendo progresos. ¿Podía decirse lo mismo de mí?

Lo que yo quería hacer realmente los sábados por la tarde era quedarme en casa y escuchar la Metropolitan Opera. Esa costumbre se remontaba a los tiempos en que Fern Dogherty era nuestra inquilina, y mi madre y ella la escuchaban. Fern Dogherty se había marchado de Jubilee para irse a trabajar a Windsor, y muy de vez en cuando nos escribía cartas vagas y alegres en las que contaba que había cruzado hasta Detroit para ir a un club nocturno, había ido a las carreras, había cantado con la Light Opera Society o se había divertido. «Esa Fern Dogherty era una calamidad», decía Naomi. Hablaba desde su nueva visión de la vida. Ella y las demás chicas



estaban firmemente encauzadas hacia el matrimonio; las mujeres de más edad que no se habían casado, ya fueran solteronas empedernidas o discretas aventureras como Fern, no podían esperar compasión de ellas. ¿En qué sentido era una calamidad? Yo quería saberlo exactamente, pero Naomi abrió sus ojos saltones, pálidos y brillantes, y repitió: «¡Una calamidad, eso es lo que era! ¡Una calamidad!», como quien ofrece un dogma evidente ante herejías que luchan por abrirse camino.

Mi madre ya no prestaba mucha atención a la ópera. Conocía los personajes y los argumentos, y reconocía las arias famosas; no había nada más que aprender. A veces seguía yendo por las casas con sus enciclopedias; a la gente que le había comprado una había que endilgarle los suplementos anuales. Pero no estaba bien de salud. Al principio había tenido una serie de achaques poco corrientes: una verruga plantar, una infección de ojo, las glándulas hinchadas, un pitido en los oídos, hemorragias nasales, un misterioso sarpullido escamoso. No paraba de ir al médico. En cuanto se curaba de algo le salía otra cosa. Lo que le ocurría en realidad era una pérdida de energía, un bajón, algo que nadie habría considerado. No era continuo. Aún escribía de vez en cuando una carta al periódico; trataba de estudiar ella sola astronomía. Pero a veces se metía en la cama y me pedía que la tapara con la colcha. Yo siempre lo hacía con poco cuidado, y ella me llamaba de nuevo y me hacía remeterla bien a la altura de las rodillas y alrededor de los pies. Luego decía, con una voz infantil, falsa, petulante: «Besa a tu madre». Yo plantaba un solo beso seco y austero en su sien. Empezaba a clarearle bastante el pelo, y la pálida piel de la sien tenía un aspecto enfermizo y deprimente que me producía aversión.

De todos modos, yo prefería estar sola cuando escuchaba *Lucia di Lammermoor*, *Carmen* o *La Traviata*. Ciertos fragmentos me emocionaban tanto que no podía estarme quieta en la silla; tenía que levantarme y dar vueltas por el comedor, cantando mentalmente con las voces de la radio, abrazándome y pellizcándome los codos. Se me llenaban los ojos de lágrimas. Dentro de mí bullían fantasías que iban formándose a toda prisa. Me imaginaba un amante, circunstancias turbulentas, la fatal y palpitante gloria de nuestra pasión. (Nunca se me ocurrió pensar que estuviera haciendo lo que hacían las mujeres, según el artículo, con las obras de arte.) Una rendición voluptuosa, no a un hombre sino al destino, a la oscuridad, a la muerte. Sin embargo, la ópera que más me gustaba era *Carmen*, el final. *Et laissez moi passer!*, siseé entre dientes; se me ponía la carne de gallina imaginando la otra rendición, más tentadora, más increíble aún que la rendición al sexo: la rendición del héroe, del patriota, de Carmen a la importancia final de un gesto, de una imagen, del yo creado por sí mismo.

La ópera me daba hambre. Cuando se acababa iba a la cocina y me preparaba



unos sándwiches de huevo frito, una montaña de galletas unidas con miel y manteca de cacahuete, y una mezcla secreta, nutritiva y nauseabunda de cacao, jarabe de maíz, azúcar moreno, coco y avellanas picadas que tenía que comer con cuchara. La glotonería de entrada me aplacaba y luego me dejaba melancólica, como cuando me masturbaba. («La masturbación.» Naomi y yo solíamos leer en el libro de su madre cómo las campesinas del este de Europa lo hacían con zanahorias, y las señoras japonesas utilizaban bolas con peso, y que se reconocía a las masturbadoras habituales por la expresión apagada de sus ojos y el color cetrino de su piel, e íbamos por Jubilee buscando síntomas, y todo eso nos parecía disparatado, graciosísimo y repugnante..., lo que descubríamos sobre el sexo nos parecía cada vez más una gran broma que nos hacía reír o descomponernos, o como solíamos decir, «descomponernos de la risa». Pero ya no hablábamos nunca del tema.) A veces después de comer mucho, ayunaba un par de días y me tomaba una gran dosis de sales Epsom con agua tibia, diciéndome que las calorías no arraigarían si evacuaba todo enseguida. No era gorda, pero sí lo bastante corpulenta y maciza para que me encantara leer libros donde las generosas proporciones de la heroína eran descritas erótica y tiernamente, y me preocuparan los libros en que las mujeres deseables siempre eran delgadas; para consolarme, me repetía el verso sobre «amantes de grandes miembros lisos como el mármol». Me gustaba; me gustaba la palabra «amante», una palabra de mucho vuelo, con cierta ceremonia alrededor; una amante no debía ser demasiado delgada. Me gustaba examinar la reproducción de *Las bañistas* de Cézanne que había en el suplemento de arte de la enciclopedia y luego mirarme desnuda en el espejo. Pero el interior de los muslos me temblaba; queso blanco en un saco transparente.

Mientras tanto Naomi echó una mirada alrededor para ver con qué posibilidades contaba.

Un hombre llamado Bert Matthews, soltero, de veintiocho o veintinueve años, con una cara jovial y preocupada, y el pelo como un gorro de piel echado hacia atrás sobre su cuero cabelludo arrugado, acudía con asiduidad a la oficina de la fábrica de productos lácteos. Era inspector de aves de corral. Naomi me repitió con repugnancia lo que les decía a Molly y a Carla. Siempre le preguntaba a Molly si ya estaba embarazada, acercándose con disimulo para mirarle la barriga de perfil, y le daba consejos a Carla sobre su luna de miel inminente. A Naomi la llamaba «tartaleta de mantequilla». Cuando la veía por la calle tocaba la bocina y disminuía la velocidad, y ella se volvía, diciendo: «¡Dios mío, sálvame de este idiota!». Y fruncía el entrecejo con cara soñadora a su imagen reflejada en los escaparates.

Bert Matthews se apostó con ella diez dólares a que no le dejaban ir con él al



salón de baile Gay-la. Naomi estaba resuelta a ir. Por los diez dólares pero también para darle una lección. Era cierto que su madre no la habría dejado ir, pero estaba fuera de la ciudad, cuidando a un enfermo, y por su padre no tenía que preocuparse. «Él —decía siempre— está senil.» Parecía disfrutar con el sonido clínico de la palabra. Él pasaba el tiempo en su habitación con una Biblia y sus libros religiosos, desentrañando profecías.

Naomi quería que la acompañara y me quedara a dormir en su casa, y le dijera a mi madre que íbamos a ir al Lyceum Theatre. Me pareció que no tenía otra elección que hacerlo, y no precisamente por complacer a Naomi, sino porque realmente aborrecía y me asustaba la idea.

El salón de baile Gay-la se encontraba a media milla al norte de la ciudad, en la misma carretera. Estaba cubierto de leños de imitación marrón chocolate y en las ventanas no había cristales, solo postigos que permanecían herméticamente cerrados durante el día y se abrían durante el baile. Cuando pasaba por delante con mi madre, ella exclamaba: «¡Ahí tienes Sodoma y Gomorra!». Se refería a un sermón que nos habían predicado en la iglesia presbiteriana y que había comparado el salón de baile Gay-la con esos lugares, presagiándole un destino similar. Mi madre había señalado aquel día que la comparación no servía, porque a lo que se dedicaban en Sodoma y Gomorra era a prácticas antinaturales. (Fern Dogherty, a quien se lo había contado, respondió relajada y enigmáticamente: «Lo de natural o no natural depende, ¿no?».) Mi madre se encontraba en una situación difícil; en principio, tenía que ridiculizar la postura de la Iglesia presbiteriana, pero yo notaba que la sola visión del salón de baile Gay-la le provocaba la misma fría frustración que experimentaban los presbiterianos. Y lo veía como ella, con sus ventanas ciegas y en medio de ese triste descampado cubierto de escombros, un lugar tenebroso sobre el que corrían rumores.

Decían que en el pinar de detrás había condones esparcidos como viejas pieles de serpiente.

El viernes por la noche echamos a andar por la carretera con nuestros vestidos de vuelo con estampado de flores. Yo había hecho un esfuerzo; me había lavado, depilado, puesto desodorante y arreglado el pelo. Llevaba un vestido de crinolina tosca que me rascaba los muslos, y un sujetador largo que en teoría tenía que comprimirme la cintura pero que en realidad creaba un pliegue a la altura del estómago que tenía que aplastar con un cinturón de plástico. Me había ajustado el cinturón a veinticinco pulgadas y estaba sudando. Me había embadurnado la cara y el cuello con maquillaje base como si fuera pintura, y tenía la boca tan roja y tan



gruesa de carmín como una flor glaseada para decorar un pastel. Iba con sandalias y se me metía la grava de la carretera. Naomi llevaba zapatos de tacón. Era junio; el aire, cálido y suave, se estremecía zumbante de insectos, el cielo era como una piel de melocotón detrás de los pinos negros, y el mundo habría sido un lugar bastante placentero si no hubiera sido necesario ir a bailes.

Naomi cruzó delante de mí el aparcamiento sin pavimentar hasta los escalones de la entrada, iluminados por una sola bombilla amarilla. Si tenía miedo, como yo, no lo demostró. Yo miraba fijamente sus tacones displicentes, sus piernas pálidas, musculosas y resueltas. En las escaleras había hombres jóvenes y no tan jóvenes. No les vi la cara, no miré. Solo vi los cigarrillos, las hebillas de los cinturones o los envases que brillaban en la oscuridad. Para pasar por delante de las cosas seguramente burlonas y, por extraño que parezca, temidas que decían en voz baja y relajada, traté de hacer oídos sordos como quien contiene el aliento. ¿Qué había sido de la confianza en mí misma..., de la falsa seguridad de los primeros tiempos de superioridad y bufonadas? Habían desaparecido por completo; pensé con nostalgia e incredulidad en lo atrevida que había sido, por ejemplo, con el señor Chamberlain.

Una vieja gorda nos selló la mano con tinta morada.

Naomi se abrió paso enseguida hasta Bert Matthews, que estaba de pie junto a la pista de baile.

—Bueno, no esperaba verte aquí —dijo ella—. ¿Te ha dejado venir tu madre?

Bert Matthews la sacó a bailar. El baile continuó sobre una tarima de dos pies de altura, con la barandilla llena de luces de colores que también trepaban por las cuatro columnas de las esquinas y colgaban de dos cables extendidos en diagonal sobre los bailarines, convirtiendo la tarima en una especie de barco iluminado que flotaba por encima de la tierra y del suelo cubierto de serrín. Con la excepción de esas luces y de la luz de una ventana abierta en una especie de cocina donde vendían perritos calientes, hamburguesas, refrescos y café, el local estaba oscuro. La gente se apiñaba en corros en la penumbra y el serrín que pisaban estaba húmedo y olía a bebidas derramadas. Un hombre se plantó frente a mí con un vaso desechable y me lo ofreció. Pensé que me había confundido con alguien y rehusé. Luego lamenté no haberlo aceptado. Tal vez se habría quedado a mi lado y me habría sacado a bailar.

Después de dos bailes Naomi volvió con Bert Matthews y otro hombre delgado que recordaba un zorro, con la cara y el pelo rojos. Se quedó de pie con la cabeza echada hacia delante y el largo cuerpo curvado como una coma. No me invitó a bailar; se limitó a cogerme de la mano cuando empezó a sonar la música y me hizo



subir a la tarima. Para mi sorpresa resultó ser un bailarín inventivo y grácil que me arrojaba continuamente lejos de él para acto seguido agarrarme de nuevo, haciendo chasquear los dedos, y todo sin sonreír, con una expresión más bien hostil y mortalmente seria. Además de intentar seguir los pasos tenía que seguir su conversación, porque también me hablaba en esos momentos breves e impredecibles del baile en que estábamos lo bastante cerca para hacerlo. Tenía un acento holandés que no sonaba real. Unas cuantas granjas de los alrededores de Jubilee habían sido ocupadas por inmigrantes holandeses, y su acento, ese sonido cálido e inocente, se oía en ciertos chistes y frases de moda.

—Baila conmigo suelto —dijo utilizando una de esas frases y poniendo los ojos en blanco implorante.

Yo no sabía qué quería decir; estaba bailando con él, ¿no? ¿O él estaba bailando consigo mismo, tan suelto como era posible? Todo lo que decía era parecido; yo oía las palabras pero no lograba desentrañar el significado; podría haber estado bromeando, pero su cara seguía seria. Sin embargo, ponía los ojos en blanco de esa forma grotesca, y me llamaba «nena» con voz fría y lánguida, como si fuera alguien totalmente distinto de la persona que era; lo único que se me ocurrió hacer fue formarme una idea de la persona con la que él creía estar bailando y fingir que era ella, una chica menuda, animada, brillante y coqueta. Pero todo lo que hacía, cada movimiento y expresión con que intentaba responder, parecía llegar demasiado tarde; él ya había pasado a otra cosa.

Bailamos hasta que la orquesta se tomó un descanso. Me alegré de que se terminara y me alegré de que él se quedara conmigo; había temido que se diera cuenta de lo inepta que era y se acercara rápidamente a otra chica. Me ayudó a bajar de la tarima y me llevó a la ventana de la cocina, donde recibimos un montón de empujones hasta que él logró pedir dos vasos de ginger ale.

—Bebe —me ordenó con tono cansado y práctico, abandonando el acento holandés.

Bebí un sorbo de mi vaso.

—De los dos —me dijo—. Yo no bebo nunca ginger ale.

Cruzamos la pista. Logré distinguir caras y sonreí a gente que conocía, tímidamente orgullosa de estar allí, de tener un hombre a la zaga. Llegamos hasta Bert y Naomi, y Bert sacó una petaca de whisky.

—Bueno, cabo, ¿qué puedo hacer por ti?



Sirvió un poco en los dos vasos. Naomi me sonrió con los ojos vidriosos como una nadadora que acaba de salir del agua. Yo tenía calor y sed. Me bebí mi ginger ale con whisky en tres o cuatro sorbos.

—Cielos —exclamó Bert Matthews.

—Bebe como una esponja —dijo Naomi, satisfecha de mí.

—Entonces no necesita el ginger ale —dijo Bert, y me sirvió más whisky en el vaso.

Me lo bebí de golpe, queriendo aumentar mi prestigio recién adquirido, sin importarme mucho el sabor. Bert empezó a decir que ya no quería bailar más. Dijo que le dolía la espalda. El hombre con el que yo estaba —cuyo nombre, entonces o más tarde, averigüé que era Clive— soltó una risotada alarmante y traqueteante como una metralleta, e hizo amago de dar un puñetazo en la hebilla del cinturón de Bert.

—¿De qué te viene ese dolor de espalda, eh? ¿De qué te viene el dolor de espalda?

—Verá, oficial, estaba ahí tumbado —respondió Bert con voz aguda y gimoteante—, y ella se acercó y se me sentó encima, y ¿qué podía hacer yo?

—No seas guarro —dijo Naomi alegremente.

—¿Guarro? ¿Qué crees que le dije? ¿Quieres frotarme la espalda, cielo? Naomi, ¿me frota la espalda?

—Me trae sin cuidado tu estúpida espalda. Vete a comprar algún linimento.

—¿Me lo pondrás tú? —Olió el pelo de Naomi—. ¿Me lo pondrás bien?

Las luces de colores se habían vuelto borrosas, y se movían arriba y abajo como gomas tensas. Las caras de la gente habían sufrido un ligero y obscuro alargamiento en las mejillas; era como si mirara caras reflejadas en una superficie pulida y curva. Las cabezas también se veían desproporcionadas con respecto a los cuerpos; me las imaginé —aunque no las veía en realidad— separadas de ellos, flotando en bandejas invisibles. Me encontraba en el momento más crítico de la borrachera, por lo que se refería a la alteración de las percepciones. Mientras lo experimentaba, Clive fue a comprar perritos calientes, envueltos en servilletas de papel, y una caja de ginger ale, y nos fuimos del salón de baile y me subí en el asiento trasero de un coche con Clive. Me rodeó con el brazo y con bastante brusquedad me hizo cosquillas en la barriga blindada. Enfilamos la carretera a toda marcha, me pareció, Bert y Clive cantando en falsete «No me importa que no haga sol, disfruto de



mi amor por la noche». Todas las ventanillas estaban bajadas, y el aire y las estrellas pasaban a toda velocidad. Me sentía contenta. Ya no era responsable de nada. Estoy borracha, pensé. Entramos en Jubilee; vi los edificios de la calle principal y me pareció que encerraban un mensaje, algo relacionado con la naturaleza temporal, juguetona y alegremente quimérica del mundo. Me había olvidado de Clive. Él se inclinó y apretó su cara contra la mía, y me metió en la boca su lengua, que me pareció enorme, húmeda, fría y arrugada como una bayeta.

Habíamos parado detrás del hotel Brunswick.

—Aquí es donde vivo —dijo Bert—. Es mi hogar feliz.

—No podemos entrar —dijo Naomi—. No te dejarán pasar con chicas.

—Espera y verás.

Entramos por una puerta trasera, subimos unas escaleras y recorrimos un pasillo al final del cual brillaba una especie de pecera en forma de burbuja llena de un líquido rojo que, en el estado en que me encontraba, me pareció preciosa. Entramos en una habitación y, a la repentina calidez de la luz, nos sentamos lejos unos de otros. Bert se dejó caer en la cama y al poco rato se tumbó. Naomi se sentó en la silla y yo sobre un cojín raído, con las faldas decorosamente extendidas. Clive se apoyó en el radiador frío, pero se levantó una vez para colocar una mosquitera en la ventana, luego nos sirvió más whisky que mezcló con el ginger ale que había comprado. Comimos los perritos calientes. Yo sabía que había sido un gran error bajar del coche y entrar allí. La felicidad se desvanecía por momentos y, aunque bebí más, esperando que regresara, solo conseguí sentir el cuerpo hinchado y compacto, sobre todo los dedos de las manos y los pies.

—¿Crees en la igualdad de derechos para las mujeres? —me preguntó Clive con brusquedad.

—Sí. —Traté de recuperar el juicio, alentada y sintiendo cierto sentido del deber ante la perspectiva de una discusión.

—¿Crees también en la pena de muerte para las mujeres?

—No creo en la pena... de muerte para nadie. Pero si existe..., sí, también debe de ser para las mujeres.

—¿Crees que a las mujeres habría que ahorcarlas como a los hombres? —continuó Clive, rápido como una bala.

Me reí fuerte, sintiéndome desdichada. El sentido de la responsabilidad regresaba.



Eso dio pie a Bert y a Clive para ponerse a contar chistes. Cada chiste empezaba en serio y se prolongaba durante un rato, como una anécdota reflexiva o instructiva, de modo que tenías que estar todo el rato en guardia, para no quedarte con la boca abierta como una estúpida cuando llegara el momento de reír. Tenía miedo de que si no me reía enseguida se creyeran que era demasiado inocente para entender la broma, o que me había ofendido. En muchos de esos chistes, como en el primero, era necesario que Naomi o yo diéramos la nota seria, y la forma de hacerlo, para no sentirte tonta como me había sentido yo, era reaccionar de forma reticente y exasperada pero aun así ligeramente indulgente, y seguir el chiste con los ojos entrecerrados y una pequeña sonrisa, como si supieras ya el final. Entre bromas Bert le dijo a Naomi:

—Túmbate conmigo en la cama.

—No, gracias. Estoy bien aquí. —Se negó a beber más y tiró la ceniza del cigarrillo en el vaso del hotel.

—¿Qué tienes contra las camas? Es donde consigues más botes por minuto.

—Entonces bota tú.

Clive no se estaba quieto, dando brincos por la habitación, boxeando con un contrincante imaginario, ilustrando sus chistes o abalanzándose sobre Bert en la cama, hasta que al final Bert también se levantó, y los dos fingieron pelear, dándose pequeños puñetazos y botando con las piernas flexionadas, riéndose. Naomi y yo tuvimos que apartar los pies.

—Qué par de imbéciles.

Bert y Clive acabaron abrazándose por los hombros y mirándonos ceremoniosamente, como desde un escenario.

—Veo por tu ropa que eres un vaquero... —le dijo Bert, y Clive canturreó a su vez:

—Veo por tu ropa que tú también eres un vaquero...

—Podéis ver por nuestra ropa que los dos somos vaqueros...

—Eh, Rastus —dijo Bert misteriosamente.

—¿Sí?

—¿Tienes cuatro años o cinco?

—No lo sé. No sé si son cuatro o cinco años los que tengo.



—Eh, Rastus. ¿Entiendes de mujeres?

—No.

—Entonces tienes cuatro.

Nos reímos, pero Naomi dijo:

—Eso lo he oído antes. Estaba en el Minstrel Show de los Kinsmen de Tupperton.

—Tengo que ir al lavabo —dije, y me levanté.

Es probable que aun estuviera borracha. En circunstancias normales nunca habría dicho esas palabras en presencia masculina.

—Tienes mi permiso —respondió Bert magnánimo—. Adelante, tienes mi permiso para salir de la habitación. Sigue el pasillo y encontrarás una puerta en la que pone... —Me miró fijamente, luego pegó su cara casi en mi pecho y añadió—: Ah, ya lo veo. Señoras.

Encontré el aseo y lo utilicé sin cerrar la puerta, y no me acordé hasta después. Al regresar a la habitación vi la burbuja de líquido rojo, y una luz detrás, al final del pasillo. Más allá de la luz había una puerta que estaba abierta debido al calor y que daba a la escalera de incendios. Nos encontrábamos en el tercer y último piso del hotel. Salí, tropecé y casi me caí por la barandilla. Cuando me recuperé, me agaché y con gran dificultad me quité las sandalias, a las que achacaba la caída. Bajé la escalera hasta que se terminó. Había casi dos metros hasta el suelo. Tiré los zapatos primero, sintiéndome inteligente por haberlo pensado, luego me senté en el último escalón y, agarrándome a él, me descolgué todo lo que pude y salté, y caí pesadamente en el callejón entre el hotel y la emisora de radio. Me puse las sandalias, desconcertada; en realidad había querido volver a la habitación. No sabía adónde ir. Había olvidado nuestra casa de River Street y creía que todavía vivíamos en Flats Road. Por fin recordé la casa de Naomi; después de mucho pensar me dije que sabría llegar hasta ella.

Caminé pegada a la pared del hotel Brunswick, chocando contra el ladrillo, salí por detrás y eché a andar por Diagonal Road —me equivoqué de dirección y tuve que dar la vuelta—, y crucé la calle principal sin mirar a ambos lados, pero era tarde y casi no pasaban coches. No pude ver qué hora era en la esfera borrosa del reloj de la oficina de correos. Una vez que dejé la calle principal, decidí caminar por el césped de los patios delanteros, porque la acera era dura. Me quité de nuevo las sandalias. Pensé que debía anunciar al mundo entero ese descubrimiento, que la



acera hacía daño y el césped era blando. ¿Por qué nadie había pensado antes en ello? Llegué a la casa de Naomi, en Mason Street, y, olvidando que no habíamos cerrado con llave la puerta trasera, rodeé la casa hasta la parte delantera y traté en vano de abrir la puerta. Después toqué el timbre, primero con educación, luego con más insistencia. Pensé que Naomi estaría dentro y cuando me oyera me dejaría entrar.

No se encendieron las luces pero la puerta se abrió. El padre de Naomi brillaba en la oscuridad del vestíbulo con la camisa de dormir, las piernas desnudas y el pelo canoso, como un cadáver resucitado.

—Naomi... —dije, y luego recordé.

Me di la vuelta y bajé tambaleándome los escalones, y me dirigí a River Street, que había recordado de golpe. Una vez allí fui más prudente. Me tumbé en el columpio del porche y me quedé dormida en remolinos profundos y envolventes de luz y oscuridad, impotencia y olor a eructo de los perritos calientes.

El padre de Naomi no volvió a la cama. Esperó sentado en la oscuridad de la cocina a que Naomi volviera, y cogió el cinturón y la atizó donde pudo, en los brazos, las piernas, las manos. Hizo que se arrodillara en el suelo de la cocina y rezara a Dios para no volver a probar el alcohol.

En cuanto a mí, me desperté dolorida y con frío al amanecer, y me fui del porche justo a tiempo para vomitar en un parterre de bardanas a un lado de la casa. La puerta trasera había estado abierta todo el rato. Metí la cabeza debajo del grifo del fregadero de la cocina, tratando de deshacerme del olor a whisky, y me acosté. Le dije a mi madre, cuando se despertó, que me había encontrado mal en casa de Naomi y había vuelto a casa por la noche. Estuve todo el día en la cama con un martilleo en las sienes, el estómago revuelto, mucha debilidad y una mezcla de fracaso y alivio. Me sentí redimida por los objetos infantiles que me rodeaban, mi vieja lámpara de Scarlett O'Hara, o las flores metálicas azules y blancas que sujetaban mis lascas cortinas a lunares. Leí *La vida de Charlotte Brontë*.

A través de la ventana veía los campos llenos de malas hierbas que se extendían más allá de las vías de la CNR, morados de hierba crestada. Alcanzaba a ver un tramo del río Wawanash, todavía bastante crecido y bordeado de sauces plateados. Soñé con una vida decimonónica, paseos y horas de estudio, rectitud, urbanidad, donceller, paz.

Naomi irrumpió en mi habitación y me susurró con voz áspera:

—Dios, te habría matado por dejarnos a todos plantados.



—Me puse mala.

—Qué mala ni ocho cuartos. ¿Quién te crees que eres? Clive no es un idiota, ¿sabes? Tiene un buen empleo. Es liquidador de seguros. ¿Con quién quieres salir? ¿Con chicos del instituto?

Luego me enseñó los verdugones y me habló de su padre.

—Si hubieras venido a casa conmigo probablemente se habría sentido demasiado avergonzado para hacerlo. ¿Cómo demonios se enteró de que había salido?

Nunca se lo dije. Él tampoco lo hizo. Puede que se confundiera y me tomara por una especie de aparición. Naomi iba a salir de nuevo con Bert Matthews la semana siguiente. Le daba lo mismo.

—Puede pegarme hasta dejarme la cara amoratada. Tengo que vivir una vida normal.

¿Qué era una vida normal? Era la vida de las chicas que trabajaban con ella, las fiestas de homenaje, las sábanas de hilo, las baterías de cocina y la cubertería de plata, ese complicado orden femenino; y, por otro lado, era la vida del salón de baile Gay-la, ir borracha en coche por carreteras negras, escuchar chistes de hombres, soportar y pelearte con hombres y conseguirlos, conseguirlos: un lado no podía existir sin el otro, y al asumir y acostumbrarse a ambos, una chica se ponía en camino del matrimonio. No había otra manera. Y yo no iba a ser capaz de hacerlo. No. Me quedaba con Charlotte Brontë.

—Levántate y vístete, y ven conmigo al centro. Te sentará bien.

—Me encuentro de pena.

—Eres una cría. ¿Piensas arrastrarte en este agujero el resto de tu vida?

A partir de ese día nuestra amistad se debilitó. Dejamos de ir a vernos a nuestras casas. Nos encontraríamos por la calle el invierno siguiente, ella con su nuevo abrigo ribeteado de piel y yo con un gran montón de libros de texto, y me pondría al corriente de su vida. Salía con alguien de quien yo nunca había oído hablar, alguien de Porterfield, Blue River o Tupperton. A Bert Matthews lo había dejado rápidamente atrás. Resultó que su papel era salir con chicas en su primera cita; solo iba detrás de las jóvenes sin experiencia, aunque, por mucho que fanfarroneara, no les daba mucho la lata ni las dejaba embarazadas. Clive había sufrido un accidente de coche, dijo, y le habían amputado una pierna por debajo de la rodilla. No me extraña que todos beban como cosacos y conduzcan como locos,



dijo. Hablaba con una especie de resignación maternal, hasta de orgullo, como si beber como un cosaco y conducir como un loco fuera de algún modo lo apropiado, algo deplorable pero necesario. Con el tiempo dejó de darme esas partes sobre sus progresos. Nos veíamos por Jubilee y solo nos decíamos hola. Tuve la sensación de que estaba tan por encima de mí en lo que, preocupada y vagamente, suponía que era el mundo real, como yo lo estaba de ella en toda la clase de conocimientos peculiares, innecesarios y remotos que se impartían en las aulas.

En el instituto yo sacaba sobresalientes. Nunca me parecían suficientes. En cuanto llevaba a casa una remesa empezaba a pensar en la siguiente. Parecían tangibles y pesados como el hierro. Los amontonaba a mi alrededor como barricadas, y si me faltaba uno sentía un vacío peligroso.

En la sala principal del instituto, alrededor de la lista de honor de los ex alumnos muertos en combate en 1914-1918 y en 1939-1945, colgaban unos escudos de madera, uno por curso; insertados en esos escudos había pequeñas etiquetas plateadas con el nombre de los alumnos que mejores notas habían sacado ese año, hasta que se diluían en empleos o maternidades. Mi nombre estaba allí, aunque no cada año. A veces me derrotaba Jerry Storey. Su cociente intelectual era el más alto que se había visto en el instituto de Jubilee o en cualquier otro instituto del condado de Wawanash. La única razón por la que alguna vez yo le sacaba ventaja era porque su obsesión por la ciencia le volvía impaciente y a veces totalmente desmemoriado en las asignaturas a las que se refería como «trabajo de memorización» (francés e historia), y en lengua y literatura inglesas, que parecía ver inquietantemente como una especie de insulto personal.

Jerry Storey y yo acabamos juntándonos. Hablábamos por los pasillos. Poco a poco nos inventamos una broma, un vocabulario y todo un repertorio de temas que no compartíamos con nadie más. Nuestros nombres aparecían juntos en el pequeño periódico ciclostilado y casi ilegible del colegio. Todo el mundo parecía pensar que estábamos hechos el uno para el otro; nos llamaban el «Fondo de Cerebros» o «los Chicos de Concurso» con cierto desdén semitolerante que Jerry llevaba mejor que yo. Nos deprimía que nos emparejaran como si fuéramos los únicos ejemplares de una especie estrambótica del zoo, y nos molestaba que la gente creyera que éramos iguales, porque nosotros no lo creíamos. En mi opinión, Jerry era mil veces más raro y menos atractivo que yo, y saltaba a la vista que, en su opinión, poner a la misma altura su cerebro y el mío demostraba una falta de criterio; era como decir que Toscanini y el director de orquesta local eran igual de buenos. Lo que yo tenía, me



decía con franqueza cuando hablábamos del futuro, era una memoria prodigiosa, y un gran dominio del lenguaje que no era infrecuente en las mujeres, pero fallaba en mi razonamiento lógico, que era bastante pobre, y en una capacidad para el pensamiento abstracto casi nula. El hecho de ser inconmensurablemente más lista que la mayoría de la gente de Jubilee no debía impedirme ver, me decía, que pronto alcanzaría mi tope en el mundo exterior tan intelectualmente competitivo («Lo mismo va por mí —añadió con severidad—. Siempre trato de mantener la perspectiva. Causo buena impresión en el instituto de Jubilee. Pero ¿qué impresión causaría en el MIT?» Al hablar de su futuro estaba lleno de aspiraciones grandiosas, aunque procuraba expresarlas con sarcasmo y rodearlas de sobrios autoreproches.)

Yo aceptaba su opinión como un soldado, porque no le creía. Mejor dicho, sabía que lo que decía era cierto, pero aun así me sentía bastante fuerte en aptitudes que me parecía que se le escapaban o que no abarcaba su juicio. Su flexibilidad mental no me inspiraba admiración, porque uno solo admira capacidades semejantes aunque superiores a las propias. Su mente era como una carpa de circo llena de oscuros cachivaches en los que, cuando yo no estaba allí, realizaba ejercicios acrobáticos espectaculares y aburridos. Yo procuraba ocultarle lo que pensaba. Él parecía sincero al confesar lo que pensaba de mí, pero yo no tenía intención de serlo con él. ¿Por qué no? Porque percibía en él lo que las mujeres suelen percibir en los hombres, algo tierno, henchido, tiránico, absurdo; yo nunca podría asumir las consecuencias de interferir con ello: sentía una indiferencia, casi un desdén, que le ocultaba. Creía tener tacto, incluso ser amable; nunca se me ocurrió que pudiera tratarse de orgullo.

Íbamos juntos al cine. Cuando acudíamos a los bailes del instituto y bailábamos mal y cohibidos, nos irritábamos el uno con el otro, humillados por el disfraz de novios que habíamos creído necesario adoptar por alguna razón, hasta que descubrimos que la única manera de sobrevivir a esa situación era reírse de ella. La parodia, la burla de uno mismo, fueron nuestra salvación. En el mejor de los casos nos comportábamos como camaradas alegres, relajados y a veces crueles, en lugar de una pareja que llevaba dieciocho años casada. Él me llamaba Berenjena en honor a un vestido horrible que tenía yo, uno de tafetán rojo burdeos tirando a morado que me había hecho a partir de uno de Fern Dogherty. (Con la quiebra del negocio de los zorros plateados al acabar la guerra, de pronto éramos más pobres que nunca.) Yo había confiado en que quedara bien cuando mi madre me lo arregló, que incluso dejara ver un brillo voluptuoso sobre mis caderas más bien anchas, como el vestido de Rita Hayworth en los carteles de *Gilda*; cuando me lo puse traté de decirme a mí misma que lo tenía, pero en cuanto vi a Jerry hacer una mueca, tragar saliva de forma



exagerada y exclamar con voz chillona y satisfecha: «¡Berenjena!», supe la verdad. Enseguida traté de verlo tan gracioso como él, y casi lo conseguí. En la calle improvisamos más.

—Asistieron al último baile de gala de mediados de invierno celebrado en el Jubilee Armory el señor Jerry Storey III, descendiente de la gran familia de fertilizadores, y la exquisita señorita Del Jordan, heredera del imperio de zorros plateados, una pareja que deslumbra a quienes la contemplan con su forma única e indescriptible de bailar...

Muchas de las películas que íbamos a ver trataban de la guerra, que había terminado un año antes de que empezáramos el instituto. Después íbamos al Haine's Restaurant, pues lo preferíamos al Blue Owl, donde se juntaban casi todos los del instituto para poner música en la sinfonola y jugar con las máquinas del millón. Bebíamos café y fumábamos cigarrillos mentolados. Entre los reservados había altas mamparas de madera oscura con montantes de abanico de cristal dorado oscuro. Mientras doblaba una servilleta de papel en figuras geométricas, la enrollaba alrededor de una cuchara y la rompía en tiras sueltas, Jerry hablaba de la guerra. Me ofrecía una descripción de la Marcha de la Muerte de Batán, los métodos de tortura en las cárceles de Japón, las bombas incendiarias de Tokio, la destrucción de Dresde; me bombardeaba con atrocidades invencibles, con estadísticas aniquilantes. Todo ello sin el menor amago de protesta sino más bien con una emoción controlada, un placer insistente y curioso. Luego me hablaba de las armas que estaban diseñando los yanquis y los rusos, y hacía que sus poderes destructivos parecieran inevitables, magníficos e imposibles de combatir como las mismas fuerzas del universo.

—Luego está la guerra biológica. Podrían reintroducir la peste bubónica. Y están fabricando enfermedades para las que no hay antídoto y guardándolas. Gas nervioso... ¿Qué me dices de controlar a toda una población con drogas embrutecedoras...?

Estaba convencido de que habría otra guerra, que todos acabaríamos aniquilados. Alegre e implacable detrás de sus gafas de chico sesudo, veía venir una enorme catástrofe. Casi inminente, además. Yo reaccionaba con el clásico horror y una prudente sensatez femenina que provocaban en él una oposición aún mayor, que hacían necesario aumentar mi horror y discutir mi sensatez. No era tan difícil. Él estaba en contacto con el mundo real, sabía cómo habían dividido el átomo. El único mundo con el que yo tenía contacto me lo había inventado, con ayuda de los libros, para hacerme la original y enriquecerme. Pero aguantaba el tipo; mi aburrimiento e indignación iban en aumento y decía: «De acuerdo, supongamos que es cierto. ¿Para



qué levantarte por las mañanas e ir al instituto? Si todo eso es cierto, ¿por qué estás pensando en ser un gran científico?».

—Si el mundo se acaba y ya no hay esperanza, ¿por qué lo haces?

—Todavía estoy a tiempo de ganar el premio Nobel —respondía él blasfemando, para hacerme reír.

—¿Dentro de diez años?

—Dame veinte. La mayoría de los grandes descubrimientos los hacen hombres con menos de treinta y cinco.

Después de decir algo así siempre murmuraba:

—Ya sabes que lo digo en broma.

Se refería al premio Nobel, no a la guerra. Era incapaz de librarse de la creencia extendida en Jubilee de que alardear o tener grandes aspiraciones entrañaba grandes peligros sobrenaturales. Sin embargo, lo que en realidad nos atraía el uno del otro y hacía que siguiéramos juntos eran precisamente esas aspiraciones, que cada uno negaba y reconocía, ridiculizaba y respetaba en el otro.

Los sábados por la tarde nos gustaba dar largos paseos por las vías del tren, empezando por detrás de mi casa. Caminábamos hasta el puente que cruzaba el gran recodo del río Wawanash y volvíamos sobre nuestros pasos. Hablábamos de la eutanasia, el control genético de la población, si existe el alma, si es posible conocer a fondo el universo. No estábamos de acuerdo en nada. Empezamos a pasear en otoño y continuamos en invierno. Paseamos en medio de tormentas de nieve, discutiendo con la cabeza gacha, las manos en los bolsillos, la nieve fina y helada cortándonos la cara. Agotados de discutir, sacábamos las manos de los bolsillos y, con los brazos extendidos para buscar el equilibrio, tratábamos de andar sobre las vías. Jerry tenía las piernas largas y frágiles, la cabeza pequeña, el pelo rizado, los ojos redondos y brillantes. Llevaba una gorra a cuadros con orejeras forrada de borrego con la que recordaba haberlo visto desde sexto de primaria.

Recuerdo que, como todos, yo me reía de él. A veces todavía me daba vergüenza que alguien como Naomi nos viera juntos. Pero ahora me parecía que había algo admirable, una rara y estridente elegancia, en la forma en que Jerry se ajustaba al prototipo, aceptando su papel en Jubilee, su necesaria y gratificante absurdidad, con un fatalismo e incluso una galantería que yo nunca habría sido capaz de aunar. Ese era el espíritu con que se presentaba en los bailes y me conducía espasmódicamente por las millas de pista traicionera, intentaba en vano golpear la



pelota en el partido de béisbol obligatorio anual, y marchaba con los cadetes. Se ofrecía a sí mismo sin fingir ser un chico corriente; haciendo todo lo que haría un chico corriente pero sabiendo que los resultados nunca serían aceptables, que la gente siempre se mofaría. No podía hacer otra cosa; era lo que parecía. Yo, que tenía unos límites naturales mucho más ambiguos y absorbía siempre que podía el color de lo que me rodeaba para camuflarme, empecé a comprender que podía ser un descanso ser como Jerry.

Vino a cenar a casa, contra mi voluntad. No soportaba la idea de llevarlo ante mi madre. Temía que ella se excitara, que intentara superarse a sí misma de algún modo debido a la fama de inteligente que él tenía. Y así lo hizo; le pidió que le explicara la teoría de la relatividad, asintiendo alentadora y casi saltando sobre él con grititos de comprensión. Por una vez las explicaciones de Jerry fueron incoherentes. Me mostré crítica con la comida, como hacía siempre delante de los invitados; la carne estaba demasiado hecha, las patatas un poco duras, las judías de lata demasiado frías. Mi padre y Owen habían venido de Flats Road porque era domingo. Owen ya vivía todo el tiempo en Flats Road y practicaba la grosería. Mientras Jerry hablaba, masticó ruidosamente y lanzó a mi padre miradas de puro desdén masculino e ignorante. Mi padre no respondió a esas miradas, pero habló poco, tal vez algo avergonzado por el entusiasmo de mi madre, que debió de considerar suficiente para los dos. Yo estaba enfadada con todos. Sabía que a los ojos de Owen, así como a los de mi padre —aunque no lo demostrara, él sabría que solo había una manera de ver las cosas—, Jerry era un bicho raro, aislado del mundo de los hombres; daba igual los conocimientos que tuviera. Me parecía que ambos eran demasiado estúpidos para apreciar el poder que tenía. Y, para él, mi familia era parte de la gran masa a la que no valía la pena explicar nada; tampoco vio que tenían poder. No se demostraron suficiente respeto unos a otros.

—Me da risa la gente que se cree que con hacer unas cuantas preguntas puede llegar a entender algo sin conocer el trabajo de base.

—Ríete de ellos —respondí con amargura—. Espero que te diviertas.

Pero a mi madre le cayó bien, y a partir de entonces andaba al acecho, para sondear su opinión sobre la vida creada en el laboratorio o las máquinas que estaban reemplazando al hombre. Yo podía entender que el torrente de preguntas heréticas de mi madre lo desconcertara y deprimiera. ¿No era así como me había sentido yo misma cuando él había cogido *El ángel que nos mira* de entre mis libros —iba a devolverlos a la biblioteca—, y lo había abierto y leído perplejo con su voz monótona: «Una piedra, una hoja, una puerta... Oh, perdido, y por el viento abatido,



fantasma...». Se lo arrebaté de las manos como si estuviera en peligro. «Bueno, ¿qué significa eso?», preguntó él razonablemente. «A mí me parece una estupidez. Explícamelo. Te escucho.»

—Es increíblemente tímido —dijo mi madre—. Es un chico inteligente pero debe aprender a explicarse mejor.

Era más fácil cenar en su casa. Su madre era la viuda de un profesor. Él era hijo único. Ella trabajaba de secretaria en el instituto, de modo que yo ya la conocía. Vivían en mitad de una casa doble de Diagonal Road. Los trapos de cocina estaban doblados y planchados como pañuelos del más fino hilo y guardados en un cajón con olor a limón. De postre tomamos pudín de gelatina Jello de tres colores que parecía una mezquita, lleno de fruta enlatada. Después de cenar Jerry fue a la sala delantera para resolver el problema de ajedrez que recibía cada semana por correo (a eso me refería al decir que se ajustaba admirablemente a un prototipo) y cerró las puertas de cristal para no distraerse con nuestra conversación. Yo sequé los platos. La madre de Jerry me habló del cociente intelectual de su hijo. Hablaba como si fuera un objeto extraño, un hallazgo arqueológico, algo inmensamente valioso y bastante aterrador que guardaba envuelto en un cajón.

—Tú también tienes un alto cociente intelectual —me dijo de modo tranquilizador (tenía acceso a todos los expedientes académicos, de hecho era ella quien los archivaba)—, pero ya sabes que el de Jerry lo sitúa en la cuarta parte superior del uno por ciento más alto de la población. ¿No es asombroso? Y aquí tienes a su madre, ¡qué responsabilidad!

Le di la razón.

—Estará años enteros en la universidad. Tendrá que doctorarse. Luego incluso hacen un posdoctorado y no sé qué más. Años enteros.

Por el tono sobrio supe que a continuación hablaría de los gastos.

—De modo que no puedes quedarte embarazada —dijo con tono práctico—. Jerry no puede casarse. No lo permitiré. He visto casos de jóvenes que se ven obligados a sacrificar su vida por alguna chica que se ha quedado embarazada y no creo que eso esté bien. Tú y yo lo hemos visto, sabes a quiénes me refiero. Bodas de penalty, ese es el estilo de Jubilee. Pues no estoy de acuerdo. Nunca lo he estado. No estoy de acuerdo en que sea responsabilidad del chico y que él deba sacrificar su carrera. ¿Y tú?

—No.



—Me lo imaginaba. Eres demasiado inteligente. —Y me preguntó como un rayo—: ¿Tienes diafragma?

—No —respondí aturdida.

—¿Por qué no consigues uno? Ya sé cómo es la juventud hoy día. La virginidad es cosa del pasado. No digo que lo apruebe o lo desapruébe, pero no puedes dar marcha atrás al reloj, ¿no? Tu madre debería haberte llevado a que te midieran. Eso es lo que yo haría si tuviera una hija.

Era mucho más baja que yo, una mujer menuda rolliza pero vistosa, con el pelo ahuecado y de un amarillo tulipán en el que empezaban a verse las raíces grises. Siempre llevaba pendientes, broches y collares de plástico de colores vivos a juego. Fumaba, y dejaba que Jerry fumara en la casa; de hecho, siempre estaban discutiendo como marido y mujer sobre de quién eran los cigarrillos. Yo esperaba encontrar una mujer de ideas modernas, no tan moderna como mi madre intelectualmente (¿quién lo era?) pero bastante más moderna sobre las cosas corrientes. Pero no había contado con eso. Bajé la vista hacia sus raíces grises mientras ella me decía que mi madre debía llevarme a que me dieran un diafragma, y pensé en mi madre, que en público lucharía a favor del control de natalidad pero jamás habría creído necesario hablar de ello conmigo, firmemente convencida como estaba de que el sexo era algo a lo que ninguna mujer —ninguna mujer inteligente— debía someterse a menos que tuviera que hacerlo. Yo lo prefería, la verdad. Me parecía más apropiado en una madre que la absurda aceptación y la indecente actitud práctica de la madre de Jerry. Me resultaba bastante ofensivo que una madre le mencionara a una chica la intimidad física que podía tener con su propio hijo. La sola idea de tener intimidad física con Jerry Storey era ofensiva. Lo que no significaba que de vez en cuando la hubiera.

¿Por qué ofensiva? Era extraño. Una pesadumbre se apoderaba de nosotros en cuanto dejábamos de hablar. Nuestras manos se quedaban húmedamente entrelazadas mientras cada uno nos preguntábamos sin duda cuánto tiempo debíamos dejarlas así en aras de un educado decoro. Nuestros cuerpos caían uno contra el otro, no a la fuerza pero sin alegría, como sacos de arena mojada. Nuestras bocas se abrían, como habíamos leído y oído decir que hacían, pero se quedaban frías, las lenguas ásperas eran meros bultos de carne desafortunada. Cuando Jerry fijaba en mí su atención —esa clase de atención especial—, yo me irritaba sin saber por qué. Sin embargo me mostraba taciturnamente sumisa. Cada uno era para el otro la única vía de descubrimiento.

La curiosidad podía llevar las cosas bastante lejos. Una noche de invierno, en la sala de estar de su madre —ella estaba en un comité de la Estrella de Oriente—,



Jerry me pidió que me quitara toda la ropa.

—¿Por qué quieres que lo haga?

—¿No sería educativo? Nunca he visto a una mujer desnuda de carne y hueso.

La idea no carecía de atractivo. Las palabras «mujer desnuda» me complacieron en secreto, haciendo que me sintiera opulenta, como una distribuidora automática de tesoros. Además, creía que mi cuerpo era más bonito que mi cara, y que era más bonito desnudo que con ropa; a menudo había deseado enseñárselo a alguien. Y tenía la esperanza —o, con más exactitud, me intrigaba la posibilidad— de que en algún momento más avanzado de nuestra intimidad mis sentimientos hacia Jerry cambiaran y fuera capaz de recibirlo de buen grado. ¿Acaso no lo sabía todo sobre el deseo? Me encontraba en la clásica situación matrimonial, tratando de encauzar sus mudos tormentos hacia el cuerpo disponible.

Me negué a hacerlo en la sala delantera. Después de mucha discusión, él accedió a ir a su habitación. Mientras subíamos las escaleras sentí un hormigueo de impaciencia, como si tuviéramos siete u ocho años y fuéramos a alguna parte para bajarnos los pantalones. Al bajar la persiana de su habitación, Jerry tiró la lámpara de la mesilla de noche y yo casi me di la vuelta y salí huyendo. No hay nada que eche más para atrás que una torpeza en un momento así, a no ser que estés enamorado. Sin embargo, decidí mantener el buen humor. Lo ayudé a recoger la lámpara y a poner bien la pantalla, y ni siquiera me molestó que la encendiera para ver si funcionaba. Luego me puse de espaldas y me quité toda la ropa —él no me ayudó ni me tocó, y me alegré—, y me tumbé en la cama.

Se quedó de pie al lado de la cama mirándome, haciendo muecas ligeramente cómicas de asombro. ¿Le parecía que mi cuerpo era tan inapropiado e imposible como a mí el suyo? ¿Quería convertirme en una chica relajada cuya timidez no se interponía en su lujuria, una chica sin respuestas perspicaces, ni un gran vocabulario ni interés en la idea de un orden en el universo, lista para acurrucarse contra él? Los dos nos reímos bobamente. Él puso un dedo en uno de mis pezones como si tocara una espina.

A veces imitábamos la forma de hablar de la tira cómica *Pogo*.

—Eres una tipa despampanante, ya lo creo.

—¿Crees que tengo todos los accesorios en su sitio?

—Ah, iré a buscar mi pequeño manual para comprobarlo.

—Eh, espero que no te importe este pequeño tercer pecho.



—¿No lo tienen todas las mujeres? Ha llevado una vida bastante protegida.

—Vaya...

—Chist...

Oímos la voz de su madre fuera de la casa, despidiéndose de alguien que la había acompañado. La portezuela del coche se cerró. O la reunión de Estrella de Oriente había acabado antes o habíamos estado más tiempo del que creíamos discutiendo antes de subir las escaleras.

Jerry me sacó de la cama y de la habitación mientras yo trataba de coger mi ropa.

—El armario —susurré—. Puedo esconderme... ¡El armario...!

—Calla —suplicó él, también en un susurro, furioso y al borde de las lágrimas—. Calla, calla.

Estaba lívido; temblaba pero se le veía fuerte, para ser Jerry Storey. Yo forcejeaba y lo empujaba hacia atrás protestando, intentado todavía hacerle ver que tenía que coger mi ropa, y él me empujaba hacia delante, obligándome a bajar por las escaleras traseras. Abrió la puerta del sótano en el preciso momento en que su madre abrió la puerta principal. Oí su grito alegre.

—¿No hay nadie en casa? —Y él me empujó dentro y echó el cerrojo.

Me encontré sola en las escaleras del sótano, encerrada, desnuda.

Él encendió la luz para que me orientara y la apagó inmediatamente. Fue peor. Hizo más profunda la negrura del sótano. Me senté con cautela en el escalón, notando la fría madera astillada en mis nalgas desnudas, y traté de discurrir la forma de salir de allí. Una vez que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad, tal vez podría buscar las ventanas del sótano y abrir una. Pero ¿de qué iba a servirme estando desnuda? Tal vez encontrara una vieja cortina raída o un trozo de hule que enrollarme alrededor, pero ¿cómo iba a llegar con eso a mi casa? ¿Cómo iba a cruzar Jubilee y recorrer la calle principal a poco más de las diez de la noche?

Jerry seguramente volvería y me dejaría salir cuando su madre se durmiera. Cuando lo hiciera, si lo hacía, lo mataría.

Los oí hablar en la sala delantera, luego en la cocina. Jerry y su madre.

—¿...quiere dormir sus horas? —oí decir a su madre, luego se rió... me pareció que con crueldad.

Él llamaba a su madre por su nombre de pila, Greta. Qué afectado y poco sano



me pareció. Oí ruido de cazuelas y tazas. Chocolate caliente, bollos de pasas tostados. Mientras yo estaba encerrada, desnuda y con frío en ese agujero del sótano. Jerry y su cociente intelectual. Su inteligencia y su imbecilidad. Si su madre era tan moderna y sabía que hoy día las chicas ya no éramos vírgenes, ¿por qué tenía Jerry que meterme allí? Los odié. Se me ocurrió aporrear la puerta. Eso era lo que se merecía él. Decirle a su madre que quería casarme de penalty.

Mis ojos se acostumbraron un poco a la oscuridad, y cuando oí un ruido como de agua que sale bajo presión, una puerta cerrándose en lo alto de las escaleras, miraba en la dirección adecuada y vi que un objeto metálico sobresalía del techo del sótano. Un paracaídas de ropa y algo de color claro que voló y aterrizó con un ruido sordo y amortiguado en el suelo de cemento. Bajé a gatas las escaleras y crucé el frío cemento rezando para que fuera mi ropa, y no un hatillo de ropa sucia que la madre de Jerry había tirado para lavar.

Eran mi blusa, mi jersey, mis bragas, mi sujetador y mis medias, hasta mi cazadora, que había colgado en el armario del piso de abajo, todo envuelto alrededor de mis zapatos para amortiguar el golpe. Todo menos el liguero. Sin él no podía ponerme las medias, de modo que las enrollé y me las metí dentro del sujetador. A esas alturas veía bastante bien y reconocí las palanganas y, encima de ellas, una ventana. Estaba cerrada por abajo. Me subí a una palangana y la abrí, y salí arrastrándome por la nieve. Habían encendido la radio de la cocina, tal vez para enmascarar el ruido que yo hiciera o simplemente para escuchar las noticias de las diez.

Corrí a casa con las piernas desnudas por las calles frías. Me puse furiosa al recordarme desnuda en esa cama. Sin nadie para contemplarme aparte de Jerry, que se reía bobamente asustado y me hablaba en el dialecto de *Pogo*. Que fuera a él a quien tuviera que ofrecerme. Nunca tendría un amante de verdad.

Al día siguiente en el instituto Jerry se acercó a mí con una bolsa de papel marrón.

—Disculpe, señora —susurró en el dialecto *Pogo*—. Creo que tengo una de sus posesiones personales.

Era mi liguero, por supuesto. Dejé de odiarlo. Bajando por John Street después del instituto transformamos la noche anterior en una gran escena cómica, algo estúpido y demencial sacado de una película muda.

—Yo tiraba de ti escaleras abajo y tú tirabas de mí en dirección contraria...

—No sabía qué querías hacer conmigo. Pensé que ibas a echarme a la calle,



como a la mujer sorprendida en adulterio...

—Deberías haber visto la expresión de tu cara cuando te empujé hacia el sótano.

—Deberías haber visto la expresión de la tuya cuando oíste la voz de tu madre.

—De lo más inoportuna, mamá —dijo Jerry, probando un acento inglés que también utilizábamos—, justo cuando se da la tesitura de que hay un sujeto femenino joven desnudo en mi cama. Me disponía a llevar a cabo una exploración...

—No ibas a llevar a cabo nada.

—Bueno.

Lo dejamos ahí, y curiosamente después de ese fiasco nos llevamos mucho mejor que antes. Tratábamos nuestros cuerpos con una mezcla de cautela y familiaridad, y ya no hubo exigencias por parte de ninguno. Se acabaron los largos abrazos inútiles, las lenguas en la boca. Además, teníamos otras cosas en qué pensar; llegaron los impresos de los exámenes para la solicitud de becas, recibimos los calendarios de varias universidades y empezamos a esperar con terror y placer el mes de junio, cuando haríamos los exámenes. Nada de lo que habíamos hecho hasta entonces era equiparable a la importancia de esos exámenes que el Departamento de Educación enviaba sellados; el director del instituto rompería el sello delante de nosotros. Decir que estudiamos se queda corto para describir el esfuerzo intensivo al que nos sometimos; nos entregamos como atletas. Lo que queríamos no era solo sacar notas altas, obtener la beca y entrar en una universidad; era sacar las notas más altas posibles: la gloria, la gloria, lo más alto de la cúspide de los sobresalientes, la seguridad por fin.

Después de cenar me encerraba en la sala de estar. Llegaba la primavera y los días se alargaban; encendía las luces más tarde. Pero era ajena a todo; solo advertía, sin ser consciente de ello, lo que había en esa habitación, que era mi celda o mi capilla. El dibujo gastado de la alfombra, de color pajizo por las costuras; la vieja radio que no funcionaba pero que era como una lápida, con mandos que prometían Roma, Amsterdam y México; el sofá chesterfield con estampado de helecho musgoso, y las dos fotos, una del castillo de Chillon, oscuro junto al lago nacarado, y la otra de una niña tumbada en dos sillas desiguales a una luz rosada, sus padres en las sombras de detrás llorando y un médico al lado de ella con expresión serena pero poco optimista. Todo aquello que miraba tan a menudo mientras memorizaba verbos, fechas y guerras, cobró un significado, un poder exhortatorio, como si todas



esas formas y diseños corrientes constituyeran el verdadero contorno de los hechos y las relaciones que yo había llegado a dominar, y que, una vez dominados, resultaban encantadores, castos y sumisos. De esa habitación salía pálida y agotada, incapaz de pensar, como una monja después de horas de oración o como un amante, tal vez, después de devociones de castigo, y vagaba por la calle principal hasta el restaurante Haines, donde Jerry y yo habíamos quedado en reunirnos a las diez de la noche. Bajo los montantes de abanico de cristal ámbar bebíamos café y fumábamos, y hablábamos poco, saliendo muy despacio a la superficie, cada uno capaz de entender y aprobar el aspecto endurecido y macilento del otro.

Mi necesidad de amor había pasado a la clandestinidad, como un dolor de muelas taimado.

Esa primavera iba a celebrarse una reunión evangélica en el ayuntamiento. El señor Buchanan, nuestro profesor de historia, se apostó en lo alto de las escaleras del colegio y repartió chapas en las que se leía «Venid a Jesús». Era miembro del consejo de la Iglesia presbiteriana, y no de la baptista, que estaba al frente de todos los preparativos de la reunión evangélica; pero iban a apoyarla todas las iglesias de la ciudad, con la excepción de la católica y seguramente de la anglicana, que era tan pequeña que no contaba. Las reuniones evangélicas estaban recuperando su prestigio en todo el país.

—No querrás tú una —dijo el señor Buchanan sin tono interrogativo, con su voz monótona y triste.

Alto y enjuto, peinado con raya en medio al estilo de un ciclista de finales de siglo —y era lo bastante viejo para haberlo sido—, y con el estómago reducido a la mitad de su tamaño debido a las úlceras, me sonrió con esa leve ironía nerviosa que solía reservar para algún personaje histórico (Parnell sería un buen ejemplo) que hacía un buen papel durante un tiempo pero acababa sobrepasando sus posibilidades. De modo que mi espíritu de contradicción me obligó a decir:

—Sí, sí que quiero, muchas gracias.

—¿Vas a ir? —preguntó Jerry.

—Claro.

—¿Para qué?

—Curiosidad científica.

—Hay cosas que no merecen tu curiosidad.



La reunión evangélica se celebró en el piso de arriba del ayuntamiento, donde solíamos representar las operetas. Era la primera semana de mayo; el calor había llegado de golpe. Iría bien, justo después de la inundación anual. Antes de las ocho de la tarde la sala ya estaba abarrotada. Era la misma clase de público que veías en el desfile del 12 de julio o en la feria de los Kinsmen: bastantes personas de la ciudad, pero muchas más del campo. Había coches salpicados de barro aparcados por toda la calle principal y las calles laterales. Se veían hombres con trajes negros y abrigados, mujeres con sombreros. También había hombres vestidos con monos de trabajo impecables y mujeres con trajes holgados y estampados, zapatillas de deporte y los brazos al descubierto, grandes y rosados como jamones, acunando bebés envueltos en colchas. Ancianos y ancianas que había que sostener y guiar hasta sus asientos. Sacados de sus cocinas de campo, vestían ropa que parecía haber cogido moho. Me pregunté si era posible saber por su aspecto de dónde eran. Jerry y yo, observando desde las ventanas del aula de ciencias a los pasajeros de los tres autocares escolares —autobuses viejos y traqueteantes de colores vivos que uno habría esperado ver dando tumbos por alguna carretera montañosa de Sudamérica con pollos vivos asomando por las ventanas—, solíamos jugar a adivinar, hablando como sociólogos con un tono elegante y remilgado.

—Los de Blue River van bien vestidos y tienen un aspecto bastante respetable. Ahí van muchos trabajadores holandeses. Han ido al dentista.

—Casi a un nivel urbano.

—Los de Saint Augustine son normales y corrientes. Gente de campo. Tienen los dientes grandes y amarillos. Dan la impresión de haber comido grandes cantidades de gachas de avena.

—Los del Jericho Valley son estúpidos y delincuentes en potencia. Su cociente intelectual siempre está por debajo de cien. Tienen los ojos bizcos y los pies zopos...

—Y fisuras en el paladar...

—Y jorobas...

—Se debe a la endogamia. Los padres se acuestan con las hijas, los abuelos con las nietas, los hermanos con las hermanas, las madres con los padres...

—¿Las madres se acuestan con los padres?

—Oh, no sabes de lo que son capaces allí.

Todas las sillas estaban ocupadas. Me quedé de pie en el fondo, detrás de la última hilera. La gente seguía entrando, abarrotando los lados de la sala y llenando el



espacio a mi espalda. Había chicos sentados en el alféizar de las ventanas. Las ventanas estaban lo más abiertas posible, pero seguía haciendo mucho calor. El sol bajo caía sobre las viejas paredes revestidas de madera y enyesadas, cuarteadas y sucias. Nunca me había fijado en lo destartalada que estaba esa sala.

El señor McLaughlin de la Iglesia unida dirigió la oración de apertura. Su hijo Dale había huido de casa hacía mucho. ¿Dónde estaba? Cortando el césped en un campo de golf, esa era la última noticia que había tenido. Tuve la sensación de haber vivido toda una vida en Jubilee, donde la gente se iba y volvía, se casaba y empezaba una nueva vida, mientras yo seguía yendo al colegio. Ahí estaba Naomi con las chicas de la fábrica de productos lácteos. Todas iban igual peinadas, con el pelo sujeto en dos pequeños moños detrás de las orejas, y llevaban lazos.

Subieron al escenario cuatro negros, dos hombres y dos mujeres, y los cuellos se estiraron en medio de un silencio respetuoso. Muchos de los espectadores, entre ellos yo, no habíamos visto nunca un negro, como tampoco habíamos visto una jirafa, un rascacielos o un transatlántico. Uno de los hombres era delgado y de color negro ciruela, seco, y tenía una voz poderosa e intimidante; era el bajo. El tenor, grueso y de piel amarillenta, era sonriente, magnánimo. Las dos mujeres, rollizas y bien dotadas, de color café, iban espléndidamente vestidas de verde esmeralda y azul eléctrico. El sudor les caía por el cuello y la cara mientras cantaban. Durante la canción el predicador evangélico, reconocible porque había colgado de los postes telefónicos y los escaparates durante semanas —aunque más menudo, cansado y gris de lo que hacía pensar la foto—, subió humildemente al escenario, se colocó detrás del atril y se volvió hacia los cantantes con tierno deleite, alzando la cara, de hecho, como si el canto lloviera sobre ella.

Un joven, apenas un muchacho, me miraba fijamente desde el otro lado de la sala. Yo no creía haberlo visto antes. No era muy alto y tenía la piel oscura; una cara huesuda con las cuencas de los ojos hundidas, mejillas alargadas y ligeramente huecas, y una expresión solemne e inconscientemente arrogante. Al final del canto de los negros se apartó de las ventanas y desapareció entre la multitud del fondo de la sala. Enseguida pensé que se acercaba para colocarse a mi lado. Luego comprendí que era una tontería; como algo sacado de una ópera, o de una canción mala y sentimental que conmovía profundamente.

Todos se levantaron y, despegando el algodón retorcido de sus espaldas sudadas, se pusieron a cantar el primer himno:



*A una tienda donde un muchacho gitano
yacía moribundo y solo al final de día,
llevamos la noticia de la Salvación; dijo él:
Nadie me había hablado nunca de ello...*

Deseé desesperadamente que se acercara. Me concentré en una especie de oración piadosa, deseando que apareciera a mi lado al mismo tiempo que me decía: ahora está dando la vuelta detrás de mí, se está dirigiendo a la puerta, está bajando las escaleras...

Un cambio en el nivel de las voces a mi espalda me informó de su presencia allí. La gente se había apartado y el espacio se llenó con un cuerpo que no cantaba. Alcancé a oler la fina camisa de algodón, la piel quemada por el sol, el jabón, el aceite lubricante. Me rozó el brazo con el hombro (es como fuego, tal como dicen) y se deslizó a mi lado.

Los dos miramos al frente. El pastor baptista había presentado al predicador evangélico, que empezó a hablar en tono amistoso y coloquial. Al cabo de un rato puse una mano en el respaldo de la silla que tenía delante. La niña que estaba sentada en ella se inclinó para arrancarse una costra en la rodilla. Él apoyó una mano en el respaldo, a un par de centímetros de la mía. De pronto fue como si toda la sensibilidad de mi cuerpo, toda la esperanza, la vida, el potencial, fluyeran hacia esa mano.

El predicador evangélico, que había empezado con tanta suavidad detrás del atril, fue acalorándose y se puso a caminar de un lado para otro del escenario, con un tono cada vez más vehemente, desesperado, consternado. De vez en cuando abandonaba la consternación y se daba rápidamente media vuelta, para rugir como un león directamente hacia el público. Describió un cuadro de un puente de cuerda, como el que había visto, dijo, en sus tiempos de misionero en Sudamérica. Ese puente, frágil y oscilante, colgaba sobre un desfiladero sin fondo que estaba lleno de fuego. Era el río del fuego, el río del fuego el que corría ahí abajo, donde se ahogaban, sin llegar a ahogarse nunca del todo, toda esa horda de seres torturados, blasfemos y chillones que empezó a enumerar: políticos y gánsteres, jugadores, bebedores, fornicadores, estrellas de cine, financieros y ateos. Todos, dijo, teníamos nuestro propio puente de cuerda que oscilaba sobre el infierno, sujeto a la orilla del paraíso por el otro lado. Pero el paraíso era precisamente lo que no podíamos ver ni oír, y a veces ni siquiera imaginar, debido a las llamas que rugían y se retorcían en el



foso, y el humo del pecado que se elevaba a nuestro alrededor. ¿Cómo se llamaba ese puente? Era la gracia de Dios. La gracia de Dios, y era increíblemente poderosa; pero cada pecado nuestro, cada palabra, acto y pensamiento pecaminoso hacía una pequeña muesca en esa cuerda, gastándola un poco más...

¡Y algunas de vuestras cuerdas no aguantarán mucho más! Algunas de vuestras cuerdas ya han llegado casi al punto sin retorno. Han sido deshilachadas por el pecado, consumidas por el pecado, ¡ya no queda más que un hilo! ¡Nada más que un hilo impide que caigáis al infierno! ¡Todos y cada uno de vosotros sabéis en qué estado está vuestro puente! ¡Un solo mordisco más a los frutos del infierno, un día y una noche más de pecado, y una vez que se rompa esa cuerda no tendréis otra! ¡Pero hasta un hilo puede sosteneros, si queréis! Dios no hizo todos sus milagros en los remotos tiempos de la Biblia! No, os lo digo con el corazón, y por propia experiencia, Él los hace aquí y ahora, en medio de vosotros. Agarraos a Él, y seguid agarrándoos hasta el día del Juicio Final, y no tendréis que temer el mal.

En circunstancias normales me habría interesado escuchar esas palabras y ver cómo la gente se las tomaba. Casi todos parecían serenos y encantados, no más agitados que si les hubieran estado cantando una nana. El señor McLaughlin, sentado en el escenario, tenía una expresión alicaída; no era la clase de exhortación que a él le iba. El pastor baptista tenía una gran sonrisa de hombre de negocios. Los ancianos del público cantaban «¡Amén!» balanceándose con suavidad. Las estrellas de cine, los políticos y los fornicadores eran irredimibles; al parecer, para la mayoría de la gente ese era un pensamiento reconfortante. Ya habían encendido las luces; por las ventanas entraban insectos, solo unos pocos insectos que habían llegado antes de tiempo. De vez en cuando se oía una rápida bofetada arrepentida.

Pero toda mi atención estaba concentrada en nuestras manos apoyadas en el respaldo de la silla. Él movió un poco la suya. Yo moví la mía, volví a moverla. Hasta que las pieles se tocaron, ligera pero vívidamente, se apartaron, regresaron y permanecieron juntas, apretadas la una a la otra. Luego los meñiques se frotaron con delicadeza, el suyo se montó poco a poco sobre el mío. Un titubeo; mi mano se abrió ligeramente, su meñique me tocó el anular y el anular quedó capturado, y así sucesivamente hasta que, en fases tan formales como inevitables, con reticencia y certeza, su mano cubrió la mía. Entonces él la levantó del respaldo y la sostuvo entre las dos. Me invadió una gratitud angelical, como si realmente hubiera alcanzado otro nivel de existencia. Me pareció que no era necesario más reconocimiento, no era



posible más intimidad.

El último himno:

*Cuán bella es esta historia,
mi tema de victoria
es esta antigua historia...*

Los negros nos guiaban, todos menos el más menudo que nos exhortaba con los brazos a elevar la voz. Al cantar, los feligreses se balanceaban a la vez. Un intenso olor vegetal a sudor, como el de las cebollas, un olor a excrementos de caballo, a estiércol de caballo, la sensación de ser capturada, atada y llevada lejos; una felicidad melancólica, cansada, que se elevaba como una nube. Había rechazado las hojas que el señor Buchanan y otros fieles repartían, pero me acordaba de las letras de los himnos y cantaba. Habría cantado cualquier cosa.

Pero cuando el himno se acabó, él me soltó la mano y fue a reunirse con un grupo de feligreses que se dirigían a la parte delantera, respondiendo a la invitación de hacer algo por Jesús y firmar o renovar una promesa, sellar la velada con un logro. No se me ocurrió que él quisiera hacerlo. Pensé que se había ido a buscar a alguien más. Hubo una gran confusión y por un momento lo perdí de vista. Me volví y salí del vestíbulo, bajé las escaleras, mirando varias veces alrededor, por si lo veía (pero lista para fingir que buscaba a otra persona, si lo sorprendía mirándome). Deambulé por la calle principal, mirando los escaparates. Él no se acercó.

Eso fue el viernes por la tarde. Durante el fin de semana él estuvo presente en mi mente como una red de circo extendida por debajo de todos mis pensamientos. La soltaba y caía en ella continuamente. Trataba de evocar la textura exacta de su piel al rozar la mía, de recordar con exactitud la distinta presión de sus dedos. Alargaba una mano frente a mi cara, sorprendida de lo poco que tenía que decirme. Tan evasiva como esas piezas de museo que han sido manejadas por reyes. Analizaba ese olor, separando los elementos familiares de los desconocidos. Lo imaginaba tal como lo había visto por primera vez al otro lado del vestíbulo, porque apenas lo vi después de que se deslizara a mi lado. Su cara obstinada, cautelosa, oscura. Su cara encerraba para mí todas las posibilidades de fiereza y ternura, orgullo y sometimiento, violencia, autonomía. Nunca vería en ella más de lo que había visto la primera vez, porque lo vi todo entonces. Todo aquello que amaría en él, y que nunca aprehendería



ni explicaría.

No sabía cómo se llamaba, ni de dónde era, ni si volvería a verlo.

El lunes, después del colegio, bajaba por John Street con Jerry cuando nos tocaron una bocina y por la ventanilla de una vieja furgoneta se asomó esa cara, polvorienta de cascarilla. No había cambiado ni menguado a la luz del día.

—Las enciclopedias —le dije a Jerry—. Debe dinero a mamá. Tengo que hablar con él. No me esperes.

Mareada ante esa reaparición esperada aunque imprevista, una sólida intrusión de lo legendario en el mundo real, me subí a la furgoneta.

—Supuse que ibas al instituto.

—Ya casi he acabado —dije rápidamente.

—Ha sido una suerte verte. He de volver al almacén de madera. ¿Por qué no me esperaste la otra noche?

—¿Adónde fuiste? —pregunté, como si no lo hubiera visto.

—Tuve que ir a la parte delantera. Había demasiada gente.

Me di cuenta entonces de que «tuve que ir a la parte delantera» significaba que había ido a firmar una tarjeta con una promesa, o a que lo salvara el predicador evangélico. Era típico de él, decir todo eso de forma ambigua. Él nunca me lo explicaría a menos que tuviera que hacerlo. Lo que le sonsaqué esa primera tarde en la furgoneta, y después, fue una concatenación de hechos simples, ofrecidos por lo general en respuesta a mis preguntas. Se llamaba Garnet French, vivía en una granja más allá de Jericho Valley pero trabajaba en Jubilee, en el almacén de madera. Había estado cuatro meses en la cárcel, hacía dos años, por su papel en una horrible pelea, delante de una cervecería de Porterfield, en la que un hombre había perdido un ojo. En la cárcel lo había visitado un pastor baptista que lo había convertido. Había dejado los estudios solo empezar la secundaria, pero en la cárcel le habían permitido hacer un par de cursos más, porque pensó que tal vez podría estudiar en el centro de estudios bíblicos y convertirse él mismo en pastor baptista. Hablaba sin apremio de esa meta. Tenía veintitrés años.

Al primer lugar que me pidió que lo acompañara fue a una reunión de la Asociación de Jóvenes Baptistas. O tal vez nunca me lo pidió, solo dijo: «Está bien, te recogeré después de cenar», y recorrió en coche esa corta distancia y me condujo, aturdida y callada, al último lugar de Jubilee, con la excepción seguramente del prostíbulo, al que esperaba ir.



Eso era lo que haría cada lunes por la noche durante toda la primavera y entrado el verano, sentarme en un banco en mitad de la iglesia baptista, sin llegar a acostumbrarme nunca, sintiéndome sola y perpleja como alguien arrojado de un barco en un naufragio. Él nunca me preguntó si quería estar allí, qué pensaba de ello una vez que estaba allí, nada. Una vez dijo:

—Seguramente habría vuelto a la cárcel si no hubiera sido por la Iglesia baptista. Eso es todo lo que sé y es suficiente para mí.

—¿Por qué habrías vuelto?

—Por la costumbre de beber y pelear que tenía.

En la parte trasera de los bancos baptistas había restos de chicle viejo, negro plateado y duro como el hierro. La iglesia tenía un olor acre, como una cocina fregada con agua gris y con bayetas secándose detrás de los fogones. Los jóvenes no tenían nada de jóvenes. Había una mujer llamada Caddie McQuaig que trabajaba en la carnicería Monk, echando trozos de carne cruda a la picadora o cortando a tajos una pata de vaca, con un delantal blanco ensangrentado, y que era corpulenta y jovial como el mismo Dutch Monk. Ahí estaba, sumisa y atenta, con un vestido de organdí floreado, las manos bien restregadas sobre el órgano de fuelle y el cabello cortado a lo *garçon* dejando ver su cuello rojo. Había un par de hermanos bajos y con cara de mono que venían del campo, Ivan y Orrin Walpole, que hacían trucos gimnásticos. Y una chica muy pechugona y con el cutis descarnado que había trabajado con Fern Dogherty en la oficina de correos; Fern siempre la llamaba Holy Betty. Y las dependientas de la tienda de Chainway, con su polvorienta palidez Chainway, que eran las peor pagadas y se encontraban en lo más bajo de la escala social de todas las dependientas de Jubilee. Una de ellas, no recuerdo cuál, se suponía que había tenido un hijo.

Garnet era el presidente. A veces dirigía una oración, empezando con una voz firme y educada: «Padre nuestro que estás...». El calor de primeros de mayo había desaparecido y la fría lluvia de primavera limpiaba las ventanas. Yo tenía esa extraña e inequívoca sensación de estar en un sueño del que acabaría despertando. En casa, en la mesa del sala de estar, estaban mis libros abiertos y el poema, «Andrea del Sarto», que había estado leyendo antes de salir y que seguía dando vueltas en mi cabeza:

*Una grisura común que platea todo,
todo con una luz crepuscular, a ti y a mí incluidos...*



Después de lo que llamaban el culto de adoración, bajábamos al sótano de la iglesia donde había una mesa de ping-pong. Se organizaba un campeonato mientras Caddie McQuaig y una de las chicas de Chainway desenvolvían los sándwiches que habían traído de casa y preparaban chocolate caliente en un hornillo eléctrico. Garnet enseñaba a la gente a jugar a ping-pong, alentaba a las chicas de Chainway que apenas parecían tener fuerzas suficientes para levantar la pala, bromeaba con Caddie McQuaig, quien, una vez que bajaba al sótano, se volvía igual de bulliciosa que en la carnicería.

—Me preocupa verte sentada en ese taburete frente al órgano, Caddie.

—¿Cómo dices? ¿Qué te preocupa?

—Verte allí sentada en ese taburete de órgano. Parece demasiado pequeño para ti.

—¿Crees que corre peligro de desaparecer? —Su voz fuerte, indignada y encantada, la cara roja como carne fresca.

—Vamos, Caddie, nunca se me pasaría eso por la cabeza —dijo Garnet cabizbajo, pesaroso.

Yo sonreía a todos, pero estaba celosa y horrorizada, esperando que todo terminara, lavaran las tazas de chocolate y apagaran las luces de la iglesia, y Garnet me llevara a la furgoneta. Entonces recorreríamos ese camino embarrado que pasaba por delante de la casa de Pork Childs («Conozco a Pork, y sé que me prestará una cadena y me sacará de aquí si me quedo encallado», decía Garnet, y la sola idea de estar en igualdad de condiciones desde un punto de vista social que Pork Childs, que era, por supuesto, baptista, me producía esa desazón silenciosa y ya familiar). Al final no importaba nada. La irrealidad, y la vergüenza y el tedio interminables de la tarde, se desvanecían en la cabina de la furgoneta, en el olor de sus viejos asientos divididos, el pienso para pollos y la visión de las mangas enrolladas de Garnet dejando ver sus antebrazos desnudos, sus manos, relajadas y vigilantes sobre el volante. La lluvia negra en las ventanillas cerradas nos resguardaba. O, si había dejado de llover, bajábamos las ventanillas y sentíamos el aire suave y fecundo cerca del río invisible, inhalábamos el olor de la menta aplastada bajo las ruedas de la furgoneta, donde dejábamos el camino para aparcar. Nos metíamos despacio entre los matorrales, que arañaban el capó. La furgoneta se detenía con un último pequeño bote que parecía una señal de logro, de autorización; los faros, que cortaban débilmente la densidad de la noche, se apagaban, y Garnet se volvía siempre hacia



mí con el mismo suspiro, la misma expresión seria y velada, y cruzábamos al otro lado, adentrándonos en un lugar donde la seguridad era perfecta, donde ningún movimiento dejaba de producirnos deleite; no había cabida para la decepción. Solo enferma con fiebre había experimentado esa sensación de flotar, lánguida y protegida, y al mismo tiempo con un poder ilimitado. Seguíamos en los preliminares del sexo, dando rodeos, retrocediendo, titubeando, no porque estuviéramos asustados o porque hubiéramos impuesto alguna clase de prohibición sobre «no ir demasiado lejos» (algo tan explícito, en ese lugar y con Garnet, era casi inimaginable) sino porque como en el juego de nuestras manos en el respaldo de la silla, sentíamos la obligación de ir sin prisas, de hacer tímidas retiradas, solemnes y temporales, ante la perspectiva de tanto placer. La misma palabra, «placer», había cambiado para mí; solía pensar en ella como una palabra suave que describía una autoindulgencia más bien discreta; de pronto parecía explosiva, con las tres letras de la primera sílaba saliendo a presión como fuegos artificiales y terminando en la meseta de la última sílaba, su ronroneo soñador.

Después de esas sesiones junto al río volvía a casa y no podía conciliar el sueño, a veces hasta el amanecer, no por la tensión no liberada, como cabría esperar, sino porque tenía que revivir, no podía soltar, los grandes dones que había recibido, esas maravillosas gratificaciones: labios en las muñecas, en el interior del codo, los hombros, los pechos, manos en la barriga, en los muslos, entre las piernas. Regalos. Muchos y variados besos, roces de la lengua, ruidos suplicantes y agradecidos. Audacia y revelación. La boca francamente cerrada alrededor del pezón parecía hacer un voto de inocencia, de indefensión, no porque imitara la de un bebé sino porque no temía el absurdo. El sexo me parecía rendición, no de la mujer al hombre, sino de la persona al cuerpo, un acto de fe pura, la libertad en la humildad. Yacía inundada de esas implicaciones y descubrimientos, como alguien suspendido en agua clara, tibia e irresistiblemente en movimiento, toda la noche.

Garnet también me llevaba a partidos de béisbol, que a veces se jugaban poco después de llover. Tenían lugar por la noche, en los parques de atracciones del final de Diagonal Road y en los pueblos vecinos. Garnet era el primera base del equipo de Jubilee. Todos los jugadores llevaban uniformes rojos y grises. En todos los campos había gradas destartaladas y vallas pintadas con viejos anuncios de refrescos y cigarrillos. Nunca se llenaba más de un tercio de las gradas. Iban ancianos, los mismos que siempre veías sentados en el banco largo frente al hotel, o que jugaban en verano a las damas en el tablero de cemento pintado que había detrás del cenotafio, o que salían a inspeccionar la crecida del río Wawanash todas las primaveras, y se quedaban asintiendo y haciendo comentarios como si ellos mismos



la hubieran causado. Los chicos de diez u once años se sentaban en la hierba junto a la valla, fumando. El sol a menudo salía después de un largo día encapotado y recorría el campo en tranquilas franjas doradas. Yo me sentaba en las gradas con las mujeres —unas cuantas novias y jóvenes esposas—, que gritaban y daban botes. Nunca gritaba. Estaba tan fascinada con el béisbol como con la iglesia baptista, pero allí no me sentía incómoda. Me gustaba pensar en ese ritual masculino como un prelude del nuestro.

Todavía estudiaba, alguna tarde. Aprendía cosas. No había olvidado hacerlo. Pero me sumía en fantasías que duraban media hora. Todavía quedaba con Jerry en el restaurante Haines.

—¿Por qué sales con ese neandertal?

—¿Qué quieres decir con neandertal? Es cromañón —dije, en un alegre y vergonzoso acto de traición.

Pero Jerry no tenía mucho tiempo para pensar en mí. Las decisiones acerca de su futuro pesaban sobre él.

—Si voy al McGill... —decía—. Por otra parte, si voy a Toronto...

Tenía que estudiar las becas que más probabilidades tenía de obtener, así como hacer planes para el futuro; qué universidad le permitiría acceder a la mejor facultad de posgrado de Estados Unidos. Me interesé en ello. Miré los calendarios y comparé con él las alternativas mientras daba vueltas mentalmente a los dulces detalles de mi último encuentro con Garnet.

—Sigues pensando en ir a la universidad, ¿verdad?

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—En ese caso, será mejor que vayas con cuidado. No estoy siendo sarcástico. No tengo celos. Solo lo digo por tu bien.

Mi madre también lo pensaba.

—Sé quiénes son los French. Viven más allá de Jericho Alley. No encontrarás un lugar más humilde y dejado de la mano de Dios.

No le hablé de los Jóvenes Baptistas, pero ella se enteró.

—No puedo entenderlo —dijo—. Creo que se te han ablandado los sesos.

—¿No puedo ir a donde me dé la gana? —repliqué con aspereza.

—Ese chico te ha dejado confundida. Tú con tu inteligencia. ¿Piensas vivir en



Jubilee toda tu vida? ¿Quieres ser la mujer del empleado de un almacén de madera? ¿Quieres unirte a los grupos de ayuda de las mujeres baptistas?

—¡No!

—Bueno, solo trato de abrirte los ojos. Por tu bien.

Cuando Garnet venía a nuestra casa ella lo trataba con cortesía, le hacía preguntas sobre el almacén de madera. Él la llamaba «señora» a secas, como hacíamos Jerry y yo en nuestras parodias de la gente de campo.

—Bueno, no sé realmente tanto sobre el negocio, señora —decía, educado y sereno.

Cualquier intento de esa clase de conversación general, cualquier intento de hacerle teorizar, sistematizar o pensar en esa dirección, era recibido con una expresión en blanco ligeramente airada, superior. Él no soportaba a la gente que utilizaba palabras rimbombantes o que hablaba sobre temas que quedaban fuera de su vida. No soportaba a la gente que trataba de relacionar cosas. Puesto que ese había sido un gran pasatiempo para mí, ¿por qué no me odiaba? Tal vez yo lograba ocultarle cómo era. O, lo más probable, él me reinventó, tomando de mí solo lo que necesitaba, lo que le convenía. Eso era lo que hacía yo con él. Me gustaba su lado oscuro, su lado extraño, el que no conocía, no el del baptista regenerado; o, más bien, veía el baptista, del que tan orgulloso se sentía él, como una máscara con la que jugaba y de la que podía deshacerse fácilmente. Trataba de hacerle hablar sobre la pelea frente a la taberna de Porterfield, sobre su estancia en la cárcel. Prestaba atención a la vida de sus instintos, nunca a sus ideas.

Traté de sonsacarle por qué se había acercado a mí esa tarde en la reunión evangélica.

—Me gustaste físicamente.

Eso era todo lo que iba a conseguir.

Nada que pudiéramos decir nos acercaría; las palabras eran nuestros enemigos. Lo que averiguáramos el uno del otro solo nos confundiría. Eso era lo que se conocía como «solo sexo» o «atracción física». Me sorprendía, cuando pensaba en ello —sigue sorprendiéndome— el tono ligero, incluso displicente, que se adopta, como si fuera algo que se encuentra fácilmente, todos los días.

Me llevó a conocer a su familia. Era un domingo por la tarde. Los exámenes empezaban el lunes y le dije que quería estudiar, y él replicó:

—No puedes hacerme eso. Mamá ya ha matado dos pollos.



La persona que podía estudiar ya se había perdido en realidad, se había quedado fuera. Con Garnet en la habitación, no habría entendido nada de ningún libro, ni puesto una palabra detrás de otra. Era todo lo que podía hacer cuando leía las palabras de una valla publicitaria desde el coche. Era justo lo contrario de salir con Jerry. Y ver el mundo denso y complicado pero atractivamente vacío de secretos; el mundo que veía con Garnet no era muy distinto del que creía que veían los animales, un mundo sin nombres.

Había recorrido antes la carretera de Jericho Valley, con mi madre. En ciertas partes tenía el ancho justo para que pasara una furgoneta. Los rosales silvestres arañaban la cabina. Recorrimos millas a través de monte espeso. Había un campo lleno de tocones. Me acordaba de él y de mi madre diciendo: «Antes todo era así, todo el campo. No han avanzado mucho desde los primeros colonos. Tal vez son demasiado perezosos. O la tierra no vale nada. O una combinación de ambas cosas».

Los esqueletos de una casa y un cobertizo reducidos a cenizas.

—¿Te gusta nuestra casa? —preguntó Garnet.

Su verdadera casa estaba situada en una hondonada, con grandes árboles tan pegados alrededor que no alcanzabas a verla entera; lo que veías eran los aleros de tablillas marrones descoloridas y el porche, pintado de amarillo hacía tanto tiempo que la pintura solo eran vetas sobre la madera astillada. Al entrar en el patio y dar la vuelta hubo una gran revuelo de pollos, y dos perros grandes se acercaron ladrando y saltaron sobre las ventanillas bajadas de la furgoneta.

Dos chicas, de nueve y diez años, saltaban en un somier que llevaba en el patio el tiempo suficiente para dejar pálida la hierba. Pararon y se quedaron mirando. Garnet me condujo por delante de ellas sin presentármelas. No me presentó a nadie. Los miembros de su familia aparecían —yo no estaba segura de quiénes eran familiares cercanos y quiénes tíos o primos— y se ponían a hablar con él, mirándome de reojo. A veces averiguaba cómo se llamaban oyéndolos hablar a unos con otros, y nunca se dirigían a mí por mi nombre.

Había una chica que me parecía haber visto en el instituto. Iba descalza y vistosamente maquillada, y se balanceaba malhumorada alrededor de uno de los postes del porche.

—¡Mira a Thelma! —exclamó Garnet—. Cuando Thelma se pinta los labios utiliza toda la barra. Si algún chico la besara se quedaría enganchado. No podría despegarse.

Thelma llenó de aire sus mejillas empolvadas y con colorete, y soltó un sonido



grosero.

Salió una mujer baja y redonda de aspecto airado, con unas zapatillas de deporte sin cordones. Tenía los tobillos tan hinchados que sus piernas parecían totalmente redondas, como cañerías. Fue la primera persona que se dirigió a mí directamente.

—Tú eres la hija de la señora de las enciclopedias. Conozco a tu mamá. ¿No has encontrado ningún sitio donde sentarte?

Apartó a un niño con un gato de una mecedora y esperó a que me sentara. Ella lo hizo en el primer escalón, y empezó a dar instrucciones a gritos y a reprender a todos.

—¡Encerrad a los pollos en la parte trasera! ¡Traedme una lechuga, cebolletas y rábanos del huerto! ¡Lila! ¡Phyllis! ¡Dejad de saltar! ¿No se os ocurre nada mejor que hacer? ¡Boyd, baja de ese camión! ¡Encargaos de que baje de ese camión! El otro día metió una marcha y cruzó el patio, y no chocó contra el porche por un pelo.

Sacó un paquete de tabaco y papel de liar de los bolsillos de su delantal.

—No soy baptista, así que puedo disfrutar de un cigarrillo de vez en cuando. ¿Tú eres baptista?

—No. Voy con Garnet.

—Garnet se metió después de los problemas que tuvo... ¿conoces los problemas que tuvo Garnet?

—Sí.

—Bueno, se metió después de los problemas que tuvo y nunca he dicho que no sea bueno para él, pero tiene ideas estrictas. Aquí éramos... somos, de la Iglesia unida, pero queda bastante lejos en coche y a veces estoy trabajando. El domingo es un día más en un hospital. —Me dijo que trabajaba en el Porterfield Hospital, como auxiliar clínica—. Entre Garnet y yo mantenemos a la familia. Las granjas como esta no dan para vivir.

Me habló de accidentes, de un niño envenenado al que habían llevado al hospital y que se había puesto negro como el betún, de un hombre con una mano aplastada, de un chico que se había clavado un anzuelo en un ojo. Me habló de un brazo que colgaba del codo por una tira de piel. Garnet había desaparecido. En la esquina del porche había un hombre con un mono de trabajo, enorme y amarillo como un buda, pero sin una expresión tan pacífica. No paraba de arquear las cejas y enseñar los dientes en una sonrisa que enseguida se desvanecía. Pensé que era un



comentario sardónico sobre las historias del hospital, hasta que me di cuenta de que era un tic facial.

Las niñas habían dejado de saltar sobre el somier y se acercaron a su madre para ofrecerle los detalles que podían faltarle. Los chicos empezaron a pelearse en el patio, rodando por la tierra dura, salvajes, silenciosos, su espalda desnuda tan marrón y lisa como la corteza por dentro.

—¡Voy a ir a buscar un cazo de agua hirviendo! —advirtió la madre—. ¡Os escaldaré la piel hasta arrancárosla!

—¿Le gustaría ver el riachuelo? —preguntó una de las niñas.

Se refería a mí. Me llevaron al riachuelo, un hilillo de agua marrón entre las piedras planas y blancas. Me enseñaron hasta dónde llegaba en primavera. Un año había inundado la casa. Me llevaron al pajar para enseñarme una familia de gatitos naranja y negros que aún no habían abierto los ojos. Me hicieron cruzar el establo vacío y me enseñaron las vigas y palos provisionales que apuntalaban el cobertizo.

—Si alguna vez hay un huracán se derrumbará.

Saltaron por el establo inventándose una canción:

—El viejo cobertizo se está derrumbando, derrumbando...

Me enseñaron la casa. Las habitaciones eran amplias, de techos altos y con pocos y extraños muebles. Había una cama de latón en lo que parecía ser un salón, y montones de ropa y colchas en las esquinas, en el suelo, como si la familia acabara de mudarse. Muchas ventanas no tenían cortinas. El sol enraba en las altas habitaciones a través de los árboles que apenas se movían, de modo que las paredes estaban cubiertas de sombras flotantes de hojas. Me enseñaron las marcas que había dejado la crecida en las paredes, y las fotos de revistas que habían cortado y pegado. Eran de estrellas de cine y de unas señoras con unos preciosos vestidos etéreos que anunciaban compresas higiénicas.

En la cocina la madre lavaba las hortalizas.

—¿Te gustaría vivir aquí? A la gente de la ciudad le parece muy rudimentario, pero siempre tenemos suficiente para comer. El aire es puro, en verano al menos, puro y fresco junto al riachuelo. Fresco en verano y resguardado en invierno. No conozco una casa mejor situada.

Todo el linóleo era negro y con bultos, solo quedaban islotes del viejo dibujo debajo de la mesa y junto a las ventanas, donde no se pisaba tanto. Reconocí ese olor gris del pollo a la cazuela.



Garnet abrió la puerta mosquitera que daba al patio trasero y se detuvo a contraluz. Iba con pantalones de trabajo y sin camisa.

—He de enseñarte algo.

Salimos al porche trasero con sus hermanas y me hizo levantar la vista. Tallado en la base de una de las vigas del techo había una lista de nombres de chica, cada uno con una X al lado.

—¡Son las novias de Garnet! —gritó una de las hermanas, y soltaron risitas entusiasmadas, pero Garnet leyó con voz solemne:

—¡Doris McIver! Su padre tenía un aserradero, más allá de Blue River. Sigue teniéndolo. ¡Si me hubiera casado con ella ahora sería rico! Dulie Fatherstone. Era católica, trabajaba en la cafetería del hotel Brunswick.

—Si te hubieras casado con ella habrías sido pobre —dijo su madre de forma elocuente—. ¡Ya sabes lo que el Papa les dice que hagan!

—Tú no lo hiciste tan mal sin el Papa, mamá... Margaret Fraleigh. Era pelirroja.

—No puedes fiarte de esa clase de temperamento.

—Tenía el temperamento de un pollito. Thora Willoughby. Trabajaba en la taquilla del Lyceum Theatre. Ahora vive en Brantford.

—¿Qué significa la X, hijo? ¿La pusiste cuando dejaste de salir con ellas?

—No, mamá.

—Entonces, ¿qué significa?

—¡Es un secreto militar!

Garnet se subió de un salto a la barandilla del porche —pese a la advertencia de su madre de «¡No aguantará tu peso!»— y empezó a tallar algo al final de la lista. Era mi nombre. Cuando terminó, lo rodeó de estrellas y trazó una línea debajo.

—Creo que he llegado al final.

Cerró la navaja y bajó de un salto.

—¡Bésala! —dijeron sus hermanas riéndose como locas, y él me abrazó.

—¡La está besando en la boca, mira a Garnet, la está besando en la boca!

Se apiñaron cerca y Garnet las apartó con una mano sin dejar de besarme. Luego empezó a hacerme cosquillas y tuvimos una gran pelea de cosquillas en la que



las hermanas se pusieron de mi parte, y tratamos de inmovilizar a Garnet contra el suelo del porche, pero él logró zafarse al final y corrió hacia el cobertizo. Entré en la casa y, orgullosa, le pregunté a su madre en qué podía ayudar.

—Te mancharás el vestido —dijo ella, pero cedió y me dejó trocear los rábanos.

Para cenar comimos pollo a la cazuela, no demasiado duro y con una buena salsa para ablandarlo, bolas de masa ligera, patatas («¡Lástima que no sea la época de las patatas nuevas!»), galletas de harina redondas y planas, judías y tomates en conserva, varias clases de encurtidos y boles de cebolletas, rábanos y lechuga, todo en vinagre, un pesado pastel de melaza y confitura de mora. Éramos doce alrededor de la mesa; Phyllis contó. A lo largo de un lado todos estaban sentados sobre tablones apoyados en dos caballetes que hacían las veces de banco. Yo me senté en una silla barnizada que habían traído del salón. Al corpulento hombre de amarillo lo hicieron levantar del porche y lo sentaron a la cabecera de la mesa; era el padre. Garnet volvió del cobertizo con un hombre mayor pero ágil que comentó que no había pegado ojo en toda la noche por el dolor de muelas.

—Es mejor que no pruebes el pollo —le dijo Garnet, con fingida solicitud—. ¡Te daremos leche caliente y te meteremos en la cama!

El hombre mayor comió con apetito mientras explicaba que había probado el aceite de clavo caliente.

—Y algo más fuerte. ¡Os apuesto mi anillo de bodas! —dijo la madre de Garnet.

Me senté entre Lila y Phyllis, que habían empezado a pelearse en broma, negándose a pasarse nada y escondiendo la mantequilla debajo de un plato. Garnet y el hombre mayor contaron una historia sobre un granjero holandés de la vecindad que había pegado un tiro a un mapache creyendo que era un animal peligroso del bosque. Tomamos té. Phyllis destapó disimuladamente el salero y echó sal en el azucarero, y se lo pasó al hombre mayor. Su madre lo agarró justo a tiempo.

—¡Algún día te desollaré viva! —prometió.

No podía negar que me sentía feliz en esa casa.

Se me ocurrió decir a Garnet, ya de regreso: «Me gusta tu familia», pero me di cuenta de lo extraño que le parecería, porque, siendo parte de ella, nunca se le había pasado por la cabeza que no me gustara. Pronunciar esa clase de sentencias en su presencia parecía afectado y pretencioso.



La furgoneta se averió poco después de que dejáramos la calle principal de Jubilee. Garnet bajó y miró el motor, y dijo que le parecía que era la transmisión. Le propuse que durmiera en el sofá de nuestra sala de estar, pero vi que él no quería, por mi madre; respondió que prefería quedarse en casa de un amigo suyo que trabajaba en el almacén de madera.

Como nuestra llegada a casa no había sido anunciada por el ruido de la furgoneta pudimos rodearla y aplastarnos contra la pared, y besarnos y hacer el amor. Siempre había pensado que nuestra unión final sería precedida por una especie de pausa especial, un principio ceremonial, como un telón que se levanta en el último acto de una pieza de teatro. Pero no hubo nada de eso. Cuando me di cuenta de que él iba a seguir adelante, yo quería tumbarme en el suelo, quería quitarme las medias que tenía alrededor de los pies, quería quitarme el cinturón del vestido cuya hebilla él me apretaba dolorosamente en la barriga. Pero no hubo tiempo. Abrí las piernas todo lo que pude, con las medias colgando de los pies, y me sostuve contra la pared de casa tratando de mantener el equilibrio. A diferencia de lo que habíamos hecho hasta entonces, eso requería esfuerzo y atención. También me dolió, aunque sus dedos me habían abierto antes. Tuve que sujetarle los pantalones, con todo lo demás, por miedo a que pasara alguien por la calle y el blanco resplandeciente de sus nalgas nos delatara. Sentía un dolor insoportable en los puentes de los pies. Justo cuando consideré pedirle que parara, que esperara al menos a que apoyara un segundo las plantas en el suelo, él gimió y me empujó con violencia, y se desplomó contra mí con el corazón palpitándole con fuerza. Yo no estaba bien apoyada para recibir su peso y los dos nos caímos, por separado, sobre el parterre de peonías. Me llevé una mano a la pierna mojada y la aparté manchada. Sangre. Cuando vi la sangre, la gloria de todo el episodio se hizo evidente.

A la mañana siguiente rodeé la casa para echar un vistazo a las peonías rotas y vi una pequeña mancha de sangre, sí, sangre reseca en la tierra. Tenía que decírselo a alguien. Le comenté a mi madre:

—Hay sangre en el suelo a un lado de la casa.

—¿Sangre?

—Ayer vi un gato destrozando un pájaro. Era un gran gato callejero. No sé de dónde salió.

—Bestias malvadas.

—Ven a verlo.

—¿Cómo? Tengo mejores cosas que hacer.



Ese día empezamos los exámenes. Nos presentamos Jerry y yo, junto con Murray Heal y George Klein, que iban a ser dentista e ingeniero, respectivamente, y June Gannett, cuyo padre la había obligado a hacer el examen de ingreso a la universidad antes de dejar que se casara con un chico de pecho hueco y aspecto disoluto que trabajaba en el Bank of Commerce. También había dos chicas del campo, Beatrice y Marie, que pensaban ir a la facultad de magisterio.

El director rompió el sello delante de nosotros y firmamos el juramento de que no había sido roto antes. Estábamos solos en el instituto, ya que habían mandado a casa de vacaciones a todos los alumnos de los cursos inferiores. Los pasillos resonaban con nuestras voces y nuestros pasos. Hacía calor en el edificio, y olía a pintura. Los porteros habían sacado todos los pupitres de un aula y los habían amontonado en el pasillo; estaban barnizando el suelo.

Me sentía muy distanciada de todo ello. El primer examen era sobre literatura inglesa. Empecé a escribir sobre «L'Allegro» e «Il Penseroso». Entendía perfectamente el enunciado de la pregunta, pero, por alguna razón, no podía afirmar que significara realmente eso, parecía absurdo, oblicuo y siniestro como alguna frase de un sueño. Escribí muy despacio. De vez en cuando me detenía, arrugaba la frente o flexionaba los dedos, tratando de infundirme apremio, pero era inútil. No podía ir más deprisa. Llegué al final, pero no tuve tiempo, ni energía, ni ganas siquiera de revisarlo. Sospechaba que había dejado sin contestar parte de una pregunta; deliberadamente no miré el examen para ver si era cierto.

Sentía una radiante sensación de trascendencia, una grandeza física. Me movía lánguidamente, exagerando una ligera incomodidad. Recordaba, una y otra vez, la cara de Garnet, tanto concentrada por el esfuerzo como en el instante del triunfo, antes de que nos desplomáramos. Me maravillaba que yo pudiera ser el motivo de tanto dolor y liberación.

Beatrice, una de las chicas del campo, había llegado en el coche de su familia porque ya no funcionaban los autocares del colegio. Me preguntó si quería tomar una Coca-Cola con ella en el autoservicio que acababan de inaugurar, una herrería restaurada y pintada de nuevo en el extremo sur de la ciudad. Me lo preguntó porque quería saber mis respuestas. Era una chica corpulenta y aplicada que llevaba vestidos de velarte abotonados por delante. Naomi y yo solíamos reírnos de ella porque iba al colegio en invierno con pelos blancos de caballo en el abrigo.

—¿Qué has puesto en esta? —me preguntó, y leyó despacio: «Los hombres



ingleses del siglo XVIII valoraban la elegancia formal y la estabilidad social. Desarróllalo en referencia a un poema del siglo XVIII».

Yo estaba pensando en que si me bajaba del coche y caminaba hasta el final del aparcamiento de grava donde estábamos aparcadas, saldría a la calle que pasaba por detrás del almacén de madera. Los empleados aparcaban allí sus coches. Si me acercaba y me plantaba en mitad de la calle, podría ver la valla trasera, la entrada, el techo del cobertizo abierto y alargado, y la parte superior de varios montones de madera. En la ciudad había ciertos lugares marcados —el almacén de madera, la iglesia baptista, la estación de servicio donde Garnet ponía gasolina, el barbero donde se cortaba el pelo, las casas de sus amigos— y, ensartadas entre esos lugares, las calles por las que él habitualmente conducía aparecieron en mi mente como cables de colores.

Ese fue el final de todos nuestros primeros y dulces tanteos en la furgoneta esperando la ocasión propicia. En adelante hicimos el amor en serio. Hicimos el amor en el asiento de la furgoneta con la puerta abierta, debajo de los matorrales y en la hierba nocturna. Cambiaron muchas cosas. Al principio yo estaba aturdida, abrumada por la importancia, el nombre y la noción de lo que estábamos haciendo. Luego tuve un orgasmo. Sabía que se llamaba así por el libro de Naomi, y sabía cómo era porque yo misma había descubierto tales arrebatos, hacía tiempo, con muchos amantes imaginarios impacientes y realmente voraces. Pero me asombró alcanzarlo en compañía, por así decirlo; era una cosa casi demasiado privada, incluso solitaria, que se encuentra en el corazón del amor. De modo que rápidamente se convirtió en la meta que había que alcanzar; no podía comprender cómo nos habíamos parado en seco antes. Habíamos llegado a otro nivel, más consistente, menos milagroso, en el que se debe distinguir la causa del efecto, y el amor empieza a fluir siguiendo unas pautas deliberadas.

Nunca hablábamos de nada de todo eso.

Ese fue el primer verano que mi madre y yo nos quedamos en Jubilee en lugar de ir a Flats Road. Mi madre dijo que no se sentía con ánimos, y de todos modos ellos parecían encantados como estaban, mi padre, Owen y tío Benny. A veces yo iba a verlos. Bebían cerveza sentados a la mesa de la cocina y limpiaban huevos con un estropajo de aluminio. El negocio de la cría de zorros había terminado, porque el precio de las pieles había bajado demasiado después de la guerra. Los zorros habían desaparecido junto con sus corrales, y mi padre los estaba reemplazando con aves de corral. Yo me sentaba y limpiaba huevos también. Owen se tomaba media botella de cerveza. Cuando yo pedía permiso para beber, mi padre respondía:



—No, a tu madre no le gustaría.

—Nada bueno puede venir de una chica que bebe cerveza —decía tío Benny.

Eso mismo era lo que había oído decir a Garnet, con esas mismas palabras.

Yo frotaba el suelo, limpiaba las ventanas, tiraba a la basura la comida en mal estado y forraba los armarios con papel limpio, trabajando con aire agraviado y ofendido. Owen me gruñía, para demostrar lo hombre que era, y estiraba los pies con aire de señor y solo los movía lo mínimo cuando le decía: «Apártate que quiero limpiar aquí. ¡Apártate!». A veces le daba una patada o él me hacía una zancadilla, y nos enzarzábamos en una pelea a patadas y puñetazos. Tío Benny se reía de nosotros, a su manera avergonzada y atragantada, pero mi padre le ordenaba a Owen que dejara de pelear con una chica y le hacía salir. Mi padre me trataba con educación, elogiaba mis labores domésticas, pero nunca bromeaba conmigo como hacía con las chicas que vivían en Flats Road, con la hija de los Potter, por ejemplo, que había dejado el colegio al final de octavo y ahora trabajaba en la fábrica de guantes de Porterfield. Me daba su aprobación y en cierto modo se sentía ofendido por mí. ¿Creía que mi ambición demostraba una falta de orgullo?

Mi padre dormía en el sofá de la cocina, no en el piso de arriba donde había dormido siempre. En el estante de encima, junto a la radio y el tintero, había tres libros —*El esquema de la historia* de H.G. Wells, *Robinson Crusoe*, y una colección de artículos de James Thurber. Leía los mismos libros una y otra vez, hasta que se quedaba dormido. Nunca hablaba de lo que leía.

Yo regresaba andando a la ciudad a media tarde, cuando el sol, aunque le faltaba un par de horas para ponerse, arrojaba una larga sombra sobre la carretera de grava que se extendía ante mí. Observaba esa extraña figura alargada con la cabeza redonda, pequeña y lejana (una tarde, sin nada que hacer, me había cortado el pelo), y me parecía la sombra de una chica africana desconocida e imponente. Nunca miraba las casas de Flats Road, nunca miraba los coches que pasaban por mi lado, levantando polvo. No veía más que mi propia sombra flotando sobre la grava.

Entraba en casa de noche, dolorida en lugares inesperados —siempre tenía un dolor en la parte superior del pecho y en los hombros—, y húmeda y asustada de mi propio olor, y me encontraba a mi madre sentada en la cama, con la luz brillando sobre su tierno cuero cabelludo a través de su pelo, la taza de té enfriada en la mesilla de noche, junto con otras tazas abandonadas ese día o el día anterior —a veces se quedaban allí hasta que la leche se agriaba—, y me leía los catálogos de las universidades que había pedido.



—Te diré lo que yo haría... —Ya no tenía miedo de Garnet; se desvanecía a la clara luz de mi futuro—. Escogería astronomía y griego. Griego, siempre he tenido un deseo secreto de aprender griego.

Astronomía, griego, lenguas eslavas, filosofía de la Ilustración..., me las lanzaba mientras yo me quedaba de pie en el umbral. No lograba retener esas palabras en mi cabeza. Tenía que pensar en la oscuridad, no muy profunda, en el vello de los brazos de Garnet, extendiéndose tan paralelos que parecían peinados, los bultos de sus estrechas muñecas, el ceño relajado con que conducía la furgoneta, y esa expresión en particular, mezcla de apremio y sentido práctico, con que me llevaba por el monte o a lo largo de la orilla del río buscando un lugar donde tumbarnos. A veces no esperábamos siquiera a que oscureciera totalmente. No me daba miedo que nos descubrieran, como tampoco me daba miedo quedarme embarazada. Todo lo que hacíamos parecía suceder fuera del alcance de los demás o de las consecuencias ordinarias.

Hablaba conmigo misma sobre mí misma, refiriéndome a mí como «ella». «Está enamorada. Acaba de volver de estar con su amante. Se ha entregado a su amante. El semen corre por sus piernas.» A menudo, en mitad de un día, sentía la urgencia de cerrar los ojos y dejarme caer allí donde estaba, y dormir.

En cuanto terminaron los exámenes, Jerry Storey y su madre se fueron de viaje por Estados Unidos. Durante el verano recibí de vez en cuando una postal con unas vistas de Washington D.C., Richmond, Virginia, el río Mississippi, el parque Yellowstone, con un breve mensaje escrito en el dorso, en alegres mayúsculas: «AVANZANDO POR LA TIERRA DE LA LIBERTAD ESTAFADOS POR LOS DUEÑOS DE LOS MOTELES, GARAJES, ETC. VIVIENDO A BASE DE HAMBURGUESAS Y CERVEZA AMERICANA PODRIDA, SIEMPRE LEO *DAS KAPITAL* EN RESTAURANTES PARA ASOMBRAR A NATIVOS. LOS NATIVOS NO REACCIONAN».

Naomi iba a casarse. Me telefoneó para decírmelo y me pidió que fuera a su casa. Mason Street seguía igual salvo por la casa de la señorita Farris, ocupada por una pareja recién casada que la había pintado de azul.

—Hola, desconocida —dijo Naomi con tono acusador, como si la ruptura de nuestra amistad hubiera sido idea mía—. Vas con Garnet French, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—¿Creías que lo mantenías en secreto? ¿Ya eres baptista? De todos modos, es



una mejora con respecto a Jerry Storey.

—¿Con quién te vas a casar?

—No lo conoces —respondió Naomi con desánimo—. Es de Tupperton. Bueno, en realidad es de Barrie pero ahora trabaja en Tupperton.

—¿A qué se dedica? —pregunté, solo por ser educada y mostrar interés.

Pero Naomi frunció el entrecejo.

—Bueno, no es un gran genio ni nada parecido. No fue a la universidad. Trabaja para la Bell Telephone. Es técnico de línea. Se llama Scott Geoghagen.

—¿Scott qué?

—Geoghagen. —Lo deletreó—. Más vale que me acostumbre a él porque será mi apellido. Naomi Geoghagen. Hace cuatro meses no había oído en mi vida ese apellido. Estaba saliendo con otro chico cuando lo conocí. Con Stuart Claymore. Se ha comprado un nuevo Plymouth, ahora que he dejado de salir con él. Ven y te enseñaré el ajuar.

Subimos las escaleras y pasamos por delante de la puerta de su padre.

—¿Cómo está?

—¿Quién, él? Hay tantos agujeros en su cabeza que los pájaros están poniendo huevos en ella.

Su madre apareció en lo alto de las escaleras traseras y nos acompañó hasta la habitación de Naomi.

—Hemos decidido que será una boda tranquila —dijo—. ¿Qué es una gran boda de todos modos? Solo es para exhibirse.

—Tienes que ser mi dama de honor —dijo Naomi—. Después de todo eres mi amiga más antigua.

—¿Cuándo será?

—Dentro de una semana a partir del próximo sábado —respondió su madre—. Vamos a celebrarlo en el jardín debajo de una espaldera, si el tiempo se mantiene. La iglesia unida nos prestará las sillas y hemos encargado la comida a W.A., aunque no necesitaremos gran cosa. Tendrás que hacerte un vestido, cariño. El de Naomi es azul pálido. Enséñale el traje, Naomi. Te quedaría bien de color coral.

Naomi me enseñó el vestido de boda, el conjunto para irse de luna de miel, y la ropa interior y el camisón para la noche de bodas. Se animó un poco al hacerlo.



Luego abrió el baúl de su ajuar, y otro baúl y varios cajones, y sacó cajas del armario y me enseñó todo lo que había comprado para la casa. Yo estaba pensando con tristeza en que si era la dama de honor tendría que organizarle una fiesta para homenajearla antes de la boda, y decorar una silla con tiras de papel crepé rosa, cortar las cortezas de los sándwiches, y hacer rosas de rábano y espirales de zanahorias. Ella había comprado fundas de sábanas sencillas y bordado todo a mano, con guirnaldas de flores, cestas de fruta y niñas pequeñas con sombreros de ala ancha y regaderas.

—Bella Phippen te regalará un alfiletero —dije con nostalgia al pensar en los viejos tiempos en la biblioteca a la salida del colegio.

A Naomi le gustó la idea.

—Espero que sea verde, amarillo o naranja, porque son los colores que voy a utilizar para decorar.

Me enseñó los tapetes que había bordado a ganchillo de esos colores. Algunos los había vuelto rígidos con una solución de azúcar y agua, para que se levantaran los bordes, como cestas.

Su madre había bajado. Naomi lo dobló todo, cerró los cajones y las cajas, y me dijo:

—Bueno, ¿qué dicen de mí?

—¿Cómo?

—Vamos, en esta ciudad hay mucho bocaza suelto.

Se sentó pesadamente en la cama, haciendo un gran hoyo con su trasero. Recordé ese colchón, cómo cuando me quedaba a dormir siempre rodábamos hacia el centro y nos despertábamos dándonos patadas y cabezazos.

—Estoy embarazada, ¿sabes? No me mires con esa cara de tonta. Todo el mundo lo hace. Solo que no todo el mundo tiene la mala suerte de quedarse embarazado. Todo el mundo lo hace. Empieza a ser como decir hola. —Con los pies en el suelo se tumbó sobre la cama, puso las manos detrás de la cabeza y miró con los ojos entrecerrados la luz—. Esa lámpara está llena de bichos.

—Lo sé. Yo también lo he hecho —dije.

Se sentó.

—¿Lo has hecho? ¿Con quién? Con Jerry Storey. No sabría cómo hacerlo. ¿Con Garnet?



—Sí.

Se cayó hacia atrás de nuevo.

—Bueno, ¿y te gustó? —Parecía recelosa.

—Sí.

—Mejora con el tiempo. La primera vez me dolió un montón. Tampoco fue con Scott. Se puso algo, ya sabes. ¡Me dolió! Deberíamos haber usado vaselina. Pero ¿de dónde vas a sacar vaselina en el monte en mitad de la noche? ¿Dónde lo hiciste la primera vez?

Le hablé de las peonías, la sangre en el suelo, el gato que mató un pájaro. Nos tumbamos boca abajo en la cama y nos lo contamos todo, los detalles escandalosos. Hasta le conté, después de tanto tiempo, lo del señor Chamberlain, y que ese era el primero que había visto, y lo que él hizo con él. Me vi recompensada al verla golpear con un puño la cama, riéndose y diciendo:

—¡Dios, aún no he visto a nadie hacer eso!

Pero al cabo de un rato volvió a ponerse triste, se levantó de la cama y se miró la barriga.

—Has tenido suerte. Más vale que empieces a tomar medidas y tengas cuidado. De todos modos no hay nada seguro. Los preservativos deteriorados a veces se rompen. Cuando supe que estaba embarazada tomé quinina. Tomé olmo americano, un maldito purgante y pastillas, y me sumergí en un baño de mostaza hasta que creí que iba a convertirme en un perrito caliente. No funciona nada.

—¿No le preguntaste a tu madre?

—El baño de mostaza fue idea suya. No sabe tanto como da a entender.

—No tienes por qué casarte. Podrías ir a Toronto...

—Claro, recluirme en una casa del Ejército de Salvación. ¡Alabado sea el Señor! —trinó, y añadió incoherentemente, teniendo en cuenta la mostaza y la quinina—: De todos modos no creo que estuviera bien entregar mi bebé a unos desconocidos.

—De acuerdo, pero si no quieres casarte...

—Oh, ¿quién ha dicho que no quiero? Si he reunido todo esto, también puedo casarme. Siempre te deprimes la primera vez que te quedas embarazada, es algo hormonal. Además, estoy espantosamente estreñida.



Me acompañó hasta la acera. Se quedó allí, mirando a un lado y otro de la calle, con los brazos en jarras, el estómago sobresaliéndole de su vieja falda escocesa. La podía ver casada, una joven madre satisfecha, agobiada y mandona, llamando a sus hijos para que se acostaran o trenzarles el pelo o interferir de otro modo con ellos.

—Adiós, ex virgen —dijo con cariño.

Había recorrido media manzana, bajo la luz de las farolas, cuando ella me gritó:

—¡Eh, Del! —Y corrió torpemente detrás de mí, jadeando y riéndose. Cuando se acercó, hizo bocina con las manos y dijo en un susurro a gritos—: ¡No te fíes tampoco de la marcha atrás!

—¡No lo haré!

—¡Los cabrones nunca se salen a tiempo!

Luego echamos a andar cada una en una dirección, volviéndonos y diciéndonos adiós dos o tres veces con la mano con fingida exageración, como solíamos hacer.

Garnet y yo fuimos a nadar al Third Bridge después de cenar. Primero hicimos el amor en la larga hierba, tras dar vueltas durante un rato buscando un lugar sin cardos, y luego caminamos con torpeza, apoyándonos el uno en el otro por un sendero del ancho de una persona, deteniéndonos y besándonos por el camino. Los besos cambiaban mucho de antes a después; al menos lo hacían los de Garnet, pasando de apasionados a consoladores, de suplicantes a indulgentes. ¡Qué deprisa regresaba, después de gritar como gritaba, de poner los ojos en blanco con el corazón latiéndole con fuerza, y de desplomarse dentro de mí como una gaviota alcanzada por un tiro! A veces, cuando apenas había recuperado el aliento, le preguntaba en qué pensaba. «Estaba dando vueltas a cómo arreglar ese silenciador...», decía. Pero esta vez respondió: «En cuando nos casemos».

Naomi ya estaba casada y vivía en Tupperton. Estábamos en la segunda mitad del verano. Ya habían salido las bayas de los fresnos de montaña. El río había bajado, después de semanas sin apenas llover, dejando ver frondosas penínsulas de algas que parecían lo bastante sólidas para caminar sobre ellas.

Nos metimos en el agua, hundiéndonos en el barro hasta que tocamos el fondo de arena y gujarros. Aquella semana habían llegado los resultados de los exámenes. Yo había aprobado. No había conseguido la beca. No había sacado ni una



sola nota alta.

—¿Te gustaría tener un hijo?

—Sí —respondí.

El agua, que estaba casi tan caliente como el aire, me cubrió las nalgas doloridas e irritadas. Estaba débil de hacer el amor. Me sentía caliente y lánguida, como una gran col que se abre, a medida que sumergía en el agua la espalda, los brazos, el pecho, grandes hojas de col que se soltaban y extendían en el suelo.

¿De dónde saldría una mentira así? No era ninguna mentira.

—Primero tienes que unirte a la iglesia —dijo tímidamente—. Tienes que bautizarte.

Me caí en el agua, con los brazos abiertos. Las moscardas cruzaban el aire a la altura de mis ojos en un tembloroso vuelo horizontal.

—¿Sabes cómo lo hacen en nuestra iglesia? ¿El bautizo?

—¿Cómo?

—Te meten en el agua. Tienen detrás del altar una especie de cuba de agua tapada. Allí es donde lo hacen. Pero es mejor hacerlo en un río, a varias personas a la vez.

Se tiró al agua y nadó detrás de mí, tratando de agarrarme un pie.

—¿Cuándo vas a hacerlo? Podría ser este mes.

Me volví y floté de espaldas, salpicándole la cara con los pies.

—En algún momento tienes que salvarte.

El río seguía siendo como un estanque; mirándolo no era posible saber en qué dirección iba la corriente. Se veía el reflejo de las orillas opuestas, Fairmile, oscuro por los pinos, las píceas y los cedros.

—¿Por qué he de hacerlo?

—Ya sabes por qué.

—¿Por qué?

Me alcanzó y me sujetó por los hombros, y me empujó hacia arriba y hacia abajo en el agua con delicadeza.

—Debería bautizarte ahora y acabar de una vez. Debería bautizarte ahora.



Me reí.

—No quiero bautizarme. No sirve si no quiero bautizarme.

Habría sido muy fácil ceder en broma, pero no fui capaz de hacerlo.

Él no paraba de decir:

—¡Te bautizo! —Y me hacía una aguadilla, cada vez con menos delicadeza, y yo seguía negándome, riéndome y sacudiendo la cabeza.

Poco a poco, con el forcejeo, las risas cesaron, y las sonrisas amplias, resueltas y penosas de nuestras caras se endurecieron.

—Crees que eres demasiado buena para eso —dijo él en voz baja.

—¡No es verdad!

—Crees que eres demasiado buena para cualquier cosa. Cualquier cosa relacionada con nosotros.

—¡No es verdad!

—¡Entonces bautízate! —Me hundió en el agua, cogiéndome por sorpresa. Salí escupiendo y sacando mocos—. ¡La próxima vez no saldrás tan fácilmente! Voy a tenerte sumergida hasta que digas que sí. Di que te bautizarás o te bautizaré de todos modos...

Volvió a hundirme pero esta vez lo esperaba. Contuve la respiración y forcejeé. Forcejeé con vigor y de forma natural, como haría cualquiera si le sujetaran en el agua, sin pensar mucho en quién me sujetaba. Cuando me dejó salir el tiempo suficiente para oírle decir «Di que lo harás», vi que le caía por la cara el agua que yo le había salpicado, y me quedé asombrada, no porque estuviera peleando con Garnet, sino porque alguien hubiera cometido el error de creer que tenía verdadero poder sobre mí. Estaba demasiado asombrada para enfadarme, me olvidé de tener miedo, me parecía imposible que no entendiera que todos los poderes que le había concedido estaban en juego, que él mismo lo estaba, que me proponía mantenerlo cosido a su piel de amante dorado para siempre, aun cuando cinco minutos atrás había hablado de casarme con él. Para mí estaba claro como el agua, pero cuando abrí la boca para decir lo que hiciera falta para dejárselo claro, vi que él ya lo sabía; y lo que él sabía era que, consciente o no, yo había respondido a sus nobles propuestas con falsas propuestas, poniendo mi complejidad y mi actuación teatral a la misma altura que sus intenciones honestas.

«Crees que eres demasiado buena para eso.»



—¡Entonces di que lo harás! —Su cara morena, afable pero enigmática, crispada por la rabia, por una impotente sensación de injuria.

Me avergonzaba de esa injuria, pero tuve que aferrarme a ella porque era mis diferencias, mis reservas, mi vida. Pensé en él dando patadas a ese hombre frente a la taberna de Porterfield. Había creído que quería saber cosas de él pero en realidad no había querido, nunca había querido averiguar sus secretos o su violencia, o sacarlo del contexto de ese juego peculiar, mágico y, según parecía de pronto, posiblemente fatal.

Supongamos que en un sueño caes voluntariamente dentro de un hoyo y te ríes mientras la gente te arroja hierba que te hace cosquillas, y cuando tienes la boca y los ojos cubiertos comprendes por fin que no es un juego, o si lo es, que es un juego que exige que te entierren vivo. Forcejeé por debajo del agua exactamente como cualquiera forcejearía en un sueño así, con una sensación de desesperación que no era del todo inmediata, que tenía que abrirse camino hacia arriba a través de capas de incredulidad. Sin embargo pensé que él podía ahogarme. Realmente lo pensé. Pensé que estaba luchando por mi vida.

Cuando me dejó salir de nuevo probó la posición de bautizo convencional, inclinándome hacia atrás por la cintura; fue un error. Me permitió propinarle patadas en el bajo vientre —no en los genitales aunque no me habría importado, no sabía dónde lo alcanzaba ni me importaba—, y esas patadas fueron lo bastante fuertes para que me soltara y se tambaleara un poco mientras yo me zafaba. En cuanto hubo un metro de agua entre nosotros, se hizo evidente lo absurda y horrible que era la pelea y no pudimos continuar. Él no se acercó a mí. Caminé despacio hasta la orilla, que en esa época del año apenas me llegaba a la axila. Temblaba, jadeaba, inspiraba.

Me vestí de nuevo junto a la furgoneta, con dificultad para deslizar las piernas en las perneras de mis shorts, tratando de contener el aliento para sostenerme en pie, para abrocharme la blusa.

Garnet me llamó.

—Te llevaré a casa.

—Prefiero ir andando.

—Pasaré a recogerte el lunes por la noche.

No respondí. Supuse que lo decía por amabilidad. No lo haría. Si hubiéramos sido mayores seguramente habríamos aguantado, habríamos regateado el precio de la reconciliación, habríamos explicado, justificado y tal vez perdonado lo ocurrido, y



habríamos afrontado el futuro con ello a cuestas, pero la niñez nos quedaba lo bastante cerca para creer en la absoluta seriedad y carácter definitivo de una pelea, en lo imperdonables que eran unos golpes. Habíamos visto el uno en el otro lo que no podíamos soportar, y no teníamos ni idea de que la gente lo ve y continúa, y odia, pelea y trata de matarse de varias maneras, y luego se quiere un poco más.

Eché a andar por el camino que llevaba a la carretera y al cabo de un rato me calmé y cobré fuerzas; ya no sentía tanta debilidad en las piernas. Recorrí la Third Concession, que salía a Cemetery Road. Tenía que caminar unas tres millas y media.

Acorté por el cementerio. Estaba oscureciendo. Agosto quedaba tan lejos de la mitad del verano como abril, un hecho que siempre me costaba recordar. Vi a un chico y una chica —no los reconocí— tumbados en la hierba cortada junto al mausoleo de los Mundy, en cuyos oscuros muros de cemento Naomi y yo habíamos escrito una vez un epitafio que nos habíamos inventado, y que nos pareció buenísimo y carcajeante, y que ya no recordaba del todo:

*Aquí yacen los cuerpos de muchos de los Mundy
que murieron de mear los domingos en su brandy...*

Miré a esos amantes tumbados en la hierba del cementerio sin envidia ni curiosidad. Mientras entraba en Jubilee volví a tomar posesión del mundo. Los árboles, las casas, las vallas, las calles regresaron a mí, en sus formas sobrias y familiares. Desconectado de la vida del amor, no coloreado por él, el mundo recobra su propia importancia, natural y cruel. Esto es de entrada un golpe y luego un extraño consuelo. Y yo ya sentía cómo mi antiguo ser —mi antiguo ser aislado, irónico y taimado— empezaba a respirar de nuevo, a extenderse y a asentarse, aunque alrededor de él mi cuerpo colgara roto y desconcertado con el estúpido dolor de la pérdida.

Mi madre ya se había acostado. Cuando perdí la beca, algo que ella jamás había cuestionado se extinguió: sus esperanzas en el futuro a través de sus hijos. Se enfrentó a la posibilidad de que Owen y yo no hiciéramos nada, no fuéramos nadie después de todo, que éramos mediocres o estábamos infectados de la temida, orgullosa y sagrada perversidad de la familia de mi padre. Ahí estaba Owen, viviendo en Flats Road, pronunciando mal las palabras y utilizando la gramática de tío Benny, diciendo que quería dejar el colegio. Ahí estaba yo saliendo con Garnet French y negándome a hablar de ello, y perdiendo la beca.



—Tendrás que hacer lo que quieras —me dijo con amargura.

Pero ¿tan fácil era saberlo? Entré en la cocina, encendí la luz y me preparé una gran mezcla de patatas fritas, cebollas, tomates y huevos, que comí con glotonería y tristeza de la misma sartén, de pie. Era libre y no lo era. Me sentía aliviada y desolada. ¿Y si nunca hubiera despertado? ¿Y si me hubiera dejado inclinar y bautizar en el río Wawanash?

Durante muchos años consideré una y otra vez la posibilidad, como si todavía existiera... junto con la sombra de las hojas y las marcas de agua en su casa, y la recompensa del cuerpo de mi amante.

El lunes no se presentó. Estuve atenta por si lo hacía. Me peiné y esperé detrás de las cortinas de nuestro salón, como era típico. No sabía lo que haría si aparecía; las ansias de ver su furgoneta, su cara, absorbieron todo lo demás. Pensé en pasar por delante de la iglesia baptista para ver si estaba la furgoneta. Si lo hubiera hecho, y si la furgoneta hubiera estado allí, podría haber entrado, rígida como una sonámbula. Llegué hasta el porche. Lloraba, me di cuenta, gimoteando a un ritmo monótono, como hacen los niños para solemnizar una herida. Me volví, entré de nuevo en el salón para mirar en el oscuro espejo mi cara mojada y crispada. Sin que menguara el dolor la escudriñé: me maravillaba que la persona que sufría fuera yo, porque no era yo; yo estaba observando. Observaba, sufría. Recité hacia el espejo un verso de Tennyson, de las obras completas que le había regalado a mi madre su vieja profesora, la señorita Rush. Lo recité con toda sinceridad, con toda ironía:

—«Él no viene, ella dijo».

De «Mariana», uno de los poemas más tontos que había leído nunca. Solo conseguí que me brotaran con más fuerza las lágrimas. Sin dejar de observarme, volví a la cocina, me preparé un café y me lo llevé al comedor, donde el periódico de la ciudad seguía extendido encima de la mesa. Mi madre había arrancado el crucigrama y se lo había llevado a la cama. Lo abrí por la sección de clasificados, cogí un lápiz y rodeé con un círculo todos los empleos que parecían posibles. Logré dar sentido a lo que leía, y al cabo de un rato sentí una leve y prudente gratitud hacia esas palabras impresas, esas extrañas posibilidades. Las ciudades existían; se necesitaban telefonistas; el futuro podía estar bien abastecido sin amor ni becas. Libre por fin de fantasías y autoengaños, desligada de los errores y de la confusión del pasado, seria y sencilla, subiendo a un autobús con una pequeña maleta, como las chicas de las películas que dejan sus casas, conventos, amantes, supuse que emprendería mi vida real.



Alice Munro

La vida de las mujeres

«Garnet French, Garnet French, Garnet French.»

«Vida real.»



EPÍLOGO

EL FOTÓGRAFO

«En esta ciudad la gente se suicida con mucha facilidad», era una de las cosas que solía decir mi madre, y durante mucho tiempo llevé esa misteriosa y dogmática afirmación allá adonde iba, creyendo que era cierta, es decir, creyendo que en Jubilee había muchos más suicidios que en otras partes, del mismo modo que en Porterfield tenían peleas y borrachos; que estos suicidios distinguían la ciudad como la cúpula del ayuntamiento. Más tarde, cuando mi actitud hacia todo lo que decía mi madre se volvió escéptica y desdeñosa, sostuve que había, de hecho, muy pocos suicidios en Jubilee, que la cifra no excedía la media estadística, y desafié a mi madre a dar nombres. Ella repasó mentalmente las distintas calles de la ciudad, de manera metódica, diciendo: «... se ahorcó mientras su mujer y su familia estaban en la iglesia..., salió de la habitación después de desayunar y se pegó un tiro en la cabeza...», pero no había tantos en realidad; probablemente yo estaba más cerca que ella de la verdad.

Hubo dos casos de ahogamiento, contando el de la señorita Farris, mi antigua profesora. El otro era el de Marion Sherriff, sobre cuya familia, mi madre y otras personas se extendían largamente con una pizca de orgullo, diciendo: «¡Bueno, ahí tienes a una familia que sabe muy bien qué es una tragedia!». Un hermano había muerto alcohólico, otro estaba en el manicomio de Tupperton, y Marion se había sumergido en el río Wawanash. La gente siempre decía «sumergido», aunque en el caso de la señorita Farris habían dicho que se había «tirado» a él. Dado que nadie había visto hacerlo a ninguna de las dos, la diferencia debía de provenir de la diferencia entre las mujeres en sí, ya que la señorita Farris era impulsiva y dramática en todo lo que hacía, mientras que Marion Sherriff era intencionada y parsimoniosa.

Al menos ese era el aspecto que tenía en la foto que colgaba en la sala principal del instituto, por encima de la vitrina del trofeo de atletismo femenino, una copa de plata que cada año se sacaba y se entregaba a la mejor atleta del colegio, y volvía a guardarse, después de haber grabado en ella el nombre de la ganadora. En esa foto Marion Sherriff tenía una raqueta de tenis en una mano, y llevaba una falda plisada blanca y un suéter blanco con dos líneas oscuras alrededor del cuello en forma de V. Iba peinada con raya al medio, con el pelo sujeto de forma poco



favorecedora hacia atrás desde las sienes; era robusta y seria.

—Embarazada, naturalmente —decían Fern Dogherty, Naomi y todo el mundo excepto mi madre.

—Nunca quedó claro. ¿Por qué mancillar su nombre?

—Un tipo la dejó preñada y la abandonó —dijo Fern con firmeza—. ¿Por qué si no iba a ahogarse una chica de diecisiete años?

Llegó un momento en que todos los libros de la biblioteca del ayuntamiento no fueron suficientes para mí; necesitaba tener libros propios. Comprendí que lo único que podía hacer con mi vida era escribir una novela. Escogí a la familia Sheriff para escribir sobre ella; lo que le había sucedido la aislaba de forma impresionante, la condenaba a ser material de ficción. Cambié el apellido Sherriff por el de Halloway, y el difunto padre pasó de ser tendero a juez. Sabía por lo que había leído que en las familias de jueces, así como en las de grandes terratenientes, la degeneración y la locura estaban a la orden del día. A la madre podía dejarla tal cual, como solía verla en los tiempos en que iba a la iglesia anglicana. Siempre estaba allí, demacrada y soberbia, con sus súplicas grandiosas y anunciadas a bombo y platillo. Pero los saqué de su casa, trasladándolos del bungalow de estuco color mostaza que había detrás del edificio del *Herald-Advance*, donde siempre habían vivido y donde incluso ahora la señora Sherriff tenía un pulcro jardín con parterres de flores bien cuidados, a una casa de mi invención, alta y de ladrillo, con ventanas estrechas y alargadas, una puerta cochera y muchos setos alrededor perversamente cortados en forma de gallos, perros o zorros.

Nadie sabía nada de esa novela. No tenía necesidad de hablar de ella con nadie. Escribía un fragmento y lo guardaba, pero no tardé en comprender que era un error intentar poner algo por escrito; lo que escribía podía carecer de la belleza y la integridad de la novela que tenía en la cabeza.

La llevaba —la idea de la novela— a todas partes conmigo, como una de esas cajas mágicas que un personaje afortunado recibe en un cuento de hadas: la toca y sus problemas desaparecen. La llevaba conmigo cuando Jerry Storey y yo paseamos por las vías de tren y él me contó que algún día, si el mundo seguía adelante, los recién nacidos podrían ser estimulados mediante ondas de electricidad y serían capaces de componer música como la de Beethoven o la de Verdi, lo que se quisiera. Me contó que la gente podría llevar incorporados en su interior su inteligencia, sus aptitudes, sus preferencias y deseos en dosis juiciosas; ¿por qué no?

—¿Como en *Un mundo feliz*? —dije, y él me preguntó qué era eso.



Se lo expliqué y él respondió virtuosamente:

—No lo sé. Nunca leo novelas.

A mí me bastaba con aferrarme a la idea de la novela para sentirme mejor; parecía restar importancia a sus palabras, aunque fueran ciertas. Él se puso a cantar canciones sentimentales con acento alemán mientras trataba de marchar a paso de ganso por las vías, cayéndose como yo sabía que haría.

—*Be-lieff me if all those en-dearing jung tcharms...*

En mi novela yo me deshacía del hermano mayor, el alcohólico. Me parecía que tres destinos trágicos eran demasiados incluso para una novela, y sin duda era más de lo que yo era capaz de manejar. Al hermano menor lo veía amable y cariñoso, con una inocencia algo ofensiva; una cara rosada y pecosa, el cuerpo rechoncho, indefenso. Objeto de intimidación en el colegio, incapaz de aprender aritmética o geografía, era feliz una vez al año, cuando se le permitía dar vueltas en el tióvivo de la feria de los Kinsmen sonriendo beatíficamente. (Esto lo saqué, por supuesto, de Frankie Hall, el idiota que vivía en Flats Road y que ya había muerto; siempre le dejaban montar gratis todo el día, y saludaba a la gente con regia negligencia, aunque nunca reconocía a nadie en otras circunstancias.) Los chicos le tomaban el pelo por su hermana, por... ¡Caroline! Se llamaría Caroline. Ya estaba construida en mi mente, mordaz y enigmática, borrando por completo a esa Marion regordeta, la jugadora de tenis. ¿Era bruja? ¿Ninfómana? ¿Algo menos simple!

Era rebelde y ligera como una pluma, y se deslizaba por las calles de Jubilee como si tratara de colarse por una grieta en una pared invisible, de lado. Tenía el pelo moreno y largo. Ofrecía caprichosamente sus encantos a los hombres, no a los jóvenes apuestos que creían tener derechos sobre ella, ni a los hoscos héroes del instituto, los atletas, con los hábitos de seducción escritos en su cara de sangre caliente, sino a los hastiados maridos de mediana edad, los viajeros derrotados que estaban de paso en la ciudad, de vez en cuando incluso a los deformes y ligeramente trastornados. Pero su generosidad hacía que quedaran en ridículo, «su carne agridulce, del color de las almendras peladas», consumía a los hombres rápidamente y dejaba un sabor a muerte. Ella era un sacrificio, con las piernas abiertas sobre incómodas y enmohecidas lápidas, presionada contra la cruel corteza de los árboles, con su frágil cuerpo aplastado en el barro y el bajo del vestido sucio en los corrales, soportando el peso mortal de los hombres, y sin embargo era ella, antes que ellos, la que sobrevivía.

Un día se presentó en el instituto un hombre para hacer fotos. Lo vio por



primera vez envuelto en su ropa negra de fotógrafo, una joroba de tela gastada y negra grisácea detrás del trípode, el gran ojo, los pliegues del acordeón negro de la cámara anticuada. Cuando salió, ¿qué aspecto tenía? El pelo negro con raya al medio y peinado hacia atrás en dos alas, caspa, el pecho y los hombros bastante estrechos, y una piel escamosa, pálida... pero, a pesar de su aspecto desaliñado y poco saludable, había en él una energía fluida y perversa, una sonrisa radiante que no inspiraba compasión.

No tenía nombre en la novela. Siempre aparecía como el Fotógrafo. Recorría el campo al volante de un coche alto y cuadrado con una tela negra en la parte superior que se sacudía. Las fotos que hacía eran insólitas, incluso aterradoras. La gente se veía en ellas con veinte o treinta años más. Las personas de mediana edad reconocían en sus facciones un parecido ineludible y creciente con sus difuntos padres; los jóvenes lozanos aparecían con la cara demacrada, insulsa o estúpida que tendrían a los cincuenta años. Las novias aparecían embarazadas, los niños parecían tener vegetaciones crónicas. De modo que no era un fotógrafo muy requerido, pese a sus tarifas baratas. Sin embargo, a nadie le gustaba negarle un negocio; todos le temían. Los niños se caían en las zanjas cuando veían su coche acercarse por la calle. Pero Caroline corría tras él, se pateaba las ardientes carreteras buscándolo, lo esperaba y lo abordaba y se ofrecía a él sin el tierno desdén o la indiferente prontitud que mostraba a los demás hombres, más bien con tensa impaciencia, ilusión y gritos. Y un día (cuando notó que el vientre se le había hinchado «como una calabaza dura y amarilla en su barriga»), encontró el coche volcado junto a un puente, en una zanja junto a un riachuelo seco. Estaba vacío. Él había desaparecido. Esa noche ella se sumergió en el río Wawanash.

Eso era todo. Salvo que después de su muerte su pobre hermano, mirando la foto que el Fotógrafo había tomado a la clase de su hermana del instituto, se fijó en que «Caroline tenía los ojos blancos».

Yo no había analizado todas las implicaciones, pero me parecía que eran poderosas y de diversa índole.

Para esa novela había cambiado también Jubilee, o escogido algunos de sus rasgos y pasado por alto otros. Aparecía como una ciudad más vieja, más oscura, más decadente, llena de vallas sin pintar cubiertas de carteles destrozados que anunciaban circos, ferias de otoño, elecciones celebradas hacía mucho. La gente que vivía en ella era muy delgada, como Caroline, o gruesa como una burbuja. Su forma de hablar era sutil, elusiva y extrañamente estúpida; sus perogrulladas iban teñidas de locura. La época del año siempre era pleno verano: calor brutal, blanco, perros



tumbados como muertos en las aceras, ondas de aire temblorosas como la gelatina sobre la carretera vacía. Pero entonces —porque de vez en cuando surgían engorrosas consideraciones sobre los hechos, para preocuparme—, ¿cómo iba a haber suficiente agua en el río Wawanash? En lugar de avanzar hacia sus profundidades con la cabeza gacha, desnuda a la luz de la luna, resignada, Caroline se tumbaba boca abajo como si se ahogara en la bañera.

Todo eran imágenes. Las razones por las que ocurrían las cosas parecía intuir las, pero no sabía explicarlas; esperaba que todo se esclareciera con el tiempo. Lo principal era que pareciera verosímil, no real sino verosímil, como si hubiera descubierto, y no inventado, a esas personas y esa historia, como si esa ciudad se encontrara justo detrás de la que recorría todos los días.

No presté mucha atención a los Sherriff de carne y hueso una vez que los transformé en aras de la ficción. Bobby Sherriff, el hijo que había estado en el manicomio, volvió un tiempo a su casa —al parecer había ocurrido otras veces— y se le veía pasear por Jubilee charlando con la gente. Yo había estado lo bastante cerca de él para distinguir su voz suave, respetuosa y parsimoniosa. Había observado que siempre parecía recién salido de la barbería, espolvoreado de talco, vestido con ropa de buena calidad, bajo y fornido, caminando con ese despreocupado aire de gozo que solo adoptan los que no tienen nada que hacer. Apenas lo relacionaba con el hermano loco Halloway.

Al volver de nuestros paseos, Jerry Storey y yo veíamos Jubilee en toda su extensión, desde que se habían caído las hojas de los árboles; se explayaba ante nosotros en un trazado no muy complicado de calles con nombres de batallas, damas, monarcas y primeros colonos. Una vez, mientras cruzábamos el puente, pasó por debajo un coche lleno de chicos de nuestra clase tocando la bocina, y de pronto vi, como desde fuera, lo extraña que era esa situación: Jerry contemplando y dando la bienvenida a un futuro que aniquilaba Jubilee y la vida en la ciudad, yo haciendo planes secretos de convertirla en una fábula negra y fijarla en mi novela, y la ciudad, la gente que realmente formaba parte de ella, tocando bocinas —para mofarse de cualquiera que fuera a pie en lugar de en coche los domingos por la tarde—, sin sospechar jamás el peligro que entrañábamos para ellos.

Todas las mañanas, a partir de mediados de julio, en el que sería mi último verano en Jubilee, iba al centro entre las nueve y las diez. Caminaba hasta el edificio del *Herald Advance*, miraba su ventana delantera y volvía a casa. Esperaba los resultados de los exámenes que había hecho en junio. Los mandaban por correo, pero



siempre llegaban al periódico con un par de días de antelación y los pegaban en la ventana delantera. Si no habían llegado con el correo de la mañana, ya no lo harían ese día. Todas las mañanas, cuando veía que no había ninguna hoja de papel en la ventana, que no había más que la patata en forma de paloma que Pork Childs había desenterrado de su huerto y que esperaba en el alféizar el calabacín doble, la zanahoria deforme y la calabaza gigante con que sin duda se juntaría después, me sentía salvada. Estaría en paz un día más. Sabía que me habían ido mal los exámenes. Me había saboteado el amor, y era poco probable que obtuviera la beca con la que yo y todo el mundo habíamos contado durante años para que nos sacaran de Jubilee.

Una mañana, después de ir al *Herald-Advance*, pasé por delante de la casa de los Sherriff en lugar de regresar por la calle principal, como solía hacer, y Bobby Sherriff me sorprendió, sentado junto a la verja, diciendo:

—Buenos días.

—Buenos días —respondí.

—¿Puedo tentarte a entrar en el jardín y probar un pedazo de bizcocho?, dijo la araña a la mosca. —Sus buenos modales eran humildes, pensé, e irónicos—. Mi madre se ha ido a Toronto en el tren de las seis de la mañana, de modo que he pensado: Bueno, ya que estás levantado, ¿por qué no intentas hacer un bizcocho?

Sostuvo la verja abierta. Yo no sabía cómo salir de esa situación. Subí los escalones detrás de él.

—El porche está fresco y agradable. Siéntate aquí. ¿Quieres un vaso de limonada? Soy experto haciendo limonada.

De modo que me senté en el porche de la casa de los Sherriff, más bien rezando para que no pasara nadie y me viera allí, y Bobby Sherriff me trajo un pedazo de bizcocho en un plato pequeño, con el cubierto adecuado y una servilleta bordada. Entró de nuevo y vino de vuelta con un vaso de limonada con cubitos de hielo, hojas de menta y una guinda. Se disculpó por no haberlo traído todo junto en una bandeja; me explicó que las bandejas estaban debajo de un gran montón de platos en el armario, por lo que era difícil sacar una, y que prefería sentarse conmigo en lugar de hurgar de rodillas en un viejo armario oscuro. Luego se disculpó por el bizcocho, admitiendo que no se le daba muy bien hacer pasteles; solo le gustaba probar una receta de vez en cuando, y le parecía que no estaba bien ofrecer un bizcocho sin adornar, pero nunca había dominado el arte de hacer adornos, eso se lo dejaba a su madre, de modo que ahí lo tenía. Dijo que esperaba que me gustaran las hojas de menta de mi limonada, como si la mayoría de la gente tuviera manías con



eso y uno nunca supiera si se les ocurriría o no tirar las hojas. Se comportaba como si fuera un gran acto de cortesía y de gentileza inesperada por mi parte sentarme allí, y comer y beber todo lo que él me ofrecía.

Había una alfombra rectangular sobre el suelo de tablas de madera, que eran anchas y con grietas entre unas y otras, y estaban pintadas de gris. Parecía una vieja alfombra de pasillo, demasiado gastada para ponerla en el interior de la casa. Había dos sillas de mimbre marrón, con gruesos almohadones de cretona gastada, donde estábamos sentados, y una mesa redonda también de mimbre. Encima de la mesa había una especie de tazón chino o jarra sin flores pero con una pequeña enseña roja y una bandera británica. Era uno de esos recuerdos que tanto se habían vendido cuando el rey y la reina visitaron Canadá en 1939; se veían sus caras regias y juveniles, de las que emanaba una luz benigna, como en la pared del aula de octavo de la escuela pública. Un objeto así sobre la mesa no significaba que los Sherriff fueran particularmente patrióticos. Veías esa clase de recuerdos en muchas casas de Jubilee. Lo normal y corriente que era toda la casa hizo que me parara en seco y recordara. Allí era donde vivían los Sherriff. A través de la puerta mosquitera vi un pequeño tramo del pasillo, con el papel de la pared marrón y rosa. Esa era la puerta a través de la cual había salido Marion. Para ir al colegio. Para ir a jugar a tenis. Para ir al río Wawanash. Marion era Caroline. Era todo lo yo que tenía, para empezar; su acto y su misterio. No había pensado siquiera en ello al entrar en el jardín de los Sherriff o mientras esperaba sentada en el porche a que Bobby me trajera el bizcocho. No había pensado en mi novela. Ya casi nunca pensaba en ella. Nunca la había dado por perdida; solo sabía que estaba a buen recaudo y que la recuperaría en algún momento en el futuro. La verdad era que había sufrido unos daños que sabía que no podían subsanarse. Había sufrido daños; Caroline y el resto de los Halloway y su ciudad habían perdido autoridad; yo había perdido la fe. Pero no quería pensar en ello, y no lo hice.

No obstante, de pronto recordé con sorpresa cómo la había construido, todo el misterio y, en definitiva, la estructura poco fiable que había erigido a partir de esa casa, de los Sherriff, un par de hechos endebles y todo lo que la gente se callaba.

—Te conozco —dijo Bobby Sherriff tímidamente—. ¿Creías que no sabía quién eras? Tú eres la chica que va a ir a la universidad con una beca.

—Aún no me la han dado.

—Eres una chica inteligente.

¿Y qué fue de Marion?, me pregunté. No de Caroline. ¿Qué fue de Marion?



¿Qué fue de Bobby Sherriff cuando dejó de hacer bizcochos y regresó al manicomio? Esas preguntas persisten, a pesar de las novelas. Cuando has manejado tan hábil y poderosamente la realidad, es un shock volver y encontrarlas todavía allí. ¿Iba a darme alguna pista Bobby Sherriff acerca de la locura? ¿Soltaría, con su tono amable y coloquial: «Mi padre fue Napoleón»? ¿Escupiría a través de una grieta del suelo de madera y diría: «Voy a hacer que llueva sobre el desierto de Gobi»? ¿Era eso lo que hacía?

—¿Sabías que fui a la universidad? En Toronto, sí. El Trinity College.

»No conseguí ninguna beca —continuó al cabo de un instante, como si yo se lo hubiera preguntado—. Era un estudiante corriente. Mi madre creyó que podrían hacer de mí un abogado. Supuso un sacrificio mandarme allí. La Depresión, ya sabes. Nadie tenía dinero durante la Depresión. Ahora parece que todos tienen. Desde que empezó la guerra. Todos están comprando. Fergus Colby, ¿lo conoces? El de Colby Motors. Me estuvo enseñando la lista de toda la gente que espera para comprar los nuevos Oldmobiles, los nuevos Chevrolets.

»Cuando vayas a la universidad tienes que vigilar la alimentación. Es muy importante. Allí se suele comer mucho almidón, porque llena y es barato. Conocí a una chica que solía cocinar en su habitación, y vivía a base de macarrones y pan. ¡Macarrones y pan! Achaco mi crisis nerviosa a la comida que comí allí. No era alimento para el cerebro. Tienes que nutrir el cerebro si quieres utilizarlo. Lo que va bien son las vitaminas B. La vitamina B1, B2, B12. Has oído hablar de ellas, ¿verdad? Las obtienes con el arroz integral, la harina sin refinar... ¿Te aburro?

—No —dije con aire culpable—. No, no.

—Si te aburro, te pido disculpas. Me dejo llevar por el tema, ¿sabes? Porque creo que mis problemas, todos los problemas que he tenido desde la juventud, están relacionados con la alimentación. Vienen de estudiar mucho y no nutrir el cerebro. No es que fuera superdotado. Nunca me he jactado de ello.

Seguí mirándolo atentamente, para que no me preguntara de nuevo si me aburría. Llevaba una camisa sport amarillo claro bien planchada, con el cuello desabrochado, y tenía la piel rosada. Se parecía vagamente al hermano de Caroline en quien lo había convertido. Me llegó el olor de su loción para después del afeitado. Resultaba extraño pensar que se afeitaba, que tenía pelo en la cara como los demás hombres, y un pene dentro de los pantalones. Me lo imaginé enroscado alrededor de sí mismo, húmedo y tierno. Él me sonrió dulcemente, hablando de forma razonable; ¿era capaz de leerme el pensamiento? Debía de haber algún secreto en la locura,



algún don, algo que se me escapaba.

Estaba diciendo que hasta las ratas se negaban a comer la harina blanca a causa de la lejía, las sustancias químicas que había en ella. Yo asentía, y más allá de su cabeza vi cómo el señor Foulks salía por la puerta trasera del edificio del *Herald Advance*, vaciaba una papelería en un incinerador y entraba de nuevo caminando lenta y pesadamente. En esa pared trasera no había ninguna ventana; vi manchas, ladrillos desgastados, una larga grieta que la recorría en diagonal, empezando un poco antes de la mitad y terminando en la esquina inferior, junto a la tienda Chainway.

A las diez abrirían los bancos, el Canadian Bank of Commerce y el Dominion Bank de la acera de enfrente. A las doce y media un autobús cruzaría la ciudad en dirección al sur procedente de Owen Sound en London. Si alguien quería subir a él habría una bandera frente al restaurante Haines.

Bobby Sherriff hablaba de ratas y de harina blanca. La fotografía de su hermana colgaba en el pasillo del instituto, cerca del constante murmullo de la fuente. Tenía una cara obstinada, hermética, inclinada de tal modo que en sus ojos se habían instalado sombras. La vida de la gente, en Jubilee como en todas partes, era aburrida, simple, asombrosa e insondable..., cuevas profundas cubiertas de linóleo de cocina.

No se me ocurrió entonces que algún día codiciaría tanto Jubilee. Tan ávida y desorientada como tío Craig en Jenkin's Bend cuando escribía su historia, yo también querría escribir algo.

Intentaría hacer listas. Una lista de todas las tiendas y los locales de la calle principal y sus propietarios, una lista de los nombres de las familias, de los nombres de las lápidas del cementerio y de cualquier inscripción que hubiera debajo. Una lista de los títulos de las películas que habían proyectado en el Lyceum Theatre de 1938 a 1950, aproximadamente. De los nombres grabados en el cenotafio (más de la Primera Guerra Mundial que de la Segunda). De los nombres de las calles y su situación en el plano.

La ilusión de precisión que ponemos en estas tareas es demencial y conmovedora.

Y ninguna lista podía contener lo que yo quería, porque lo que yo quería era hasta el último detalle, cada capa de discurso y pensamiento, cada golpe de luz sobre la corteza o las paredes, cada olor, bache, dolor, grieta, engaño, y que se mantuvieran fijos y unidos, radiantes, duraderos.



En ese momento no prestaba mucha atención a esa ciudad.

Bobby Sherriff me habló nostálgico mientras me cogía de las manos el tenedor, la servilleta y el plato vacío.

—Créeme —dijo—, te deseo suerte en la vida.

Luego hizo la única cosa especial que haría por mí. Con las manos ocupadas, se levantó sobre las puntas de los pies como un bailarín, como una bailarina rolliza. Ese gesto, acompañado de una sutil sonrisa, parecía ser una broma que no compartía conmigo sino más bien exhibía ante mí, y que además parecía tener un significado conciso, depurado: era una letra, o una palabra entera, en un alfabeto que yo no conocía.

Los deseos de la gente, así como sus otros ofrecimientos, los aceptaba entonces con naturalidad, un poco distraída, como si me correspondieran sin más.

—Sí —respondí en lugar de dar las gracias.



Alice Munro creció en Wingham, Ontario, en el seno de una familia de granjeros y estudió en la Universidad de Western Ontario. Es autora de doce volúmenes de relatos, dos antologías y una novela. A lo largo de su destacada trayectoria ha recibido numerosos galardones, entre los que destacan los canadienses Governor General's Award (en tres ocasiones) y Giller Prize (en dos), los estadounidenses National Book Critics Circle Award, Rea Award y Lannan Literary Award, el inglés W. H. Smith Award y el italiano Premio Ennio Flaiano, así como el prestigioso Man Booker International Prize, que le fue otorgado en 2009 por «la gran contribución de su obra al panorama literario mundial». Sus cuentos han aparecido en revistas como *The New Yorker*, *Atlantic Monthly* o *The Paris Review* y han sido traducidos a trece idiomas.